

# [ **La novela del petróleo en Venezuela**

]

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES  
Autoridades Universitarias

*Rector*

Léster Rodríguez Herrera

*Vicerrector Académico*

Humberto Ruiz Calderón

*Vicerrector Administrativo*

Mario Bonucci Rossini

*Secretaria*

Nancy Rivas de Prado

PUBLICACIONES  
VICERRECTORADO  
ACADÉMICO

*Director*

Humberto Ruiz Calderón

*Coordinación editorial*

Luis Ricardo Dávila

*Asistencia editorial*

Yelliza A. García A.

*Consejo editorial*

Tomás Bandes

Asdrúbal Baptista

Rafael Cartay

Mariano Nava

Stella Serrano

Gregory Zambrano

COLECCIÓN

Ciencias Sociales y Humanidades

*Comité editorial*

Oscar Aguilera

Leonor Alonso

Daniel Anido

Luis Javier Hernández

Rocco Mangieri

Christopher Birkbeck

Instituto de Investigaciones

Literarias Gonzalo Picón Febres

*Comité editorial*

Álvaro Contreras Berbesí

Carmen Díaz Orozco

Arnaldo Valero

Los trabajos publicados  
en la Colección Ciencias Sociales  
y Humanidades han sido  
rigurosamente seleccionados  
y arbitrados por especialistas  
en las diferentes disciplinas.

COLECCIÓN

Ciencias Sociales  
y Humanidades

Publicaciones

Vicerrectorado

Académico

**La novela del petróleo**

Primera edición, 1972

Segunda edición, 2005

- © Universidad de Los Andes  
Vicerrectorado Académico
- © Gustavo Luis Carrera

- *Corrección:*  
Marina Olivera
- *Concepto de colección y diseño:*  
Kataliñ Alava
- *Fotografía de portada:*  
Huelga petrolera, 1936  
Archivo *El Nacional*
- *Impresión:*  
Editorial Venezolana C. A.

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal: LF23720058004450

ISBN: 980-11-0920-3

Derechos reservados.

Prohibida la reproducción total  
o parcial de esta obra sin la  
autorización escrita del autor

Universidad de Los Andes  
Av. 3 Independencia  
Edificio Central del Rectorado  
Mérida, Venezuela  
publicacionesva@ula.ve  
[http://viceacademico.ula.ve/  
publicacionesva](http://viceacademico.ula.ve/publicacionesva)

Impreso en Venezuela

*Printed in Venezuela*

# La novela del petróleo en Venezuela

Gustavo Luis Carrera



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS  
CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



## Narrativa del petróleo: evidencias y acuerdos

Vista en perspectiva, la significación del libro de Gustavo Luis Carrera, *La novela del petróleo en Venezuela* (1972), tiene todo el peso de una frontera, de un límite definido en la indagación de un tema hasta hoy pleno de equívocos, ausencias y malentendidos. Encarado con conciencia de estas dolencias, el estudio —como un prospecto de la *mea culpa* mostrada desde la escritura ensayística, para sí misma y, sobre todo, frente al hacer de narradores y narrativa—, enseña lo que falta y hasta dónde ha llegado lo acometido. No de manera gratuita se empieza por el inventario, catálogo de esfuerzos anotados con esmero de quien no desea dejar nada por fuera, de quien pretende rastrear la presencia de un capítulo, un párrafo, una mención del tema cuya identidad se procura fijar. Asegurarse de la extensión de un desgano, ser exhaustivo para ser justo. Buscador de hongos en la campiña declarada apta, la primera constatación del autor es la relativa escasez de ejemplares y especies, aunque parece una fecha avanzada para su verificación. Ésta resulta la afirmación de una constante: antes y después la anomalía ha estado allí, poquísimas páginas y apenas viñetas en la época inicial, no más de uno o dos libros durante el desarrollo y la clara reticencia en la consolidación. Y esto no es más que ejercicio estadístico, pero sirve para revelar la simpleza y aun el desdén de una cultura por su mayor fuerza configuradora. Es una de aquellas “categorías ausentes” señaladas por Antonio López Ortega en una reunión de omisiones, y en este caso particular sirve para diagnosticar al país indolente con su propia experiencia.

La novedad y extrañeza de lo petrolero, respecto a otros conflictos más dolidos y anclados en los intereses sociales del escritor, parecen explicar ese estatuto; pero no basta, y declarativamente se afirma: “...es evidente que hay razones más poderosas para explicar esa ausencia res-

pecto a una circunstancia que si bien no es remota, ya cuenta con una historia extensa". Pareciera ésta una voluntad sancionadora, nos previene de pesquisas de elementos diferentes a aquellos que lucen en primer plano. Una pregunta adicional —"¿qué se ha novelado del petróleo en Venezuela?"— nos dispone para la heterodoxia. Pero luego veremos cómo estas requisitorias no se ejecutan a cabalidad. En general, la escasez de novelas mueve a reparar en el proceso de la economía petrolera más que en su imaginario; y cuando éste se evalúa se le exige espectáculo literario —tal vez como condición de su legitimidad como discurso— y esto es lícito tratándose de un análisis que incluye exigencias formales.

Muchas de aquellas obras consideradas como de poco nivel acaso brinden un interesante panorama del escenario. Pero si es un escándalo el hecho de la ausencia, no lo es menos el afán de hacer de estas obras meros documentos, porque si somos una *economía minera*, y esto condiciona desde el circuito de la producción y el consumo hasta la política; si nos reconocemos como *sociedad minera* —lo aéreo, el nomadismo, la discontinuidad— es preciso hacerle otras exigencias a la escritura de ficción diferente a la del correlato. La literatura no es documento pericial, tampoco crónica de una época. Cuando se reconoce la capacidad de impacto del petróleo, se acuerda un catálogo que va desde la "economía y vida social" hasta el poder de escritorio y los manejos de mediadores y comisionistas. Así parece cubrirse todo un horizonte y, al final, se acoda un resquicio de ese hacer: "...y hasta de diversos arquetipos culturales y mentales comunes". Es decir, el aspecto ordenador en su real dimensión cultural llega por añadidura. Tenemos ya una primera y dominante caracterización de los estudios dedicados a la narrativa del petróleo, esa que la convierte en testimonio.

Resulta sorprendente desdeñar esa dimensión, la del bullir de una identidad por acumulación y tensión, pues si algo ha fundado el petróleo son arquetipos. La declaración de principios del estudio de Carrera consagra un método y define unas tareas y, en esa medida, nada más habría que pedirle; pero en el desarrollo se hace preguntas que son exigencias o anhelos. Los vacíos vistos vienen a ser, de alguna manera, el ajuste entre las fragilidades de esa novela y un cierto conformismo del estudio. La disposición de novelar desde cierta responsabilidad de cronista de su tiempo, y de dar testimonio, hizo de los escritores de la novela del petróleo contempladores fieles del realismo; terminaron exaltando un mecanismo

de aproximación a la realidad, no tanto por fe en ese instrumento como por un destino asignado a la literatura: reconstruir, aleccionar.

Parecía estar listo el escenario para una práctica sobrestimada, aquella de privilegiar los ruidos de la calle con la buena intención de dar el perfil de una comunidad. Si el petróleo es nuestra épica, su registro se ha alimentado en exceso de procesos públicos y, en esa medida, se han privilegiado aquellos contornos de fácil e inmediata transacción, consumibles en un circuito de validación y discusión del poder como organización del consenso político. Esto hace de esa clase de mirada un acto débil y poco eficiente para retener lo sedimentario, aquello determinado y determinante desde un ángulo oblicuo. Es, digamos, una perspectiva un poco demagoga. Allí podría estar el gran flanco de la novela del petróleo, la exigua cantidad hablaría adicionalmente de una actitud de los escritores y de los intelectuales hacia un tópico puesto al margen de los intereses mentales de las clases ilustradas: desdén, indiferencia, desprecio.

El enfoque de inventario se mantiene a lo largo del libro de Carrera y la “breve historia del tema”, objeto del primer capítulo, da cuenta de un conjunto de conflictos no siempre característicos del petróleo; en ellos, éste es la novedad como presencia, pero nada más. El expolio de la tierra, los manejos de abogados y mediadores, doctores venales, la defensa del paisaje idílico, pudieran ser elementos naturales de la novela criollista. Obviamente, lo más actual se queda como rasgo permanente. La tendencia denunciatoria, que marcó la percepción y el juicio, debía resultar un ejercicio más comprometido que contemporáneo en clara alianza con las exigencias del discurso antiimperialista; la voracidad de los yanquis encontraba en los temas de la novela del petróleo una renovación, no una novedad.

Tópico favorito es ese de la nueva conquista, la fácil asociación con procesos pasados de la región colonizada, establecer parangones con otras opresiones es dar por descontado que ésta también lo es en su sentido político y de sujeción. Faceta esa muy cara al autor; parece haber una implícita declaración de principios y el rastreo —la indagación de la elaboración— se hace subsidiario del correlato. Esta es una consecuencia importante para la manera como evolucionó el estudio de la cultura del petróleo en Venezuela. Elección marcada, sin duda, por el prestigio ideológico del instrumental marxista, pues los más importantes estudios aparecen en el período de plenitud de esta visión intelectual de lo social.

Ni idealismo ni estilística, ni humanismo sociológico al estilo Picón Salas, es una época durante la cual, en Venezuela, todas las ciencias sociales se adscriben a la razón del materialismo histórico y el *avant garde* de los procedimientos está representado por el análisis de la lucha de clases. Por lo demás, no resultaba difícil encontrar en ese rastreo de la genealogía de una escritura la confirmación de un ritmo. Ahí estaba la sociedad oprimida y doliente para sacar de ella cualquier ejemplo: desde los cuadros bucólicos de la tierra buena y maltratada hasta los manejos maléficos de usurpadores y hacedores de fraude. Pero ni aquellos fragmentos estaban dibujando lo característico del petróleo, ni el análisis marxista podía entrar, a saco, en cualquier fase de la historia nacional para probar sus postulados.

Si los proyectos de autores como Arcila Farías, Acosta Saignes y Carlos Irazábal nos dan el perfil de la formación de lo societario clasista, es gracias al inventario previo de lo nacional hecho desde el pensamiento ilustrado desde Simón Rodríguez hasta Picón Salas. Pero la síntesis de la narrativa petrolera —su valoración desde la perspectiva del aporte al imaginario— llegaba sin contrapunto, sin posibilidad de contraste, y era ese el resultado en un medio donde tantos vacíos acosan la historia cultural. *La novela del petróleo en Venezuela* es un libro pionero que se organiza desde la ausencia casi absoluta de referencias (si exceptuamos el estudio, aún hoy inédito de Nicole Saint-Gilles, *La implantación del petróleo en Venezuela vista por los novelistas, cuentistas y ensayistas*, de 1959). Pero frente a aquella orfandad tiene la ventaja, y legítima opción, de elegir no sólo un instrumental heurístico, sino también la de promocionar una perspectiva de la cultura. La novela de esta investigación es el campo de dominación y disputa de una Venezuela cuya identidad se dirime en la colonización y, en esa medida, su objeto tiende a hacerse reflejo de lo civil, eco de la historia.

Las obras parecieran estar condenadas a ceder buena parte de su autonomía; se las presiente frágiles en su vocación de testimonio y se recela de aquella voluntad de sus autores no expresada taxativamente. A ratos parece continuidad de la zaga socioeconómica del país, relato del ascenso comunitario y biografía del poder público. Pero la literatura, ya se sabe, no es documento de un tiempo ni expediente pericial; es, siempre, elaboración subjetiva, oblicua —aun cuando se abulten sus rasgos militantes— y, en este caso, deberá contrarrestárselos apelando al lenguaje secreto frente al ruido de la ideología o la propaganda. Paralela a la autoridad

del discurso mismo de los narradores, va la de la economía y la sociología. Se apela a aquella fundamentación con la misma certidumbre que se cita una escena o el diálogo de unos personajes y, en el fondo, es como equiparar dos verdades; una y otra apoyándose mutuamente en un acuerdo, a veces totalitario, que no deja resquicio para otra versión. A las series económicas y los cambios en la dinámica de un modo de vida van paralelas las acciones de unos seres morales demasiado determinados por aquella realidad. La novela, a su vez, se obliga a dar el tono del día; incorpora el debate y las primicias públicas en una obligación que la condena a lo efímero del documento.

En general, parece haber un acuerdo pasivo de los dos discursos en torno a un escenario: relevar; mostrar; trazar un perfil. Todo con miras a la grave tarea de conocer el país desde una necesidad de aleccionamiento y deberes ciudadanos; pero en esa alianza, un discurso se resiente y otro nada gana. Si la literatura se hace subsidiaria de la realidad, y termina en retrato; la economía y la proclama del poder nada tienen que buscar en aquella: la ignoran. Tal vez la literatura termine siendo no sólo muy realista sino muy literaria, y a esa economía seguramente le falta un poco de antropología.

Todo realismo suele ser conservador porque duda de toda mirada que no sea directa; pero tratándose de realismo social, hay el agravante del culto a lo inmediato. Por lo demás, en esa mirada no hay ruptura y se consagra lo justificador previo. Cómo explicar, si no, la determinación de las descripciones del paisaje lacerado y cargadas de pesimismo, que estén ya en páginas de esa pobreza descubierta por el costumbrismo del siglo XIX; reaparecen en la visión estigmatizada que hace de la novedad simplemente la vuelta de lo que siempre estuvo allí. Ninguna complejización. Nada hay de intercambio entre esa nueva realidad y aquellos hombres encandilados; tan sólo la voracidad de unos y el desamparo de otros. Variedad de afanes que hacen de las muchedumbres incipientes seres inerciales aventados por un estremecimiento. Nadie observa, no hay sentimientos soterrados; todo debe decirse o denunciarse, tanto la experiencia de los personajes como los hallazgos del exégeta. Están prohibidos el silencio y las sustracciones. Es preciso el escándalo en una novedad escandalosa por lo que tiene de injusta. Todo lo demás, capaz de engendrar la definitiva identidad de un futuro atenazado, queda en planes o en el franco desdén. El inventario de situaciones y actores, salidos del nuevo orden, sirve



curiosamente para mostrar nuevos usos, pero viejos hábitos. Desde el abogado venal hasta el guachimán —¿no son éstos, acaso, los perros fieles de los vínculos patrimoniales?—, propuestos como modelos de una conducta venida con las nuevas maneras. En el fondo no son sino variaciones de aquella minoridad, detectables en el pícaro y en el *camaleonismo*, por ejemplo.

El punto de vista de las virtudes nacionales se convierte en un obstáculo para dar con el producto del intercambio. Esa moral dolida —incapaz de hacer espacio para la comprensión de unos hombres que ya no son héroes de la patria—, obliga a desechar, como ajenos y extraños a la *gens*, aquellos sentimientos que ya modelan la identidad de los valores públicos en un país que está adquiriendo, de prisa, patrones de relacionamiento respecto a ideas como riqueza, prosperidad, dinero, bienestar; que está remodelando su imaginario y no lo nutre, tal vez, de virtudes teológicas.

El caso de *El señor Rasvel* es paradigmático. Podría ser la antinovela del petróleo ya que, en un esquema de valoración antimaniquea, rompe con el enfoque de lo idílico nacional y con lo perverso extranjero. Encara la transformación como una dinámica más autónoma, y se permite la construcción de tipos humanos más verosímiles, libres en su aptitud para asimilar la nueva experiencia en su carga íntima. Pero, sobre todo, liberan el prospecto de país de los clisés que impiden ver la verdadera voluntad obrando sobre el futuro. Lo nacional inficionado ya no es un acto de degradación de lo virtuoso por el mal exterior; sino una consecuencia de las nuevas formas de organización del poder. Es la vida orgánica haciendo su propio espacio y mostrando, para bien o para mal, unas elecciones. “*El señor Rasvel* posee importante significación en el desarrollo del tema del petróleo en la novela venezolana. Y ello a pesar de que no se concentra en el asunto en cuestión”. Cuán reveladora es esta afirmación. Cree partir de una constatación y termina siendo un juicio sobre la personalidad del tema de amplias consecuencias. Esta novela es, en puridad, la primera y, tal vez, la única cuya acción resulta implícitamente deducible desde el universo cultural del petróleo. Discurre, en su totalidad, en una oficina o en espacios cerrados, y tal cosa crea un equívoco o, al menos, confusión sobre un tema asociado a espacios abiertos, al discurrir de grupos ruidosos en contrapunto de voces legitimándose entre sí y mediados por un paisaje *ad hoc*: máquinas y naturaleza. Cuando estos elementos faltan, cunde el desconcierto y novelistas y público parecen mirarse a la cara.

Desde los papeles que firman los gerentes hasta el perfume que Rasvel usa cuando va a visitar a sus amantes, todo rezuma el olor del petróleo. El bullir del local —que uno adivina estrecho y tal vez incómodo— transparenta el alma de los confiados en la redención. Ésta tendrá su escenografía precisa no en el fresco abierto de una épica de masas, sino en la gestión sibilina de unos grupos confidentes del Estado.

Cuando el tema ya ha colonizado unas maneras y, diríamos, se ha nacionalizado; entonces se vuelve sutil, invisible, y el espectador capaz de dar con él será quien ponga en cuestión un tiempo sospechoso. Sobrestimar el ritmo de campo abierto (*Mene*) significaba reducir la épica del petróleo a la historia pública. Esto ha pesado en exceso en el análisis. El espejismo que crea *El señor Rasvel* podía entenderse desde la tradición de una literatura de tesis, en la cual el intelectual se hace gestor de ciudadanía y termina encargado de aleccionamientos ajenos a su tarea (Gallegos). Carrera señala aquel mundo de oficinas y transacciones, y sus consecuencias, como incidentales. “La misma trama hubiera podido sustentarse sobre una situación semejante en otro tipo de empresa no petrolera”, dice, para hacer una generalización no muy conveniente al objeto de su propio estudio. No obstante, es tal el peso de un clima y unas tensiones que el autor dedica a esa novela los párrafos más extensos y se detiene en citas puntuales. Hacia el final de su comentario parece ceder ante la evidencia: “En ella se desarrolla una trama asentada sobre asuntos relativos al gran tema, se amplían las perspectivas con la inclusión de aspectos financieros...”.

El tema parece definido por su condición de noticia o de documento que informa; cuando se diluye y se hace constitutivo, entonces desaparece de la consideración. “No es, pues, el asunto petrolero determinante en la novela”. Y, sin embargo, ella inaugura la configuración más clara de un hacer —por encima de lo pintoresco y de la denuncia— contra los clisés de lo adánico y lo demoníaco, lo bucólico y lo urbano. Establece, para los tiempos que vendrán, un enfoque que hace del realismo no ya el cuadro de lo visto en un contexto, sino de lo presentido, de lo imaginado desde el centro de la crisis.

El ascenso de las novedades es un espectáculo constatable en una narrativa nacida casi de la nada, sin antecedentes en el tiempo real de los procesos. El enfoque externo del acontecer revela la necesidad de los novelistas de informar y dar noticia de las recepciones y las maneras sali-

das del intercambio: técnica, economía, política. Se diría que son algo nuevo para una novelística un tanto retrasada, acostumbrada al manejo de cuadros inmóviles y de grupos humanos relacionándose en el esquema —relativamente autónomo— de los intereses de pueblo y tierra, cuya acabada expresión sería el criollismo.

El mundo dinámico de interrelaciones y de objetos referenciales ajenos a aquella perspectiva, irrumpe en la psiquis de los actores y los dispone para el desconcierto y también para el acomodo. Industria en su expresión de ruido y movimiento, el maquinismo y su aureola sobrenatural en un medio agreste, son escenarios frente a los cuales el narrador debe disponer de otros recursos. Ceñir el momento e incorporar los rasgos de un discurso volátil, inaprensible, todavía en conflicto con un imaginario, pero suministrando con rapidez los elementos del emergente modo de vida, resultaba una tarea difícil para una tradición en la que el cuadro de acción estaba dominado por el hombre en el paisaje. El escenario tenso de la cosificación debía ser digerido desde la autonomía de la propia novela y, a la vez, abandonando el seguro territorio de lo relacionable.

La novela —acostumbrada a tratar con la economía en un sentido personal y directo— ahora se encuentra sin eslabones en un escenario donde las evidencias deben ser reconsideradas. Muchos de los tópicos de formulación ideológica no sólo extraños, sino que, tal vez, había que construirlos: masas emergiendo sin guión previo, sustitución de perfiles valorativos, todo en una redefinición de los alcances del poder; determinante para el destino inmediato y la larga permanencia de aquellas masas, tesoro de buscadores de fortuna y diagnosticadas irredentas. El realismo debía resultar un aliado más grato que útil. La primera novela sintética y orbital —*Mancha de aceite*— está construida sobre esta vocación y viene amparada por el prestigio de la experiencia, lo que añade al documento el concluyente peso de lo moral. El tema del petróleo nacía destinado, y casi condenado, a consignar el eco de deberes ajenos. Un catálogo de certezas domina a unos retratistas angustiados por la biografía del país, y quizás por su reputación.

Imperialismo, los malos hijos, la expoliación, la pérdida de soberanía, son como precipitaciones dentro de las cuales podemos ver el eco de aquella devoción del escritor pedagogo. Largo rato se detiene el estudio en el tipo del yanqui bueno, y lo hace para juzgar la objetividad del realismo de estas novelas. El tema parece estar sancionado de antemano; pero si el intento del narrador es una posibilidad de exploración de lo humano

extraño, en el sustrato del correlato no puede ser sino ingenuidad: no hay tal yanqui bueno.

Las simpatías se las lleva *Mancha de aceite*, por ejemplo, denunciadora y directa; mientras *Oficina N.º.1* o *Sobre la misma tierra* quedan para curiosidad de una aproximación extemporánea. En *Sobre la misma tierra* la elaboración del yanqui bueno es o una patraña o una ingenuidad (Carrera *dixit*). Las exigencias que los críticos plantean para las novelas-documento llevan a que un autor como Díaz Sánchez se pregunte por qué en el largo íterin que va desde la aparición de *Mene* hasta los años cincuenta, las lagunas de aquella novela no han sido subsanadas, su “desnudo testimonio” no ha sido mejorado. No es tanto una referencia a la escasez como insistencia en una tarea, mostrar aquello que estaba incorporándose a lo nacional; es una queja recogida por autores y críticos, y ese consenso nos habla de la principal preocupación de una escritura devota del correlato: la anatomía de lo social.

Este formato ya tiene un modelo acabado desde 1935: “La experiencia directa del autor y su postura ideológica de preocupación social, asientan *Mancha de aceite* sobre una base vivencial que la hace la más vigorosa novela del petróleo en Venezuela hasta el presente”. Prolongación del debate redencionista de los prohombres y sus acuerdos mentales sobre el imaginario del país, la ficción se sitúa en la línea recta de lo aleccionador. El alejamiento de los propios deberes y las imágenes moralizantes, pueden ser el decepcionante resultado.

Si la novela norteamericana del sur —con Faulkner, Caldwell, McCullers entre sus grandes representantes y marcada por coordenadas similares de intolerancia y economía— elabora tipos psicológicos y desarrolla conflictos en mundos cerrados, no es, seguramente, por la ausencia de un contraste exterior como el imperialismo y la novedad técnica; se debe, sobre todo, al hecho de ponerse de espaldas al escenario general de la sociedad. Las razones por las que esto no es así en el caso venezolano, podrían estar más claras en la historia que en la propia literatura. La “candente arena política” y las tareas asumidas para sí por los alfabetizados determinaron que, en buena medida, la imaginación fuera puesta al servicio de aquello que se había asumido inercialmente: los acuerdos de una sociedad poco imaginativa. La observación no fue defectuosa, pues la curiosidad supo hacerse de un estilo pero, en cambio, resultó prejuiciosa y, tal vez, en un grado mortal.

La *tesis del petróleo perverso* es una construcción de la segunda fase; una manera de intelectualización popular de aquella impresión consignada, quizás al vuelo, por la narrativa como subproducto de la comunidad pospuesta en el ruido de la abundancia. Pero como saber pintoresco no ha debido traspasar las barreras de una oralidad cuya función era drenar amarguras, y está bien que así sea (al menos en Narciso Perozo y su verso: *cuando oigáis que ya no suenan esos pitos del carrizo...*). Pero la literatura aparece muy crédula frente a estos insumos y se limita a tomar elementos del frondoso paisaje; casi a ensamblar, sin más perspectiva que la del testimonio. Prepara, a su vez, el discurso de la crónica y con sus sanciones la condiciona.

Sorprende no poco, descubrir cómo Carrera identifica los componentes de la tesis, los ordena y descubre lo tendencioso del narrador. Sin embargo, se detiene ante la consideración valorativa y no llega a hacer la denuncia de la tesis. “Y todos los males reunidos, recrecidos. De donde nace no sólo el espanto y el rechazo ante esa realidad, sino hasta una suerte de prejuicio casi supersticioso contra el petróleo”. Narrativa y crítica reafirman un acuerdo, texto y exégesis permanecen en una línea de relevamiento, casi cartográfica, cuyo telón de fondo es el correlato. Una voluntad como ésta podría darnos desde las vueltas del paisaje eglógico en la Arcadia mancillada, hasta la protohistoria del movimiento sindical. Más que indagar, esto era nutrirse de los planos ya trazados de una discusión agotada por incestuosa: los dolores del imposible proyecto nacional.

Entre Urbaneja Achelphol y *Todo un pueblo* pudiera quedar bien delineado este espacio insistente reaparecido en los frescos de la novela petrolera: país menguado en su reciente versión del profanador. Frente al retrato de la novedad se imponía la denuncia. Desde una tradición unificadora de la realidad y, diríamos reduccionista, el catálogo de agravios retenía para el escritor responsabilidades de tribuno. Esta convicción se ejecuta de manera metódica. La obra de ficción es objeto de interrogación en términos periciales al punto de dar, muchas veces, con solapados impulsores y justificadores.

Gallegos, en *Sobre la misma tierra*, se hace reo de un cargo inesperado, pero no tanto si la novela se encara desde otras razones distintas a su función inmediata. Es la ausencia del favorecido tópico de la corrupción de las instancias públicas, el análisis la explica directamente por la *situación de clase* del escritor: “Es la corrupción oficial nacional en el engranaje petrolero —que con tanto énfasis denuncia *Mancha de aceite*— y cuya

ausencia en *Sobre la misma tierra* constituye una de las lagunas esenciales...". Gallegos no es un disidente; es, más bien, un hombre conservador que rinde culto al orden sancionado y sus protocolos. La denuncia de sus novelas pertenece a la noción de ciudadanía como crisis, aunque el modelo político tal vez le resultaba indiferente. Hay, pues, a juicio del autor, una omisión generosa con el poder, o alcahueta, en vista de que aspiraba a la continuidad de ese orden institucional. "En tales condiciones Gallegos no hubiera querido comprometer el buen nombre del gobierno, que él más bien aspiraba a consolidar...". Una lectura de la obra previa de Gallegos mostraría, antes que a un oportunista, a un venerador de la sociedad como resultado del hacer de los hombres formales. Tal vez no hubiera sido necesario llegar tan lejos. Abierto recelo del discurso del extranjero, cuando éste hace *mea culpa* o se afilia al partido de los explotados, es considerado personaje acartonado o esa posición "pierde la mitad de su esencia". El esquema previo niega toda posibilidad de elaboración en un escenario distinto al de los intereses de aquello que se ha acordado para la novela: ventilar lo nacional.

La duda permanente de las bondades de la nueva economía hila un memorial de quejas y tonos lastimeros. Esto cierra cualquier posibilidad de diálogo con la novedad y sus agentes. "Forzada objetividad", se llama a la elección del novelista capaz de atender el rumor de la autonomía; todo lo demás sería, entonces, objetividad natural. Ruptura y exploración están limitadas al territorio de lo demostrable en el ámbito de una escenografía real. Poco creíble será el gesto del otro "que por misteriosas cualidades íntimas, hasta entonces ocultas, de repente decide ser un hombre de honor...".

Realidad y novela parecen estar condenadas. Aquella, a cierta clase de redención; ésta, al documentalismo militante. Imaginación y apropiación, por la vía de una moral personal, están excluidas y claramente sancionadas. "Lo que se ha hecho es inventar a Hardman. Su misma índole excepcional, a todas luces singular, le resta significación en una novela que aspira a tipificar una realidad...". Las demandas parecían autolegitimarse, la función estaba prescrita, y un mundo y su utilidad le daban por descontado.

Como se ve, la novela del petróleo difícilmente podía aspirar a una contemporaneidad de amplia representación. Subsidiaria del criollismo en muchos casos, se esperaba de ella el reforzamiento de un *ethos* y no su revisión. Documentalista y mediadora, le faltó distancia en una tarea donde los ruidos no hacían el espectáculo sino que lo mostraban.

A la proverbial escasez, ya diagnosticada, se sumaba el guión exitoso. Fuera de él, todo puede ser llamado *idealizaciones* desde la propiedad de la reglas del juego. Llama la atención la proliferación de cuadros y estampas, lo fragmentario y lo inacabado, libros parciales y a retazos, y no por eso menos eficientes. Quizás es un tono no poco exacto de la cultura del petróleo, y está justamente en un ritmo de exposición, porque la realidad era, de alguna manera, experimental, movidiza, aleatoria. El estilo del panorama desbordaba la intención aleccionadora y de tesis. Seres de ocasión, personajes sin genealogía ni biografía, son el insumo novedoso de una escritura urgida de aprender de sus objetos y, sobre todo, de creer en ellos. Qué interesante hubiera sido si una conducta como la complicidad del criollo (Ubert, Montiel, los guachimanes), en vez de habérsela tachado como reprobable y ajena a una idiosincrasia se la incorpora a la continuidad de una patología consagrada en el *camaleonismo*.

El inventario de asuntos de la novela del petróleo va sumando situaciones y escenas que siempre habían estado allí, era el fresco de una sociedad atascada en la tarea de generar civilidad: la fragilidad de un temperamento, sus hombres venales, las instituciones desarticuladas, la carencia de un sentido de país. Los aparentes entusiasmos del retratista consisten en asociar todos aquellos rasgos a la nueva presencia gestora; así como probablemente los observadores de la Emancipación o de la Guerra Federal hayan visto estigmas que no eran sino latencias de otras continuidades.

Si la novedad no logra ser articulada a una identidad reproductora, se entra en conflicto con ella y el resultado es una aculturación negativa; la sanción moral es inmediata y lleva al rechazo militante de todo aquello capaz de modelar un intercambio. De hecho, hay poca o ninguna resistencia, y el flujo termina por establecerse a través de un mecanismo en el cual la cultura más prestigiosa entra a saco y se impone mezclándose a voluntad. Pero el precio de aquella actitud recelosa y dudosamente crítica, termina siendo la incapacidad para la disidencia. El mérito de *El señor Rasvel* es haber igualado unos intereses aceptando la alteridad; reconocer al otro para conocer su mundo y apropiárselo. Si esa relación es la cerada, y está contenida en la unidad de la mala conciencia, es por negarse a la demagogia del maniqueísmo que presupone las bondades de unos y las perversiones de otros. Básicamente, el error consiste en no reconocer la diferencia y, sobre todo, el desigual estatuto de fuerza de las culturas enfrentadas.

Carrera se propone, en su libro, una tarea de rastreo de la presencia que sabe ha dejado huellas visibles aunque no numerosas. También se ha provisto de un detector y busca, pues, un sentido para una escritura encarada con un tema. Y si las variaciones de esa novelística son previsibles; si cierta voluntad de retrato colectivo la conduce sin más riesgos que el poco o mucho énfasis dado a unos afectos, pudiera ser comprensible la valoración que habla del “mal moral”. Esa historia “moral”, definida desde el poder y sus usos, desde la patria desgarrada, nos ha dado un exceso de lamento y poca prevención. Es como una saga ruidosa sin actores, seres movidos por el viento y huyendo siempre del centro de los hechos, debilitando cualquier posibilidad de signar esa historia y cargarla de determinaciones societarias de carácter ontológico.

Frente a ese espectáculo sobrevaluado, el individuo tiende a desaparecer. Delega en otros y se hace pura representación; no tiñe con un estilo distintivo unas maneras susceptibles de ser reivindicadas como herencia de un carácter. Y, sin embargo, otras determinaciones se resienten, se apagan en el esfuerzo de aquella fe en lo público; entre la exaltación y la representación de un ciudadano mutilado, apenas esbozado en su penuria cívica, se erosiona el sentido de responsabilidad individual. Entregado a los gestos opulentos de las soluciones aparatosas –poco o nada hay de esa certidumbre que hace de la suma de virtudes la seguridad colectiva– el venezolano persiste atascado en una minoridad, que en buena medida, está consagrada en la historiografía sancionadora de élites y doctores, y exculpadora del sordo ritmo anónimo de las masas que se hacen conducir.

Significativa es la explicación que se nos propone de la existencia de los *clubs* en el campo petrolero. *Campo sur* –de cuya detenida observación no debemos dudar pues sus 40 páginas son la redacción de 5 años–, sirve al análisis al identificar un mecanismo expedito de aleccionamiento de esos sectores débiles y propensos al extravío. Atraídos por las tentaciones desde el momento en que el artilugio existe, ellos ya no son responsables de nada: “Así surgen los numerosos *clubs* del campamento, multiplicados como una forma calculada y dirigida por la compañía de estimular la evasión y la indiferencia social y política entre los pobladores de la zona”.

Entre la defección de las élites –eso que Mario Briceño Iragorry llamó *la traición de los mejores*–, y la absolución de los indiferentes los pro-



cesos públicos en Venezuela son como un simulacro con grave balance, pero sin actores. El asunto de los entreguistas reaparece aquí y allá como un recordatorio de la fragilidad de las estructuras internas; pero el análisis se vuelca parcial a la recriminación moral. Asimismo, una noción puramente territorial de independencia y soberanía predispone para los perfiles a campo abierto. En todo caso, la ausencia de continuidad impide ver la evolución de los hechos en un plano de contrastación y obstaculiza su valoración. Presencias ominosas, cambios compulsivos, matices e intereses: parece haber más trama que novela. Esquematismo reductor que niega un mundo y sólo reivindica experiencias en una ecología. De alguna manera, hay simetría entre novela y realidades, pero corresponde a aspectos de una negatividad sin solución.

Si es la discriminación y el rechazo lo que une a los violentados y no la organización, de igual modo los narradores parecen aglomerarse en torno a los grandes clisés: la locura del petróleo, el éxodo campesino, etc. A aquellos, la novedad no les revela otra dimensión de las relaciones interpersonales —la trascendente sustitución de la fatalidad por la angustia, digamos—, tan solo la dura cara de los opresores; a éstos, una solvente tradición de observación de la comunidad, el costumbrismo no les sirve de mucho. Uno se pregunta si acaso los horrores del alcohol y la violencia retratados por la crónica criollista, e incluso el costumbrismo del siglo XIX, corresponden a otra realidad. Es una manera de hacer vitalicios los errores y las conductas trastornadas, y afirmar unas virtudes más deseadas que ejecutadas. Pero sí sorprende la casi absoluta falta de humor en estos cuadros enfrentados a lo variopinto; nada de picaresca o parodia en estas exploraciones cuya materia prima es un escenario ambiguo y provisional. La seriedad truena y se hace solemne, el punto de partida es la sospecha, lo más cercano a otra actitud es el sarcasmo, un poco triste, de Teófilo Aldana en su marcha frente a la cerca del campo en *Mene*. Tanatólogos, podríamos decir, sin menoscabo de esos decididos diagnosticadores del caos y el cataclismo; por lo demás, pareciera condición suficiente para escribir novela del petróleo ser antiimperialista. Todo es razón. Los acuerdos previos minan la imaginación y, así, la ficción es pura circunstancia.

El obsesivo balance nos habla de males y beneficios en un claro sacrificio de lo residual, de lo asentado más allá del acuerdo de los avisados y el *rèclame* anodino. En la compleja realidad, la sociedad se hace tensa, se mimetiza y adquiere su rostro verdadero: el país de quince y último

predicho por Picón Salas, el resabio antisocial de sus empresarios, su Estado impune y su ciudadanía de registro y cédula de identidad, la angustia ante el fracaso de no haber podido construir un orden de bienestar.

Tampoco de aquellas requisitorias aparatosas era previsible imaginar el cambio de estatuto de la mujer venezolana y/o la fiesta, ya hoy monótona, de las multitudes educándose en las universidades. Seguramente la sobrevaluación de la industria, ese deslumbramiento por los saberes de los técnicos, y el modo de vida de los que habían traspasado la cerca, engendró esa visión escapista dominante en las ideas populares sobre la industria, consagrándola como la realización de toda vida profesional. El fetichismo de una economía fundada en la artificialidad de un proceso que nada produce y nada transforma –pero que condiciona raigalmente–, y el prestigio de una actividad acordado por gente filisteo y espiritualmente marginal, rigen las expectativas de la sociedad venezolana de hoy. No recoge esa novelística tipos que elaboren el entorno, contempladores puros; todo razonamiento parece concebido para desembocar en la acción.

Repara Carrera en la ausencia casi absoluta de personajes aureolados de simbolismo, y esto lo atribuye al realismo como mecanismo de exigencias más inmediatas. Privilegian “la captación concreta de un fragmento de vida”. Valora la discreta tensión de algunos personajes “secundarios” y descubre la vocación eficiente de los observadores oblicuos, su autonomía en un guión donde los fragmentos pudieran dar un tono más estable: Phillibert y Aldana de *Mene*, los oficinistas de *El señor Rasvel*.

Al hacer una especie de catálogo de subtemas, el autor cita en la sección “Campos petroleros” un párrafo de *Oficina N.º 1* y, más que ilustrar sobre el campo, ilumina de un tirón las posibilidades de una realidad superior y, sobre todo, diferente al juicio de los recién llegados, plena de determinaciones; dimensional: “Para aquellos días no eran más de ocho los ranchos de palma de moriche plantados sobre la sabana. El más importante era el de Nemesio Arismendi, el comisario, un vendedor ambulante que llegó al lugar con las limitadas aspiraciones de liquidar una carga de cerveza”. Quizás sea este el escenario de la verdadera épica. Esa donde el riesgo deja de ser audacia y se convierte en fe ante el rumor producido por un desplazamiento, el del fatalismo por la angustia. Cuando lo trágico social cede espacio a los episodios del día, y el escenario se nutre de la relación de los agonistas, entonces aparecen otras explicaciones, me-

nos interesadas en el testimonio y los destinos colectivos y, por eso mismo, menos urgentes. Retengamos, por ahora, un balance, la descripción de un horizonte y sus incertidumbres. Apunta a una elección, a lo hecho desde el fervor de unos deberes demasiado conspicuos. Pero las omisiones también muestran una fe: la negativa a dirimir pendeencias y conciliar en la intimidad. Y, más que fe, acaso no sea la entrega a la somnolencia y en la intemperie.

Miguel Ángel Campos

## Bibliografía:

- Mario Briceño Iragorry. *Ideario político*. Editorial Las Novedades. Caracas, 1958. 257 págs.
- Gustavo Luis Carrera. *La novela del petróleo en Venezuela*. s/e. Caracas, 1972. 179 págs.
- Miguel Ángel Campos. *Las novedades del petróleo*. Editorial Fundarte. Caracas, 1994. 136 págs.
- ———. *Desagravio del mal*. Fundación Bigott. Caracas, 2005. 126 pags.
- Ramón Díaz Sánchez. *Mene*. Cooperativa de Artes Gráficas. Caracas, 1936. 136 pags.
- Antonio López Ortega. *Discurso del subsuelo*. Oscar Todtmann Editores. Caracas, 2002. 211 págs.
- John U. Nef. *Fundamentos culturales de la civilización industrial*. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1964. 207 págs.
- Nicole Saint-Gilles. "L'implantation de l'industrie petroliere au Venezuela, vue par les ecrivains: romanciers, conteurs et essayistes (Memoire pour le diplome d'etudes superieures) Institut D'etudes Hispaniques de Paris. Mai, 1959
- Miguel Toro Ramírez. *El Señor Rasvel*. s/e. Caracas, 1934. 94 págs.
- César Uribe Piedrahita. *Mancha de aceite*. Renacimiento. Bogotá, 1935. 138 págs.

## Veredicto

Los suscritos, Miembros del Jurado del PREMIO MUNICIPAL DE LITERATURA (Mención Prosa) correspondiente a 1971, después del examen de las obras concursantes, reveladoras del avance de las letras en nuestro país, otorgamos el Premio al Libro *La novela del petróleo en Venezuela* (inédito) del escritor GUSTAVO LUIS CARRERA. Esta obra reúne las condiciones de ensayo literario y crítica, y evidencia originalidad de pensamiento, sólida cultura humanística, del arte y la literatura y conocimiento y sagacidad crítica, exigida por las Bases del certamen.

Caracas, 7 de Julio de 1971

Dr. Eduardo Arroyo Lameda  
Dr. José Luis Salcedo Bastardo  
Dr. Juan Fco. Reyes Baena

Este libro versa sobre una novela que no existe. Y no hay en ello ninguna hipérbole. No se da en Venezuela una novelística del petróleo, como, por ejemplo, está presente en el ámbito hispanoamericano una novelística de la revolución mexicana, o siquiera con la condición irregular con que sí hay una novela venezolana de la dictadura gomecista.

No quiere esto decir sin embargo, que se va a tratar aquí de enjuiciar una por completo ausente novela del petróleo en Venezuela. Pero sí queda establecido, de entrada, que será más una labor de rastreo y determinación de trayectorias y significaciones, que un análisis claramente señalado en su ruta por variadas obras de reconocido y evidente valor histórico-literario. Así, en ese seguir la huella petrolera, a veces se hará referencia a producciones carentes de real importancia en la historia de la novela venezolana, y a otras o las mismas de escasa o ninguna categoría literaria artística digna de consideración.

Por otra parte, en ocasiones será cuestión de novelas pocas oportunidades, por cierto que ofrecen una visión global o parcial intensa de temas petroleros como su asunto central; y en otras de obras novelescas que sólo aluden incidentalmente a juicios generales o a zonas muy reducidas del gran tema. Todo, como se ha dicho, con vistas a establecer la trayectoria del tópico petrolero en nuestra novela a lo largo de mínimos señalamientos o enfoques panorámicos más detenidos.

El punto de partida lo constituye la que se presenta hasta ahora como primera novela que hace referencia al petróleo venezolano para proseguir con las obras que muestran la pervivencia evolucionada y con frecuencia ampliada del tema hasta la aparición de la primera novela del petróleo propiamente dicha. A continuación de esta fecha clave, la línea de

desarrollo prosigue con las otras pocas novelas del petróleo y con aquellas grandemente vinculadas con la agrupación específica y, aunque no puedan considerarse, en rigor, como creaciones fundamentalmente sustentadas por el ambiente petrolero. De este modo, podríamos precisar nuestra ruta de trabajo como marcada por los antecedentes de la novela del petróleo en Venezuela; por las novelas del petróleo propiamente, a partir de la publicación de la primera de ellas; y por las obras novelescas muy relacionadas al asunto petrolero, posteriores a la aparición de la inicial. Todo esto con el complemento de un apéndice que incluye los textos íntegros para su mejor aprovechamiento y en descargo del peso del cuerpo del libro de todos los antecedentes de la novela petrolera y de obras posteriores a la primera, pero difícilmente asequibles y de indudable interés.

Las dificultades naturales del recorrido que se intenta en este estudio, se acrecientan en consideración de la novedad del tema lo cual equivale a decir escasez de fuentes de consulta. Pero, en última instancia, esa novedad y esa ausencia de trabajos previos que ofrezcan guías y prevenciones, constituyen un atractivo más para tratar de efectuar la marcha, sin perder de vista los riesgos inherentes a todo desbrozamiento de camino en terrenos de vegetación tan enrevesada como puede serlo el que atañe a uno de los aspectos vitales del proceso económico y político del país.

En general, el tema de la explotación petrolera y su mundo peculiar no ha tenido la resonancia que le corresponde en la novela hispanoamericana. Los títulos representativos parecen reducirse al mínimo (podría citarse, por ejemplo, la novela *Huasteca* (1939) del mexicano Gregorio López y Fuentes). Y ello a pesar de que las actividades petroleras son elemento significativo en la economía y la vida general de varios países hispanoamericanos. Podría, sin embargo, explicarse la penuria destacando lo nuevo de la industria petrolera en nuestras tierras, hecho que nunca le permitiría situarse, como motivación literaria, al lado de temas de más profunda y lejana raíz social y humana, tales como la lucha por la tierra o los conflictos de las comunidades indígenas. Pero, sin desechar por completo esta consideración, es evidente que hay razones más poderosas que explican esa ausencia con respecto a una circunstancia que si bien no es remota, ya cuenta con una historia extensa y sobre todo intensa en cuanto a su repercusión en la historia general de cada país donde se da.

Estas observaciones elementales aplicadas a la novela hispanoamericana, resaltan de manera rotunda al aplicarlas al caso particular de

Venezuela. País petrolero por antonomasia en el continente, y país de novelistas para algunos críticos, carece sin embargo, de una novelística del petróleo. El tema presenta cierto cultivo en el cuento (Ramón Díaz Sánchez, Valmore Rodríguez, Gabriel Bracho Montiel, Arturo Croce, Gustavo Díaz Solís), en el ensayo de valor literario (Joaquín Gabaldón Márquez, Enrique Bernardo Núñez, Mario Briceño Iragorry, Arturo UslarPietri) y en innumerables artículos periodísticos. Pero en la novela sólo se puede hablar de negación, de ausencia. Ya hemos dicho que no existe en nuestro país una novelística del petróleo. Y allí está el hecho irrefutable: tres o cuatro novelas propiamente de la clasificación específica no pueden constituir un cuerpo novelístico suficiente, menos aún en relación a un país donde el petróleo es una especie de nervio rector de la economía, de los cambios políticos, de grandes y pequeñas transformaciones en la vida social, y hasta de diversos arquetipos culturales y mentales comunes. Tal situación de inmediato lleva a tres grandes preguntas: ¿qué se ha novelado del petróleo en Venezuela?, ¿cómo se ha procedido para lograr los reflejos perseguidos?, ¿por qué la escasez de obras representativas? A la resolución de dichas interrogantes se dedican las páginas de este trabajo, después de sentar la base ilustrativa de un recuento general de la evolución histórica del tema novelado.

En este caso, pues, como se ha apuntado, nuestro interés va hacia el rastreo del tópico petrolero en la novela venezolana; a la determinación de los grandes temas o asuntos centrales; y al registro de los principales recursos técnicos de creación, como formas de presentación de una realidad e incorporación de sentidos ocultos y simbólicos; para finalizar con la consideración de las razones profundas que determinan el hecho no poco sorprendente de la escasez de novela petrolera en el país del petróleo. Lo que se pueda lograr al respecto en este intento de búsqueda e interpretación, será su mejor justificación y la base de su interés para futuros y más completos estudios.



## [ Capítulo I

### Breve historia del tema del petróleo en la novela venezolana ]

Cinco años antes del comienzo de la producción del primer pozo petrolero exploratorio (Zumaque N<sup>o</sup>1, en el Estado Zulia), Ramón Ayala A. ofrece en su novela *Lilia* (Caracas, 1909) tal vez la primera mención en obras del género de la riqueza petrolera de Venezuela.

Para entonces, la historia del petróleo en Venezuela se reducía a los relatos tradicionales del uso que del Mene hacían los indígenas de la costa del Lago de Maracaibo, en aplicaciones prácticas a modo de impermeabilizaciones. A vagas alusiones al empleo semejante, en el calafateo de barcos, que de él hicieron conquistadores españoles. A las referencias a las incursiones, con frecuencia por la fuerza de las armas, de piratas ingleses y franceses del siglo XVII, al Lago de Maracaibo para apoderarse de asfalto para calafatear sus barcos (estableciendo desde el comienzo la rapiña en la historia del petróleo de estas tierras). Y los datos más cercanos relativos a la primera explotación comercial y refinación en 1878 en el Distrito Rubio del Estado Táchira por parte de la Compañía Petrolia del Táchira, integrada por empresarios nacionales y dedicada a la explotación de un lago de asfalto y a la realización de mínimas perforaciones; a las primeras concesiones de considerable extensión para la explotación de asfalto otorgadas a solicitantes venezolanos y referidas a los estados andinos, Zulia, Guárico y Falcón; a la presencia directa de compañías extranjeras, como la inglesa Val de Travers Company en el Estado Monagas, y la norteamericana New York and Bermúdez Company explotadora del lago de asfalto más grande del mundo: el lago de Guanoco, en el Estado Sucre (compañía, dicho sea de paso, que encarna tal vez la primera intervención petrolera descarada en la política nacional con el propósito de derrocar

un gobierno,<sup>1</sup> a las primeras concesiones de amplias zonas otorgadas a venezolanos y de inmediato compradas por compañías extranjeras<sup>2</sup>, para las cuales ellos sólo sirvieron de intermediarios.

Ayala no percibe aún la problemática petrolera que se va concretando con peso cierto en la realidad nacional, y se limita a señalar la existencia de gigantescas *minas de asfalto*<sup>3</sup> como uno de los más grandes recursos naturales inexplorados en el país. Así, cuando salen embarcados rumbo a Trinidad, en escapatorio exilio ante las contingencias políticas, Juan anima a Carlos a tener fe en la capacidad de desarrollo de Venezuela en el futuro, a base de sus múltiples riquezas naturales:

... sus minas de oro, de cobre, de hierro, de asfalto, estas últimas las más gigantescas de la tierra, están clamando por la mano de la civilización. (p. 114).<sup>4</sup>

Y en esta enumeración se advierte una esperanza, donde el soporte central lo constituyen esas gigantescas minas de asfalto; que, por cierto, como anhela el autor en interesante visión de porvenir, no tardarán en recibir no sólo la mano de la civilización, sino también –por desgracia– de la desmedida explotación, en diversos sentidos del término.

El mismo Juan precisa que todo es necesario preservarlo y aprovecharlo para el bien del país como defensa continental ante los apetitos yanquis:

... mas llegará la hora de la reconstrucción patria, que así podremos contribuir a dar fuerza al abrazo en que deben estrecharse todos los pueblos latinos del continente, ya que el águila del norte nos asecha, con más avidez y aun más de cerca, que los buitres siempre hambrientos de la Europa conquistadora... (p. 115).

Y aquí, de hecho, Ayala –que había vivido en Estados Unidos, exilado por el gobierno de Castro– está fijando un vínculo que habría de ser definitivo en Venezuela: el petróleo y el pico voraz del águila del Norte. Hecho para él natural y directo, pues la prevención ante las pretensiones del imperialismo yanqui –comprobada para aquella época en la historia cercana– fue actitud bastante generalizada entre los escritores progresistas de la época en toda Hispanoamérica; quienes, más que sus semejantes liberales de la actualidad, parecen haber tenido públicas posiciones pa-

trióticas de raíz nacionalista. Además, era un temor basado en la práctica, una amenaza tan actuante como lo es ahora. Son las actitudes las que han variado; la amenaza no sólo existe, sino que se ha plantado como realidad cumplida.

En 1912 aparece (aparentemente en Caracas) la novela *Elvia*, de Daniel Rojas; representando ya una incorporación considerable de temas y situaciones concretas derivados de los comienzos activos de la explotación petrolera y sus manejos dolosos, dentro del asunto general que mueve la trama sentimental novelesca, la creación superficial de personajes y un interesante propósito de reflejar ambientes caraqueños.

Para el momento de la publicación de *Elvia* no se han producido significativas modificaciones en el estado de cosas petrolero ya señalado con respecto a 1909, año de edición de la novela *Lilia* de Ramón Aya-la. Pero Daniel Rojas avanza sensiblemente en el camino de la denuncia de las depredaciones de los yanquis en materia petrolera, al presentar detalles del modo pirático en que intentan apoderarse de una zona rica en yacimientos. *Elvia* se desarrolla hacia los años finales del segundo gobierno del general Joaquín Crespo, época en la cual el comercio de exploraciones y explotaciones petroleras era aún muy incipiente. Parece claro que Rojas incorpora a la acción novelesca experiencias vividas por el país en los años que median entre el momento histórico que da marco al libro y su fecha de aparición.

En *Elvia* se encuentran menciones —semejantes a las de la novela *Lilia* de “lagos de asfalto” y “mina de asfalto”<sup>5</sup>; pero igualmente ya se habla de “petróleo” al parecer por primera vez—, por cierto a propósito de una de las preocupaciones centrales de la novela: la voracidad imperialista de Estados Unidos y su plan de anexiones y dominios económicos, el cual es entrevisto, a manera de angustiosa pesadilla, por don Roberto, y que comporta claras y concretas aspiraciones relativas a Venezuela:

En esta última, un tanto esquiva a nuestro afecto, debemos doblar la actividad para obtener la explotación de sus selvas, la apertura de canales, concesiones fluviales, propiedades de asfalto y petróleo y la navegación del Orinoco. (p. 108).

Por cierto que los temores de Rojas con respecto a los apetitos petroleros, entre otros, de los yanquis, se fundaban en la práctica y en hechos ya casi totalmente cumplidos, y que, por desgracia, hacían inoperan-

te el calificativo de “un tanto esquiva” ante los Estados Unidos para Venezuela, al menos en lo que a gobierno se refiere y en especial con relación a la época de aparición de la novela, ya en plena dictadura gomecista. Pero aun con respecto al período histórico en que ocurre la acción de la novela, el gobierno de Crespo, las circunstancias políticas hacen valederas sus alarmas, pues los vecinos continentales del Norte no sólo ejercían presiones, difundían apetitos y ganaban autoridad sobre los países, del Sur, sino que además lo proclamaban de la manera más rotunda.<sup>6</sup>

Concretamente en lo que hace a la trama de la novela, será el descubrimiento en su hacienda de los Llanos de una “mina de asfalto”<sup>7</sup>, lo que dará al joven Enrique Bustamante perspectivas de hacerse rico, salir de sus diversas deudas y aspirar con decisión a la mano de su amada Elvia. Pero no bastará todo su entusiasmo para dejar de oír y seguir el consejo de Pedro, encargado de la hacienda y descubridor de la “vasta extensión bituminosa”, basado en la experiencia de la atracción ejercida por los codiciados yacimientos y las amenazas de los ansiosos extranjeros:

... Por eso quiero que no perdamos tiempo y vayamos los dos a verla para acusarla pronto, no sea cosa de que algún *musiú* o algún personaje del gobierno se entere y nos la quite con cualquier pretexto. (p. 128).

Sin embargo, las prisas de Enrique no bastaron. Aun después de hecha la acusación legal de la “mina”, el mercader petrolero yanqui John Smith —de intencionado nombre masivo— tendría un recurso para aprovecharse de la excesiva buena fe del joven: lograr su firma del documento de venta sin la entrega inmediata del dinero. En efecto:

Mr. Smith propuso a Bustamante comprarle la mina por ciento cincuenta mil pesos al contado y el veinticinco por ciento del producto líquido. (p. 136).

El futuro suegro del joven expresó con toda claridad sus reservas al caso:

—Ojalá, amigo mío —dijo el señor Díaz—, ojalá salga bien, porque con los yanquis ni al cielo. Debemos procurar no hacer nada con gente tan peligrosa, ponerle moralmente una especie de murallas chinescas que nos eviten

en lo posible su estrangulante contacto, al menos durante el tiempo necesario para que lo neutralice bien la influencia europea y nosotros podamos ser personas de respeto por el progreso y por la confraternidad de todos los Estados Suramericanos. (p. 135).

Pero, a pesar de sus bien fundados temores —rematados con unas vanas esperanzas, muy difundidas en la época como un refugio ante las ambiciones yanquis, de un contrapeso ejercido por países europeos, sin ver en ellos también apetitos imperialistas—, don Roberto acaba por dar su aprobación a la oferta de compra, por cierto con interesantes argumentos no desprovistos de realismo:

Don Roberto encontró la oferta muy aceptable, hasta por no existir en el país dinero ni vías de comunicación regulares para explotar nuestras riquezas espontáneas, y por vivir pendientes, como ahora de que los movimientos revolucionarios detengan o arruinen las empresas criollas, lo cual da al extranjero dobles derechos y ventajas. (p. 136).

El engaño tiene lugar; pues, en el momento de la venta<sup>8</sup>, cuando Enrique firma el documento correspondiente sin recibir en el acto el dinero. Smith parte de inmediato para Nueva York, y envía a otro aventurero, Morgan —de nombre no menos significativo—, para explotar el yacimiento.

Ahora, en vista de las protestas del joven y de sus intentos de defensa jurídica, los petroleros recurren a un viejo procedimiento en el cual poseen, indiscutiblemente, experiencia: logran hacer aparecer a Enrique como implicado en un movimiento conspirativo contra el mandatario de turno. Enrique va a la cárcel y luego al exilio.

Sin duda éste pareció a Rojas un final muy violento para una novela de asunto amoroso. Aunque tal vez también sabía que era un final muy realista. Pero el elemento sentimental pedía otra cosa; y así, a fin de cuentas, el juicio es ganado por el joven, que logra demostrar los malos manejos de Mr. Smith y compañía. Pero, con todo, Rojas no olvida que vivía en la época de los reclamos de “indemnizaciones” de las grandes potencias sobre los países hispanoamericanos, y en particular con relación a Venezuela, y remata el caso dejando abierta la demanda amenazante de los petroleros que no se dan por vencidos:

Mr. Smith escribía desde New York que si perdía en los Tribunales de Caracas, su gobierno pensaba revisar la sentencia en la Corte Superior de los Estados Unidos, o invocar ante la Administración de Venezuela los servicios que le prestara en recientes años, para que reconociera los derechos de Mr. Smith, o se le indemnizara debidamente. En efecto, pocos meses después de la sentencia, llegó una insinuación diplomática con reticencias imperativas, para que Venezuela pagase a Mr. Smith cien mil dólares por denegación de justicia! (p. 1741-75).

Del mismo modo, tampoco da Rojas por terminado el asunto sin ofrecer —por boca del personaje más decididamente antiyanqui— un pintoresco, agudo y exacto retrato de los invasores petroleros:

—Son los jesuitas del comercio político, que principian por llevar una máquina de escribir; por ejemplo, a un país, y luego se quedan con éste para defender los intereses creados por la máquina. (p. 139).

Cuatro años después del comienzo de la explotación petrolera en escala comercial, publica José Rafael Pocaterra su novela *Tierra del sol amada* (Caracas, 1918). Para entonces han ocurrido hechos de marcada importancia, transformadores de las perspectivas de la industria del petróleo en Venezuela.

En efecto, se había otorgado en 1912 la gigantesca concesión Valladares (doce estados y el Territorio Federal Delta Amacuro), de inmediato adquirida por la Caribbean Petroleum Company (ahora del grupo Shell), que comportaba el derecho a denuncios de explotación hasta por sesenta años<sup>9</sup>. De otra parte, en la zona de Guanoco, Estado Sucre, la New York and Bermúdez Company había empezado en 1913 la explotación de petróleo, determinando el surgimiento del más antiguo campo petrolero productor de Venezuela. Finalmente, en 1914 la Caribbean Petroleum Company puso en actividad el primer pozo petrolero de gran importancia: el Zumaque N° 1, en el Distrito Baralt del Estado Zulia; señalando al mismo tiempo el descubrimiento del campo de Mene Grande, el más antiguo de la región zuliana y uno de los más ricos de todo el país. La significación especial de este hallazgo y de este primer auge en la producción ha establecido que las compañías tomen, para su historia oficial, ese año de 1914 como fecha de iniciación de la industria petrolera en Venezuela.<sup>10</sup>

Sin embargo, a pesar de estos hechos y de la circunstancia más particular de desarrollarse la novela *Tierra del sol amada* en Maracaibo, al borde del Lago que empezaba a identificarse como una de las zonas de mayor abundancia petrolera en todo el país, Pocaterra no dedica atención especial al tema. La acción novelesca ocurre ya avanzada la primera guerra mundial: podría situarse hacia 1916 (la obra viene fechada: "Maracaibo, 1917-18").

Pero el interés del autor se orienta hacia la pintura crítica y satírica de la vida social de la capital marabina, con sus tipos característicos, sus prejuicios aplastantes, sus intereses creados y nacientes, sus vicios e hipocresías.

La presencia del tema petrolero en *Tierra del sol amada* se limita a dos o tres páginas en las cuales Pocaterra desarrolla por primera vez la idea después repetida en otras novelas del nuevo "conquistador", haciendo un paralelo entre el inglés y el yanqui de ahora y el español del pasado.

El primer momento es la llegada de los nuevos "españoles", armados de extraños aparatos y dedicados a sentar marcas incomprensibles:

Ya la ranchería cayó a golpe de invasión: un día algunos "españoles" montaron sobre tres patas largas, de ave zancuda, un aparato oscuro, una especie de garza grotesca con ojos de cristal; dibujaron algo, fijaron a lo lejos una vara llena de jeroglíficos negros y rojos y entraron en la selva por donde ellos abrieron picas inverosímiles, y recorrieron la ribera a lo largo del curso de las aguas y salieron luego en la llanura, fijando estacas, encerrando en ellas la montaña, la sabana, el río paternal... (p. 83).

Pero todo no quedaría allí. Después vendrían los otros nuevos conquistadores, los que perforarían la tierra para extraer no un simple jugo del subsuelo, sino un verdadero *oro líquido*, aunque su color no fuese dorado sino negro o parduzco. Es importante hacer notar esta caracterización porque revela de parte del autor una clara conciencia del valor económico de esta riqueza del seno de la tierra, lo cual da mayor énfasis a su protesta ante la nueva invasión:

En lo adelante irían por allí otros "españoles" abriendo caminos, removiendo piedras, perforando la tierra desde lo alto de torres fantásticas, extrayendo el chorro fétido, rico de grasas, el oro líquido convertido en petróleo... (p. 83).

Paralelamente, al destacar la condición más cruel y avasalladora de los conquistadores sajones, plantea Pocaterra el problema real del desalojo de los tradicionales pobladores de las tierras ahora dominados por la caravana petrolera y de la subsecuente emigración:

Estos, más duros, más crueles, más invasores —más “blancos” también— eran peores que los otros, que los primeros, a los cuales bastaba ceder el lindero de un conuco y la guaricha hermosa... En cambio daban aguardiente, abalorios, un fusil brillante... Ante éstos de ahora han tenido que huir, selva adentro, remontando el ribazo del río, abandonando las trojes, cada día a una más remota jornada... (p. 83-84).

Aunque Pocaterra refiere su idea de la nueva conquista al caso particular del indígena de la zona de Maracaibo —el goajiro, sin duda—, es evidente la simbología general, aplicable a toda Venezuela. Es el mismo sentido absoluto de sus fatales palabras finales sobre el tema, especie de profecía que revela su interés y su angustia sobre el caso; profecía cumplida y preocupante:

La incursión sajona seguirá, metódica, implacable, con oro, con máquinas, con fusiles, río arriba... (p. 84).<sup>11</sup>

Cuando aparece la novela *La bella y la fiera* (Madrid, 1931) de Rufino Blanco Fombona, se han operado cambios totales no ya en las perspectivas, sino en la realidad de la industria petrolera en Venezuela. No en vano han pasado trece años desde la publicación de *Tierra del sol amada*. La transformación es tan radical que ya puede hablarse de una *economía petrolera* y de un *poder político petrolero*.

En este lapso previo a la quinta obra novelística de Blanco Fombona, las modificaciones ocurridas en la explotación del petróleo en Venezuela pueden considerarse definitivas, y no sólo en cuanto al auge de producción, sino igualmente en lo tocante a repercusiones económicas y políticas en la vida nacional. Los hechos son de extraordinaria significación. Así, en 1917 se inician las exportaciones petroleras, dando comienzo a la que habría de ser en poco tiempo fuente principal de ingresos para el país. La economía venezolana dependía esencialmente de la agricultura y a esta rama se dedicaba el gran conjunto de la población activa.<sup>12</sup> El petróleo no era aún factor dominante. Sería necesario que llegase el año de 1922 para que de manera definitiva se marcara el comienzo del gran cam-



bio. En efecto, en diciembre de 1922 se produjo el primer “reventón” fabuloso de petróleo en el pozo “Los Barrosos N<sup>o</sup> 2”, del campo La Rosa (Estado Zulia), que se convirtió en una especie de surtidor incontenible durante nueve días, arrojando unos cien mil barriles diarios. El hecho atrajo la atención del mundo petrolero sobre Venezuela, y en particular sobre la zona. Puede decirse que ese “reventón” fue una señal y fue un señuelo: reveló las riquezas petrolíferas del país y atrajo las voraces apetencias de los grandes círculos financieros internacionales de modo decisivo. Es la época del comienzo de la gran locura del petróleo: siete años después del “reventón” de Los Barrosos, en 1929, setenta y tres compañías buscaban afanosamente petróleo por separado.<sup>13</sup> Es el período de consolidación de los capitales petroleros extranjeros en Venezuela y de su consiguiente dominio efectivo. Ya puede decirse que los acontecimientos políticos nacionales giran en torno al petróleo; que la dictadura de Juan Vicente Gómez se afianza a la sombra de las grandes compañías petroleras; que la política internacional venezolana está determinada por los intereses de los grandes *trusts* petroleros mundiales, fundados sobre capitales ingleses, holandeses y norteamericanos. De otra parte, el cambio no tarda en hacerse sentir en la economía del país “hacia 1926 el café es desplazado por el petróleo en la primacía de la exportación”.<sup>14</sup> Mientras tanto el auge sigue sin cesar: en ese mismo año de 1926, en que Blanco Fombona empieza a escribir *La bella y la fiera* (la novela viene fechada en: Madrid, 1926-1927 y Clos Simón Bolívar, Toulouse, 1929), surge otro campo petrolero en la costa oriental del Lago de Maracaibo, Lagunillas, que en poco tiempo se convirtió en el principal de toda Venezuela.

La significación de esta obra de Blanco Fombona en la evolución del tema del petróleo en la novela nacional es destacada, por cuanto introduce vitales aspectos para la justa y profunda visión política y social de la cuestión. Si bien la presencia del tema se limita a los ocho breves capítulos de la *quinta parte* de la novela, la novedad del asunto y la penetrante caracterización de elementos básicos, conceden valor extraordinario.

De un lado se encuentra Juan Vicente Gómez, el dictador multimillonario que incluye entre sus posesiones “Lagos de petróleo” (p. 856), y del otro quienes lo sostienen, hombres con “cuentas corrientes y acciones que se cifran por millones de dólares, por millones de libras y por millones de florines” (p. 838). Pero Blanco Fombona no sólo establece el vínculo entre el dictador y el poder petrolero que lo mantiene, sino que

además sabe destacar por encima de todo la significación del yanqui en todo esto, preponderancia que ya era una realidad en la época:

Amo de vidas y haciendas en su país, busca fuera, ya que no puede dentro, un señor a quien servir; y se ha puesto a las plantas de los Estados Unidos a quienes vende el país, retazo a retazo, y las riquezas nacionales, día tras día ... Los Estados Unidos, a su turno, lo sostienen en el poder contra los nacionales que no piensan que aquel oscuro Nerón sea el gobernante ideal para una democracia. (p. 862).

Al presentar diversos aspectos de la situación políticosocial del país, el autor describe un campo petrolero como una región “distante, gris, calcinada por un sol tórrido”, donde “se levantaban tiendas, barracas, casucas provisionales” y va en seguida al planteamiento directo del sentido económico profundo de la cuestión:

Es una región del petróleo, es decir, para los trabajadores, uno de los infiernos de aquel país, y para los millonarios y sus agentes, uno de los paraísos de la tierra. (p. 838).

Pero donde Blanco Fombona logra especial significación y claro impacto es en la descripción de un conflicto reivindicativo entre los trabajadores que demandan aumento de salario y los directivos de las compañías extranjeras, que lo niegan. De allí pasa a plantear por primera vez en la novela venezolana una situación de huelga petrolera que tiene además una salida sangrienta donde muestra su complicidad el régimen de gobierno imperante en el país, las “autoridades”, que no tardan en desencadenar su fuerza represiva. El pasaje es vivo y penetrante:

¿Qué ocurre aquella mañana que los obreros no parten como suelen, hacia los pozos y campos de petróleo, al golpe de las siete campanadas que caen de las torres católicas? Los obreros han pedido un miserable aumento de jornal, y aquellos hombres rubios, de ojos azules, aquellos hombres que tienen en los Bancos y empresas de Nueva York, de Londres y de Amsterdam, cuentas corrientes y acciones que se cifran por millones de dólares, por millones de libras y por millones de florines, se lo han negado.

Tres hombres pelirrojos, con cascos de corcho, vestidos de blanco y con quitasoles blancos, reciben, a la puerta de su casa, muy repantigados en su poderoso Roll, la última Comisión de los obreros. Por la primera vez, los tres hombres rubios y barrigones están de acuerdo. Sólo tienen una respuesta, dividida en tres:

El inglés dice:

—No.

El yanqui dice:

—No.

El holandés dice:

—No.

Y corren veloces hacia las autoridades. Poco después de un cuartel parten piquetes de tropa. (p. 838).

La situación llega al climax con la lucha sangrienta entre las dos fuerzas enfrentadas. Los soldados, obedeciendo órdenes de las compañías petroleras, acribillan a los huelguistas y los persiguen cuando van en desbandada... El gobierno se siente satisfecho por el buen servicio prestado a sus poderosos aliados internacionales, y se ocupa entonces de inventar una justificación política interna para sus desmanes criminales:

Ha sido una buena jornada para el monstruo. En la noche, los periódicos hablan de una revolución comunista debelada por la energía del impertérrito “general”. El cable transmite la noticia al mundo. Agencias de información, al servicio de los capitalistas, de los imperialistas y de jefes de Estado como don Tiberio Borgia, confirman el atentado comunista y recuerdan sin ironía el lema de don Tiberio: “Paz y Trabajo”. (p. 839).

Por último, en el tono de sus habituales salidas satíricas —de marcados y expresivos perfiles—, Blanco Fombona proyecta el asunto hacia el vasto campo de las lisonjas que los satisfechos petroleros prodigaban al dictador Gómez; como una representación extrema —culminante en su momento, pero también viva hacia el futuro— del contubernio sin recato. De allí que la nota humorística no deje de ser amarga:

Un contratista inglés, personaje petrolífero, con ínfulas y apoyos oficiales, lisonjea al monócrata irresponsable y bárbaro en esta forma pintoresca:

—Yo estar mocho descontento de sus pisanos, Général. Yo escochar mocho comparación Général con Bolívar. Este mocha injusticia parecerme a mí. ¿Cuándo Bolívar hacer tantas carretas ... tantas carriteras? (p. 863).<sup>15</sup>

En el mismo año de 1931 aparece en París la novela *Cubagua*, de Enrique Bernardo Núñez, obra de original factura, de reconstrucción histórica urdida en dos planos distantes y a la vez comunicantes por correspondencias de temas y personajes: el período colonial y la época contemporánea a la publicación del libro.

Para el rastreo de la huella petrolera, *Cubagua* ofrece algunos puntos de referencia. En primer lugar, una alusión al atractivo de los campos petroleros para los trabajadores de zonas lejanas, en este caso la Isla de Margarita, y en especial para aquellos que se encuentran sin ocupación o sumidos en la miseria:

La perla es la vida de todos. Pocos días antes los trabajadores de Margarita solicitaron la apertura de la pesca antes de que el *turbio* dañase los ostrales. No caía gota de agua en la isla. Las labranzas quedaban abandonadas y los que podían emigraban a los campos de petróleo o al Orinoco. (p. 24).

De otra parte, la novela muestra, con relación al petróleo, un claro ejemplo del doble plano histórico que la compone. Así, Cedeño hace referencia a la existencia de yacimientos petrolíferos en la Isla de Cubagua, y de inmediato la mente de Leiziaga comienza a proyectarse primero hacia el pasado lejano:

¿Hay petróleo? Su memoria comienza a reunir datos, noticias vagas. En Londres se suicidó un sujeto que afirmaba la existencia de una fuente de petróleo en una isla venezolana. Desde Cubagua remitían a España un betún muy solicitado para usos medicinales. Los viejos duques lo pagaban a precio de oro. (p. 38).<sup>16</sup>

Para luego lanzarse con pasión hacia un futuro ambicionado, donde la moderna explotación petrolera modificaría toda la vida de la isla, impulsada por el cambio económico y demográfico, y en última instancia regido por el sello de propiedad estampado en lengua inglesa, o más bien norteamericana:

De una vez podría realizar su gran sueño. En breve la isleta estaría llena de gente arrastrada por la magia del aceite. Factorías, torres, grúas enormes, taladros y depósitos grises: "Standard Oil Co. 503". (p. 39).

Pero además de esta mención directa de la Standard Oil Company –siempre dueña del petróleo venezolano en cualquier punto donde aparezca, aun en la histórica Isla de Cubagua, si fuera el caso de explotarlo–, la novela ofrece una breve y vigorosa caracterización de la atmósfera que privaría en el supuesto campo petrolero isleño, todo en una alucinante combinación de vida y muerte, de progreso y confusión, de elementos históricos que se repiten: el tráfico de aventureros, la contrata de negros, las embarcaciones –buques, naos– que parten hacia puertos extranjeros. Y todo corresponde imaginarlo a Leiziaga, que evita lamentar la decadencia absoluta del pasado activo de la isla y su presente yerto y estéril, asiéndose al futuro revivificador que su mente ambiciosa entrevé por el camino de los veneros del petróleo:

Pero no importa, piensa Leiziaga. Las expediciones vuelven a poblar las costas. Se tiene permiso para introducir centenares de negros y taladrar a Cubagua. Indios, europeos, criollos, vendedores de toda especie se hacinan en viviendas estrechas. Traen un cine. Se elevan torres de acero. Depósitos grises y bares con anuncios luminosos. También se lee en una tabla: "Aquí se hacen féretros". Los negros llegan bajo contrato. Los muelles están llenos de tanques. Los buques rápidos con sus penachos de humo recuerdan las velas de las naos. (p. 76).<sup>17</sup>

También en 1931 se publica, en Madrid, *Odisea de tierra firme* de Mariano Picón-Salas, especie de mosaico novelesco de cuadros históricos y narraciones autobiográficas, con aspiraciones literarias, sociológicas y políticas.

Al hablar de la situación general del país en la época, Picón-Salas destaca cómo los yanquis entraron a Venezuela en plan de dominadores gracias al general Gómez, con base al hecho histórico de que en el curso de la dictadura del déspota andino fueron entregadas de manera indigna las riquezas petroleras nacionales a los imperialistas del Norte. Y hace resaltar las buenas relaciones entre ambos países, representadas en la persona del embajador yanqui en Caracas, quien a más de su sueldo de di-

plomático, recibe un emolumento especial del general Gómez. Así, todos los años, en las festividades de Año Nuevo, el diligente embajador presenta al general sus saludos y buenos votos “en nombre de la democracia norteamericana”. Y esto es así porque en el fondo Gómez es un eficaz mayordomo de la Casa Blanca, que cuida de las riquezas petrolíferas que ahora pertenecen a los yanquis en última instancia. La denuncia de Picón-Salas es vigorosa y directa, acorde con su posición inicial de demócrata progresista en diversos aspectos:

No hay país más amigo de los Estados Unidos que Venezuela. Los yanquis descubrieron en Venezuela a una nueva riqueza bruja que estaba escondida en el fondo de la tierra y se llamaba *Petróleo*. Venezuela –dicen los diarios del general Gómez– es el segundo productor de petróleo del mundo. Este petróleo ha enriquecido, a más de los yanquis a los hijos, sobrinos, yernos y compadres del general Gómez. (p.144-145).

Esta situación ha hecho de los yanquis efectivos dueños del país, donde ellos se mueven, en las distintas zonas, con aire de aventureros, en calidad de autoridad armada y aun con lujo de modernos recursos para asombrar a los nativos:

...yanquis que se reparten por el interior de Venezuela, con sus trajes kaki, sus revólveres Colt y sus encendedores automáticos. (p. 145).

Desde luego que es un estado de cosas que para sostenerse necesita sus adecuados fundamentos en la política interna. Así, al lado de las carreteras construidas, de los automóviles importados en número creciente, de los millones acumulados por los personajes del gobierno, y de los yanquis que se reparten el país,

El general Gómez tendrá tres o cuatro mil personas en las cárceles. (p. 145).

Pero había otros fundamentos no menos importantes. En determinadas oportunidades –más por los habituales vericuetos– de la ley que por trabas impuestas intencionadamente por el gobierno las compañías petroleras necesitaban de hombres capaces que defendieran sus ambiciones y beneficios en el terreno jurídico. Pero esto no tardaba en solucionarse, ya que el estudio de Leyes en Caracas estaba administrada por

hombres sumisos que sabían formar abogados para las compañías petroleras y para los discursos bombásticos de la tiranía. (p. 147).<sup>18</sup>

Actividades que por lo general iban unidas, como naturales complementos: servicios a las dos formas de gobierno.

Y con todo esto, PicónSalas, al mismo tiempo que avanza en el camino señalado por Blanco Fombona y enfatiza las relaciones entre el poder civil y el poder petrolero, plantea por primera vez el tema oprobioso del servil abogado criollo que defiende los intereses de las compañías por encima de los de su propio país.

Miguel Toro Ramírez<sup>19</sup> publica en 1934 en Caracas, su novela *El señor Rasvel*. Para entonces el incremento de la explotación petrolera en Venezuela podría evidenciarse con una cifra: 47 compañías operan por medio de 140 subsidiarias. La mayoría de ellas desaparecerán algún tiempo después, decaídas por la competencia de las mayores, o absorbidas por éstas; pero en aquel momento forman parte del atractivo auge creciente. Al lado de este desarrollo es necesario consignar el dato revelador de un estado de cosas: de que, por oposición, no se producen cambios importantes en la legislación petrolera que viene de 1922. En cambio ya se cuenta con una Oficina Técnica de Hidrocarburos en el Ministerio de Fomento, de donde salen becados al exterior jóvenes ingenieros, a prepararse, como dice sin ironía un texto publicado por la Creole Petroleum Corporation, para realizar una labor que “ha protegido los intereses de la nación” y ha garantizado a las compañías “una administración equitativa e inteligente de la política petrolera del gobierno”. Justamente las novelas relativas al tema del petróleo muestran lo menguado de esa “protección” y la generosidad de esa “equidad”<sup>20</sup>.

*El señor Rasvel* posee importante significación en el desarrollo del tema del petróleo en la novela venezolana. Y ello a pesar de que no se concentra en el asunto en cuestión. En verdad, las breves dimensiones de la trama novelesca giran en torno de las condiciones muy particulares de desorganización administrativa de una compañía petrolera con oficinas radicadas en Caracas. A fin de cuentas, la novela persigue, por encima de todo, la pintura de un personaje peculiar; el señor Rasvel, con todas sus variadas características de hombre astuto, intrigante, donjuanesco y vanidoso. Rasvel es secretario del gerente inglés de la compañía norteamericana; pero la incapacidad administrativa —que aparece ingenuamente exagerada en la obra— de Mr. Watson, le permite al aventurero criollo, como hombre de confianza y de oportunas soluciones a conflictos generales de

la compañía y personales del gerente, convertirse en el verdadero y oculto jefe de la empresa. Y toda la acción estará determinada por las circunstancias específicas —a veces sorprendidas y amenazantes de escándalo— que se derivan del estado de cosas reinante en la contabilidad de la empresa y del desorden de la vida privada de Rasvel: excesivas exigencias de las amantes, antagonismos con el jefe de contabilidad, la atracción del dinero, los orgullos ofendidos, el deseo de retirarse a disfrutar de la riqueza mal habida.

*El señor Rasvel* no es propiamente una novela petrolera; pero se presenta como la primera novela venezolana cuyo tema está ligado a una situación derivada del auge de la explotación del petróleo en el país. Podría objetarse que, a fin de cuentas, la empresa petrolera que aparece en la obra es sólo un elemento de fondo, que rodea y hace tal vez más verosímiles los manejos de Rasvel; ya que la misma trama hubiera podido sustentarse sobre una situación semejante en otro tipo de empresa, no petrolera, con sólo bajar las elevadas cifras de los beneficios y adecuar la terminología comercial a la rama específica de que se tratase. No es, pues, el asunto petrolero determinante en la novela. Pero, junto al retrato espiritual y animal de Rasvel —propósito central, bien logrado en algunos aspectos y situaciones muy bien captadas y descritas en forma ágil— la obra contiene varias alusiones y tratamientos directos del tema que nos ocupa en esta oportunidad. Veamos.

El proceso ascendente en la presentación del tópico, que va de lo local a lo internacional, del presente a un futuro utópico, tiene que basarse en un elemento práctico muy claro como factor de origen para muchos observadores externos: el sello de “superioridad” que acompaña al extranjero. Planteamiento que en este caso roza ligeramente el conexo de la discriminación racial:

Mr. Watson es indudablemente un excelente hombre con suerte, un hombre inglés que debe aparecer de lejos superior a un hombre sudamericano. Por eso, entre otras razones, no tuvieron inconveniente los yanquis en darle la dirección de una empresa americana. Los indios son trágicos y cualquier inglés o norteamericano puede dominarles con sólo decir cuál es su patria... (p. 7).

Luego, con argumentos que mezclan la apreciación ingenua con la observación aguda, Toro Ramírez busca explicar un poco el complicado



engranaje que echa a andar las fluctuaciones de los precios internacionales del petróleo. A fin de cuentas, algo siempre queda claro: Venezuela es la que pierde. Y ello en la medida en que las compañías van extrayendo el petróleo que casi se les regala de una fuente permanente. Queda expresado aquí el criterio irresponsable de tantos que se han enriquecido como cómplices de las compañías, alegando una supuesta eternidad de las minas del codiciado aceite. Esto ocurre cuando Mr. Watson pregunta a qué achacar la baja del petróleo en Nueva York, y Rasvel responde:

—¿A qué? Igual que a todo lo extranjero. Ellos tienen muchos millones. Juegan con el petróleo venezolano porque siempre ganan. Todos juegan y ninguno pierde. El juego de bolsa es allá un gran negocio. Tentado estoy de pasarme en Nueva York una temporada para convencerme si es cierto que los yanquis tienen sesos o simplemente suerte y facilidades.

—¡Oh!, ¿cree usted que siempre ganan?

—Nosotros somos los perdidosos, es decir, nosotros tampoco perdemos nada.

—Alguien debe perder, Rasvel.

—Se equivoca usted, Watson. Nadie pierde. Nosotros dejamos de ganar algo que nunca podemos prever [*se refiere a la Compañía*], lo cual no es perder, pues esta tierra es más o menos como una vaca y la leche no nos cuesta nada.

—Pero, ¿y la vaca, Rasvel?

—La vaca parece inagotable, Watson. (p. 8).

La abundancia sorprendente de petróleo (la novela habla de “la abundancia del petróleo en las tierras zulianas”, p. 16) se corresponde con la apropiación indebida que de él hacen, en igual proporción, los yanquis. Y Toro Ramírez pasa a hacer un planteamiento directo de la expoliación petrolera de que es objeto Venezuela por parte de los yanquis, en continuación de la vigorosa expresión del caso hecha por Blanco Fombona y Picón-Salas en sus novelas consideradas. Es el propio autor quien denuncia, dando luego salida a las justificaciones de Rasvel ante su conciencia:

La vaca daba para todo. Rasvel lo había dicho. A cada nuevo taladro reventaba un pozo de miles de toneladas de oro negro, oro de las entrañas de Venezuela, del cual se habían apropiado los yanquis por un precio irrisorio. ¿Por qué no aprovecharse? Ese petróleo pertenecía a los venezolanos y sin

embargo apenas podía compararse a un cántaro de agua lo que ellos sustraían de ese inmenso mar que diariamente enriquecía a millares de hombres de otra nación. (p. 16).

Y es en esa misma dirección hacia donde se dirigen los argumentos de Simón Contreras, jefe de contabilidad de la compañía, bajo la presión de su conciencia y ansioso de justificar sus manejos sucios y convencer a un posible socio. Es el criterio del cómplice de Rasvel que excusa su robo con el sofisma de que ese robo despoja a ladrones millonarios; ocultando que su robo obedece a ambiciones personales y nunca a nada que se parezca a recuperación colectiva. Justamente esta búsqueda de justificativos y la baja condición moral de quien protesta, podrían hacer descender la fuerza de los hechos denunciados; sólo que son tan evidentes que aun en tales condiciones conservan su valor y su verdad:

Esta empresa la forman diez mil accionistas yanquis, casi todos millonarios. Las acciones han centuplicado su valor. Esos tíos están podridos de dinero. ¿Por qué nosotros [se refiere a los empleados de la Compañía] hemos de permitir que se lo cojan todo? (p. 77).

Del planteamiento de aspectos financieros específicos de la industria —un paso más en el desarrollo de la novela del petróleo—, pasa Toro Ramírez a una proyección más internacional con relación a la política económica que las grandes compañías disponen desde Estados Unidos. Siempre con la conciencia clara de que en cualquier circunstancia la perdedora es Venezuela, ya que los yanquis atenderán, por encima de todo, sus propios intereses internos. Así, a propósito de la posible superproducción mundial y sus repercusiones en la explotación petrolera venezolana, Rasvel:

Como experto en las negociaciones mundiales, presentía que la superproducción de petróleo traería indiscutiblemente un paro indefinido en la explotación de las minas venezolanas. Siendo los Estados Unidos el principal productor, preferiría por todos los medios detener la explotación de sus yacimientos en Venezuela, con el objeto de que su petróleo no sufriera una gran depreciación. (p. 82).

La anterior apreciación, que podría parecer de simple lógica, lleva al autor a consideraciones mecánicas que le hacen prever una saturación petrolera de los mercados que conducirá a una paralización de la explotación en territorios que no sean Estados Unidos. Claro que para la época de publicación de la novela el autor no podía calcular que los cambios de las situaciones políticas producirían a los petroleros yanquis el conflicto de atender a las exigencias inaplazables de la extracción en su propio país y la necesidad de conservar sus mismos yacimientos como reserva, ya que no es posible confiar indefinidamente en el mantenimiento de las facilidades que los países sometidos a ellos política y económicamente les ofrecen en un momento dado. La opinión la comunica Rasvel a Mr. Watson:

No olvide que ya es tanto el petróleo que se explota en el mundo que dentro de poco costará más almacenar el excedente que explotar los yacimientos. Como los Estados Unidos son dueños de las tres cuartas partes del petróleo, optarán por explotar el que más les convenga, y al gobierno yanqui no puede convenirle sino el que posee en su propio territorio, aunque sea más costoso que el de Venezuela. Los yacimientos que tienen en el extranjero le quedan como reserva. (p. 83).

El autor insiste en el peligro del excedente como un factor que conducirá a la reducción de la industria petrolera, y nuevamente mezcla apreciaciones sensatas e ingenuas para predecir el futuro. De un lado señala el gran incremento que se produjo en la época en la explotación del petróleo soviético, como una amenaza para la producción venezolana; y del otro anuncia las grandes posibilidades del petróleo como producto base para aplicaciones diversas por medio de la química. De un lado supone un empleo cada vez mayor del petróleo; y del otro piensa en un inevitable excedente paralizador. Es siempre Rasvel el encargado de decir estas cosas al simple Mr. Watson:

El petróleo abunda como el agua de mar. Ya Rusia explota tanto como Venezuela, y del mundo apenas se habrá explotado una quinta parte. Es muy creíble que en el fondo de los mares haya grandes yacimientos. Pero, apartando eso, el consumo de petróleo tiene que basarse en las industrias que algún día se empleará hasta para fabricar tinta de escribir. En la actualidad lo consumen millares de industrias, y sin embargo empieza a haber un exce-

dente. Ese excedente es un peligro, pues si se deja de explotar habrá un capital muerto y si se sigue explotando y almacenando, el capital paralizado será mayor. (p. 84).

Por último, ya lanzado por el camino de la fantasía que despierta un tema fascinante como es el del petróleo, el autor; siempre por boca del vanidoso Rasvel, considera la utopía del incremento del consumo del petróleo si las petroleras fabricasen y vendiesen a bajo precio máquinas y utensilios que funcionen con petróleo. Pero, combate la idea, destacando el conflicto que se crearía con las fábricas específicas de esos aparatos y la necesidad que habría de una producción inmensa de aparatos, renovada, para todo el mundo. (p. 84-85).<sup>21</sup>

De este modo, *El señor Rasvel* concede a Toro Ramírez un lugar significativo en la trayectoria de la novela del petróleo en Venezuela. En ella se desarrolla una trama asentada sobre asuntos relativos al gran tema, se amplían las perspectivas con la inclusión de aspectos financieros y hasta se buscan perspectivas económicas y políticas internacionales. Ya se ha dicho: no es una novela del petróleo, pero es la primera en basar su trama —o buena parte de ella— en ambientes de tipo petrolero.

En el proceso general del desarrollo de la novela del petróleo en Venezuela, corresponde ahora ubicación cronológica a la primera novela del petróleo propiamente dicha, en realidad fundada de modo íntegro en el tema petrolero, sus ambientes, sus personajes, sus problemas y sus perspectivas. No se publica en Caracas sino en Bogotá. Su autor no es venezolano sino colombiano. Se titula ***Mancha de aceite*** (1935) y es obra del destacado novelista César Uribe Piedrahita.<sup>22</sup>

Con esta novela ha ocurrido un hecho que si bien la ha perjudicado grandemente en cuanto a su estudio y valoración por parte de la crítica, también establece al mismo tiempo los extraordinarios alcances del producto literario, que no acepta fronteras nacionales estrictas, así estén éstas con toda claridad trazadas en los mapas y celosamente vigiladas por guardias en la realidad. La circunstancia es la siguiente: como *Mancha de aceite* novela asuntos enmarcados en ambientes venezolanos, escasamente se le comenta en textos críticos colombianos, y a veces apenas si se le nombra, como si se dudase de su derecho a ser considerada como novela colombiana; y de otra parte, como *Mancha de aceite*, a pesar de captar realidades venezolanas, es de autor colombiano, en los manuales y esquemas de historia literaria de Venezuela no se le incluye, temerosos los

pocos que la han leído de que parezca demasiada pretensión conceptuar como venezolana una novela de un escritor nacido del otro lado de la frontera. Así, *Mancha de aceite* se encuentra sin una ubicación nacional fija, en la curiosa condición de novela apátrida, al parecer sin derecho a tener lugar propio en una literatura regional definida.

Pero, más allá de esa lamentable y absurda situación de artificial apartamiento, el hecho concreto es que *Mancha de aceite* posee una destacada significación en la historia de la novela venezolana, y que ya con referencia al desarrollo del tema del petróleo en Venezuela esa importancia es básica. Sencillamente, en este rastreo del asunto petrolero es la novela que impone una división, un hito decisivo. Hasta ahora se han presentado las primeras huellas –algunas menudas, otras medianas– del tema, los tanteos de los precursores. En cambio *Mancha de aceite* es la primera realización, es ya el surgimiento de la novela del petróleo en un verdadero sentido efectivo. A partir de ella sólo será cuestión de referirse a obras decididamente fundadas en el tópico petrolero o vinculados a él de manera considerable. La etapa precursora quedó atrás de 1935.

La fecha de aparición de *Mancha de aceite* coincide con un momento en que ocurren acontecimientos que por primera vez afectan, con iniciales señales de crisis, la realidad y las perspectivas futuras de la explotación petrolera en Venezuela. Estos hechos son: la depresión económica en Estados Unidos y la limitación de las importaciones por Estados Unidos del petróleo extraído en Venezuela. Sin embargo, estos factores aún no presionaban firmemente sobre la situación petrolera venezolana, ya que “para 1935 el 91,2% del valor de las exportaciones lo constituían la exportación del petróleo y derivados”.<sup>23</sup> No obstante, la novela no toma en consideración estas circunstancias porque su acción ocurre en época bastante anterior. En el breve exordio que el autor colocó a la cabeza del libro se explica que lo narrado responde a “los recuerdos de algunos años” de su “vida aventurera”, cuando están “muy lejanas ya las emociones inmediatas”. Aunque resulta evidente la ubicación pretérita de la trama novelesca, parece también claro que el autor no pretendió dar a su obra un preciso lugar histórico, determinado por una fecha exacta. Y esto seguramente para conceder mayor fuerza sintética a los hechos y aun otorgarles derivaciones simbólicas fuera de un tiempo rigurosamente establecido en función de años. La situación real es que las posibles delimitaciones cronológicas, que pueden derivarse de alusiones a hechos o documentos, son contradictorias: de un lado podría pensarse en 1922 por la descrip-

ción del reventón del pozo de Los Barrosos, y del otro habría que retroceder más de diez años si se atiende al cartel ordenado por el presidente del Estado Trujillo para celebrar la orden de construcción de la carretera trasandina.

*Mancha de aceite* se asienta sobre vivencias, nace de experiencias directas del autor durante su permanencia como médico en compañías petroleras explotadoras de zonas del Zulia y Falcón. De allí, sin duda, que la novela resulte tan convincente, tan palpable como cosa verdadera. Este hecho —la base vivencial— es excepcional o único en el pequeño grupo de novelas del petróleo en Venezuela, y con seguridad fundamenta la condición singular de la obra de Uribe Piedrahita.

En su conjunto *Mancha de aceite* es una crónica de los campos petroleros, y al mismo tiempo una requisitoria contra la esencia injusta y los métodos condenables de la explotación imperialista —encabezada por los yanquis— del petróleo de Venezuela. Tiene así el elemento documental y el factor interpretativo y representativo trascendente que parece característico y casi definidor de la novela como género. La totalidad es la suma de los más diversos aspectos de la vida en los campos petroleros, siempre vistos desde el nivel que establece el personaje central: el médico de preocupación social que progresivamente va concretando su rebeldía hasta darle una explosiva salida pública. Página a página desfilan ante el interés del lector escenas reveladoras de las relaciones humanas, económicas y sociales en los distintos estratos de los altos jefes de la Compañía, de los medianos empleados, de los trabajadores y los cesantes; es decir desde los verdes campos y las pulcras viviendas de los yanquis y sus privilegiados hasta los enfermizos y miserables ranchos de los obreros más bajos en la escala de puestos. Todo ello dentro del claro propósito de vincular los hechos y las situaciones con sus causas profundas, que siempre se encuentran más allá de las fronteras del campo petrolero y de las del propio país. El resultado es una extendida gama de temas y circunstancias de carácter petrolero; y para ordenar ese conjunto es necesario fijar asuntos dominantes y más representativos. A ellos se hará referencia en lo que sigue.

El factor inicial es, por fuerza, el contacto humano, social y político de los petroleros con el medio que ellos buscan transformar económicamente. Y este cambio tiene dos grandes puntos de relación: el hombre común, habitante cualquiera o trabajador de la compañía, y las autoridades gubernamentales. En ambos sentidos la novela es sumamente clara: allí están el casi congénito prejuicio racial de los invasores; los falsos postulados

de progreso dispensado, para acallar la protesta de no se sabe qué oculto rincón de la conciencia; el nexo cómplice –bien pagado– con las llamadas autoridades civiles, militares y de todo género aprovechable para los insaciables propósitos explotadores. El petrolero Mc Gunn se encarga de hablar directamente en tono de intimidad, al doctor Gustavo Echegorri:

... Es difícil trabajar aquí, como usted lo habrá visto. No podemos conseguir obreros si no se está “muy de acuerdo” con el jefe civil y con otros empleados oficiales... Es necesario que nos adaptemos a los usos de los latinos. Son muy simpáticos, demasiado simpáticos, adorables, pero no saben trabajar... son muy simpáticos. ¡Bastards! ... ¡Petróleo! Petrónimo es dinero, dinero es lo único que puede dar bienestar. Después, al diablo con Sudamérica y con todos estos “piones” y agentes zalameros y traidores...

—Usted no es de esta tierra, doctor: A usted qué le importa lo que suceda aquí. En eso tiene usted razón como la tengo yo y la tienen los americanos que aquí trabajamos con el fin de sacar de la tierra una riqueza que esta gente no conoce y no sabe cómo explotarla ni para qué sirve... (p. 18).

Estos aspectos son presentados extensivamente en la novela, e influyen en la evolución misma de los personajes, en particular en el médico colombiano que sirve a la compañía pero ve con dinámica claridad la situación profunda. Los petroleros se saben los amos, y por eso no se preocupan por las justas observaciones –que destacan las extremas facilidades que da el gobierno a las Compañías– contenidas en la respuesta del Ministerio de Fomento a un Memorandum de las empresas explotadoras (p. 40-44). Y el aparato de dominio se basa en la complicidad de las autoridades, situación donde el espionaje y el soborno son columnas fundamentales. Todo se aparece claro en la experiencia directa del médico:

Conocía ya el vasto sistema de espionaje y de soborno que descendía desde las oficinas de la Superintendencia, trepaba hasta Caracas y se enredaba en el Congreso para envolver íntegramente a la nación. La correspondencia con Colombia, los fragmentos de periódicos, las noticias de concesiones y contratos, todas las artes y sutilezas de los agentes y observadores, decíanle que los tentáculos del pulpo llegaban más allá de las cuestiones políticas e industriales, atenazaban al trabajador, lo explotaban y escurrían en beneficio de unos pocos. (p. 102).

La novela va incorporando distintos asuntos complementarios —como la historia mayoritaria de los ingenieros yanquis que vienen a la Compañía, y el contacto de los buscadores de petróleo con los indios motilones, el subsecuente desenlace trágico, y el “humanitario” plan de los petroleros y los Rotarios, con el apoyo del Gobierno, para exterminar a los “salvajes” en nombre del progreso<sup>24</sup>— hasta centrarse en el asunto decisivo, que rige el mecanismo profundo de la realidad y confiere un sentido ideológico a la novela: las relaciones entre los trabajadores y las Compañías, las discriminaciones aplicadas, la explotación del hombre y su trabajo, la lucha inevitable. Así, en la parte más caracterizadora del libro, se va desplegando el enjuiciamiento de la realidad, con manifiesto propósito condenatorio. A veces surgen ideas muy concretas, no exentas de tono oratorio, de boca del médico ya asfixiado por el ambiente y sobre todo por su condición de alto empleado que le obliga con frecuencia a fingir ignorancia de la verdad:

—Precisamente porque los hombres se mueren en los pantanos buscando petróleo. Porque las compañías hacen alarde de beneficiar a los nativos e imponen un sistema de sobornos que cubre desde los altos personajes del gobierno hasta los más infelices servidores públicos. Por toda esa trama sorda que sospechamos. Porque usan los hombres como simples cartuchos de tiro al blanco y desechan el cascarón. Porque han hecho de este pueblo y de todos los que tienen el infortunio de poseer petróleo, unos pueblos esclavos. ¿No ves, Peggy? Por eso siento rencor y despecho. Tú no comprenderás nunca. (p. 61).

El desajuste se nota en especial al contrastar el empleado extranjero con el peón criollo o, peor aún, con el campesino de la región. En el mismo lugar, en sitios próximos de trabajo, se encuentran dos niveles de vida opuestos, basados en la discriminación económica y la injusticia en sus máximas expresiones. Uribe Piedrahita apunta aquí un planteamiento que luego se verá desarrollado en la novela de Gallegos de título acusador: *Sobre la misma tierra*. Y detrás de la reveladora situación, aflora, muy bien visto y sugerido, el camino del sentimiento de inferioridad del criollo:

Desde la calle mal empedrada con toscos guijarros arredondados, algunos peones boquiabiertos admiraban la capacidad alcohólica de los amos extranjeros. Como no entendían aquel lenguaje nasonado, querían adivinar en



las palabras o sonidos incomprensibles, extraordinarias revelaciones de ciencia o de poder. Admiraban la prodigalidad de aquellos peones rubios que ganaban centenares de dólares extraídos de un suelo estéril que a duras penas podría sostener hambreados a los pobres campesinos. ¡Seguramente aquellos hombres eran extraordinarios! Ganaban quince dólares de jornal cuando el peón apenas recibía cuarenta centavos. (p. 33-34).

La situación acentúa sus perfiles negros cuando se trata de los barrios de los bajos peones, que son arrojados, cuando ya no pueden trabajar; enfermos y abandonados, a los sitios más insalubres, verdaderos caminos de la muerte y cumbres de la miseria:

A lo largo de callejuelas carcomidas por arroyos profundos, tropezando en raíces y fragmentos de cactus, anduvo el médico guiado por el mulato Anselmo. Chozas miserables y barracas desparramadas por el campo inculto, cenagoso, componían el barrio de los obreros nativos. Alguna tenducha mal alumbrada vertía una luz sucia sobre el arroyo lleno de basura y detritus de naturaleza indescriptible. En el paisaje flotaba un olor penetrante de cubil y de materias fecales. (p. 99-100).

Con el propósito de lograr cierto equilibrio objetivo, la novela presenta –siempre en boca de petroleros o de sus mujeres– opiniones y argumentos que destacan los que pueden llamarse elementos positivos para el país en la explotación del petróleo. En especial se mencionan los que fueron, y siguen siendo, preferidos, por ser aparentemente más indiscutibles, de todos los defensores de las Compañías petroleras: sanidad, carreteras y altos salarios.<sup>25</sup> Pero aun en el intento de mayor objetividad, la situación revela claramente su base de injusticia y despojo. Es evidente que la sanidad y las carreteras son para que el saqueo resulte más efectivo y expedito; es indudable que los altos salarios –que las ganancias de las Compañías permitirían elevar diez veces más sin quebrar sus economías– son un señuelo para asegurar la continuidad de la expoliación. Y de allí que no haya desviación posible. En todo momento está presente el proceso de aniquilamiento del trabajador; de aprovechamiento del hombre y su trabajo hasta la extracción del máximo de sus capacidades de dedicación y labor; para luego arrojarlo como un deshecho inútil, abandonado. Es situación que la novela plantea con énfasis, y que podría resumirse en la imagen: “Los taladros piden más carne humana”. Es el símbolo de la ex-

plotación destructora. Esencia del sentido general de la novela. Causa directa de la necesaria rebeldía reivindicativa. Pero no se queda todo en una simple constatación; se va a estados profundos en el señalamiento de la complicidad permanente del gobierno y su relación con el éxodo campesino, y en particular, en las agudas observaciones acerca del vínculo entre la carretera y el petróleo. En varias ocasiones la novela reitera su mensaje central:

Graves noticias llegaron al hospital. En los campos petrolíferos situados al sur del lago, entre las ciénagas y lagunas de Chama y Onia se morían los hombres. La malaria perniciosa, la hemoglobinúrica y el vómito de sangre hacían víctimas por centenares. Los jefes Civiles habían agotado el personal campesino. El desarrollo de las exploraciones con taladro pedía más carne humana; como si la perforación de un pozo debiera hacerse con sartaes de cadáveres. (p. 49).

Gustavo no pudo contestar. Le parecía ver la fila interminable de hombres amarrados por el cuello y por los codos que desfilaron frente al hospital hacia los patios de la Casa de Gobierno. Pensó que la carretera costaría tantas vidas y tanto dolor, o más, que los que reclamaban el Campo de Onia, las perforaciones de Los Barrosos y Dabajuro. La carretera se tragaría toda aquella tropa de campesinos esclavos. La carretera debía comerse las sobras que dejaban los campos de petróleo. (p. 58). Salvador había trabajado en Onia, en Boscán y en Los Barrosos. Ya no podía trabajar más y fue despedido. Esa era la suerte de todos, de millares de peones. Los cartuchos vacíos, los bagazos del trapiche tremendo. Salían sin sangre después de pasar por el servicio de las petroleras.

En otras barracas había más hombres inutilizados, muchos habían muerto allí. Otros caían en los hospitales de Maracaibo o volvían a su montaña a expectorar los pulmones. Los demás... a las carreteras a trabajar apaleados por los capataces. Había una extraña relación entre los petróleos extranjeros y las carreteras oficiales. (p. 111).

El paso de la constatación de la realidad inaceptable a la rebeldía subsecuente, es un proceso natural en todo espíritu reflexivo inmerso en el ambiente dominado por la injusticia y el engaño. No podía ser distinto en un novelista de inquietud social como Uribe Piedrahita. Ni tampoco en un personaje de íntima solidaridad con el pueblo, como el médico Gustavo Echegorri. Por ello no sorprende –al contrario, culmina el desenvolvi-

miento— la presencia en *Mancha de aceite* de una actitud rebelde que se va afianzando en personajes determinados, en las palabras, en la acción, casi en el propio aire del campamento petrolero.

Para el gobierno, la rebeldía pertenece en primer lugar a los conspiradores contra el régimen, y en esa categoría se encuentran los “malos hijos de la patria” y los “colombianos políticos” (p. 14). Pero la realidad era que, a pesar del terror y el espionaje, laboraban y hacían proyectos revolucionarios jóvenes “nobles y altivos, que soñaban con cambios profundos en el estado social de su patria” (p. 77). Esa juventud era la esperanza de una transformación, de un futuro digno y justo. Y con ella hace contacto el médico, ya liberado de sus obligaciones de asalariado de la Compañía, exteriorizada en palabras su rebeldía (p. 65 y 75). Esta actitud de protesta verbal del doctor Echegarri, siempre estimulada por el alcohol circunstancial del bar; representa en la novela el proceso de rebeldía del burgués que se niega a ser cómplice de la explotación de un país y de un pueblo. Es todavía una actitud individual que poco representa en el orden social. El nuevo sentido de las cosas lo dará la rebeldía colectiva. Y todo ello a buena distancia de la falsa rebeldía —minada de ignorante egoísmo y desorbitadas ambiciones personales— de los “hombres sin fe”, conspiradores sin ideales sólo movidos por ansias de beneficio personal, generales y “terratenientes arruinados y aspirantes a los puestos que ‘los del gobierno’ explotaban” (p. 71); y a quienes el autor agrupa en un breve capítulo de título caracterizador: “Los Libertadores”.

Por último surge la rebeldía determinante: la inconformidad de las masas lleva a la protesta colectiva. El proceso del despertar de la conciencia de clase de los trabajadores está acertadamente presentado en la novela como derivado de la práctica, proveniente de la injusticia y la discriminación que deben enfrentar cada día. Después, las palabras del médico ayudan a concretar el espíritu de lucha. Ya es un sentimiento palpable, una decisión irrefrenable (p. 105-108). Por último, la imposición de la

Compañía

de pagar el 85% del salario en bonos del Comisariato, rebasa todos los límites, y encona la protesta soterrada. El descontento crece y se oye hablar por primera vez de la organización de un sindicato.<sup>26</sup> Y este hecho es suficiente para que, a solicitud de la Compañía, las autoridades civiles y militares intervengan, no sólo con ostentosas amenazas, sino realizando crecientes detenciones. La situación violenta aún más a los trabajadores ya enardecidos, y éstos deciden acudir ante el Comisariato a protestar por lo

ocurrido y a solicitar explicaciones por las anormalidades en el pago de los salarios. Allí son recibidos a tiros. La masacre se desata como una advertencia aleccionadora para quienes logran salir con vida, en uno de los capítulos más vigorosos de la novela, cuyo título, "¡Vamos sin armas!" destaca aun más la diferencia de actitudes de un bando al otro, y recoge el grito, a la vez de rebeldía y de búsqueda de parlamento, del médico:

—¡Vamos sin armas! ¡No disparen!

El reflector volvió a repararlos y una ráfaga, continua como una guadaña, resonó desde el piso alto. Cayeron los hombres del frente cegados por la metralla. Félix dio un grito y cayó de espaldas. La pierna de palo quedó cogida entre dos piedras. Martín se dobló sin protesta. El coriano rodó escarbando el suelo. Y el médico... abrió los brazos, se dobló primero hacia atrás y luego se retorció sobre las piernas y aró el suelo con la cara. Hilos de sangre que manaban de su boca corrieron sobre las yerbas y penetraron en el suelo. Los brazos en cruz abrazaron la tierra ... La sangre siguió corriendo en hilos tenues y calientes, desde su pecho, al través de sus labios hasta bañar las matas y empapar los terrones sedientes. (p. 136).

Después de la clara lección de lucha inevitable y estratégica, después de la evidente necesidad de agrupamiento de un mayor frente de masas, después de la muerte y el crimen, no queda lugar sino al fuego implacable. Es la respuesta a la masacre. Es el fuego de la revolución. Es todo el fuego como una representación de la revolución misma. Así termina la novela, en una proyección simbólica que le otorga clara trascendencia y lleva la acción más allá de los límites del presente, lanzada hacia un futuro inapelable:

El fuego abatió las torres, devoró los edificios y corrió desbordado por las colinas hasta el lago. Hervía el agua en los arroyos. Todas las casas ardieron como yesca y estallaron en pavesas que volaron entre el humo que ascendía hasta las nubes alumbradas por la tea del incendio.

Entre el aletear de las llamas corrieron los corceles de fuego sobre la selva sacudiendo las crines llameantes. Azotaron las hojas, retorcieron las ramas y encendieron antorchas en las copas de las ceibas, y fogatas en la manigua enmalezada.

El agua hervía en sus senos profundos, se quemaba en las crestas de los

borbollones y subía en vapores a juntarse con el humo enrojecido.

La pira simbólica se ensanchó por la tierra, sobre el lago y disparó contra el cielo sus lenguas erizadas de saetas.

La hoja petrolífera amenazaba convertirse en un horno, quemarse en holocausto de venganza, de muerte y purificación. El fuego siguió gritando y el agua y la tierra gimiendo.

¡El fuego devoró la Mancha de Aceite!... (p. 137-138).

La novela *Mancha de aceite* contiene tantos aspectos significativos e innovadores en el camino del tema petrolero, que resultaría excesivo enumerarlos al detalle. Baste decir que es la primera novela del petróleo en Venezuela, propiamente dicha, y que su enfoque es integral y de profundidad reveladora de los ocultos engranajes de la situación y definidora de las verdaderas esencias del estado de cosas. Uribe Piedrahita lleva adelante y desarrolla en sentido culminante el señalamiento de Blanco Fombona del proceso rebeldía-protesta-masacre, con la derivación simbólica del fuego final vertido hacia el porvenir. La experiencia directa del autor y su postura ideológica de preocupación social, asientan *Mancha de aceite* sobre una base vivencial que la hace la más vigorosa novela del petróleo en Venezuela hasta el presente.<sup>27</sup>

En 1936, aparece en Caracas la primera novela petrolera de autor venezolano: **Mene**, de Ramón Díaz Sánchez. La obra había sido terminada un año atrás: en 1935 había concurrido al certamen promovido por el Ateneo de Caracas, donde fue “recomendada” por el jurado. Es decir que acaba de ser escrita al mismo tiempo que se publica *Mancha de aceite*. Y también como ella tiene el valor especial de la experiencia directa: en efecto *Mene* procede casi de manera documental de una serie de situaciones vividas o vistas por el autor durante su larga permanencia en la zona petrolera del Zulia, desde 1924, y en particular en Cabimas, desde 1930 hasta 1935, como empleado de una compañía petrolera y en seguida como juez Municipal. Sin embargo, la diferencia con *Mancha de aceite* estribaría en que *Mene* no alude a experiencias realmente vividas en sentido histórico y cronológico por el autor: su acción se ubica en período anterior a 1930, en la época “del descubrimiento y las iniciales explotaciones”.<sup>28</sup>

Y también a semejanza de *Mancha de aceite*, aunque en otro sentido, *Mene* ha sido víctima de los prejuicios y lugares comunes de la crítica. En efecto: cuando Díaz Sánchez escribió esta original novela petrolera,

no tenía fama de escritor; sólo se le conocía como periodista; y entonces *Mene* fue la “novela de un periodista”, de “estilo periodístico”, de “construcción periodística”. Fue una cómoda manera de clasificarla, de reducirla a una categoría supuestamente inferior a la de las novelas más “literarias”; y de allí nadie ha sacado al grueso de la crítica. La incesante repetición de estos lugares comunes, al parecer, llegaron a convencer hasta al propio autor; quien acostumbra referirse a *Mene* como a un libro de segundo orden. En un momento dado Díaz Sánchez tuvo la honradez intelectual de expresar su opinión de la propia novela: “*Mene* es un libro de juventud en el que no escasean las incorrecciones formales. Su mérito consiste en su carácter documental y en la sinceridad con que fue escrito...”; y entonces el lugar común se hizo ley: cuando el mismo autor lo acepta ... Sin embargo, en ese texto Díaz Sánchez tuvo agudeza como para destacar la significación histórica de su libro, del tema abordado y de los riesgos políticos implícitos.<sup>29</sup> La verdad es que si la crítica revisa los juicios emitidos y se subleva contra el lugar común, podrá ver y destacar la originalidad temática y estructural de *Mene*, así como la modernidad del conjunto de su estilo, que oculta las principales fallas expresivas del escritor que se inicia, colocando en su verdadero lugar la más importante y más viva novela de Díaz Sánchez.

*Mene* se articula en torno a las transformaciones ocurridas en las poblaciones zulianas de Cabimas y Lagunillas, y sus alrededores, a causa de la iniciación de la explotación petrolera. Los cambios materiales y espirituales determinan un nuevo estado de cosas. Allí están los más visibles elementos constitutivos: la aparente bonanza económica; la corrupción de las costumbres; la discriminación; el crimen; el robo; el suicidio; el accidente mortal o mutilador. Se trata de esto, de una novela que plantea un tema y capta un ambiente. Los mismos personajes están creados como una consecuencia y a su vez como un aditamento de la ambientación, que es lo central y determinante. Más que de personajes individuales, habría que hablar de un gran personaje colectivo: el petróleo, proteico en sus criaturas.

El conjunto de la novela da sus claves en las partes en que viene dividida y en los títulos, de cromática simbología, que llevan: “Blanco” (la vida apacible del pequeño pueblo antes de la explotación petrolera); “Rojo” (crímenes y desgracias ocasionados por el ambiente de locura que rodea al petróleo); “Negro” (la vida de los negros antillanos empleados de las petroleras; la historia particular de E. N. Philibert, como símbolo de la más abyecta discriminación racial: el ambiente oscuro y sórdido de Lagu-

nillas; el negro lago de petróleo); “Azul” (con la crisis, la vida tiende a hacerse más normal, reposada; al final, Narciso y José salen en busca de otro ambiente y otra vida). De esta vasta totalidad sobresalen aspectos y asuntos concretos que significan renovados pasos en el camino del tema petrolero en la novela venezolana.

Así aparece en primer lugar los “nuevos conquistadores” —correspondencia antes establecida por Pocaterra en *Tierra del sol amada*—, dueños repentinos de todo el lago: “hombres rubios gigantescos, con sombreros de corcho” (p.26). Estos conquistadores transforman el paisaje con sus naves y sus aparatos: son más absolutos. Y también más prácticos: no sólo traen consigo a los entreguistas de tierras, como Joseíto Ubert, sino también a los guías e introductores adecuados para el caso:

Todo cambió desde entonces en esta ruta terrorífica y aterrorizada, por donde ahora avanzan proas de hierro presurosas. La tradición de aquellos mascarones de las carabelas, con sus sonrisas sembradoras, está siendo cortada por este filo negro.

...

En el puente del primer navío va un indio doctoral y complaciente que instruye al nuevo conquistador en el misterio de la virginidad lacustre: —Aquello es Cabimas, punto central de referencia. Todo aquello negro que hace guiños sobre el lago, al pie de los cocales, es petróleo. Ya lo conocíamos de antaño, pero no con este nombre. Lo llamábamos MENE. Los indios y los españoles venían a embrear sus navíos y estos últimos lo llamaban *pisafalto* y *pixmontana*. (p.32).

La novela pone énfasis en destacar la función facilitadora de la invasión petrolera de los entreguistas de tierra. Así nace un personaje importante en la obra: Joseíto Ubert, representativo de los criollos cómplices de las Compañías y enriquecidos a costa de ellas. Otro es Carolino Kuayro. Y ambos son solamente partes de una vasta maquinaria mecánica y humana que no puede ser detenida en su lanzamiento invasor y que se presenta en las garras de un águila grabada en una moneda de oro que deslumbra a los pobladores de las orillas del lago:

Los que acompañaron a la comitiva cargando sus extraños aparatos reunían un mitin en la plaza y mostraban a todos unos discos de oro, pesados

y relucientes:

—¡Oh! —saboreaban con las pupilas encendidas—. Son nuevecitas.

—¡Oh! Y ese pájaro que tiene, ¿qué será?

—Un zamuro...

—Parece una lechuza...

—Pero, ni zamuro ni lechuza. Era un águila. (p.28).

Pero el águila no es sólo el símbolo de un nuevo estado de cosas económico, sino también el ave extraña que anuncia un cambio total del ambiente. Detrás del águila vienen los buques, los camiones, los tractores. La transformación alcanza los más diversos aspectos de la vida de los pobladores de la región petrolera. Hasta se modifican el paisaje y los elementos materiales más cercanos al individuo. Y alrededor de esta situación comienza a consolidarse el principal factor documental de *Mene*: el reflejo del conjunto de ese ambiente; máximo objetivo de la novela y sin duda su mejor logro.

En consecuencia, surgen claros cuadros del proceso de cambio violento inicial. Las máquinas no admiten espera ni solicitudes: es la fuerza material, es el movimiento irracional de los hechos que imponen al hombre desapercibido un nuevo ritmo y una nueva orientación. Es un alud enloquecedor que a todos envuelve en un frenesí de actividad y en un afán de incorporarse a la marcha de las torres y los taladros. Había una evidencia: "Detenerse era morir"; y allí estaba la prueba material: "Los camiones tenían que ir haciendo ziz-zagues para sortear las embestidas de otros camiones" (p.39). En medio de la confusión, el hombre, sorprendido, maravillado en su ignorancia, no podía hacer otra cosa que acatar el cambio y formar parte de él:

Comenzaron aquellas ruedas dentelladas y aquellas cuchillas relucientes una tarea feroz. El monte fue cayendo, como la barba bajo el filo de la navaja. El indígena miraba absorto la avalancha. Hallaba en ello algo mágico que su simplismo no se explicaba. Pronto fue sumado él mismo, en cuerpo y alma, al diapasón elemental, y se sintió nuevo, descubierto en partes propias que hasta entonces ignorara. Descubrió que sus manos eran aptas para poner en marcha los devastadores artilugios. Pero aun así, cada mañana le traía una nueva maravilla. Las tractoras, las aplanadoras, las hoces no sólo servían para arrasar el monte sino también para nivelar la tierra y hacerla llana y firme.



Pueblos oscuros, Cabimas, Lagunillas, Mene, se incorporaban al frenesí del mundo. Las veredas se convertían en calles, los cujiales en viviendas. Unas viviendas presurosas, hechas con los cajones de las máquinas y tapadas con planchas de zinc. La demencia de un ensueño extravasado de las fronteras oníricas. (p. 34).

En el nuevo orden material y espiritual el petróleo se hizo leyenda, y su riqueza atrajo gentes de las más distantes latitudes, seducidas por las promesas del oro fácil y pródigo. Fue la invasión de los instrumentos humanos de dominio, después de la primera invasión de los nuevos conquistadores. Detrás de la avanzada de la posesión vino la de la explotación. Entre tanto, el nativo de las tierras ambicionadas era dominado por la sorpresa deslumbradora:

La leyenda de la riqueza del petróleo, de los salarios fabulosos, de las transacciones fantásticas, se irradiaba por toda la nación y atravesaba sus fronteras. Venía un ejército delirante de todos los vientos del globo. Sem, Cam y Jafet trasplantaban sus odios seculares a este trozo escondido y febricitante de la tierra. Y el nativo de mirar melancólico y de limitados horizontes intelectuales contemplaba con estupor el tropel que hollaba sus tierras y arrasaba sus sementeras y consumía la carne de sus rebaños arrojando el oro con loco desprendimiento. (p. 73).

Riqueza, movimiento, maquinaria, tropel, invasión, cambio, sólo van dejando una estela turbadora afianzada en lo efímero, en la fugacidad de lo perecedero a corto plazo. No hay nada permanente todavía. Después quedará como saldo definitivo la transformación con respecto al pasado. Pero de momento, ni siquiera lo que debería ser fundación establecida —la casa, el poblado—, tiene carácter duradero. Surgen las poblaciones parásitas: pequeños caseríos o grandes concentraciones humanas:

A las orillas de los caminos nacían unos hongos donde se guarecían los advenedizos. Casetines inverosímiles que se llaman *gatos*: casas, muebles. (p. 35).

El pueblo de Lagunillas era un cencerro. Una colmena enloquecida. Casas, casitas fabricadas a la diablo. Casitas de tablas, esquemáticas, sucias, grasientas, hacinadas a ambos lados de un callejón que de pronto se trocaba en

puente de tablonces negros suspendidos sobre columnas de mapora por encima del lago: *La planchada*. Esta plataforma prolongada sobre las aguas como un dedo estirado para apreciar la temperatura lacustre, temblaba medrosamente bajo el peso de una muchedumbre histérica y transpirada, compuesta de mujerzuelas y quidames. (p. 91).

El otro gran elemento central de *Mene* —además del reflejo del ambiente turbulento de las zonas petroleras— es el planteamiento de la discriminación racial y de los conflictos en las relaciones humanas y sociales entre los extranjeros y los nativos. Al respecto, la novela revela una actitud decidida y franca de denuncia de los prejuicios inaceptables y de la injusticia de ellos derivada. Todo esto, destacando siempre la complicidad y el sometimiento servil de muchos criollos, que hasta en lo que significa una especie de autodesprecio sirven a los amos. Así, se establece una cadena que va desde “el tono imperativo para mandar las cosas o para pedir las” de los nuevos conquistadores yanquis (p. 46), y el hábito de los jefes extranjeros de “tratar a los trabajadores a patadas” (p. 61), hasta la implantación de la gran arma represiva de las Compañías: la *lista negra*; reservada para los trabajadores rebeldes o condenados a castigo por infracción de las normas impuestas por los petroleros en su predominio económico, político y racial. Es un instrumento monstruoso: “—Al que lo pongan en ella, que se vaya, si no quiere morir de hambre” (p. 38). Y la representación extrema de este recurso discriminatorio, de bestial represión, corresponde en la novela al negro antillano Philibert, condenado a la negación de trabajo, e indirectamente a muerte, por el más circunstancial y fisiológico de los motivos:

De súbito brilló una palabra que no había tenido tiempo de evocar no obstante haber estado girando a su derredor como el caminante que en medio del camino busca el camino: “Black List”.

—¡La lista negra!

¡Espantoso! ¡Catastrófico! Le habían puesto en la lista negra: “Enguerrand Narcisus Philibert, negro antillano, por haber osado ocupar el retrete de los blancos”. (p. 90).

Tanto el despotismo como la discriminación racial se fundamentan en el poder económico y político de los extranjeros. Pero hay un elemento más de fortalecimiento de los excesivos y tiránicos derechos que se toman los petroleros: es de orden social y psicológico: el fetichismo del

extranjero y el afán de imitarlo por parte del criollo:

La técnica del extranjero fue una brujería inexplicable e inimitable. Un tabú. Y tabú también la belleza de sus mujeres. Esta actitud refrendaba el concepto apriorístico del blanco sobre el nativo.

...

Se vio al indígena alterar sus costumbres, proscribir su viejo saco, su rústica blusa de lienzo, para exhibirse en mangas de camisa. Y dedicarse al aprendizaje de las lenguas invasoras o simplemente a su remedo. (p. 73).

Tal vez el tema más novedoso de *Mene* se refiere a los comienzos del automatismo en la industria petrolera y a los efectos en Venezuela de la crisis económica internacional. Sólo la novela *El señor Rasvel* había tocado antes el asunto, aunque de manera más hipotética que real. En este caso, *Mene* lleva el planteamiento a sus expresiones más amplias, a sus repercusiones en forma de alto a la desenfrenada locura del petróleo.

En primer lugar, la “personalidad” de la propia máquina. La explotación petrolera exige un equipo asombroso por el adelanto técnico que revela. Y cada máquina impone su ritmo, su modalidad de funcionamiento al hombre, que debe amoldarse a los imperativos de los engranajes que no conocen ni el cansancio ni el sueño y que amenazan con suplantarlo (p. 110). Es el camino de la automatización. Ya los petroleros se han ocupado de despertar entre los trabajadores el fetichismo de la máquina, así como incrementan el fetichismo de ellos mismos: conferencias sistemáticas convencían a los obreros del cuidado que debían dispensar al costoso equipo petrolero, y hasta les daban sanos y morales consejos para la vida privada, pues un hombre después de una parranda o una borrachera está en malas condiciones para atender debidamente la preciosa máquina (p. 65). Pero la crisis no puede ser detenida. Llega primero como un rumor y en seguida como pánico total. Se acaba el auge desenfrenado del comienzo. Muchos vuelven a sus lugares de origen. Es un estupor colectivo:

Las noticias eran alarmantes. Una palabra presagiosa floreció en todos los labios: *Crisis*.

Un día corrió la nueva de que algunas compañías eliminaban hasta sus empleados rubios traídos de Europa y Norteamérica bajo contratos especiales. Reinó por un momento el desconcierto, casi el terror de los naufragios.

Las gentes iban por las calles realizando sus bienes para no perderlos todos en la total depreciación que presentían. Casas, tierras, muebles. Zarpaban los buques hacia las rutas del mar; cargados de emigrantes que ya se fatigaban de azotar las calles. El hambre asomó su ceño en los cielos teñidos por el rubor de los mechurrios.

¡La crisis! (p. 110).

El alto en la locura inicial que significó la crisis condujo a cierto asentamiento, a la reflexión y a la vuelta a determinadas prácticas tradicionales. Se piensa en cosas más permanentes. Hasta se decide en el pueblo hacer una escuela: "Nunca se pensará en atacar obra semejante en las épocas de derroche y ruido". (p. 112). ¿Es un cambio? No, en el fondo se trata del cumplimiento de una primera etapa, con respecto a la cual la crisis fue un límite final. Las poblaciones tienden a ordenarse según formas acostumbradas antes de la locura petrolera, pero todo dentro de nuevas situaciones. La fuente económica vital sigue siendo el petróleo. Los amos extranjeros están allí. Y el afán de imitación de parte del criollo hacia los invasores permanece igual o se ve acrecentado en su aspiración de, una vez ordenadas las poblaciones, hacer vida de relaciones abiertas con ellos. A fin de cuentas, el único cambio cierto se produce en la mente de los individuos. El autor precisa la esencia de esta transformación de manera no exenta de retórica:

La emotividad humana fue buscando el equilibrio perdido. La música de nuevas esperanzas reguló el ritmo de los corazones. Del estruendo discordante de aquellas muchedumbres atolondradas, se ha pasado por el tamiz del dolor al reposado compás de una ciudadanía que de pronto se descubre en posesión de cariños y deberes inexplorados. Cariño y deber al pueblo donde corrieron sus ansias, donde quedó un poco de su sangre trasfundida en otras venas. Descongestionados como ahora, tras la revelación de la crisis es como pueden los sentidos descubrir el verdadero valor de la nueva ciudad fundada en horas de ceguera y desenfreno. (p. 111).

Los diversos elementos temáticos constitutivos de *Mene* confluyen en la determinación de una conclusión caracterizadora de todo el conjunto ambiental que ella refleja: el efecto asesino del petróleo es lo que define su explotación. En especial la parte segunda de la novela, "Rojo", evidencia la sangre y la muerte que acompañan al petróleo y su co-

mercio en la época inicial; pero también las otras partes de la novela revelan los perjuicios y desastres derivados del petróleo, no siempre representados por la muerte física, sino también por el aniquilamiento espiritual y la más absoluta amoralidad.

Dentro de ese propósito de mostrar los efectos destructores de esta etapa de la explotación, se comienza por plantear el caso específico de las exploraciones en tierra motilona, donde los hombres son aniquilados por la fiebre o por las flechas, y quienes regresan lo hacen en condiciones de desechos humanos (p. 61-63); para luego pasar o ofrecer toda una gama de modalidades del robo, del asesinato, del suicidio, de la prostitución, porque “el petróleo envenena a la gente” y se está en una zona petrolera, es decir donde “el más sano se vuelve una fiera” (p. 77). De otro lado se encuentra el matrimonio desajustado, falso, entre el yanqui y la mujer criolla –como el caso de Jorge y Ángela–, donde los prejuicios sociales y raciales acaban por establecer la salida de la decepción y el suicidio. Y el afán de riquezas. Y el olvido de las buenas formas en el trato. Y la locura del oportunismo. Y el vasallaje espiritual. Y todos los males, reunidos, recrecidos. De donde nace no sólo el espanto y el rechazo ante esa realidad, sino hasta una suerte de prejuicio casi supersticioso contra el petróleo. Como en el caso de Narciso, quien llega a pensar, para explicarse la total sequía, de las tierras de la zona, que “el petróleo que llena todo esto por debajo, es lo que no deja brotar el agua dulce y crecer las matas” (p. 134). En lugar caliente y árido no podrá imaginarse mayor maldición para el petróleo que considerarlo la negación de los ríos y la vegetación. Es la asfixia.

Allí está la gran conclusión que deja la novela, y no sólo como una afirmación de los hechos de la realidad, sino así mismo como el señalamiento de su permanencia: Lagunillas es arrasada por un incendio, pero se rehace en seguida (p. 98); es el símbolo del desastre del petróleo, pero también de la capacidad de recuperación del ambiente petrolero.

Como recapitulación, cabe destacar a *Mene* como la primera novela del petróleo de autor venezolano; obra de gran valor original en su concepción general y de sólida significación documental, basada en las experiencias directas de Díaz Sánchez. Reafirma y amplía esta obra el panorama general de la creación novelesca venezolana sobre el petróleo, abarcando con acierto y poder sugerente la atmósfera total de las zonas petroleras en su etapa inicial, con temas tan nuevos como el relativo a la

crisis económica. De otra parte es la más viva e importante novela de Ramón Díaz Sánchez.

Cuatro años después de la aparición de *Mene*, publica Ramón Carrera Obando un largo fragmento de **Remolino** (Carúpano, 1940),<sup>30</sup> que hubiera sido la segunda novela petrolera de autor venezolano —y la tercera en orden cronológico temático—, de haberse editado completa. La parte ofrecida al público consta de treinta y tres páginas, suficientes para evidenciar el gran interés y la notable fuerza del tema que las recorre y del tratamiento realista que el autor les confirió. Interés y fuerza que hacen desear la lectura del texto total, y lamentar su no publicación hasta el presente, o lo que es aun peor, la posible condición inconclusa.

*Remolino* lleva el subtítulo de: “Aspectos del petróleo en Venezuela”, y a la captación y reflejo de este asunto dedica sus páginas fragmentarias. La acción se ubica con toda claridad en el espacio: el Oriente de Venezuela, probablemente la zona de Caripito (señalándose como la primera pintura novelesca de ambientes petroleros que se sitúa en esa región del país y se sale del monopolio mantenido por el Zulia). Del mismo modo se precisa en el tiempo, con claras determinaciones históricas: los comienzos de la búsqueda y explotación del petróleo durante la dictadura de Gómez. Y, extremando la delimitación, si se acepta que el lugar petrolero de nombre disfrazado es Caripito, podría pensarse en 1928, año en que la Standard Oil Company hizo el suculento hallazgo del campo de Quiriquire, en las cercanías de Caripito, que por entonces era una pequeña aldea como la que pinta la novela.<sup>31</sup>

Cuando Carrera Obando publica el fragmento de *Remolino*, las nuevas condiciones económicas han llevado a Venezuela al lugar de segundo productor de petróleo del mundo,<sup>32</sup> auge acrecentado por las exigencias en hidrocarburos provocadas por la segunda guerra mundial. Sin embargo, son hechos ajenos a la acción de la novela, ubicada, como se ha dicho, en la etapa inicial de las exploraciones y la primera explotación. Entonces las condiciones eran distintas y a ellas se atienden hechos y ambientes presentados.

Todo empieza, como en otras novelas, con la llegada de los invasores. Los yanquis arriban al pueblo de Mapirito, en medio del recibimiento servil de parte de las autoridades del lugar. Y de inmediato comienza a operar el efecto deslumbrante de la noticia del descubrimiento de petróleo en el sitio. Es la “nueva conquista” (p. 106), que ya habían descrito y calificado *Tierra del sol amada* y *Mene*. Llega la avanzada. Son pocos; pero ya aparecen provistos de extraños aparatos y artefactos que empiezan de

inmediato a ejercer sus efectos mágicos:

Del lado del llano, por detrás del Cementerio de los españoles, llegaron tres extranjeros con sus trípodes teodolíticos, sus parasoles gigantes, y sus maletones provistos de grandes cantidades de alimentos manufacturados. (p. 86).

Al poco tiempo aparece el “portón petrolero”: la zona de la Compañía “Aceite Crudo Venezuela Co.” (p. 93), y acuden trabajadores de los más distintos orígenes, atraídos por la oferta de salarios elevados, que resultan, en la realidad, mucho más altos que los de otros oficios (p. 89). En seguida se hacen sentir los efectos nocivos del cambio. Es el mismo planteamiento de novelas anteriores, y en especial de *Mene*: la llegada de forasteros diversos y de pocos escrúpulos llevan el pequeño pueblo a la descomposición general. Sin embargo, no cae Carrera Obando en la ingenuidad de describir la vida del poblado en la etapa anterior a la era del petróleo como placentera y equilibrada, con el solo propósito de hacer más aguda la contraposición con respecto al nuevo orden impuesto por la invasión bituminosa. Su visión realista le hace destacar —no olvida el autor que se vive bajo el régimen gomecista— cómo desde antes el jefe civil Linares en combinación con el presidente de Estado tenía como negocio propio los impuestos y sobre todo las multas a que hubiera lugar en Mapiroto. Lo que sucede entonces es que la gerencia de la petrolera suplantó a la jefatura civil: Mr. Tom, el gerente de la Compañía, toma el asunto en sus manos, gratifica a las autoridades civiles con dinero y dispone la ley a su antojo. Es Mr. Tom quien impone sanciones a los obreros que él considera que han incurrido en falta menor o grave (p. 92) y hasta ha conseguido por convenio con el presidente de Estado que los presos sin dinero cancelen sus multas trabajando en la Compañía (p. 102).

El poder económico de la empresa petrolera se va haciendo cada vez más absoluto, hasta envolver a un número interminable de servidores y cómplices. El halago del sueldo elevado, de la gratificación extraordinaria, de la amistad protectora, resulta invencible. En la lista de fieles asalariados de la Compañía ocupa lugar destacado el médico venal, que se presta a ocultar las causas de muerte por accidentes de trabajo, convirtiéndolas en enfermedades comunes, para evitar desembolsos y problemas a la petrolera (p. 113). Allí están también el jefe civil, el abogado servil, el vigilante dispuesto a espiar y delatar. Pero *Remolino* va más allá y añade nuevas complicidades hasta entonces no presentadas en las nove-

las del petróleo. De una parte, el cura –dominado por los beneficios económicos y la prepotencia que se derivan de la alianza con la Compañía–, que sabe enseñar al pueblo “cuáles eran los santos caminos de la salvación: ¡la peinilla y el taladro!” (p. 111). Y de la otra –más concreta y productiva–, el inspector de hidrocarburos, pagado por la petrolera, representante de

la complicidad que siempre existió entre los empleados de las Inspectorías de Hidrocarburos: señores que vivieron la “paz gomecista”, encastillados en el Hotel Yanky, con todo libre, para que el oleoducto corriera con libertad hasta los “tanks” conductores de aceite... (p. 113).

A semejanza de *Mene, Remolino* destaca el dominio de la máquina y sobre todo del vehículo de motor sobre el hombre. Es la fiebre de los carros y la proliferación de los choferes (p. 109), partes de una transformación total que se va operando. Pero donde centra generalmente su énfasis es en la presentación de la expansión de las propiedades de la Compañía por medio de la compra de tierras en condiciones abusivas e impositivas (p. 96). El procedimiento habitual es ofrecer cantidades nunca imaginadas por los dueños, y cuando falla el atractivo del dinero, pasar, con el apoyo de las autoridades civiles, a la vía más expedita de la coacción por la amenaza o el daño inferido a manera de muestra. De este último recurso es víctima el pequeño propietario Julián Ferino, que representa la resistencia ante los invasores, conserva su dignidad y no acepta vender a pesar de los halagos de Mr. Tom y las amenazas del jefe civil. Esto le lleva a prisión, y luego a ser remitido a la cárcel de la capital del Estado (p. 99-101). En un sentido más general, don Salustiano encarna el caso mayoritario del dueño de tierras forzado a vender por las circunstancias externas y las necesidades económicas personales, y que luego lamenta verse separado de sus campos de labranza, atemorizado, además, ante el futuro incierto (p. 104). Duele el abandono de la tierra familiar; y duele que todo sea en provecho de los nuevos conquistadores y en perjuicio del pueblo, que se transforma de modo negativo en todos los aspectos:

El que ha nacido campo adentro, en la tierra que produce el racimo, la mazorca y la piña melosa, sabe cómo duele cuando los tractores y las cuchillas “Robsbilders” y “Caterpillar” arrasan los campos de agricultura, para tender



la carretera que ha de conducir la “planchada” del taladro. Cómo se transforma el florecido regazo agrícola, en el erial del bituminoso material que se nos va del suelo a robustecer la transacción judía que nos trae la carestía de la vida; que arrastra la guerra entre vecinos; que acecha entre hermanos; que tapa los ojos a la caridad; que ofrece la chispa para el incendio destructor; que mata a mansalva como la palabra de Judas... (p. 104).

Directamente unido al tema de la adquisición abusiva de tierras, surge el otro asunto central de *Remolino*, que se vincula con su propio título: la transformación del medio, que se convierte en un verdadero remolino físico y espiritual. Es el cambio total. La desarticulación con respecto al ambiente tradicional, a la historia, a las costumbres establecidas. La tierra se ve hollada, profanada en su eglógico aspecto legendario. Y todo por exigencia del nuevo orden económico, de la conquista petrolera. Carrera Obando no puede evitar el tono exaltado al reivindicar las formas inveteradas del paisaje y de las costumbres:

La tierra dulce, la que se granaba todos los años en cosecha de pan; la que endulza la múcura de la piña; y da el albo bocado de la yuca; la que florece en abril, mientras el arrendajo cuelga la manga de su nido y saluda con el lírico capullo de su trino la orgía luminosa del nuevo día; la de los ricos frijoles de Doña Lucía y la azucarada panela de Don Salustiano; la bravía de Ferrino que sabe defenderla; y claudicante de Gallito, el gendarme y espaldero de los tiranuelos; ésa se iría pronto entre los dientes de los “Caterpillar” y los “Robsbilders”, para dar cabida a la otra, a la del hombre de la camisa de kaki, a la de la victrola ofrecida por Salomón; y a la que se doblega diplomáticamente ante el cheque azul del alto empleado; y en el brindis espiritutoso de la Sal Molía, y en el barato precio del “guachimán”, matador de su hermano, mientras el extranjero le azuza al oído la primera palabra de la nueva conquista... (p. 106).

Por encima de todo se precisa la sensación de alteración, de violencia sobre lo asentado, que define el alud petrolero. La búsqueda en el seno de la tierra es la única obsesión válida; en su nombre todos los cambios adquieren significación primordial en la nueva etapa que viven las poblaciones sacadas de su anterior economía agrícola, y todo se justifica en aras del progreso. La máquina sigue su marcha sin cesar. Es la esencia y el

símbolo determinante de *Remolino*:

La rueda lo arrasa todo, mientras el taladro busca con su aguja mágica las fuentes prodigiosas que alimentan las bolsas, preparan las matanzas y decujan el árbol de la tradición... (p. 111).

Cuando Rómulo Gallegos publicó su octava novela, ***Sobre la misma tierra*** (Barcelona, España, 1943), quiso lograr con ella la visión fundamental de una importante y característica zona del país: el Zulia, y a la vez desplegar ante sus compatriotas un verdadero programa ideológico para enfrentar los males más visibles del país. En ambas direcciones tenía Gallegos que abordar el tema petrolero: es imposible tratar de la región zuliana sin referirse al petróleo, como es igualmente imposible enfocar el conjunto de la realidad venezolana sin encarar el problema petrolero. *Sobre la misma tierra* no es una novela del petróleo, pero de él deriva una de sus esencias. En efecto, el asunto petrolero es uno de los dos principales soportes temáticos e ideológicos de la obra, junto al que se relaciona con la comunidad goajira y sus particularidades. Sin embargo, a fin de cuentas, por fuerza lógica y como una muestra de la agudeza del autor, ambos asuntos se vinculan en lo que puede ser considerado como el sentido final de la novela: sobre la misma tierra se levantan, casi una al lado de la otra, la miseria del indígena (vale decir el criollo, el habitante de la tierra) y la riqueza sorprendente y ajena del petróleo. Cuando Remota vuelve a su Guajira nativa, el chofer del carro que la transporta lo expresa con total claridad:

—¡Ah mundo! Esta pobre gente teniendo que caminar kilómetros para llevarse al rancho la chirigüita de agua sucia y el viento perdiéndose por toda la Guajira, sin la torre de un molino que lo haga trabajar para que el indio siquiera beba una agüita limpia. ¡Ah mundo! Y no muy lejos de aquí, en la zona petrolera, ese torrerío ajeno enriqueciendo al musíú, sobre la misma tierra. (p. 157).

Esa claridad en el planteamiento de la verdad definitiva —reveladora de una situación económica y política— con respecto al sentido de la explotación petrolera, no sorprende en la novela de Gallegos de más resaltante intención social, ni en una época en la cual equivocarse con respecto al real estado de cosas en materia de petróleo en Venezuela sólo

estaba reservado a los ingenuos desmedidos y a los cómplices igualmente sin medida. Para el momento de la publicación de *Sobre la misma tierra* se ha producido un notable ascenso en la producción y exportación del petróleo venezolano, en aras de la segunda guerra mundial, sin embargo entorpecidas temporalmente por las incursiones de los submarinos nazis en el Caribe. Los años de 1940 y 1941 señalaron la iniciación de la producción comercial de nuevas compañías. Y el auge de los beneficios de las empresas –evidentes para todos y muy claros para un escritor penetrante como Gallegos– llevó en 1941 al gobierno del General Medina a hacer públicas manifestaciones de sus propósitos de aumentar la participación de la Nación en los beneficios del petróleo, lo cual se haría patente en 1943 con la promulgación de una nueva Ley de Hidrocarburos que imponía aumentos en el impuesto de explotación. Sin embargo, Gallegos escribe su novela en una etapa de reflexión y consideración atenta del problema petrolero. Las situaciones cambiantes de aumento y descenso de la producción; el debate público suscitado desde tiempo atrás por la publicación en 1936, del artículo slogan de Arturo Uslar Pietri: “Sembrar el petróleo” y sus derivaciones de enfoques prácticos para aprovechar la riqueza del petróleo en inversiones que impulsasen otras riquezas, como la agricultura y la ganadería; el fin de un lapso, en 1943, de recuperación de la crisis mundial, según algunos expertos<sup>33</sup>; son todos factores que llevan a la meditación equilibrada sobre el petróleo. Y ello se palpa en *Sobre la misma tierra*.

La visión de Gallegos del problema petrolero en esta novela podría concentrarse en siete enfoques, correspondientes a otras tantas ideas o interpretaciones. Con lo cual se está afirmando que no se trata de reflejo contemplativo del asunto, sólo documental, sino que, de acuerdo al procedimiento acostumbrado por el autor, hay el claro afán de penetrar, de comprender y explicar razones profundas y sentidos ocultos. Y justamente así como en otros terrenos sociales, económicos y políticos el enfoque galleguiano resulta parcial y hasta superficial por las limitaciones impuestas por las fronteras cercanas de su campo ideológico, es en la materia petrolera tratada en *Sobre la misma tierra* donde logra ahondamiento excepcional, sólo superado por *Mancha de aceite*. Y esta penetración es en particular válida en cuanto a la esencia misma de la explotación petrolera, sus órdenes impartidas en inglés, sus gruesos beneficios orientados hacia las cuentas bancarias de los grandes *trusts* internacionales; ya

que la novela no entra en los medios posibles de enfrentamiento y superación de este despojo supuestamente legalizado.

El primer enfoque del tema petrolero en esta novela se refiere a la instalación de las compañías, afincada en los manejos dolosos de los propios *trusts* y en las facilidades y complicidades aseguradas por los intermediarios entreguistas y los abogados a sueldo de las empresas. Los vendedores reales y los fingidos que participaban en falsas ventas fueron los primeros en abrir las puertas a los invasores. En ese grupo se encontraba el mismo Demetrio Montiel, como destaca amargamente *Remota* (p. 124). Y allí privó el negocio turbio, el engaño inhumano del ignorante y del indefenso, la simulación, la trampa; para adquirir tierras en favor de las Compañías y comenzar a bailar “la danza de los millones”, como decía Demetrio Montiel (p. 79). Después, todas las barreras legales fueron franqueadas por los abogados sometidos a los intereses de las petroleras —Gallegos vuelve aquí al tema apuntado en *Odisea de tierra firme*—; en tal número incorporados al frenesí del dinero distribuido con largueza, que de pronto resultaba asombroso encontrar alguno “de los pocos abogados que no habían querido lucrarse con la venta del subsuelo zuliano al taladro extranjero” (p. 83). Estos comienzos fueron una verdadera rebatiña infame, traidora, donde sólo prevalecían los intereses personales de los ambiciosos, que los hábiles extranjeros sabían explotar con todo cálculo. Es una vergonzosa realidad que lleva a Gallegos a dar, desde el principio, un tono de alegato, de requisitoria a su presentación del tema. Un buen exponente de su actitud es esta escena, que recuerda otra de forma similar, aunque en distintas circunstancias, de *La bella y la fiera*:

...no tardó en divulgarse la estupenda noticia de que en el Zulia se estaba pisando sobre oro negro.

Y comenzó la rebatiña de las concesiones en torno al dictador omnipotente:

—¡A mí, general! ¡No me olvide, viejo! ¡Un papelito de éstos y cuente conmigo, jefe!

Los intermediarios ya de la esterlina, del florín y del dólar no estaban en el campo de la rebatiña, pero ya habían hecho las guiñadas de ojo del entendimiento malicioso.

Y a los bufetes, después de los forcejeos de la subasta, para que los abogados diligentes les aplicasen a los papeles su discreta ciencia.

—*All right* —aprobó el circunspecto Londres.

Y Holanda tiernísima:

— *Splendid!* —suspiró.

Y el cordialote New York, a la pata la llana, como gente de la casa:

—¡O.K., boy!

Pero todos muy cumplidamente, al doctor aplicado, por sus buenos oficios:

—Y para usted...

*Royalty*. La palabra inglesa adecentó la codicia criolla entrando en el argot de la gente afortunada que ya podía ser elegante, y una inmensa porción del subsuelo venezolano pasó al dominio del taladro extranjero. (p. 7576).

Después de sentar las características de esta iniciación de la piratería petrolera, *Sobre la misma tierra* señala un aspecto esencial de los métodos de sostenimientos del estado de cosas implantado: concretamente la iniquidad que rige las diferencias en materia de vivienda y de salario entre el petrolero yanqui y el trabajador venezolano. Esta injusticia se encuentra en la base misma de la explotación petrolera y en cada uno de los planos de su proceso total. Pero algunas manifestaciones del abuso resultan más visibles, chocantes e inadmisibles, sobre todo cuando afectan de modo directo al elemento humano: la discriminación, el despotismo, el engaño. En este caso, Gallegos destaca el desequilibrio existente en materia de salarios y que beneficia al trabajador yanqui en perjuicio del criollo, ya que entre ambas categorías no existe el elemental principio de "igualdad de tratamiento en igualdad de circunstancias" (p. 134). Del mismo modo se pone énfasis en mostrar el contraste entre Lagunillas de Agua, no sólo reducida a la miseria sino prácticamente a cenizas después del conocido incendio, y las agradables y casi elegantes zonas de viviendas para importantes petroleros venidos de fuera:

Las floridas parcelas de los altos empleados de las compañías, extranjeros todos; las ordenadas oficinas laboriosas; los verdes prados para el juego del golf y las canchas de tenis... (p. 126).

El tercer enfoque se refiere a una idea especialmente original, profunda y verdadera: hay un país petrolero dentro del país Venezuela. Es tal vez la constatación política más aguda de toda la novela. Y a través de ella se ve la existencia de un poder petrolero que se ejerce sobre la nación dominada como un ejército invasor se adueña por tiempo indefinido del territorio conquistado. El símbolo es "mushiú Dola" (p. 122), y el hecho

concreto aparece señalado en una conversación entre Remota y el singular Mr. Hardman. El yanqui lo expresa de manera casi burlona (aunque no parece intención del autor que se perciba de ese modo en ese personaje), con rasgos de humor cruel: invita a Remota a conocer la zona petrolera para charlar

—Mientras yo le muestro a usted un país mío que está pasándose una bonita temporada en el país de usted.

—¿Una temporada solamente? —había objetado ella. (p. 120).

Y esta pregunta con que replica Remota ayuda aún más a precisar la posición de amarga protesta al respecto, de Gallegos. No son unas fructíferas vacaciones nada más las que se está pasando el país petrolero extranjero en el país Venezuela, se trata ya de un orden, de un estado de duración indeterminada.

Lamentablemente, Gallegos no desarrolla esta interesante revelación de la existencia de un país petrolero que se rige por sus propios principios y leyes, provenientes de la metrópoli sin tomar en cuenta las normas internas de la colonia. Sobre todo deja fuera —o sólo toca levemente— la cadena de complicidades que comienza en el pozo petrolero, pasa por el escritorio del gerente de la Compañía y termina en el despacho del propio jefe de gobierno. Es la corrupción oficial nacional en el engranaje petrolero —que con tanto énfasis denuncia *Mancha de aceite*— y cuya ausencia en *Sobre la misma tierra* constituye una de las lagunas esenciales del reflejo que allí se logra del problema petrolero<sup>34</sup>. Por suerte la novela contiene reiteradas presentaciones gráficas y ostensibles del poder extranjero del petróleo en tierra venezolana, significando la esencia final de la realidad; algunas tan bien logradas como ésta:

Locomotoras, camiones, tractores, grúas... Toneladas de hierro y acero ajenos que hacen retemblar la tierra venezolana y el músculo venezolano contraído en recia actividad dirigida por palabras inglesas, entre bocanadas de humo de tabaco de Virginia, cachimba en la boca. (p. 81)

El cuarto enfoque del tema petrolero en esta novela tiene proyecciones internacionales bien definidas. Significa la búsqueda de las expresiones finales —o elementales, si se toman a la inversa— de la realidad petrolera total, ya fuera de los falsos límites nacionales, en solicitud de las

bases definitivas de la gran maquinaria petrolera. Es una verdad breve, pero de gigantescas proporciones, que viene a culminar el enfoque anterior, concediendo a esta obra de Gallegos particular profundidad y valor en la denuncia reivindicativa del despojo petrolero. Con determinada intención –muy idealista en un afán de demostrar equilibrio ante el yanqui–, corresponde decirla a Hardman, el singular *driller* de Arizona:

...Yo soy parte de una máquina grande y fuerte que se maneja desde Wall Street. (p. 92).

En seguida puede precisarse en *Sobre la misma tierra* un quinto enfoque: las ventajas y los males derivados del petróleo. En primer lugar fue la locura del petróleo, sembradora de confusión, elemento de desequilibrio de pronto lanzado en un país de estructuras económicas tradicionales. La consigna fue “¡Petróleo o nada!” (p. 79). Y de inmediato surgieron las poblaciones improvisadas, representaciones del desorden repentino. Pueblos “desmirriados, torcidos, tarados... mal paridos por la prisa aventurera”, llenos de ranchos y barracas, de taberneros y prostitutas (p. 80). Los propios pobladores de estos centros enloquecidos, los trabajadores del petróleo, eran un claro signo de la desarticulación: atraídos por el resplandor de los salarios elevados, habían dejado sus tierras y sus rebaños para correr tras la nueva esperanza de mejoría económica (p. 83, 123). Son realidades que llevan al autor a referirse al progreso petrolero en un tono de acre ironía:

Petróleo era riqueza y el porvenir diría si habrá valido la pena. ¡Venezuela en marcha! (p. 80).

En un momento dado, la sensación de tierra de “porvenir próspero” por aquel “poderoso esfuerzo industrial”, se da a Remota Montiel (p. 120). De otro lado el sin par Mr. Hardman expresa, como uno de los beneficios derivados por Venezuela del petróleo, una circunstancia específica de orden proletaria que sencillamente significa el desarrollo de una clase obrera consciente de su sentido y de su fuerza. Este importantísimo señalamiento sólo se hace de pasada, y al aparecer en boca de Hardman pierde la mitad de su esencia esperanzada. Queda registrado junto a otros

supuestos beneficios intangibles:

...el obrero venezolano está adquiriendo un sentido de responsabilidad personal, de eficacia y una conciencia de clase, que es también sentido de responsabilidad social, que realmente no tenía. (p. 133).

Pero estos intentos de equilibrio, de ver objetivamente aspectos negativos y positivos, no dejan duda en cuanto al balance: se trata de un país convertido en “monoprodutor y de riqueza extractiva, por añadidura”, y será siempre discutible si las ventajas económicas derivadas del petróleo compensan de los males materiales y espirituales ocasionados a los pueblos y habitantes de los lugares petroleros y del desajuste económico y moral causado a todo el país.

En el mismo afán de forzada objetividad, Gallegos entra en la consideración de la personalidad humana de los petroleros. Allí se siente en la obligación de presentar a un yanqui perforador de pozos al servicio de la Compañía, que, por misteriosas cualidades íntimas, hasta entonces ocultas, de repente decide ser un hombre de honor y separarse de los negocios turbios de la gran empresa. El razonamiento, sin duda, es el siguiente: no todos los petroleros, uno a uno, pueden ser individuos insensibles al mal que ocasionan a Venezuela, dominados por el interés económico y la ignorancia de lo que no sea su beneficio personal; no todos pueden estar regidos por sentimientos de superioridad de colonizador y por odios raciales; no todos pueden obedecer ciegamente las órdenes de la Compañía hasta el extremo de intervenir, sin protestas, en los manejos más dolosos y las usurpaciones más escandalosas. Y hasta aquí todo parece inobjetable. Al menos teóricamente, la excepción es posible. Además, hay que ofrecer una visión objetiva, desapasionada, de la realidad. Y en verdad lo que se logra es un enfoque idealizado, artificial por las imposiciones teóricas. Lo que se ha hecho es *inventar* a Hardman. Su misma índole excepcional, a todas luces singular, le resta significación en una novela que aspira a tipificar una realidad, dando de ella lo que le es característico y habitual, y no lo que sólo tiene cabida por la vía de lo insólito. Desde luego que Hardman ha sido un personaje muy del gusto de críticos literarios norteamericanos, quienes, seguramente sin ánimo tendencioso, han destacado la pintura de este yanqui *bueno* como una demostración de la gran objetividad de Gallegos, representativo de las buenas intenciones de los amigos del Norte y disipador del gusto amargo dejado por el Mr. Danger



de *Doña Bárbara*.<sup>35</sup> Pero en el fondo es una mera fantasía que se ajusta al rigor excesivo de ciertos patrones preconcebidos por Gallegos para sus novelas. Lo que sí está visto con los pies —sobre la tierra sobre la “misma tierra” donde se explota el petróleo, en este caso— es que para quien tenga la ocurrencia de actuar como Hardman no queda sino la salida de la renuncia (p. 193).

Por último, el enfoque total, síntesis del sentido general de la novela: sobre la misma tierra toman vida y permanencia, en sitios colindantes, la miseria propia y la riqueza ajena. Es la esencia del planteamiento final, que Gallegos ya insinúa en el título de la obra y que después enfatiza en sucesivas reiteraciones a lo largo de las páginas. Ya se mostró este mensaje al comenzar a tratar de *Sobre la misma tierra*, pero no es la única oportunidad en que se expresa de manera tan clara; hay firmes repeticiones de la idea, con el importante añadido de la irresponsabilidad nacional, es decir la culpa repartida entre la voracidad extranjera y la negligencia criolla. Los pueblos pobres levantan su triste espectáculo junto a las torres millonarias (p. 125); y han sido los mismos nacionales los primeros causantes de esa situación. Gallegos resume su planteamiento con toda precisión:

Ludmila contempla el soberbio espectáculo de las torres erguidas y con esto y sus impresiones de hacía poco, ante la indiana de Tierra Negra y las que ahora ha recogido al paso por los pueblos, formula esta conclusión:

—La estupenda suerte ajena junto al descuidado infortunio propio, sobre la misma tierra. (p. 126).

Finalmente, la novela, a semejanza de *Mene*, presenta el símbolo del incendio de la turbulenta Lagunillas —especie de culminación catastrófica del desenfreno—, y al igual que la obra de Díaz Sánchez, en la de Gallegos permanece la proyección también simbólica de las torres petroleras que no son destruidas, que sobreviven hacia el futuro (p. 85).

Sin ser propiamente una novela petrolera, *Sobre la misma tierra* tiene importancia de primer orden en el desarrollo del tema en Venezuela, en especial por su vigoroso tono de alegato, de denuncia animada por un evidente espíritu nacionalista. No sólo pinta con indudable acierto territorios y ambientes —físicos y espirituales— petroleros, sino que va más allá, en la búsqueda de las verdades ocultas y las fuerzas definitivas que gobiernan la maquinaria petrolera. En ese camino, esta obra sólo es superada por *Mancha de aceite*; anotándose, sin embargo, a su favor, en un balan-

ce de señalamientos, el apuntar con toda exactitud dos hechos tan significativos como la existencia de un país petrolero extranjero dentro del país Venezuela y el manejo del engranaje petrolero desde Wall Street. A esta visión internacional —realista y aguda— de la explotación petrolera no une Gallegos la determinación de las complicidades oficiales nacionales —sólo indica las particulares—, pero en cambio pone todo énfasis en el complemento básico de su gran mensaje reivindicativo y condenatorio: es inadmisibles que sobre la misma tierra coexistan la miseria nativa y la riqueza extraña. Lamentablemente Gallegos se queda en la denuncia; no hay perspectivas de salida o al menos líneas de lucha con miras al porvenir.

Aparte de las novelas donde ocupa sitio central, o al menos lugar sobresaliente, el tema petrolero continúa figurando incidentalmente en obras novelescas destinadas a otras captaciones, pero en las cuales cualquier intento de visión de la problemática nacional profunda, ya sea en su conjunto o en parcelamientos regionales, lleva de algún modo a tocar el gigantesco y proteico asunto. Es el caso de *Clamor campesino* (Caracas, 1944),<sup>36</sup> de Julián Padrón. Allí, el autor aspira a presentar aspectos determinantes de la vida de los campesinos del Estado Monagas, entre ellos el de las dificultades que encuentran para dar salida a los frutos que cultivan. Y de inmediato se plantea al autor la cuestión de relacionar esa circunstancia con la presencia próxima de campos petroleros. Todo parece muy lógico y natural, y Padrón ofrece la visión idealista —y conciliadora de intereses opuestos— de las Compañías petroleras como posibles mercados para los productos de los agricultores y los hacendados cafetaleros de la región, a condición de tener buenas carreteras (p. 158). De su parte, la realidad evidencia el proceso económico de círculo cerrado en cuanto a la dependencia del Norte de la vida en los campos petroleros, y que elimina la posibilidad de la perspectiva anterior sobre el mercado para los frutos de la región: las Compañías estaban importando conservas alimenticias cuya materia prima “se producía en la zona monaguense donde ellas operaban” (p. 205). Padrón no penetra las razones profundas del hecho, sin ver que esto ocurre independientemente de que haya o no fáciles vías de comunicación. Y su visión idealista culmina al imaginar —en la misma época en que publica su novela— a las Compañías ayudando, con el aporte de maquinarias, de la manera más desinteresada, a diligentes inmigrantes agricultores a hacer una carretera que atravesaría toda la fértil región y permitiría el rápido transporte de los productos agrícolas (p. 288). Sin embargo, es de interés destacar que al lado de estas idealizaciones, la ex-

perencia propia y la fuerza de los acontecimientos reales llevan a Padrón a poner énfasis en señalar el desajuste económico y los males morales provocados por la nueva explotación y los pueblos improvisados en la zona, y en especial lo tocante a la gravedad del intenso éxodo campesino, bajo el atractivo del brillo de las monedas que ofrecía a manos llenas el petróleo y que con frecuencia se trocaban en invalidez o muerte (p. 81-84). Aunque a decir verdad esto de “monedas a manos llenas” resultaba muy relativo, sobre todo con respecto a los obreros no calificados, cuyos salarios eran sumamente bajos.

En *La casa de los Abila* (Caracas, 1946),<sup>37</sup> de José Rafael Pocaterra, el petróleo importa a la acción por cuanto significa una perspectiva de mayor riqueza para Juan de Abila, cuya recuperación económica se asentaba en el trabajo agropecuario, hecho fundamental para el desarrollo de la novela, ya que Juan es no sólo personaje central sino además encarnación de la proyección simbólica más esperanzada de la obra. Sin embargo, la presencia directa del tema es mínima. Se entiende, desde luego, que se trata de una época –podría fijarse en 1918– cuando apenas comenzaban las exportaciones de petróleo venezolano, y todo lo relativo a esta industria se encontraba en su iniciación. Precisamente lo más frecuente era la compra de tierras ricas en yacimientos, con el consiguiente beneficio económico casi milagroso para los vendedores, tal como el caso que presagia *La casa de los Abila* y que recuerda el ya visto en *Elvia*.

Así, propiamente el *problema petrolero* no toma parte en la novela; sólo surge, por la vía indirecta, un aspecto elemental del asunto, no enjuiciado ni cuestionado. Es visible cuando Juan pide a Sabás que le muestre el sitio de sus propiedades llamado El Mene, donde aflora un aceite negro por varias bocas y hasta se encuentra una gran laguna de betún. El interés le viene a Juan más por indicaciones de Roberto, quien ya había visto muestras del líquido, que por una verdadera conciencia de la posibilidad de la existencia de yacimientos petrolíferos. Después de una prolongada marcha, llegaron al lugar, donde Juan toma todas las notas de ubicación y características que le había pedido su amigo, y en última instancia queda sorprendido ante la magnitud del hallazgo. Todo marcha hacia el registro del yacimiento y hacia la futura mayor riqueza de Juan (p. 303-304).

Más adelante, como otra muestra del vigoroso realismo de esta novela, el descubrimiento definitivo y el registro legal dan paso al inevitable, y deseado, complemento: la perspectiva de venta a “míster Curtis, el

americano"... (p. 317), el fatal "americano" del petróleo venezolano desde los comienzos de la búsqueda hasta nuestros días.

Fue la segunda oportunidad en que Pocaterra dio entrada al tema petrolero en sus obras novelescas –antes, en *Tierra del sol amada*, había apuntado el sentido y los efectos de la "nueva conquista"–, esta vez como una muestra de la significación creciente, cotidiana, que el petróleo tomaba ya en aquella época en la vida nacional, hasta el extremo de afectar los más diversos aspectos de la dinámica del país y de sus habitantes, y aun poder transformar –como en el caso de Juan de Abila– un destino, una voluntad, un hombre en suma, bajo los efectos del oro repentino y aparentemente regalado.

Cuando aparece *Guachimanes* (Santiago de Chile, 1954), de Gabriel Bracho Montiel, han pasado dieciocho años desde su composición<sup>38</sup>, y la realidad petrolera ha variado considerablemente. Sin embargo, la obra conserva su particular fuerza como documento de época, justamente de los años en que fue escrita: finales del régimen dictatorial de Gómez y momento de la muerte del sátrapa.

Bracho Montiel insiste en que *Guachimanes* –nombre criollizado de los vigilantes que en lengua anglopetrolera se llaman "watchmen"– no es una novela. Con toda intención al respecto, subtitula su libro "Doce aguafuertes para ilustrar la novela venezolana del petróleo", y en nota de solapa enfatiza su punto de vista al afirmar que "este libro no es una novela" y que fue escrito como apuntes para "organizar precisamente una novela". Añade que así se quedaron para siempre los apuntes, integrando ahora doce crónicas "que apenas se enganchan hasta aparentar una sola narración". En verdad sólo el primer cuadro, *Uno menos*, queda desgajado del conjunto como relato diferenciado; los once restantes son partes –tal vez poco desarrolladas de acuerdo a los planes del autor– de un todo, de una novela en ciernes, o decididamente de una novela breve. No dejaría de ser absurdo debatir con el propio autor la ubicación genérica de su obra, pero es obvio que si Bracho Montiel hubiera publicado *Guachimanes* sin el primer cuadro y bajo la clara presentación de "novela", su libro sería una importante, viva y vigorosa novela breve del petróleo en Venezuela. En tales condiciones, en este seguimiento de la trayectoria del tema petrolero en la novela venezolana, se tratará de *Guachimanes* como de una unidad novelesca, quedando establecido que en ese caso se hace referencia a las once "aguafuertes" señaladas, que son en rigor once capítulos de una novela que casi llega a las cien páginas.

En primer lugar sobresale la descripción de los elementos que posibilitaron el asentamiento de las Compañías: el despojo, las compras engañosas, los intermediarios serviles (p. 53-54). Son hechos ya observados, en forma reiterada, en novelas anteriores. Las imposiciones cronológicas de la fecha de edición impiden que estos señalamientos sean considerados como originales; otra cosa sería si *Guachimanes* se hubiera publicado cuando se escribió, el mismo año en que aparece *Mene*.

Esos apuntes iniciales dejan, en seguida, lugar a los instrumentos de dominio y represión de que se valieron las empresas imperialistas para su fortalecimiento en la tierra extraña: el abogado venal, la discriminación racial, y sobre todo la monstruosa *lista negra* (p. 67), que podía condenar a un hombre al desempleo y hasta a la muerte, como se vio en *Mene*. Pero aun por encima de todo esto, la novela revela con toda fuerza lo que resulta todavía más inaceptable, más indigno: la complicidad del propio empleado criollo, olvidado de su tierra y de su pueblo. Y dentro de esta fauna de asalariados envilecidos de las bajas esferas de la Compañía, ninguno tan visible y odiado como el cuidador de los intereses extranjeros, el "Guachimán". Forma parte de la casta de los renegados: son los perros de presa para sus propios compatriotas, vigilantes comprados hasta en su sueño, aprovechadores de las ventajas y los valimientos derivados de sus puestos de confianza. Dan título a la novela, y ésta no tarda en retratarlos:

Los *guachimanes* que duermen de día, salen ahora con su reloj de control colgado como bulto de escolar y el arma al cinto. Primeras víctimas de la máquina, esclavos del reloj que impone sus viglias y denuncia las derrotas ganadas por el sueño, vagan por los caminos solitarios rumiando ideas oscuras como la noche, como la cabría, como el petróleo. Silban olvidados *corridos* del Apure, canciones viejas de la sierra trujillana, *gaitas* del Saladillo marabino; ¡silban y avanzan como las balas!

La Compañía paga sus insomnios, compra sus silencios y soborna sus complicidades. El "coronel" Jefe Civil gratifica sus influencias, subvenciona su cooperación, negocia sus delitos. (p. 17).

La transformación del medio se cumple casi instantáneamente. El atractivo de los salarios elevados, aun en su relatividad, llena su función de imán fantástico que lleva su poder a todos los rincones del país. Y surgen las poblaciones improvisadas, señaladas por el bullicio y el aturdimiento de

sus habitantes:

escándalo de Jazz-band, notas confundidas, lanzadas por mil pianos automáticos llamados pianolas, músicas de ortofónicas, primeros silbatos lúgubres de los primeros radiorreceptores, sirenas de automóviles. ¡En el mabil estarán descoyuntando las caderas los hombres que han de ir mañana a la maroma de la cabria! ¡Estará corriendo sobre el tapete la moneda del salario! (p. 18).

Surgen los prestamistas y los vendedores por cuotas (p. 19); las prostitutas y los aventureros de peor ralea. Surgen los jefes civiles déspotas al servicio de la Compañía, también prestamistas y también ladrones. Surgen las trampas al fisco, como aquella muy famosa que se resume de este modo: los barcos petroleros pagaban un impuesto de dos bolívars por tonelada, pero los que llevaban frutos del país estaba estatuido que pagasen sólo un bolívar, así que las petroleras compraban abundantes racimos de cambur, los colocaban a la vista en los barcos y con la complicidad de los inspectores obtenían la rebaja (p. 76). Surge, en suma, el torbellino del cambio, del nuevo estado, confuso y alucinante como una monstruosa sorpresa, afincado en la ambición y la corruptela generalizadas:

Fue un furioso batallón de hombres poseídos del torvo anhelo de lucro y explotación; abigarrado enjambre de pigmentos de pieles blancas o cobrizas o amarillas o negras, pero todo ello presidido por un solo espíritu de conquista que no era expresión de lucha fértil sino arrebato de absorción y de saqueo; por eso estuvieron juntos en la hora de la invasión el rubio portador del dinero y el criollo fraguador del plan perverso, la avasalladora catarata de dólares comprando conciencias baratas y la tremenda opinión del mausser y del foete quebrando rebeldías.

Se volvieron doradas las monedas de níquel y amanecieron con precio de arenas diamantíferas las tierras yermas... (p. 52). Preparado así el sendero asfaltado, vino por él un carro que tenía por ruedas dólares y esterlinas, y trabajo en la cómoda carlinga al jurista criollo, al mediquito obediente y sumiso, al contable atónito que aprendía ahora a sumar y dividir cantidades de siete cifras... (p. 53).

La situación de crecientes presiones insoportables va generando una rebeldía que al comienzo es sólo latente, soterrada (p. 46-47). Poco a

poco el nervio de la protesta y el afán de mejoramiento se va personificando, definido en las ideas y en los actos. Así aparece en la mente de don España y del doctor Trino Paz, reunidos en la funeraria del primero para intercambiar opiniones y libros revolucionarios. En las palabras del joven empleado de la Compañía míster Charles, anti-imperialista en su propia tierra, yanqui representativo del proletariado de su país,<sup>39</sup> que transmiten al digno y valeroso Tochito explicaciones sobre el funcionamiento de los sindicatos en Estados Unidos y sobre la necesaria lucha contra la explotación del trabajador y el robo del petróleo. También en las palabras del mismo Tochito, rebelde instintivo al comienzo y después cada vez más dueño de un espíritu de clase —ya convertido en un verdadero obrero (p. 39)— y de una conciencia anti-imperialista; que cuenta a su amigo míster Charles el intento, frustrado por la fuerza de las autoridades civiles, de fundar una So-Sociedad de Obreros (p. 37), y que permanece en el pueblo como una fuerza motorizadora de cambios hacia el futuro cuando míster Charles se ve obligado, a abandonar el país por imposiciones de la Compañía y del propio gobierno nacional, como represalia por su labor difusora de ideas. Por último, esta rebeldía se hace manifiesta y pública en el momento de la muerte del dictador Gómez, cuando la agitación promovida por estudiantes y obreros, aprovechando el ligero paréntesis de libertad que entonces se produjo, lanzó al pueblo a las calles y a los jefes civiles y torturadores al escape (p. 103-105). Como compendio de toda la rebeldía, en un sentido general, aparece la figura de Tochito: dignidad sostenida hasta el final, cuando puede tomar parte en la simbólica venganza consistente en el lanzamiento a las llamas del quemador de gas de los más connotados déspotas y espías del lugar; a la muerte de Gómez. Por componendas del Jefe Civil es acusado de robo a la Compañía, encarcelado y torturado, pero su rebeldía no se quiebra, en espera del momento de la venganza, que llega en medio de la agitación colectiva. Es un símbolo y una advertencia.

El espíritu anti imperialista que anima esencialmente a *Guachimanes* se hace evidente no sólo en exaltaciones ideológicas, en impulsos retóricos —casi siempre exclamativos—, que el autor no puede evitar y que delatan con exceso de intromisión su presencia y su afán de subrayar y acusar (p. 107, 152). Pero junto a este factor básico en la concepción y realización de la obra, se define una amplia visión sobre la invasión petrolera y la complicidad oficial generalizada, complementos fundamentales en el sentido final de la novela. La primera formulación queda recogida en es-

te diálogo:

Sobre un escaño de una nave hace el último comentario un coriano somnoliento:

—¡Ah mundo!... ¡Si los americanos se van se acaba este pueblo pa siempre! ¡Por eso es que el gobierno los ayuda y los deja de hacer de tó!

—¿Y si no hubieran venío nunca? —pregunta el Patrón.

El coriano responde casi dormido:

—¿Yo sé ... pues? (p. 23).

Y la segunda en la violenta reflexión de Tochito —expresada con las peculiaridades de su habla—, que explica aún más el sentido del título de la novela:

—¡Guachimán es er Coronel y er Presidente, y er juez y er Abogao, y er Ingeniero y er Médico! ¡Sí! ¡Guachimanes todos! ¡Guachimanes que también vigilan los pozos de donde sale el petróleo que nos roban! ¡Guachimanes, guachimanes son todos! ¡Er viejo Gómez es er primel guachimán! (p. 98).

En suma, *Guachimanes* es una valiente novela de medianas proporciones sobre el tema petrolero. Aun a sabiendas de que su autor la considera como apuntes para una novela, la extensión y la consistencia de lo logrado permiten referirse a esta obra como algo hecho, cerrado. Su publicación muy tardía ha actuado claramente en la limitación de su importancia histórica para el desarrollo del tema del petróleo en la novelística venezolana; de allí que muchos de sus asuntos y personajes que hubieran sido de gran novedad cuando se escribió la obra, dieciocho años después —fecha en que se publica— parezcan reiteraciones de tópicos ya presentados en otras novelas. Sin embargo, el énfasis señalador de la complicidad oficial, la aparición del espíritu de clase entre los trabajadores, el yanqui realmente revolucionario, la marcha del aparato imperialista, el proceso de mantenimiento y progresión de la rebeldía, así como ciertas descripciones de ambientes y de procedimientos del abuso de las autoridades y del robo al fisco, son señalamientos y logros novedosos, en oportunidades de poderosa sugerencia.

Al publicar *Cassandra* (Caracas, 1957), Ramón Díaz Sánchez se convirtió en el único autor venezolano de dos novelas sobre el tema gigante. En efecto, once años después de la aparición de *Mene*, vuelve a los



ambientes petroleros, con una especie de afán de completar, de enriquecer lo que inició en la primera y apasionada obra. Este propósito aparece como evidente, y así lo demuestra ese tono general de cosa “dirigida”, que lesiona grandemente el valor novelístico de *Casandra*. Todo lo que en *Mene* fue vida, naturalidad, experiencia, vigor elemental, es ahora circunstancia calculada, intelectualización, irrealidad extemporánea, efectismo intrascendente. Fallas todas sorprendentes en un novelista formado y experto, pero nada extrañas en un plan novelesco excesivamente lucubrado y lleno de prejuicios intelectuales y de supuesta profundidad reflexiva.

*Casandra* se desarrolla a partir de 1935, cuando el joven José Ubert (hijo del Joseíto Ubert de *Mene*) llega a Campo Escondido, después de haber estado preso en el Castillo de San Carlos, por represalia política de la dictadura gomecista, de 1928 a 1930 —en correspondencia con la propia experiencia del autor—, y de una estadía de cinco años en Maracaibo. La acción culmina en el momento de la muerte del sátrapa de turno, con la lógica agitación política derivada del hecho. Después, la novela se prolonga en un deshilvanado capítulo final, que el autor llama *epílogo*, y donde aspira a mostrar la evolución burguesa definitiva y antirrevolucionaria del joven José Ubert, y a aclarar algunos símbolos de la novela, que a fin de cuentas no aclara.

Es evidente que *Casandra*, al igual de *Mene*, se fundamenta en vivencias y contactos bastante directos del autor con el mundo de la explotación petrolera en el Zulia. Pero de una novela a la otra se advierte la notable diferencia que va de algo vivo y espontáneo, y por ende sincero, a una cosa reelaborada y artificiosa. La base vivencial es tal vez la misma, pero las actitudes son totalmente distintas y hasta opuestas. Las esencias intelectualizadas de *Casandra* llevan a Nicole SaintGille a decir, con razón, que esta novela “no aspira a pintarnos una serie de escenas vividas sino a presentarnos, por medio de un personaje central, una larga meditación sobre Venezuela, su sentido, su futuro”.<sup>40</sup>

Para la fecha en que aparece esta segunda novela petrolera de Díaz Sánchez, la situación de la industria del petróleo en Venezuela ha evolucionado de manera total con relación al momento en que se publicó *Mene*.<sup>41</sup> Sin embargo, de hecho, con respecto a la propia acción de *Casandra*, interesa directamente el estado de cosas petrolero hasta 1935, cuando muere el dictador Gómez y se cierra el ciclo de los sucesos acaecidos en la novela. Sólo se alude a épocas posteriores, y hasta casi coinci-

dentes con el año de edición de la obra, en el prólogo del autor y de manera indirecta en el epílogo.<sup>42</sup>

Lo primero que se advierte en la lectura de *Casandra* es la presencia de personajes ya aparecidos en *Mene*: José Ubert, Joseíto Ubert, Teófilo Aldana. De entre ellos sobresale aquí José, el niño José de *Mene*, que adquiere categoría de personaje central de la obra. El desarrollo de José en *Casandra* es absurdo y decepcionante. Se trata de un joven revolucionario, que ha pasado por la violenta escuela de la cárcel política, que ha leído sobre temas sociales, que conoce asuntos elementales del socialismo, y sin embargo piensa en la recuperación del país por medio de la fe en el símbolo impreciso cuando no ridículo encarnado por Casandra, vieja loca y borracha del campo petrolero (p. 200). La personificación en Casandra aun de un ideal de redención nacional tan vago como el de José, resulta inconcebible de parte de quien parece tener nociones bastante claras de la realidad del país. Y en consecuencia la muerte de Casandra simboliza la muerte de los pobres ideales de José (p. 417). Finalmente, el joven revolucionario, frustrado, anarquizado, terminará por someterse a los beneficios de la riqueza malhabida del padre y pasará a formar parte de la ronda de los nuevos ricos nacidos del petróleo, olvidado en la bonanza de la vida burguesa de las luchas juveniles (p. 413).

Igualmente se encuentran en *Casandra* representantes de la tipología petrolera ya aparecidos en *Mene*: el criollo servil, ahora representado por Míster Epi (por ejemplo, p. 19); el cómplice nativo de los invasores petroleros, el principal culpable (p. 390); el abogado a sueldo de la Compañía, siempre dispuesto a obedecer la orden en lengua extraña de los nuevos amos en contra de los intereses de su propia tierra y siempre preparado para fabricar oportunamente a los petroleros “la ley que necesitaban” (p. 286). Y aquí ocurre una de las contadas explosiones de protesta y de sentimiento nacional ofendido de Díaz Sánchez en la novela, con la fuerza de ciertos pasajes de *Mene*:

Y obra de éstos, venezolanos formados en nuestras universidades y letrados que viven con el nombre de Bolívar en los labios, fueron las normas que regularon la industria de nuestro petróleo; ellos son los que van a intimidar a los jueces cuando alguien demanda a una de esas empresas; ellos, los que libran de castigo al extranjero que despanzurra a un trabajador con su automóvil; ellos, los que solicitan la exoneración de derechos arancela-

rios, sobre todo cuanto importan las compañías, desde las cabrias y los camiones hasta los trajes, los cigarrillos, el *whisky*, los perfumes y los preservativos para evitar que los niños rubios nazcan en un país tan sucio y caluroso como éste (p. 286).

Algunos temas significativos planteados en *Mene* reaparecen en *Cassandra* sin grandes variantes: el éxodo campesino (por ejemplo, p. 54); el imperio de la máquina, que no debe nunca detenerse aunque el hombre sucumba (p. 104); la colaboración inconsciente del criollo para con el petrolero, sin llegar a ser un cómplice calculador pero por igual un instrumento del extranjero (p. 105); el desprecio de los invasores por la mujer nativa (p. 220). En otros casos se produce una considerable profundización, con mayor espíritu denunciatorio, en asuntos y casos señalados en la primera novela: la descomposición social se revela hasta en la vida alterada, sin equilibrio, individualmente de los miembros de la comunidad petrolera (por ejemplo, p. 106); los métodos de soborno para obtener la entrada libre, sin pago de impuesto, de productos para las Compañías, comprando con dinero o especies a jefes civiles, a empleados fiscales, a agentes aduanales (p. 180); los abusos y desmanes de los señores petroleros en la compra de tierras, en los pagos relativos a las hectáreas del Lago de Maracaibo en explotación, en lo que se refiere al derecho de boyas, en lo que concierne al impuesto de “medida neta” aplicado a los buques cargados de petróleo (p. 284-285); las malas condiciones de vida de los obreros, que llevan al joven revolucionario Palmenio a presentar la situación de este modo:

—Dirijan ahora la vista al trabajador —aconsejó—, y contemplen este aspecto del vasto problema. ¿Construir viviendas higiénicas para unos seres semi-salvajes? ¡Bah! ¿Quién se interesa por la salud y la cultura de estos fetos de una raza inferior? ¿Remuneraciones por accidentes de trabajo, por muertes y mutilaciones, intoxicaciones, pérdida de la vista, de las manos o de las piernas? ¡Tonterías! ¿Sindicalización del obrero y creación del seguro social? Crímenes que se pagan más caros que el homicidio. (p. 285).

*Cassandra* aborda nuevos temas con respecto a los que incluye *Mene*. Algunos se explican por razones históricas derivadas de las peculiaridades de las épocas distintas a que se refieren ambas novelas; pero en general pueden considerarse como consecuencia de una mayor con-

ciencia –al menos más plena si no más combativa– del problema petrolero de parte del autor. Sobre todo hay un conocimiento histórico más profundo de lo que antes, en *Mene*, era visión directa, contacto de cronista. De allí, por ejemplo, que ahora se vea claramente una importante base del despojo petrolero: la complicidad del gobierno (p. 285), y en particular la corrupción del régimen gomecista, que le llevó a la triste condición de cómplice de los petroleros, a la vez chantajeado y amenazado por éstos (p. 282). Así surgen, también, las primeras noticias sobre socialismo (p. 146), y se comienza a hablar de marxismo en el campo petrolero (p. 280). De todo ello resulta que comiencen a esbozarse “incipientes movimientos gremiales” (p. 179), y que el jefe civil denuncie ante los yanquis –la verdadera autoridad– las actividades “comunistas” de los obreros, quienes hasta se habían atrevido a lanzar una hoja pública titulada “La lucha por el pan y la tierra” (p. 107-108).

El momento de la muerte de Gómez y la reacción popular consiguiente, significan un pasaje de gran dramatismo y vigor en la novela, quizás lo mejor logrado en toda la obra. La agitación de masas es general, poderosa; pero su ímpetu desorientado, anárquico, sobre todo políticamente vengativo, dispensa de sus furores a la Compañía y sus propiedades. Y finalmente es contenido por la fuerza militar dirigida por el nuevo aparato de gobierno encabezado por otro general. La novela recoge las tres circunstancias:

No eran sólo trabajadores del petróleo los que formaban el encrespado cortejo; también participaban en él labriegos de las glebas del interior y pescadores de las costas del lago. Unos y otros se distinguían por sus ropas, por sus maneras y por sus palabras. Algunos portaban machetes; otros, las tercerolas con que cazaban conejos y palomitas. (p. 370-371).

... un gran campamento en el cual reinaba el silencio. Sobre la verja pintada de blanco y sobre las casas de techos rojos una brisa doméstica mecía las ramas de las acacias. El se hallaba frente al portal y podía ver por entre los huecos del acero expandido las avenidas de limpias arenas, la ancha piscina llena de un agua inmóvil, el *court* de *tenis* y la blanca pantalla para la proyección de películas. Bien se advertía que la furia del pueblo no había llegado hasta aquel lugar. (p. 391).

...había llegado la tropa y los soldados cubiertos con sus cascos de acero y armados con sus relucientes fusiles se distribuían por los campos para guar-

dar el orden y proteger las instalaciones. (p. 409).

Al igual de *Sobre la misma tierra* y de *Guachimanes*, *Casandra* aísla el personaje especial del extranjero al servicio de los poderosos petroleros que, sin embargo, se opone al despojo que estos realizan. No es el caso sorpresivo e ingenuo del Hardman de Gallegos, ni tampoco el proletario revolucionario en su propio país, Míster Charles, de Bracho Montiel. Ahora Díaz Sánchez nos presenta un excepcional Míster Walter, de los laboratorios de la Compañía, que encarna al científico, al intelectual solidario de los explotados (por ejemplo, p. 220). Comprende la situación y por su capacidad de inteligencia y de espíritu de justicia se opone a los opresores. En el fondo es una visión tan idealizada como la de Hardman, aunque con ligeros fundamentos de que éste carece. Por cierto que al pobre Míster Walter le toca hacerse tal vez el más pesado personaje de la novela con los discursos que le endilga el autor en varias oportunidades. Deseoso de decir todo lo que no estaba en *Mene*, afanoso por mostrar sus conocimientos sobre materia petrolera, Díaz Sánchez pone a Míster Walter a producir unas extensas e insoportables disertaciones sobre la formación del petróleo, sobre temas de geología y geografía, y otros asuntos técnicos, que imprimen una notable pesadez al libro. Un ejemplo espantable de estos discursos es el que versa acerca del origen y la historia del petróleo, y que va de la página 250 a la 257. El único tema que Míster Walter no toca es el político, y explica, sensatamente, a José —su frecuente auditor— que de eso le hablará un compatriota de éste (p. 261 ).

*Casandra* contiene ciertos planteamientos sobre el problema petrolero que pueden considerarse como postulados generales y básicos, definidores del sentido total de la obra. Son los siguientes: 1º) El mundo del petróleo: las prostitutas y la ruleta (p. 310); 2º) La ilusión del petróleo: la riqueza no es para los que vienen a trabajar al campamento, ya tiene dueño (p. 53); 3º) La propiedad del petróleo: la Compañía es dueña hasta de la carretera que construye en tierras nacionales (p. 238); 4º) La verdad económica del petróleo: el aceite se va en los barcos, que traen de vuelta productos manufacturados (p. 160); 5º). La devastación del petróleo: *Casandra* habla de una “lluvia negra” —el petróleo— que sólo produce esclavos y muertos; lo que necesita el país es volver a la tierra, a la agricultura (p. 203).

A fin de cuentas, *Casandra* aporta elementos nuevos a la personalidad de novelista del petróleo de Díaz Sánchez; pero en un sentido

general, con respecto a la novela petrolera en conjunto, es bien poco lo que podría destacarse como innovador. Más bien cabría señalar el ahondamiento en algunos temas acertadamente presentados, y la significación particular de esta obra como único caso de segunda novela petrolera de un mismo autor. Con relación a *Mene*, la contraposición es irregular: hay aspectos más clara y vigorosamente tratados (la complicidad del gobierno, la rebeldía de los trabajadores) y otros decididamente idealizados (visión romántica de los motilonos, el petrolero “bueno”, la mitomanía de José). En definitiva *Mene* se presenta como visiones reales de la experiencia y *Cassandra* como la intelectualización de un tema, el proceso “dirigido” de un asunto novelesco. Y, por último, desde el punto de vista formal y estructural, ya se ha dicho, esta novela olvida lo espontáneo y vivo de *Mene* para perderse en lo pesado y francamente fatigoso.

En el mismo año en que aparece *Cassandra*, Mario Briceño-Iragorry publica *Los Riberas* (Caracas-Madrid, 1957). Libro al que se le ha discutido su condición de novela. En efecto, la gran carga claras, el prólogo del autor —donde destaca el “fondo de realidad histórica” del volumen— y hasta el subtítulo que él le dio: “Historias de Venezuela”, hace bastante fácil insistir en que no se trata de una novela propiamente dicha. Pero de otra parte, resulta que tampoco es el caso de historia simple y llana: lo novelesco salta constantemente de las páginas del libro. “Crónicas noveladas”, “Historia novelesca”, “Memorias noveladas”; tal vez alguna de estas clasificaciones híbridas le cuadre mejor que la concreta de novela o de historia. Pero mientras esto se establece de manera definitiva, y aun independientemente de ello, procederemos como lo hicimos con *Guachimanes*: fuera de clasificaciones absolutas, interesa para nuestro estudio el tema petrolero donde quiera que surja aparejado a lo novelesco. Justificará, pues, este propósito investigativo que incluyamos aquí, entre novelas más precisas, a *Los Riberas*, considerando además que por las características peculiares de la obra y la significación de su autor no puede descartarse la posibilidad de su influjo en novelas posteriores.

*Los Riberas* es una especie de “proceso a la formación de la burguesía venezolana”<sup>43</sup>, a lo largo de jugosas páginas, plenas de historia palpable a través del desenvolvimiento novelesco de personajes directos de tres generaciones de la familia merideña Ribera. Coinciden y se suceden los tiempos de Vicente, Alfonso y Vicente Alejo Ribera a lo largo de un período histórico del país de unos veinticinco años a partir de fines de la primera guerra mundial. Como es fácil imaginar, en ese vasto conjunto de

hechos y momentos significativos para Venezuela, el petróleo ocupa lugar destacado, sobre todo en una época que coincide con la “explosión” y fortalecimiento definitivo de la gran industria petrolífera. Esta importancia básica del petróleo para la historia contemporánea de Venezuela hace que sea tema reiterado a lo largo de todo el libro, determinado por un enfoque preciso de parte del autor; tal como se verá a continuación.

El surgimiento de la explotación petrolera trajo de inmediato una apasionada lucha por las concesiones. Ya hacia 1918 en Maracaibo ardía el enfrentamiento de intereses: las petroleras, el gobierno, los intermediarios. Es la iniciación para el país de “la era de la minería” (p. 117). Y una vez lanzadas las cosas por este despeñadero de ambiciones y corruptelas, todo se desarrolla a gran velocidad: dos años después “la red de intereses que se movían en torno a las concesiones petroleras aumentaba de una manera sorprendente” (p. 360). Y en medio del juego de sobornos, propinas e influencias, los intermediarios obtienen sus jugosas “tajadas”. Tal como desarrolla su fortuna el abogado Vicente Ribera, digno cabeza de familia, prominente figura entre los validos del dictador Gómez. En especial resulta apetitosa la tarea de remunerada mediación cuando, después de los ingleses y los holandeses, en 1918 comienzan los yanquis de la Standard a buscar concesiones (p. 212). Por último el atractivo llega a su culminación en la Navidad de 1922 cuando revienta el pozo Los Barrosos y se hace definitiva la evidencia de la riqueza petrolífera del subsuelo venezolano: se multiplicaron las solicitudes de concesiones y los intermediarios no descansaban para dar gusto a los nuevos amos petroleros (p. 378). Toda esta productiva situación lleva a Vicente Ribera a destacar cómo las concesiones favorecen no sólo a las Compañías sino también a los intermediarios, y a hacer una viva apología de la política de entrega del petróleo, a través de sus amigos y protegidos, del general Gómez. Cuando Ribera dice: “nuestro porvenir está en el petróleo”, es muy claro: no se refiere al país sino a su familia. Su reconocimiento a la correcta posición patriótica de Gómez, se expresa así: Castro ahuyentó a los extranjeros; Gómez los atrae (p. 231). Para Ribera este es un tema vital, de allí su insistencia en meterse en la cabeza —y en la de los demás— su tesis, que por cierto excede de lo petrolero, para prever —proyectándose hacia tiempos futuros— el descubrimiento de otras riquezas mineras: “Nuestra riqueza está en el subsuelo. Precisa explorar y explotar los grandes yacimientos de petróleo y demás minerales ricos (p. 354): Las “tajadas” son extraordinarias, no hay riesgo ninguno y todo queda amparado por la ley aprobatoria que difun-

de la “Gaceta Oficial” (p. 372). De allí que a fin de cuentas Vicente Ribera no tenga escrúpulos en defender su posición —vale decir su negocio— aun frente a vigorosas manifestaciones de dignidad y patriotismo como la del doctor Urdaneta, que acude ante el poderoso e influyente político en busca de ayuda para defender los intereses de venezolanos atropellados en sus derechos por la “British” en el distrito Mara del Estado Zulia. Briceño-Iragorry ofrece por medio de los dos personajes las posiciones adversas del sofista que oculta sus intereses personales tras patrióticas invocaciones, y el natural defensor de lo nacional, espontáneo y preciso:

Ribera: ...Yo creo, doctor Urdaneta, que no es patriótico oponer tantos obstáculos a los planes de las Compañías. Fíjese usted en lo que espera a Maracaibo cuando esté en pleno desarrollo la industria del petróleo y lo que espera a la República. Nuestro porvenir está en la industria petrolera. (p. 293).

Urdaneta: ... Pero el problema petrolero se ha venido tratando a puerta cerrada y de espaldas al pueblo. En Venezuela no hay diálogo. Venezuela vive un espantoso monólogo. Con respecto al petróleo, yo divido la población de Venezuela en dos: una parte que cree, por la cercanía de la ventaja, en los grandes beneficios que reportarán las compañías extranjeras; y otra que considera el petróleo como un mero tema para fantasear. El pueblo, en realidad, no sabe lo que está ocurriendo. (p. 293-294).

El autor establece de modo directo la conclusión: de esa lucha por las concesiones resultó un hecho evidente y definitivo: los capitales extranjeros se adueñaron del país. En un principio, la Corporación del Puerto de La Guaira y el ferrocarril que iba de ésta a Caracas eran ingleses; el que iba de Caracas a Valencia era alemán; las grandes empresas de la capital eran extranjeras: los tranvías, la luz eléctrica, los teléfonos. Pero después le tocó el turno al subsuelo. Comenzaron los ingleses por hacerse dueños de él (p. 175), para completar totalmente el círculo del dominio económico foráneo:

Venezuela era un país políticamente independiente, pero el capital extranjero la rodeaba como un pulpo que extendiese sus mil brazos sobre el cuerpo rendido de la víctima. Para algo había ayudado Canning a la independencia de Venezuela. (p. 16).



Esta situación permite imaginar de modo realista la potencia política que significará en el futuro –ahora la actualidad– ese vasto capital fortalecido por la gran empresa petrolera. No es casual que este temor sea expresado en la obra por el joven y combativo intelectual Jacinto Fernández, en angustiosa pregunta dirigida a un amigo de tertulias: “¿Sabes tú lo que representará mañana en el país el poder absorbente de las compañías?” (p. 278). Y ya en 1921 es posible palpar la amenaza como una realidad estatuida: los nuevos dueños dirigen el país, suplantando antiguos guías ahora relegados a la condición de lejanos símbolos. Briceño-Iragorry lo dice de la manera más franca, efectiva e hiriente:

El gobierno desplegaba todo el aparato festivo para evocar la fecha en que fue sellada con sangre del pueblo la libertad proclamada por los ideólogos de 1811, al mismo tiempo que entregaban el subsuelo de la nación a la voraz explotación del capital extranjero. En el propio año del centenario de Carabobo, los políticos se afanaban por vender la nación. Sir Henry Deterding y Mister John D. Rockefeller serían en lo sucesivo los grandes capitanes llamados a guiar el destino de Venezuela. La *Royal Dutch Shell* y la *Standard Oil Company* tomarían el sitio ayer ocupado por los ejércitos contrincantes de Bolívar y de La Torre (p. 368- 369).

El nuevo orden económico y político determina la aparición de una oligarquía del petróleo. Forman en ella todos los enriquecidos por el desarrollo petrolero, y están llamados a suplantar a la vieja oligarquía sostenida por el cacao. Y así como ayer se habló de poderosos señores como de “grandes cacaos”, ahora habrá que referirse a los “grandes petróleos” (p. 299). Pero no todo se detiene en este cambio de estructuras económicas en cuanto a los grupos de presión y mando; también surge una “cultura petrolera”. El petróleo no sólo transforma las bases económicas y políticas del país, sino que además aporta una “cultura” nueva. Las bondades de esta flamante “cultura petrolera” están afirmadas por sus dos grandes conquistas: “el whisky and soda y la excitante Coca-cola” para beneficio y dignificación de los venezolanos (p. 136).

Los perjuicios materiales y las alteraciones desniveladoras provenientes del petróleo no se hicieron esperar. Desde el comienzo las Compañías trataron de no conceder a Venezuela sino lo estrictamente necesario: ya en el 1916 la *Royal Dutch* poseía oficinas en Curazao y sus planes se dirigían a instalar allí sus refinerías (p. 162). El atractivo de los elevados

sueldos petroleros se ejerce no sólo sobre los trabajadores, sino en profesionales, sobre todo ingenieros, que se someten a la Compañía que paga más, dejando de servir a la nación o la colectividad (p. 301 ). Pero la gran perturbación la introducen los nuevos ricos del petróleo, quienes desde fines de 1922 empiezan sus grandes negocios que inflan los precios de las casas; que convencen a todos de la necesidad de “anchar” la capital para mejores especulaciones; y hasta construyen algo tan “útil” al pueblo de Caracas como el Country Club, símbolo de la propiedad privada y reservada a la tarjeta de identificación del millonario (p. 379).

Lo que se produjo realmente entonces fue una simple y llana entrega del país. Este calificativo resume el conjunto de significados y extremos de lo que ocurrió. Venta o regalo, el hecho concreto es que los acontecimientos hasta hoy dan toda la razón a las palabras del inconforme doctor Urdaneta: “Estamos vendiendo a Venezuela, amigo Fernández; estamos entregando al Diablo la riqueza y el decoro del país” (p. 303). Los entreguistas no sólo regalan a pedazos el país, sino que, demostrando sus oscuros sentimientos de inferioridad, tratan a todo trance de incorporarse ellos con sus familias al mundo de los nuevos amos: ideal de todos los representantes de la “cultura petrolera”. Así el viejo Alfonso Ribera se siente “en la cumbre de la satisfacción” por el matrimonio de su hija Adelaida con el ingeniero yanqui Charles Keats:

Su hija se incorporaba en esa forma al mundo nuevo del progreso. Su hija realizaba el ideal de las nuevas aspiraciones nacionales. Su hija viajaría con pasaporte americano. Sería su hija la mujer de un americano. La mujer de un hombre dirigente del curso de la nueva riqueza. La mujer de un hombre que viviría en Venezuela sin riesgo de ser molestado por las autoridades. Así le gustaran las hallacas de Mérida y las doradas arepas de harina de la dieta de la Cordillera, don Vicente Ribera era un extranjero completo. Extranjero, como los estirados caballeros que con el texto de Historia de Venezuela bajo el brazo, miraban impassiblemente la ruina moral del país, extranjero, como los hombres sin reflexión que estaban entregando la República a la ocupación económica de los grandes consorcios internacionales. (p. 380).

Esta entrega sólo fue posible con la complicidad del gobierno. Los intermediarios se veían respaldados por la “ley” y en consecuencia cubiertos por la impunidad. Eran “hombres honorables”, “buenos hijos de la pa-

tria”, “ejemplares ciudadanos” destacados por la prensa y los comentarios públicos. Pero en el fondo todo era corrupción y bajos intereses. La descomposición era tan conocida que al autor le basta con aludir a ella por medio del fogoso Fernández, quien expresa así el papel de intermediario entre el gobierno y las petroleras, de Vicente Ribera: es una “cloaca de empotramiento entre la inmundicia de acá y la inmundicia de allá” (p. 304).

A fin de cuentas, entre todos los perjuicios ocasionados por el petróleo al país nada es peor que el mal moral. Allí se concentra el efecto nocivo; es el aspecto más profundo e indeleble: la mancha espiritual, la desorientación, el imperio de la ambición monetaria. En el fondo es la subversión de valores que hace, por ejemplo, que a la muerte de Gómez se hable con entusiasmo de la “riqueza” petrolera que encierra Venezuela, sin que se advierta la “atrofia cívica” a que ha sido reducida (p. 403-404). De allí que el autor ofrezca una especie de símbolo del petróleo en estas palabras: en el subsuelo “duerme el petróleo un sueño de riqueza y de progreso, capaz de resolverse en diabólica pesadilla y en pestilente estercolero” (p. 175). La realidad de esta sociedad carcomida moralmente, minada de vacío y de vicio, queda retratada en las penetrantes sentencias del doctor Alejo Solórzano, digno anciano, capaz de hablar como la voz de una inflexible conciencia colectiva:

Somos una casa invadida por las termitas. Por fuera todo se mira bien. Ahora se construye mucho, se hacen grandes carreteras con el dinero del petróleo, se hará mañana una gran ciudad, hasta cambiarán por otra a nuestra Caracas, pero la procesión va por dentro, hijo. El suelo se sostiene sobre el aire. El corazón de la tierra ha sido perforado, y a medida que sacan el petróleo queda vacío. Se va la soberanía y con el dinero vienen los vicios (p.415).

El enjuiciamiento del problema petrolero que hace Briceño-Iragorry en *Los Riberas* se detiene propiamente en el momento de la muerte del dictador Gómez. El autor quiere tener fe en el futuro, y alude a un cambio grande en la vida del país después de la desaparición del sátrapa (p. 413). Hay esperanza de su parte ante los nuevos rumbos políticos. Sin embargo, es extraño ver que guarde algún optimismo con relación al asunto petrolero en épocas posteriores al fin de Gómez que el autor ya había vivido cuando escribió este libro y en las cuales había comprobado que, aparte de cambios menores, las grandes bases del proble-

ma del petróleo se mantenían inalterables. Parece la patentización de un afanoso optimismo, algo simbólico y considerablemente obligado.

En su conjunto de aspectos petroleros, *Los Riberas* profundiza como ninguna obra novelesca anterior en asuntos esenciales: la lucha por las concesiones; el capital extranjero dueño de Venezuela; la aparición de una “cultura petrolera”; la total “entrega del país”; el imborrable mal moral del petróleo. Así mismo, pinta inolvidables personajes de la fauna de los intermediarios y de los representantes de la nueva civilización petrolera. La discutida condición de memorias noveladas, y no de novela propiamente, resta al libro la especial significación que tendría en el desarrollo de la novela del petróleo si perteneciese claramente al género. Y esto, en especial, al considerar que *Los Riberas* se adentra en un campo casi ausente en otras obras relacionadas con el tema petrolero: el de los altos intermediarios, sus esquemas mentales y sus procedimientos.

Un buen ejemplo de la importancia de la experiencia viva, del elemento vivencial para la captación del ambiente de los campos petroleros es el esquema novelesco *Campo Sur* (Caracas, 1960)<sup>44</sup>, del poeta Efraín Subero. Nuevamente es el caso de una obra que en rigor no es una novela; aunque sí el proyecto, el germen de una novela. El propio autor subtitula su narración distribuida en breves capítulos: “Apuntes para una novela que nunca escribiré”. En efecto, su reducido número de páginas acerca a *Campo Sur* a la categoría de los relatos; pero su estructura se orienta hacia el plan novelesco. En esta oportunidad interesa sobre todo esta pequeña obra como punto de referencia para el desarrollo del tema petrolero en la novelística venezolana y como muestra del papel primordial de la experiencia vivida para el reflejo de la atmósfera del petróleo. Esto último evidenciado en la fuerza descriptiva y ambientadora que encierran estas cortas páginas, superando en vigor y sugerencia a obras de mayor extensión y más decidida condición de novela.

*Campo Sur* resulta de las experiencias del autor en un período de permanencia activa en la zona petrolera de San Tomé (Estado Anzoátegui), en 1956. Con lo cual, de paso, se destaca que este esbozo de novela contiene el reflejo de ambientes petroleros más cercanos cronológicamente a la actualidad. Subero narra y describe lo que palpó directamente, en actitud de vigorosa sinceridad y en función de un presente. El complemento de redacción final corresponde al mismo año de edición. *Campo Sur* va fechado por el autor de este modo: “San Tomé: Semana Santa de 1956. Caracas: San Juan y junio de 1960”.

Estos “apuntes para una novela” ofrecen logros descriptivos suficientes como para llevar al lector a la propia atmósfera petrolera de los campamentos y poblaciones anexas en la actualidad. Este ambiente se toca, se respira en el propio aire cargado. En primer lugar el planteamiento topográfico, que ya señala las grandes diferencias –discriminación habitacional– entre los campos y las casas correspondientes a los obreros y a los altos empleados extranjeros y nacionales:

Se entra a San Tomé rozando necesariamente la acerada piel de unos tubos tendidos horizontalmente sobre un foso. Práctica manera de indicarle al ganado –y a la gente también– que allí termina la sabana y comienza el campo petrolero.

Sorprende en primer lugar la uniformidad de las viviendas. La Compañía dispone su forma y su color: Las destinadas a los solteros son idénticas las unas a las otras. Las destinadas a los casados, también. No obstante existen mínimas diferencias. Grandes diferencias. Extraordinarias diferencias.

En las casas destinadas a los obreros la diferencia es una pieza más o una pieza menos. Están unidas por el cordón umbilical de una pared de concreto que no logra impedir que los ruidos de la media casa donde vive una familia se escuchen en la otra media casa donde vive la otra. Por otra parte, el pequeño corredor frontal también tiene que ser compartido a medias. Si los niños son tremendos o si hay disgustos vecinales no queda más remedio que levantar un tabique de por medio.

Esto es llamado *Campo Sur* (p. 8).

Los altos empleados de la compañía viven muchísimo mejor: Ocupan el llamado *Campo Norte o Stall Campo*, separado del *Campo Sur* por altas y fuertes alambradas. Aquí viven en su totalidad los norteamericanos y los venezolanos –altos jefes, empleados de confianza– la mayoría de ellos completamente americanizados ya. Las casas aquí no son tales. Constituyen cómodas quintas amuebladas con todas las exigencias modernas. Magníficas residencias rodeadas por bellos jardines cuidados por obreros pagados por la Compañía. (p. 9).

Cuando aparece Campo Sur la evolución de la industria petrolera en Venezuela ha llegado a un estado de desarrollo que se caracteriza por un extraordinario incremento de la producción y por el logro de evidentes conquistas reivindicativas de parte de los trabajadores. Es claro

que el aumento de la producción no se efectúa de manera progresiva sostenida, pero, en general, puede hablarse de un crecimiento incesante a partir de 1959; en cambio lo que no se corresponde claramente con este aumento es la participación fiscal, es decir lo que queda a Venezuela por impuestos petroleros, y ello como consecuencia de los complicados mecanismos del petróleo, que permiten ganar más a las Compañías mientras la Nación percibe menos.<sup>45</sup> Del mismo modo, no puede pensarse en un desarrollo lineal en el campo de las reivindicaciones obreras. Si es evidente que mucho se ha obtenido en materia de atención médica y de escuela para los niños, en cambio los desajustes en seguridad en el trabajo y en equilibrio social y discriminación racial siguen operando. Subero destaca —y quizás extrema— los riesgos de muerte en el trabajo en la plataforma de las torres y en las cercanías de las calderas; para terminar con un señalamiento de alcances simbólicos que recuerda al contenido en las novelas que aluden al incendio de Lagunillas (*Mene, Sobre la misma tierra*): después del desastre sólo permanecerá la enorme cabria, afirmando su fuerza, su dominio:

Muy pronto la ropa kaki estará bañada de sudor y bañada de aceite. Muy pronto el peligro será otro mal compañero trepado a la complicada plataforma donde no tan sólo se teme al prematuro reventón del pozo, sino al arrume de tubos que puede deslizar o a la pesada mole que cierra mecánicamente el tubo de perforación y bajo la cual pueden morir aplastados al menor descuido del juincherero. Todavía otro peligro: la cuerda tensa que da vueltas a las roscas que agarran la cabeza del tubo. Todavía otro: la guaya del carrete que varias veces ha reventado ya mutilando al primero que agarra por delante. Y todavía otro más, unos metros lejano pero no por eso menos temible: ¡las calderas!. Los dos inmensos óvalos de hierro que no resisten sino determinada temperatura. En la guardia de cuatro a once, en la de once a tres, ellos saben que si el fogonero se queda dormido unos minutos, volarán por los aires en pedazos y que apenas si la inmensa cabria quedará en pie, como demostrando su extraordinario poderío, su inmovible omnipotencia. (p. 20).

Pero, por encima de todo, *Campo Sur* nos da la sensación del contacto con el ambiente del campo petrolero. Con la novedad de que lo hace desde dentro; conociendo y transmitiendo las interioridades, las percepciones profundas, los planteamientos de cada día, de esa atmósfera. Así

surgen los numerosos *clubes* del campamento, multiplicados como una forma calculada y dirigida por la Compañía de estimular la evasión y la indiferencia social y política entre los pobladores de la zona (p. 7); la tragedia grotesca de los que se van del campo en busca de mejor suerte, fracasan y vuelven al “portón” en solicitud de un reenganche que tarda en llegar (p. 5-6); la angustia del trabajador envejecido, que ve en la edad el gran enemigo para el nuevo contrato personal (p. 6); el hombre frustrado que cambia el salón de clases por la cabina de una camioneta Chevrolet modelo 49; la amargura de la mujer, Absinta, tan inestable como es confuso el campamento; el desenfreno prostituido de la joven sin asideros vitales; el peso del aire, que se siente en la laxitud del mediodía y en los contornos de la señal ardiente del mechuzo de gas. El índice de captación ambiental en las breves páginas de *Campo Sur* puede darlo este fragmento que sugiere el pueblo de El Tigrito:

No todos los empleados y obreros de la Compañía viven en San Tomé. Algunos, inconformes con las incómodas viviendas o por conveniencias personales —exigen entrada adicional por concepto de vivienda y transporte— viven en El Tigrito. Es éste un pequeño pueblo levantado desordenadamente al calor de la industria petrolera. Por su asfaltada calle central pasan con estrépito los pesados vehículos del petróleo, los transportes de obreros que en verdad no son tales sino simples camiones acondicionados sin mucho esmero con unos bancos rudimentarios y un encerado pintarrajeado. A la larga e irregular calle central que conduce a El Tigre, confluyen diversidad de pequeñas callejuelas de tierra, en las cuales se levantan construcciones caprichosas e inverosímiles.

*Campo Sur* se cierra con el trágico proceso del nacimiento del niño sin filiación precisa, repudiado por la madre, descuidado y muerto de mengua (p. 2224). Es un producto del petróleo, también es hechura de la riqueza petrolera, como una nueva Venezuela imprecisa.

*Campo Sur* significa en el desarrollo novelado del tema petrolero una muestra de la fuerza ambientadora que puede contenerse en pocas páginas, a partir de la experiencia viva del campamento petrolero y de la sinceridad denunciadora en los planteamientos. De otra parte aparece como el único intento hecho hasta ahora en terrenos novelescos de captar etapas actuales del mundo particular de la explotación petrolera en tierras venezolanas.

Otro ejemplo de presencia complementaria del tema petrolero en novelas no dedicadas al tópico en especial, puede verse en *Talud derrumbado* (Caracas, 1961) de Arturo Croce. Así como se hizo referencia a *Clamor campesino* de Julián Padrón, ahora se trata de dar otra señal de tratamiento suplementario del asunto petrolero, como inclusión complementativa en todo intento novelesco de reflejar aspectos básicos y profundos de la realidad nacional en el presente siglo, donde no puede faltar alguna alusión a fundamento tan decisivo como el petróleo y sus efectos transformadores.

*Talud derrumbado* se desarrolla en los Andes tachirenses durante el régimen gomecista. Al presentar el conjunto de la situación social y política del lugar y la época —con numerosos elementos tomados de la realidad histórica—, Croce hace referencia a la incipiente explotación petrolera del momento y a la atracción por ella ejercida en las zonas andinas. En primer lugar surgen dudas en cuanto al auge total de los medios petroleros y de los beneficios que la propaganda prometía a todos los que allí laboraban; luego la experiencia de los fracasados que regresaban “con historias tristes y los bolsillos vacíos”, resultaba aleccionadora para los demás (p. 136). En última instancia la ilusión del petróleo y sus beneficios económicos queda deshecha por la competencia para las plazas libres y por los elevados precios de los productos de consumo diario, que prácticamente se llevan casi todo el salario (p. 216).

En el fondo la visión de Croce del problema petrolero es esencialmente negativa, disipadora de la perniciosa quimera de la bonanza de los campamentos. La corrupción y la alteración del ritmo sereno de vida causadas por el petróleo llegaban como nuevos males junto con “la guerra, la especulación, los abusos, el mundo para los zánganos” (p. 172). Así el desajuste causado por la explotación petrolera venía a coronar el conjunto de desgracias y perjuicios que actuaba sobre el hombre del pueblo.

A fin de cuentas la actitud de Croce en *Talud derrumbado* frente al mundo petrolero puede resumirse de este modo: el petróleo es “más una alucinación que una verdad”. Este fragmento es de la más absoluta claridad al respecto y enfatiza el sentido general del enfoque petrolero en la novela:

Algunos se enloquecían al ver cómo de la tierra saltaba el chorro de aceite, y luego el salario los deslumbraba. Pero la vida siguió siendo para ellos la misma, aunque un poco más decente, y los extranjeros les prometían mucho, les decían que eso sería cada vez mejor; pero Joaquín y todos sabían que muchos deberían regresar sin nada, que era más una alucinación que



una verdad. (p. 217).

Más de medio siglo después de la primera mención novelesca del petróleo registrada en este rastreo del tema, publica Miguel Otero Silva su *Oficina N<sup>o</sup> 1* (Caracas, 1961), que pondrá fin al presente itinerario petrolero en la novelística venezolana.

*Oficina N<sup>o</sup> 1* es una novela del petróleo propiamente dicha. Su tema, su sentido, su propósito pertenecen de manera directa al mundo petrolero. Por encima de la endeble trama amorosa que incluye a dos de los personajes centrales –supuestamente los principales–, interesa el proceso de formación y desarrollo de un campamentopueblo petrolero. Además *Oficina N<sup>o</sup> 1* es una novela novelesca<sup>46</sup>, viva e interesante en su lectura fácil. Es obra de un autor maduro, experimentado en los difíciles caminos narrativos, que sabe desenvolver su tema y mantener la atención despierta todo el tiempo. Sin embargo –tema atractivo y de gran significación e interés novelesco creciente–, *Oficina N<sup>o</sup> 1* es a fin de cuentas el ejemplo de cómo se sacrifica un asunto de primer orden, de cómo se desperdicia la oportunidad de hacer una gran novela. Y ello, fundamentalmente, por el fracaso absoluto en la penetración psicológica, en la creación esencial y coherente de los personajes que podrían tomarse como principales: Carmen Rosa y Matías Carvajal; y por la falta de vigor, de sinceridad y de combatividad en el planteamiento general del tema petrolero en Venezuela, que requiere por encima de todo precisamente fuerza, verdad y rebeldía.

Con respecto a nuestro seguimiento del desarrollo del tema petrolero en la novela de Venezuela, *Oficina N<sup>o</sup> 1* encierra numerosos ángulos de interés y factores de significación, como se verá a continuación.

*Oficina N<sup>o</sup> 1* se basa en la historia del pozo petrolero del mismo nombre, del campo a que dio origen y en aspectos generales de la vida de la región –y en algunos, por extensión, de todo el país– en el período final del régimen de Gómez, la muerte del dictador y el proceso gubernamental subsiguiente, que desemboca varios años después en una etapa de libertades públicas hasta entonces desconocidas.<sup>47</sup> Las primeras exploraciones y pruebas en el sitio datan de 1925; doce años después se completó el pozo y empezó la producción. Nació así el campo Oficina, a unos 160 kilómetros de Puerto La Cruz, en el Estado Anzoátegui, por operaciones de la Mene Grande Oil Company.<sup>48</sup> La novela ofrece al final los datos precisos de iniciación y producción, de una inscripción sobre una ver-

ja de hierro, casi diez años después de los comienzos de la explotación:

Se inició la perforación de este pozo Oficina N<sup>o</sup> 1 el 23 de febrero de 1933 y fue el primer pozo perforado en Los Llanos del Este de Venezuela. Fue completado el 16 de julio de 1937 a una profundidad final de 6.184 pies. La producción inicial fue de 1327 barriles de petróleo por día. Produjo 729.489 barriles a flujo natural. Después se puso en flujo artificial y produjo 375.432 barriles más. Total: 1.104.921 barriles (p. 246).

El comienzo de la exploración y el estudio del sitio, cuando no había más de ocho “ranchos de palma de moriche”, ya señaló el imperio de la petrolera: es la Compañía la que designa y paga a la única autoridad civil del lugar, un vendedor ambulante de pronto nombrado comisario y poco después convertido en el “coronel” Arismendi (p. 25). Del mismo modo, los directivos del campamento empiezan a practicar, con todo el despotismo que da la impunidad, los sistemas usuales de la Compañía en el trato para con los trabajadores y las sanciones impuestas a la más leve falta o apariencia de tal. El más claro ejemplo de este procedimiento de arbitrariedades, se ve en el despido simple y llano que hace de un trabajador que le pareció dado con desgano a su labor, el petrolero Taylor; liquidándole de inmediato su cuenta, ya que “siempre llevaba billetes y monedas sueltas en el bolsillo del pantalón para enfrentarse a emergencias como aquella” (p. 47). Con el tiempo el mecanismo variará en lo formal con la frase estereotipada que decía el pagador Guillermito Rada: “La Compañía ha resuelto prescindir de sus servicios a partir de mañana”, pero conservará toda su esencia despótica e irresponsable (p. 120).

La omnipotencia petrolera comienza a dar señales al poco tiempo de instalado el campamento. El abuso de autoridad es norma de funcionamiento de la Compañía y de cada uno de sus altos empleados, que no hacen más que llevar a la práctica en el campo Oficina N<sup>o</sup> 1 el espíritu general que anima a todos los nuevos conquistadores. Un claro ejemplo de los excesos en este sentido aunque la base religiosa del caso lo lleva demasiado a lo irracional, es el entierro obligado del suicida Gabino fuera del cementerio del lugar, porque los principios de fe del jefe del campamento impedían que quien se había privado a sí mismo de la vida fuese sepultado en un camposanto, así fuese el rudimentario sitio para cadáveres y cruces de Oficina N<sup>o</sup> 1 (p. 61).

Un hecho que transforma esencialmente el proceso de la novela

y aporta nuevas modalidades a la resistencia y lucha de los obreros petroleros es la muerte de Gómez y la conmoción política inmediata, pasaje de los mejor logrados en la obra. La desaparición del dictador provoca a su vez la huída del comisario Arismendi; llegan agitadores —estudiantes, obreros, presos recién liberados— que arengan a los trabajadores de campamento; el jefe petrolero yanqui por primera vez es atento, soporta los discursos de los visitantes, habla “con un tono mesurado y cortés que no empleaba desde cuando era alumno de la Universidad de Oklahoma y estaba en la obligación de responder comedidamente a los profesores, dando seguridades del apoyo de la Compañía a la democracia naciente, y regala provisiones de todo tipo a los viajeros que continúan su ruta de euforia libertaria (p. 6870). Por último, pasa el entusiasmo del momento y todo vuelve al ritmo anterior; para asombro del boticario, quien encuentra de inmediato la respuesta del capataz margariteño que lo trae a la realidad:

Secundino Silva deliraba:

—¿Y eso es todo lo que va a pasar en este lugar mientras el país se sacude de un extremo a otro, mientras la muerte del tirano cambia decisivamente el rumbo de nuestra historia?

Y Luciano Millán lo bajaba a la realidad:

—¿Y qué quieres tú que pase? Esto no es sino un puñado de chozas de bahareque y moriche, que no llegan a treinta, cuatro casas portátiles de los americanos, un campamento de lona y un taladro. ¿Qué quieres tú que pase? (p. 71).

Las primeras señales de protesta pública ante los abusos de la Compañía ocurren con motivo del entierro del indio Gabino fuera del cementerio. Son formulaciones contra el imperialismo en boca del boticario (p. 61). Después de la muerte del dictador Gómez empiezan las iniciales actividades sindicales<sup>49</sup>: circula una hoja invitando a los trabajadores a formar un sindicato (p. 95). El movimiento va tomando fuerza, hasta provocar una reunión de las autoridades del lugar: el jefe civil, el cura y un representante criollo de la Compañía que ya no juzga necesaria la presencia allí de un yanqui, pues se han formado buenos servidores indígenas. Este asalariado de los petroleros es Guillermito Rada, ahora ascendido a algo así como mayordomo general, y que completa en la citada reunión la voz total de la Compañía, ya que a ella también están sometidos el jefe civil y

el cura. Comentan lo grave de la situación, mientras el autor pierde una oportunidad de penetrar más a fondo en el sentido de sumisión de estos personajes ante la vasta maquinaria imperialista. Por último el jefe civil “decide” lo que va a hacer, casualmente en coincidencia con las aspiraciones de los amos petroleros:

—Pues aquí no van a comenzar. Esta misma noche le pongo la mano al comité entero, los meto a todos de cabeza en un calabozo y en menos de una semana no queda un sólo sindicalista por estos contornos (p. 121).

Las palabras del jefe civil se han repetido una y otra vez en la historia de Venezuela hasta nuestros días, conservando el término de “sindicalista” o cambiándolo por otro que signifique interés popular o rebeldía. Sin embargo, Otero Silva no da ninguna proyección a tan dignas y fatídicas palabras. Es una sentencia que en la novela —como en la realidad— pasa a la práctica: los organizadores sindicales van a prisión. Pero los intentos de agrupamiento no cesan. Los propósitos son claros y prácticos, como precisa el revolucionario Clímaco Guevara, llamado a ser el dirigente del grupo:

—Como ustedes saben, muchachos, se trata de formar un sindicato o por lo menos un comité que defienda los derechos de los trabajadores. Con la llegada de la tubería se ha levantado un rimero de taladros nuevos en toda la sabana. La construcción del oleoducto ha aumentado también enormemente el número de obreros en Oficina N<sup>o</sup> 1 y sus alrededores. Sigue llegando gente de todas partes pero la Compañía puede hacer con nosotros y con los que llegan lo que le dé la gana porque el jefe civil es un perro de presa al servicio de Mister Thompson y porque el Comisionado del Trabajo le concede siempre la razón a la Compañía, sin molestarse en pensar si la tiene o no la tiene. Necesitamos formar un sindicato para que cuando Guillermito Rada vaya a despedirlo a uno, a nombre de la Compañía, sepa que no está despidiendo a Nicanor Arteaga, ni a Lorenzo Torres, ni a Clímaco Guevara, sino a un miembro de una organización que está resuelta a dar la cara por sus afiliados (p. 164).

Las elocuentes palabras de Clímaco Guevara aluden, de paso, a una situación básica de complicidad del gobierno con las petroleras que el autor no destaca con atención en toda la novela, y que es nada menos que el fundamento central del estado de explotación y abuso reinante.

Mientras el proceso sindical continúa, la evolución política del país va siendo favorable al establecimiento de la agrupación obrera. El comité se crea después de una serie de esfuerzos y de la superación de los obstáculos puestos por las autoridades civiles y petroleras (p. 163-166). Vienen entonces las represalias: se ordena el despido de los dirigentes. El propio Clímaco Guevara está amenazado en el mismo sentido. Se solicita la legalización del sindicato por documento con sesenta firmas. Sin embargo, el proceso ha perdido intensidad por la excesiva localización que se ha hecho de él: precisa el autor que “en otros campamentos petroleros funcionaban sindicatos legalmente” (p. 164). Es decir que todo parece reducirse al caso singular de un lejano campo dominado por la voluntad y el capricho de quienes detentan circunstancialmente el poder, y contra los cuales hay que luchar como frente a una excepción inaceptable. Este descenso del nivel representativo del caso culmina con el corte inesperado de la acción por un forzado accidente grave que sufre Guevara. La salida artificiosa permite detener allí las cosas, sin el enfrentamiento final, y retomarlas en época de posterior gobierno auspiciador de libertades, cuando Guevara aparece en su silla de ruedas actuando al frente de un sindicato legalizado (p. 244).

Otero Silva presenta una nueva versión del petrolero yanqui distinto —ya visto en *Sobre la misma tierra y Guachimanes*, y fuera de esa nacionalidad pero igualmente diferenciado en su actitud, en *Casandra*—, el joven Tony Roberts. El yanqui “bueno” de Otero Silva es un ingeniero tejano, hijo de un socialista norteamericano; tiene noción de los derechos obreros y en el fondo los acepta y hasta comparte puntos de vista reivindicativos de los trabajadores, pero nunca se atreverá a defenderlos públicamente. Prefiere ganar dinero y seguir su camino individualista. La amplia descripción de Roberts y su condición especial (p. 94-97), se complementa con su desenvolvimiento —poco convincente— como personaje: tiene una novia venezolana, se casa con ella, se va de la Compañía petrolera, abre un taller mecánico para automóviles y se queda en la zona como un resultado del aluvión petrolero.

Sin embargo, de manera desconcertante, Tony Roberts, el yanqui distinto, desde el comienzo da señales de solidaridad con la protesta de los obreros, así lo haga en el tono de sordina con que repite los “¡abajo el imperialismo de mierda!” de Secundino Silva ante el abuso cometido con el cadáver del silencioso indio Gabino (p. 61). Y así mismo demuestra una conciencia plena de la situación: explica cómo se enriquecen y viven los

accionistas de la Compañía:

—Ya le han sacado a este brazo de sabana millones y millones de dólares. Tantos millones que usted, mi querido amigo Secundino Silva, se moriría de susto si Tony le dijera la cifra exacta. Los accionistas de la Compañía, que nunca han visto esta sabana ni en fotografías, se han comprado yates, palacios, escuadras de automóviles, colecciones de platos de porcelana, gargantillas de brillantes para las coristas; han ido muchas veces a Hawái, a la Semana Santa de Sevilla y a la ruleta de Montecarlo; han importado masajistas, pedicuros y cocineros franceses. Mientras tanto los hijos de los obreros que sacaron el petróleo comen tierra junto al rancho. Mientras tanto, mi querido amigo Secundino Silva, el aguardiente, el analfabetismo y la desnutrición son las tres divinas personas de este Paraíso. (p. 245).

○ dice cosas significativas con aire pintoresco:

—La última transformación química del petróleo, aquella que convierte el aceite refinado en dividendos, es la parte más interesante y más curiosa de la industria petrolera —insistía Tony Roberts un poco borracho. (p. 125).

Casi exclusivamente a Roberts corresponde hacer planteamientos de profundidad respecto al petróleo, la Compañía y el sentido general de la explotación de Venezuela, lo cual reduce la significación denunciadora de lo expuesto, resta fuerza a las ideas que no corresponden a la conciencia antiimperialista de uno de aquellos que debían sentirla más hondamente en carne y en tierra propias. Es el mismo Roberts quien expresa una idea de gran contenido para el reflejo de la verdad del proceso petrolero en Venezuela, que se asimila a otra semejante de *Cassandra*:

—Esos tubos vienen desde los pozos e irán a parar a la orilla del mar, a un muelle donde estarán esperando los tanqueros de la Compañía para llevarse el petróleo de ustedes al extranjero. Allí lo refinarán y después se lo volverán a vender a ustedes mismos como gasolina por cincuenta veces su valor. (p. 169-170).

Por encima de todo *Oficina N° 1* ofrece el proceso de nacimiento y de desarrollo de un campamento petrolero, la atmósfera de ciertos aspectos de la región y la pintura de algunos personajes secundarios bien

sugeridos y proyectados con acierto. Desde el punto de vista de los planteamientos sobre el petróleo, es poco lo que aporta. Amplía el sector de visiones novelescas del petróleo en el Oriente venezolano, añade elementos descriptivos de los ambientes específicos, agrega algunos señalamientos documentales sobre la gestación de los sindicatos. En el fondo, las limitaciones de *Oficina N° 1* en estos aspectos significativos para la evolución del tema, provienen de que es tal vez la única novela de las vistas en estas páginas que no tiene una posición definida ante el problema. Otero Silva no se precisa en su enfoque de la explotación del petróleo en Venezuela. Tiene qué pintar; qué escribir; pero no qué decir. Y la ausencia de opinión sobre el petróleo es la peor enemiga para escribir una novela petrolera, justamente sobre un asunto básico para entender la realidad venezolana y que exige, como la misma situación del país, una posición clara, expresa. La aparente objetividad de narrador puro es una forma de evasión o de complicidad. La explotación petrolera en Venezuela, aun en una obra de arte como es una novela, tiene que verse con valentía, con sinceridad. Si se quieren defender posiciones de dignidad nacional, de interés popular; hay que llegar hasta el fondo y descubrir al imperialismo yanqui y a sus cómplices. Otero Silva no quiso caminar en ese sentido. De allí que *Oficina N° 1* sea muestra de un gran tema desperdiciado: obra inacabada, de media ruta.

Al final del itinerario trazado al comenzar esta “Breve historia del tema petrolero en la novela venezolana”, y ahora cubierto, un balance nos da el siguiente resultado: más de medio siglo —cincuenta y dos años exactamente— de evolución del tema petrolero en novelas y obras de tipo novelesco; siete novelas que pueden considerarse precursoras en el tratamiento del asunto; cinco que tocan el tema en mayor o menor grado; siete de carácter petrolero propiamente dicho, de las cuales sólo cinco pueden considerarse como novelas del petróleo: *Mancha de aceite*, *Mene*, *Guachimanes*, *Casandra* y *Oficina N° 1*, fragmento de novela una: *Remolino* y esbozo de novela otra: *Campo Sur*. Como se observa, en cuanto a producción novelística petrolera especial el cómputo es pobre, por no decir desolador. En cambio en cuanto al camino recorrido por el tema hasta la actualidad, en relación a la evolución de la gigantesca industria petrolera y a la propia historia del país, el proceso es rico en elementos significativos y aleccionadores, como se ha visto en las páginas anteriores.

## Notas:

- <sup>1</sup> En declaraciones a la prensa, el 6 de setiembre de 1902, Cipriano Castro acusó a la New York and Bermúdez Company de haber dado 150.000 dólares al terrateniente Manuel Antonio Matos para llevar adelante su llamada Revolución Libertadora y derrocarlo del poder.

Posteriormente el gobierno venezolano reclamó a la compañía el pago de una elevada suma en millones de bolívares como indemnización por sus deudas al fisco; y ante la negativa del consorcio extranjero a pagar, se procedió a su embargo. De allí se derivaron protestas y amenazas en el tono imperialista yanqui, y después reclamaciones de esa y otras compañías del Norte, que condujeron al cierre por parte de Estados Unidos de su Legación en Caracas, y tuvieron evidente relación con el fin del gobierno de Castro.

El hecho es presentado y sutilmente comentado por Eduardo Machado: *Las primeras agresiones del imperialismo contra Venezuela*. México, 1957, p. 51, 56-59.

- <sup>2</sup> En 1907 la concesión a favor de Andrés J. Vigas, en el distrito Colón del Estado Zulia, fue comprada por la Colon Development Company (que ahora pertenece a la Shell). La concesión a favor de Antonio Aranguren, en los distritos Bolívar y Maracaibo del Estado Zulia, fue adquirida por la Venezuela Oil Concessions (del grupo Shell). De su parte la concesión dada a Francisco Jiménez Arráiz, en distritos de Zulia y Falcón pasa a manos de la North Venezuelan Petroleum Company; y la otorgada a Bernabé Planas en el distrito Buchivacoa del Estado Falcón, a la British Controlled Oil fields. Ver: Federico G. Baptista. *Historia de la industria petrolera en Venezuela*. Caracas. Edición de la Creole Petroleum Corporation. 1960. p. 4.
- <sup>3</sup> No es de extrañar que Ayala hable de *minas de asfalto* sin referirse al *petróleo*, pues para la época lo más común era considerar la existencia de lagos y minas de asfalto natural (igual al *mene* de los indígenas), que era, por otra parte, lo más visible y palpable. Será posteriormente cuando las ventajas del asfalto obtenido por proceso artificial harán casi olvidar al natural.
- <sup>4</sup> Para el texto completo de los fragmentos citados de *Lilia*, ver Apéndice I.
- <sup>5</sup> Respectivamente p. 105 y 108. Para el texto completo de los fragmentos citados de *Elvia*, ver Apéndice II.
- <sup>6</sup> En nota enviada entonces por Grover Cleveland, Secretario de Estado norteamericano, a Lord Salisbury, Primer Ministro británico, se afirmaba: "Los Estados Unidos son virtualmente soberanos este continente y sus fallos representan la ley en cuanto a los sujetos a los cuales alcanza su interposición". Citado por Eduardo Machado, ob. cit., p. 41 (ver nota I).



- <sup>7</sup> El término de *mina* (presente varias veces en la novela de la p. 128 en adelante), era, sin duda, el más tradicional para los yacimientos bituminosos. En los más antiguos Decretos de la Real Corona de España ya se habla de “minas de plata, oro, plomo y otras clases de metales, o cualquier otra cosa semejante”. Igualmente en las Leyes de Indias, de 1602; y en especial en las Ordenanzas de 1783 de la Real Corona de España, que fueron ratificadas en 1829 por decreto de Simón Bolívar; donde se mencionan no solamente “minas de oro y plata, sino también minas de piedras preciosas, cobre, plomo, estaño, antimonio, calamina, bismuto, sal gema, y cualesquiera otras materias fósiles, así sean éstas minerales perfectos, bitúmenes o jugos de la tierra, y se hará una provisión apropiada para la adquisición, aprovechamiento y desarrollo de la misma”.
- <sup>8</sup> Parece claro que esta venta pudiera hacerse sin mayores trámites, pues a pesar de la gran tradición, desde tiempos coloniales, del principio de propiedad de la nación de todas las riquezas minerales del subsuelo (presente en las Leyes de Indias y en especial en las Ordenanzas de 1783 ratificadas por Bolívar; ver nota 7), fue ya entrado el siglo XX cuando el gobierno venezolano comenzó a preocuparse por reglamentar más exactamente la explotación petrolera, y sólo en 1922 cuando se promulgó la primera Ley de Hidrocarburos de Venezuela.
- <sup>9</sup> La concesión fue dada al Dr. Rafael Max Valladares, quien en seguida la pasó a la Caribbean Petroleum Company subsidiaria de la General Asphalt Company of Philadelphia (ahora del grupo Shell). La concesión dio derecho exclusivo a explorar por dos años una enorme zona compuesta por doce estados y el Territorio Delta Amacuro; tiempo en el cual debían hacerse los denuncios de explotación que la compañía quisiera conservar, con duración de treinta años y prórroga posible por otros treinta. Todo ello sancionado por la ley de Minas de 1910. (Ver: Federico G. Baptista, ob.cit.,p.4-5).
- <sup>10</sup> El descubrimiento del campo de Mene Grande fue uno de los mejores frutos de la concesión Valladares, que incluía justamente ese denuncia de explotación en el distrito Baralt (antes distrito Sucre) del Estado Zulia. Las compañías petroleras extranjeras en Venezuela consideran a 1914 como el punto de partida de sus actividades comerciales, ya con resultados positivos para ellas en cuanto a beneficios se refiere. De allí que en 1964 estos trusts petroleros internacionales conmemorasen sus cincuenta años de vida y dividendos en el país; y en la prensa de Caracas no fueron pocas las alusiones al hecho, hasta en la forma de heroicos y patrióticos anuncios ilustrados, pagados por las compañías y destinados a recordarles a los venezolanos el extraordinario esfuerzo económico realizado por los inversionistas foráneos a lo largo de medio siglo y el agradecimiento con que deben corresponderles los nacionales.

<sup>11</sup> Para el texto completo de los fragmentos citados de *Tierra del sol amada*, ver Apéndice III.

<sup>12</sup> “Cuando a fines de la Primera Guerra Mundial se inicia en Venezuela la exportación petrolera, la economía venezolana dependía fundamentalmente de la agricultura. Este sector ocupada alrededor del 80% de la población activa y aportaba, aproximadamente, el 70% de la producción de bienes materiales, así como la casi totalidad de las exportaciones”. (Armando Córdova. “La estructura económica tradicional y el impacto petrolero en Venezuela”. Revista economía y Ciencias Sociales. Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. Año V. N<sup>o</sup> 1. Caracas, enero-marzo de 1963. p.7)

<sup>13</sup> Maza Zavala nos dice “La estructuración de la actividad petrolera puede ubicarse históricamente entre 1917 y 1929”. (D. F. Maza Zavala. “La economía venezolana”. En Venezuela 1<sup>a</sup>. Caracas. Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. 1963).

Edwin Lieuwen llama este período “boom era”. (*Petroleum in Venezuela. A history*. Berkeley (Estados Unidos) University of California Press. 1954. p. 33).

De esas setenta y tres compañías operantes en 1929, tuvieron verdadero éxito los grupos que ahora constituyen la Shell, la Creole Petroleum Corporation y la Venezuelan Gulf Oil Company /subsidiaría de la Mene Grande Oil Company)

<sup>14</sup> Maza Zavala, ob. Cit. En nota 13. En esa misma página (sin número) añade al pie: “En el año 1926 la exportación de hidrocarburos se cifró en Bs. 247 millones, en comparación con Bs. 149 millones de otras exportaciones”.

<sup>15</sup> Para el texto completo de los fragmentos citados de *La bella y la fiera*, ver Apéndice IV.

<sup>16</sup> Sobre el conocimiento de la existencia de yacimientos de petróleo, revelados a flor de tierra y de agua, en la playa de la punta occidental de la isla de Cubagua, en el lugar denominado La Brea, hay diversos testimonios entre cronistas y correspondencia de funcionarios de tesorería de la Corona Española. Por ejemplo, son conocidas las referencias hechas por Juan de Castellanos y Fernández de Oviedo, así como una famosa carta del tesorero Francisco de Castellanos donde revela su obligación, de enviar hacia España en cada navío “azeite de petrolio”. De su parte Fernández de Oviedo habla de “*stercus demonis*” de “*petrolio*” y de “*asphalto*”. Se desprende de los cronistas la clara presencia de grandes manchas de aceite, visibles a buena distancia, sobre el mar, en el sitio señalado de la isla. Asimismo, son precisos –al igual que Antonio de Herrera–, en cuanto a las aplicaciones medicinales del petróleo, reconocidas en la época.

Como dato pintoresco complementario se añade el hallazgo en el Archivo de In-

días de células donde la emperatriz Isabel da órdenes para que se le envíe “aceite petrolio” de Cubagua.

Acerca de estos asuntos y otros relativos a los intentos de explotación del petróleo en Cubagua concretamente sobre concesiones de explotación solicitadas por particulares entre 1921 y 1937, ver: Justo Simón Velásquez. “Petróleo en Cubagua”. Revista *El Farol*, N<sup>o</sup> 171. Caracas, julioagosto de 1957. p. 1013; y: “Hace de esto 418 años: petróleo de Cubagua para Su Majestad La Reina”. Revista *El Farol*, año XX. Caracas, mayojunio de 1958, p. 2425.

- <sup>17</sup> Para el texto completo de los fragmentos citados de Cubagua, ver Apéndice V.
- <sup>18</sup> Para el texto completo de los fragmentos citados de *Odisea de tierra firme*, ver Apéndice VI
- <sup>19</sup> Miguel Toro Ramírez es autor de obras teatrales y de un grupo considerable de novelas. Estas últimas son: *Los ilusos* (1925), *Pecados veniales* (1925), *El gallo pelón* (1929), *La señorita bien* (1929), *El señor Rasvel* (1934), *Las apasionadas* (1935), *Fango* (1936) y *El manifiesto de un provinciano* (1936).
- <sup>20</sup> El fragmento completo es el siguiente: “Jóvenes ingenieros fueron becados en los mejores centros técnicos educacionales del extranjero para que recibiesen la preparación necesaria con el fin de que ocuparan los cargos directivos de esta Oficina. Así se preparó un personal especializado, que ha protegido los intereses de la nación y garantizado a las compañías una administración equitativa e inteligente de la política petrolera del gobierno”. Y se encuentra en: Federico G. Baptista. Ob.cit. en nota 2, p. 28.
- <sup>21</sup> Para el texto completo de los fragmentos citados de *El señor Rasvel*, ver Apéndice VII
- <sup>22</sup> César Uribe Piedrahita (1897-1951) es figura sobresaliente en la novela colombiana contemporánea. Médico y hombre de letras, gran amante de las regiones selváticas, su personalidad novelística ha sido vinculada con la de su compatriota José Eustasio Rivera; y ello en especial a raíz de la publicación de la primera novela de Uribe Piedrahita, *Toá* (1933), apasionante relato sobre la vida de caucheros e indígenas en la selva amazónica colombiana. Si se añaden los valores literarios de *Toá* a la significación singular de *Mancha de aceite* es posible tener noción de la importancia de este autor poco favorecido por la crítica oficial.
- <sup>23</sup> José Agustín Silva Michelena. “Hipótesis sobre el cambio social en Venezuela”. En: *Venezuela 1<sup>a</sup>*. Caracas. Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. 1963.
- Silva Michelena precisa en nota correspondiente que el dato proviene de un estu-

dio especial preparado para el Ministerio de Agricultura y Cría. Y añade que del *Anuario Estadístico de Venezuela* se desprende que el valor de las exportaciones pasa de 170,6 millones de bolívares en 1920, a 711,7 millones de bolívares en 1935.

<sup>24</sup> Respectivamente p. 52 y 3637, 3940.

Desde 1913 la Colon Development Company (de la Shell) exploró la zona oeste del Lago de Maracaibo, y a partir de entonces hubo incursiones de los motilonos contra los petroleros, con saldo de muertes. Los campamentos tuvieron necesidad de una vigilancia especial día y noche. (F. G. Baptista. Ob. cit. en nota 2, p. 1012).

En realidad la actitud hostil de los motilonos –víctimas de no pocos desmanes y despojos de parte de los petroleros– se mantiene todavía en la actualidad, con ocasionales desenlaces sangrientos.

<sup>25</sup> p. 40, 61, 69.

El intento de objetividad de Uribe Piedrahita es eminentemente realista. Son petroleros quienes defienden sus puntos de vista. Queda al lector juzgar por sí mismo de las “bondades” de la explotación petrolera para el país. El equilibrio objetivo no lleva a *Mancha de aceite* a caer en la ingenuidad del “yanqui bueno” de *Sobre la misma tierra y Oficina N<sup>o</sup> 1*.

<sup>26</sup> p.107,129.

Como se verá más adelante, cuando se trate el tema de las gestación sindical en particular, la formación de los primeros sindicatos petroleros data de 1936, pero son el resultado de una serie de protestas huelgarias e intentos de agrupamiento gremial de varios años atrás. (Ver: Rodolfo Quintero. “Las bases económicas y sociales de una aristocracia obrera en Venezuela”. *Economía y Ciencias Sociales*, revista de la Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. Año V. N<sup>o</sup> 2. Caracas, abril-junio de 1963, p.95).

<sup>27</sup> Para el texto completo de los fragmentos citados de *Mancha de aceite*, ver Apéndice VIII.

<sup>28</sup> Esta ubicación, aparte de provenir de los hechos mismos que narra la obra, es dada de manera precisa por Díaz Sánchez en el prólogo a su novela *Casandra* (1<sup>a</sup> ed. Caracas. Edic. Hortus. 1957.p.12).

<sup>29</sup> El fragmento completo de los juicios de Díaz Sánchez es el siguiente: “*Mene* es un libro de la juventud en el que no escasean las incorrecciones formales. Su mérito consiste en su carácter documental y en la sinceridad con que fue escrito, en una época en la que los trabajos de esta índole estaban rodeados de peligros materiales en nuestro país. En él no se pretende, ni con mucho, agotar el apasionante tema del petróleo venezolano. Lo inexplicable es que las lagunas y defectos que contiene no hayan sido superados hasta hoy por otros escritores nuestros. Difícil

resulta justificar el que aquellos que se han detenido a señalar sus deficiencias, no hubiesen abordado la tarea de mejorar este desnudo testimonio de nuestra época, en el clima de relativa libertad de estos últimos tres lustros". (De la solapa posterior de *Mene*. 3ª ed. Caracas. Editorial Ávila Gráfica. 1950).

- <sup>30</sup> El fragmento de *Remolino* viene acompañado de otras obras de Ramón Carrera Obando: "Lenguas de esquina" (cuentos y relatos) y "Poemario ovancista", en el tomo: *Güina*. Carúpano. Empresa "El Popular". 1940. 115 p. ( La colección de cuentos incluye uno titulado *Güina*, que da nombre a todo el volumen).

Con respecto a *Remolino*, hasta el presente no ha sido posible averiguar si alguna vez se publicó de manera íntegra.

(La numeración de páginas señalada en el texto corresponde a la totalidad del volumen).

- <sup>31</sup> De acuerdo a las informaciones ofrecidas por Federico G. Baptista (Ob.cit.p.21-22; ver nota 2), el campo de Quiriquire, situado a una distancia de alrededor de 27 kilómetros al sudoeste de Caripito, fue descubierto en 1928 por la Standard Oil of Venezuela. Un año después se hizo evidente el "valor real del descubrimiento". Y hasta fines de 1959 se habían perforado en ese campo 641 pozos.

Para tener una idea de la riqueza del campo de Quiriquire, baste decir que ha sido uno de los más pródigos de todo el país sólo superado por tres o cuatro de la fabulosa costa este del lago de Maracaibo y alguno de la costa oeste.

- <sup>32</sup> "Fue tan rápida la subsiguiente expansión de estos campos, que en 1937 Venezuela había sustituido a México como el segundo país productor; con el 40 por ciento del comercio mundial de exportación de petróleo. Más del 99 por ciento de esta cantidad estaba bajo el control de tres compañías: cerca de la mitad por la Standard de Nueva Jersey (Creole), un tercio por la Shell y el resto por la Gulf (Mene Grande)". Harvey O'Connor: *El imperio del petróleo*. (The Empire of Oil) 2ª ed. en español. Buenos Aires. Editorial Platina, 1958. p.279.

- <sup>33</sup> José Giacopini Zárraga, especialista en asuntos petroleros, y más directamente "Ejecutivo" de la Compañía Shell de Venezuela, considera que en 1942 se cierra un lapso, que había empezado en 1933, de recuperación con respecto a la crisis mundial que se había iniciado en 1929. Y para el siguiente período de auge señala las fechas: 1944-1948. ("Política de las empresas petroleras". En: *Conferencias de extensión cultural* en la Escuela Superior de la Fuerza Aérea. Caracas. 1962-1963. p. 134-135).

- <sup>34</sup> Tal vez podría encontrarse una explicación para esta sorprendente ausencia en las razones que Juan Liscano subraya al buscar el origen del optimismo que, a fin de cuentas, anima a *Sobre la misma tierra*: "Gallegos se ha dejado seducir por el momento histórico que vive su país. El presidente, general Isaías Medina Angarita, pro-

picia un régimen liberal que augura un proceso posible de evolución progresista. La Presidencia de López Contreras terminó respetando la alternabilidad republicana pautaada por nuestra ley constitucional". (*Rómulo Gallegos y su tiempo*. Caracas. Ediciones de la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela. Biblioteca de Cultura Universitaria. 1961. p. 161). En tales condiciones, Gallegos no hubiera querido comprometer el buen nombre del gobierno, que él más bien aspiraba a consolidar. Sin embargo, esta posición parece demasiado oportunista y superficial para ser adoptada por un escritor de pensamiento penetrante como Gallegos.

<sup>35</sup> Lowell Dunham. *Rómulo Gallegos, vida y obra*. México. Ediciones De Andrea. Colección Studium. 1957. p. 274-275. Anson C. Piper. "El yanqui en las novelas de Rómulo Gallegos". En: *Iberoamérica*. (Sus lenguas y literaturas vistas desde los Estados Unidos). México. Ediciones De Andrea. Colección Studium. 1962. p. 113-118.

<sup>36</sup> Esta novela, al igual que alguna otra más adelante, sólo se incluye con el propósito de dar ejemplos de la presencia del tema a manera de asunto incidental, en obras orientadas hacia la captación de otros ambientes, como una demostración de la importancia general del problema petrolero, hasta el extremo de que es imposible hablar de aspectos esenciales del país sin tocarlo aunque sea de pasada.

Del mismo modo cabe citar, con carácter de señalamiento temático, aunque no sea propiamente una novela pero sí un relato novelesco la idea para una película venezolana, *Marcos Manauere* (Caracas. Editorial Ávila Gráfica. 1950. 63 p.), de Aquiles Nazoa. Al intentar plantear un asunto de hondas raíces nacionales, de alcance popular, Nazoa no se queda sólo en el problema vital de la tenencia y el cultivo de la tierra, sino que entra además en buena proporción en el desajuste económico y espiritual provocado por el atractivo del petróleo, en el éxodo campesino, en el despojo de tierras por parte de las Compañías, en el falso progreso; todo lo cual lleva al desenlace de sangre y de muerte que rodea a los pozos incendiados, al río ardiendo en su capa de petróleo como un símbolo de destrucción y desgracia para todos.

<sup>37</sup> Novela de publicación muy tardía. Había sido escrita veinticinco años antes, como declara el autor en nota epilodal explicativa de esta circunstancia y del sentido mismo de la obra.

*La casa de los Abila* va fechada de este modo, en cuanto a la época de su composición: "La Rotunda. Celda 41. 1920-1921".

<sup>38</sup> Al igual de *La casa de los Abila*, de Pocaterra, *Guachimanes* fue escrito por Bracho Montiel muchos años antes de su publicación, en 1936, y también bajo infamante encarcelamiento político. En nota en la solapa del libro el autor revela que todo lo

escrito “dentro de la dolorosa penumbra de un calabozo de la llamada Cárcel del Obispo, en Caracas, quedóse al fin siendo lo que es hoy después de dieciocho años”.

<sup>39</sup> Míster Charles representa el caso del revolucionario que viene como empleado de la petrolera. Ya trae su actitud ideológica, la mantiene en el país explotado y trata de difundirla. Nada se le da repentinamente por inspiración de responsabilidad o compasión humana sorpresiva. Como proveniente de un medio socialmente, y sobre todo proletariamente más avanzado, le toca aportar experiencias y conocimiento. Es una posibilidad mucho más definida, concreta y verosímil, que la del bueno de Hardman en *Sobre la misma tierra*, por ejemplo.

<sup>40</sup> *L'implantation de l'industrie pétrolière au Vénézuéla, vue par les écrivains: romanciers, conteurs et essayistes*. (Mémoire pour le Diplôme d'Etudes Supérieures). Institut d'Etudes Hispaniques de Paris. 1959. p. 50.

Sin embargo esa circunstancia no le impide a Gloria Stolk repetir, sin razón, el lugar común de que esta novela “está llena de personajes vivos, cuya realidad nunca es borrosa” (“Casandra” [reseña]. *Revista Nacional de Cultura*. Año XX. N<sup>o</sup> 128. Caracas, mayo-junio de 1958. p. 168). Y ello respondiendo al viejo axioma de que toda creación de autor consagrado está llena de cualidades y logros, entre los cuales ocupa siempre destacado lugar el de los “personajes vivos”. Justamente lo que no aparece por ningún lado en *Casandra*.

<sup>41</sup> Precisamente el año de publicación de *Casandra* corresponde a un período de particular expansión en la industria petrolera en Venezuela a partir de la crisis de Suez en 1956-57. Es el momento de los “extraordinarios niveles de rentabilidad de los dorados años” de la dictadura perejimenista. (Colegio de Economistas. “La explotación petrolera en Venezuela”. En: *Diagnóstico de la Economía Venezolana*. Caracas. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela. 1964. p. 48 y 49). Como dato revelador de la transformación radical ocurrida desde la época de la explotación incipiente hasta la etapa actual de gigantesco desarrollo, puede señalarse que la producción petrolera se sextuplica de 1935 a 1957.

<sup>42</sup> En el epílogo de la novela sólo se alude indirectamente al “nuevorriquismo derivado del petróleo para sus beneficiarios. Es en el prólogo del autor (“En la plaza Bolívar”) donde se precisan de manera clara puntos de vista sobre el período posterior a la acción de *Casandra* y aun cercano a su fecha de edición. Por otra parte, aunque son ideas supuestas en boca del personaje –supuestamente real– de José Ubert, revelan criterios del propio autor. José explica así la “tercera etapa” del proceso petrolero:

“Pues la define como la etapa del tecnicismo y de las rectificaciones realistas. Estu-

die el asunto y verá hasta dónde pueden alcanzar todavía esas modificaciones. Hoy poseemos una noción más concreta de nuestro petróleo, de sus numerosas aplicaciones, de lo que puede y debe aún producirnos...

Si quisiera explicarse mejor...

Voy a hacerlo, tome usted nota. Hemos hecho pagar a las compañías petroleras lo que nos corresponde como dueños de esa riqueza; las hemos inducido a tratar al trabajador criollo como un ser humano; hemos visto reflejarse en la economía del país el enorme tesoro de nuestro subsuelo; ahora nos preparamos para explotar, por nuestra cuenta y con nuestros propios recursos, la cuota de aceite que nos corresponde. ¿Le parece a usted poco?" (p. 1213).

<sup>43</sup> Ver: Germán Carrera Damas. "Proceso a la formación de la burguesía venezolana" (A propósito de "Los Riberas", de Mario Briceño Lagorrry). *Crítica Contemporánea*, N° 5. Caracas, mayo-junio de 1961. p. 1122.

<sup>44</sup> El pequeño libro contiene, además de *Campo Sur*, el relato del mismo autor titulado: "Biografía de un hombre cotidiano", parcialmente relacionado con el tema petrolero. Ver Apéndice IX.

<sup>45</sup> De acuerdo con el mecanismo petrolero "resulta perfectamente factible que los ingresos de una de las partes se eleve a costa de los ingresos de la otra, no sólo en términos relativos sino incluso en términos absolutos, es decir, que los beneficios de las empresas aumenten mientras se reducen los ingresos fiscales petroleros. Esta es, precisamente, la tendencia que se viene observando a partir de 1959, la cual se traduce en una declinación de los ingresos petroleros del fisco, mientras crece el volumen de producción y el monto de los beneficios de las empresas". ("La explotación petrolera en Venezuela", p. 125. Ver nota 41).

<sup>46</sup> La aparente redundancia vale en el sentido de destacar la diferencia de una novela ágil en su narración, regida por lo "novelesco", de lectura suelta, como ésta, con respecto a las novelas más morosas, reflexivas u oscuras, cuando no fatigantes.

<sup>47</sup> Para la sustentación de ese tema y la reconstrucción histórica, Otero Silva contó con la inapreciable ayuda no sólo de documentos al respecto y de viajes a la zona, sino con algo que significa particular vivacidad y fuerza expresiva, calor humano y posibilidad de indagación a voluntad: informantes orales. En efecto, propios actores de la novela o grandes conocedores de los hechos allí narrados ofrecieron sus recuerdos a la tarea de evocación de un pasado no muy distante y por ello bastante claro y comprobable. Ideal oportunidad para un novelista.

<sup>48</sup> F. G. Baptista. Ob. cit. p. 23. (Ver nota 2).

<sup>49</sup> Ver nota 26.





## Capítulo II

### Los grandes temas



Del conjunto de obras novelísticas que aluden al tópico multiforme del petróleo o centran su atención en él, sobresalen grandes temas, asuntos dominantes y más comunes, que resumen el enfoque total o al menos elementos suficientes como para una caracterización esencial. Partiendo de la base de la frecuencia de su aparición y la importancia que adquieren en las obras —a veces con expreso énfasis de parte de los autores—, se pasará a continuación a los principales de esos grandes temas, reiterados y significativos.

#### El cambio perturbador

Tal vez lo que resulta más evidente como primera impresión en la “explosión” petrolera es el contraste entre el ambiente tradicional y el nuevo estado de cosas después del surgimiento inesperado. En particular es un hecho resaltante en los momentos del primer gran auge de la industria, y ya que diversas novelas presentan directamente o aluden a esa etapa inicial, no es extraño que sea ese cambio perturbador uno de los temas más repetidos y destacados en estas obras.

Entre las novelas precursoras del asunto petrolero, aparece *Tierra del sol amada*, de José Rafael Pocaterra, como la primera que alude, en 1918 a los efectos transformadores de la invasión exploradora en territorios poblados por indígenas, quienes se ven obligados a alejarse de sus tie-

rras y a contemplar con asombro la situación modificadora del ambiente (p. 82-84). De nuevo surge una alusión al tema en *Cubagua*, de Enrique Bernardo Núñez en 1931. En este caso a través de la imaginación de Leizaiga, quien piensa en la prosperidad que traería el petróleo a la isla de Cubagua, en medio del ambiente transformado, confuso y agitado: aventureros, embarcaciones que salen y entran, vendedores, viviendas estrechas, bares luminosos, agencias funerarias (p. 76).

Concentrada en hacer una crónica de la vida en los campos petroleros, *Mancha de aceite* (1935), de Cesar Uribe Piedrahita, la primera novela del petróleo propiamente dicha, no se detiene en la presentación de la modificación ambiental. En cambio es allí donde fija particular atención *Mene*, de Ramón Díaz Sánchez, un año después. Buena parte de esta novela se dedica a destacar las transformaciones absolutamente alteradoras del equilibrio y del apacible ritmo de vida de las poblaciones zulianas de Cabimas y Lagunillas y sitios cercanos, ocurridas a partir del petróleo. El cambio en el orden material y en el espiritual origina un verdadero estado de cosas distinto, algo así como un sinónimo del desorden y la corrupción (p. 34). Es de notar en *Mene* una idealización del ambiente pre-petrolero, reposado y casi placentero, a pesar de los excesos del jefe civil y la presencia del despótico avaro Carolino Kuayro.

Actitud distinta revela *Remolino* (1940), de Ramón Carrera Obando, donde no sólo se presenta la nueva descomposición total provocada por el petróleo, sino que además se tiene claro que antes también imperaban la dictadura y el despotismo, y que en el pueblo el jefe civil, en combinación con el presidente del Estado, tenía a manera de negocio la fijación de impuestos y multas que las ocasiones hiciesen posible. Lo que sucederá después es que la gerencia de la compañía petrolera suplantarán en gobierno y en abusos al jefe civil (p. 92).

Este cambio sorpresivo y turbulento es tan significativo<sup>1</sup> que su reflejo se convierte casi en un lugar común en las novelas que en algún sentido aluden a ese momento histórico de la irrupción petrolera: *Sobre la misma tierra* (1943), de Rómulo Gallegos; *Guachimanes* (1954), de Gabriel Bracho Montiel; *Cassandra* (1957), de Ramón Díaz Sánchez; *Los Riberas* (1957), de Mario Briceño Iragorry; *Talud derrumbado* (1961), de Arturo Croce. En especial enfatiza la desarticulación a que conduce el proceso repentino de transformación, *Sobre la misma tierra* (p. 79, 80, 83), destacando la locura que se encontraba tras la consigna general: “¡Petróleo o

nada!" (p. 79).

### La complicidad interna

Una de las formas más amargas de destacar el carácter corrompido y corruptor de la invasión petrolera desde sus comienzos, es la de señalar la complicidad interna, lo que equivale a decir la intervención de los vendedpatrias y servidores a sueldo del mejor pagador. Aquí centran la mayoría de las novelas ligadas al tema del petróleo su principal propósito crítico, subrayando que más lesiona a cualquier sentimiento nacionalista la actitud les, que la de los mismos imperialistas. Estos actúan dentro de lo que se han fijado como objetivos claros para su beneficio, pero aquéllos traicionan a su tierra y venden lo que no les pertenece, todo en nombre de oscuros intereses personales.

Este señalamiento de la complicidad interna se diversifica, por orden de importancia, en las siguientes direcciones: el gobierno, el entreguista de tierras, el abogado servil, el inspector de minas comprado, el médico cómplice y el cura cómplice.

En el primer caso, referente a la manera cómo el gobierno todo pasa a ser un engranaje de la maquinaria petrolera y un auspiciador de la explotación, la denuncia es clara y precisa en gran número de novelas. La primera mención de la complicidad petrolera del gobierno con los hombres que tienen "cuentas corrientes y acciones que se cifran por millones de dólares, por millones de libras y por millones de florines" (p. 838), se encuentra en *La bella y la fiera* (1931), de Rufino Blanco Fombona. Del mismo modo se presenta en *Odisea de tierra firme* (1931), de Mariano Picón Salas, donde se destaca el hecho final: "este petróleo ha enriquecido, a más de los yanquis, a los hijos, sobrinos, yernos y compadres del general Gómez" (p. 144-145).

Esta denuncia de la complicidad del gobierno aumenta de tono y en alcances en *Mancha de aceite*, al hablarse ya de la vasta maquinaria petrolera que se iniciaba en las oficinas de la Compañía, "trepaba hasta Caracas y se enredaba en el Congreso para envolver íntegramente a la nación" (p. 102). En *Mene* se atenúa, y resurge muy vinculada a lo regional en *Remolino*. Vuelve a tomar fuerza en *Guachimanes*, con precisas alusiones al contubernio de las empresas imperialistas y la dictadura imperante. En algunos casos se centra en particulares formas de complicidad: la exone-

ración de impuestos en *Casandra*<sup>2</sup>; el negocio vil de las concesiones en *Los Riberas*. Mientras se encuentra prácticamente ausente en *Sobre la misma tierra* y casi se oculta fuera de lo muy regional en *Oficina N° 1* (1961), de Miguel Otero Silva.

El entreguista de tierras a los invasores petroleros se separa en dos grandes grupos: el de quienes venden sus propiedades a la Compañía, creyendo hacer un gran negocio –sólo con el afán inmediato de vender bien–, resultan por lo general los primeros engañados y podrían considerarse como representativos del entreguista inconsciente; personaje que ya presente en *Elvia* (1912), de Daniel Rojas, asoma en potencia en Juan de *La casa de los Abila* (1946), de José Rafael Pocaterra, y aparece en *Mene*, *Sobre la misma tierra*, *Guachimanes*, *Casandra*. Y un segundo grupo de entreguistas serviles, calculadores y conscientes, que sirven de intermediarios simples o compran malamente a los más ingenuos para revender a la Compañía: *Mene*, *Sobre la misma tierra*, *Guachimanes*, *Casandra*, *Los Riberas*. Cabría aun un tercer tipo de cesionista de tierras: aquel que es forzado a asumir tal papel a través de violentas presiones, como el don Salustiano de *Remolino*.

El abogado servil –importante cómplice– encuentra su primer retrato en *Odisea de tierra firme*, en un sentido general de servidor de las compañías y orador “para los discursos bombásticos de la tiranía” (p. 147). Al personaje se alude en *Mene*, en *Remolino*, y con especial énfasis y en plena actividad en *Sobre la misma tierra* y en *Casandra*. Pero en particular se hace su disección, no sólo en cuanto a sus funciones bien recompensadas sino a su espíritu y sobre todo a sus argumentos y sofismas, en *Los Riberas*, directamente en la pintura detallada de Alfonso Ribera.

El inspector de minas comprado por las Compañías –ciego y sordo ante los excesos y trampas de los magnates petroleros–, parece haber sido todo un tipo, abundante y característico, en la época de las iniciaciones<sup>3</sup>, aunque su vigencia no desaparezca nunca y sólo sea superada por el traslado de su complicidad a más altos niveles. Sin embargo, únicamente se habla de él en *Remolino*, de manera concreta, y en *Oficina N° 1*, de pasada.

De su parte el médico, no simple empleado de la petrolera sino su cómplice, encuentra sitio en algunas novelas: *Mancha de aceite*, la complicidad general; *Mene*, la resistencia a certificar enfermedades de los obreros para ahorrarle gastos a la Compañía; *Remolino*, las falsas boletas de defunción que atribuyen a enfermedades las muertes por accidente y evitan desembolsos y problemas a los nuevos amos.

Por último, el cura cómplice: teórico de la “peinilla y el taladro” como “los santos caminos de la salvación” en *Remolino* (p. 111), y parte de los instigadores de la represión contra los impulsores de la iniciación sindical en *Oficina N<sup>o</sup> 1*.

## La expoliación

El gran planteamiento del saqueo petrolero realizado por las Compañías en el país, podría desprenderse como conclusión de casi todas las novelas que abordan el tema del petróleo. Pero en este caso interesa puntualizar dónde aparece expresa de manera concreta dicha situación, dónde se hacen formulaciones claras al respecto; siempre, desde luego, a partir de una actitud condenatoria del despojo.

Referencias a la expoliación y hasta alusión a los vastos planes de apropiación imperialista por parte de Estados Unidos de todas las riquezas naturales de América, están ya presentes en *Elvia*, dos años antes de que comenzase en Venezuela la explotación petrolera en escala comercial en 1914. El tema sigue en ascenso a través de las páginas de *La bella y la fiera* y de *Odisea de tierra firme*, en las cuales sobre todo se destaca cómo se efectúa el saqueo por intermedio del dictador de turno; de *El señor Rasvel* (1934), de Miguel Toro Ramírez, visto por medio de la imagen de la vaca de leche inagotable que alimenta a lejanos y millonarios accionistas; hasta culminar en *Mancha de aceite*, donde los numerosos planteamientos al respecto se van articulando hasta formar, por primera vez, una posición orgánica, coherente, de denuncia de la expoliación y señalamiento de los culpables.

Posteriormente el asunto mantiene lugar destacado, en mayor o menor intensidad en cierto número de obras. Con particular fuerza surge en *Remolino* y en especial en *Sobre la misma tierra*, donde la expoliación determina la coexistencia próxima de la gran riqueza y la absoluta pobreza en el mismo suelo, y en *Guachimanes*, que deja muy en claro la ejecución de la absorción imperialista del subsuelo de una tierra que ya políticamente dominan desde la metrópoli norteña. El planteamiento se mantiene en *Los Riberas*, se atenúa —símbolos y frases ocasionales— en *Casandra* y *Oficina N<sup>o</sup> 1*, y se percibe apenas, sin formulaciones explícitas, en *Mene*.

## Los negocios turbios

El gran negocio turbio que es la explotación del petróleo en Venezuela, se descompone en variadas etapas y elementos particularmente representativos de la irregularidad total. Entre estos aspectos reveladores de la base corrompida sobresalen: los manejos dolosos de las Compañías para adueñarse de las tierras, hacerse del apoyo irrestricto de las autoridades civiles y desarrollar su aparato de funcionamiento y dominio creciente.

Un primer ejemplo de estos usos habituales de parte de los petroleros viene ya en *Elvia*, la segunda novela de nuestro itinerario, a través de la estafa de que es objeto Enrique por obra del Smith que representa a la Compañía que le compra sus tierras ricas en yacimientos petrolíferos, y quien se las arregla para hacer que el joven firme el documento de venta sin darle el pago correspondiente (p. 132-139). Los negocios turbios suben de tono y de cifras en el conjunto de artificios y engaños financieros y rentales que se agita en *El señor Rasvel*.

Lo tocante a la adquisición dolosa de tierras al comienzo de las explotaciones petroleras, es tal vez el aspecto más destacado en las novelas. En *Mene*, Joséito Ubert es el instrumento de la Compañía para adueñarse de un extenso territorio de particular riqueza minera, sin desembolsar grandes sumas. En *Remolino*, los esfuerzos dominadores de los petroleros apuntan al mismo tiempo hacia la ampliación de sus propiedades y la compra de la complicidad de las autoridades civiles, ya que ambas cosas marchan juntas: para robar tierras hay que contar con la impunidad ante la ley, y la potencia —de gran cacique regional— que se deriva del latifundio advierte a los representantes del gobierno dónde se encuentra el buen amo generoso en recompensas. Esa es la situación que le permite al petrolero Mr. Tom obligar a vender por un precio arbitrario a los propietarios de tierras renuentes a salir de ellas, y asociarse con el jefe civil en sucias maquinaciones.

El planteamiento general, y en especial con referencia a la infame adquisición de tierras, cobra fuerza en *Sobre la misma tierra*, en medio de “la danza de los millones” que muchos, como Demetrio Montiel, creen bailar y sólo están ayudando a que sea bailada por otros. El negocio turbio se prolongará gracias a la intervención de los abogados serviles (p. 75-76). *Guachimanes*, a partir del vasto conjunto de servidores de la Com-

pañía que dan nombre a la obra –los guachimanes de todos los niveles–, presenta en rápidas alusiones los procedimientos de despojo, de engaño al fisco, de complicidades para los más indignos manejos. En *Cassandra* se centra la atención sobre todo en las increíbles exoneraciones de aduana para las petroleras (p. 286), en los abogados y jueces cómplices, en los sobornos a los jefes civiles (p. 180). El caso concreto del abogado auspiciador de los más sucios negocios de las poderosas Compañías se encuentra vivo en *Los Riberas*, donde es prácticamente historiado y revelado al detalle.

### La discriminación

Una de las formas más violentas e inaceptables de manifestarse el imperio de los señores rubios del petróleo es la discriminación: racial, social, laboral. En los tres sentidos se proyecta el acto esencial de diferenciación que establece distingos entre los hombres por su origen, su capacidad económica y su puesto de trabajo. Detrás de todos los prejuicios raciales y los consiguientes sentimientos de superioridad, detrás de las pretendidas diferencias de costumbres, cultura y rendimiento profesional, se oculta un objetivo económico: las discriminaciones efectivas son excelentes medios para pagar menos, limitar los derechos de los trabajadores, despedirlos sin prestaciones y cobrarles con creces la menor falla. Pero aun cuando no se perciba el sentido económico de la discriminación, resalta su odioso carácter de separación animal, de ordenamiento jerárquico despótico, que es inaceptable. De allí que sea mostrada y condenada en varias de las obras novelescas que ahora nos ocupan.

La discriminación racial se percibe levemente en *Tierra del sol amada*, *La bella y la fiera*, *Odisea de tierra firme*; pero sólo se expresa de modo directo en *El señor Rasvel*, a propósito del inglés Mr. Watson que debe siempre “aparecer de lejos superior a un hombre sudamericano” (p. 7).

El total discriminatorio se articula en *Mancha de aceite*; lo racial en las palabras de Mc Gunn (p. 18), lo social y laboral en la descripción de los barrios obreros (p. 99). De su parte, *Mene* ofrece uno de los mejores ejemplos de la discriminación racial, en numerosos pasajes y situaciones; social en el fracasado matrimonio del yanqui con venezolana; laboral –con elementos raciales– en toda la parte titulada “Negro”. En *Remolino* se encuentran aspectos generales de la discriminación múltiple, que aparecen agudizados en *Guachimanes*. Uno de los asuntos que más se destaca al

respecto en *Sobre la misma tierra* es el de la discriminación laboral, concretamente referido al desequilibrio en materia de sueldos entre la alta paga del yanqui y la baja del criollo.

El planteamiento condenatorio de la discriminación desciende en *Cassandra* al mínimo; se concentra en *Campo Sur* en las diferencias radicales existentes entre el campo de los extranjeros y los empleados criollos de confianza y el campo de los obreros, todo separado por cercas de hilos metálicos y de prejuicios; y en *Oficina N° 1* apenas da señales imprecisas.

El peso de la discriminación ha sido atroz a lo largo de la historia de la industria petrolera en Venezuela, pero en particular tuvo fuerza aplastante, y sobre todo más visible, en los años de la iniciación y los primeros tiempos. Tal vez lo único positivo de todo esto es lo que apunta Rodolfo Quintero: "La discriminación del personal criollo (menores sueldos que los extranjeros, prohibición de entrar a las zonas residenciales de éstos, obstaculización del ascenso en el escalafón del trabajo, etc.), unificó en la acción a los trabajadores venezolanos y facilitó su participación en acciones de lucha".<sup>4</sup>

### La locura del petróleo

La atracción ejercida por el petróleo en las zonas de explotación y en todo el país constituye un fenómeno básico en la estructuración de la nueva situación. El llamado hacia los campos petroleros, bajo el señuelo de más altos salarios, se ejerció de modo violento en la primera época de la explosión y el gran auge inicial.

La "locura" diseminada por el surgimiento del petróleo fue base no sólo del cambio perturbador del ambiente, como se señaló, y del éxodo campesino, como se verá más adelante, sino en general de un hechizo colectivo que se ejerció bajo la promesa de dinero fácil, de riqueza para todos. Es una fuerza incontenible que opera sobre el medio modificando sus formas tradicionales. Ya se advierte su presencia en novelas precursoras del tema petrolero: *Elvia*, *Odisea de tierra firme*, *Cubagua*, *El señor Rasvel*. Todavía en estas obras es un elemento más apto para las fantasías y sueños de riquezas futuras que un factor dado en la realidad viva. En cambio se le ve operar sobre todo el conjunto de los pobladores del campo petrolero en *Mancha de aceite*, donde ya se le marcan sus excesos quiméricos y se acentúan sus limitaciones en la realidad: accidente, muerte vio-



lenta, hambre, vivienda infrahumana. Del mismo modo ofrece las dos caras de la cuestión, *Mene*, poniendo énfasis en destacar el aspecto delictivo que en la realidad acompaña a la “locura” petrolera: el crimen y el vicio, en especial en la parte titulada “Rojo”.

Posteriormente, otras obras como *Remolino* y *Sobre la misma tierra*, dan visiones de conjunto del problema. Gallegos simboliza este desquiciamiento y el entusiasmo irresponsable en la consigna, ya antes citada, de: “¡Petróleo o nada!” (p.79). Reaparece el planteamiento en *Guachimanes* y parcialmente en *Casandra*. A él se alude en *Talud derrumbado*, de manera circunstancial, tal como había aparecido en *Clamor campesino*, en *Los Riberas* se concentra en la presentación de la locura envuelta por “la red de intereses que se movían en torno a las concesiones” (p. 360); y en *Oficina N° 1* el atractivo deslumbrante del petróleo se personifica en la propia Carmen Rosa, que abandona su mísero pueblo llanero en pos del auge que prometía el petróleo de Oriente.

### El éxodo campesino

Uno de los efectos nocivos de la explotación petrolera sobre la economía del país que más ha preocupado a economistas y políticos, y a la colectividad en general, ha sido el desplazamiento de agricultores y trabajadores pecuarios hacia los centros petroleros, con el consecuente descenso en la producción agrícola y en la riqueza de los rebaños. Abiertamente ha marchado entonces el país hacia la condición de monoprodutor; atendido a las rentas petroleras, obligado a importar renglones agrícolas y pecuarios que antes producía. Del mismo modo el desplazamiento humano del campesino que se hace obrero, del oriental que se va a Maracaibo, del coriano que se va a los Llanos, ha interesado grandemente a sociólogos y especialistas afines. Los novelistas no podían constituir una excepción dentro de ese interés común por el tema, y el planteamiento directo del éxodo campesino se presenta en diversas oportunidades.

Tal vez el primer señalamiento de la cuestión se encuentra en *Mancha de aceite*, en la cual además se apunta la complicidad del gobierno en dicha emigración (p. 49). Pero es en *Mene* donde se hace del tema asunto de importancia sostenida a todo lo largo de la obra. Numerosos aspectos de esta novela reflejan los resultados del éxodo campesino hacia los turbulentos campos petroleros; y se encuentra en ella un claro sím-

bolo de los efectos finales: el hombre nativo contemplaba “el tropel que hollaba sus tierras y arrasaba sus sementeras y consumía la carne de sus rebaños...” (p. 73). De su parte, *Remolino* enfatiza la gran razón del éxodo: el alto salario petrolero con respecto al de otros oficios, sobre todo de niveles nunca soñados por el hombre del campo. (p. 89).

El éxodo campesino llegó a producir una verdadera crisis en las haciendas<sup>5</sup>, y su repercusión fue general en todo el país. De allí que el tema reaparezca, siempre de manera vigorosa, en un buen número de obras: *Sobre la misma tierra*, *Guachimanes*, *Clamor campesino*, *Casandra*, *Los Riberas* y *Talud derrumbado*. En especial sobresale en la obra de Gallegos, donde se repite el planteamiento en varias ocasiones, destacando el abandono de siembras y rebaños como el gran símbolo de la desarticulación económica del país (p. 83, 123), y su condena a la categoría de “monoprodutor” (p. 133).

### Delito y vicio

Dentro del desajuste total que priva en la vida de las improvisadas poblaciones petroleras (“pueblos oscuros” se les llama en *Mene*; “pueblos desmirriados, torcidos” y “malparidos” en *Sobre la misma tierra*), las manifestaciones delictuosas son de las más visibles por sus repercusiones públicas. El efecto atemorizante de un hecho de sangre, el sentido escandaloso de un robo o de una riña, sobresalen por encima de manifestaciones de corrupción tan graves pero menos ruidosas: la estafa, el peculado, el soborno. Además el delito público y bullicioso casi siempre va acompañado del vicio, y justamente en sus aspectos más escandalosos: la ruleta, el baile, el prostíbulo, el alcohol. Hechos y situaciones tan llamativos y caracterizadores no podían dejar de estar presentes en intentos de captación novelesca de esta realidad ambiental.

Sin embargo, no en todas las novelas tiene esto significación de primer orden. Así, si bien aparece en obras como *Remolino* y *Casandra*, no significa en ellas elemento particularmente activo, y ello a pesar de que en esta última se define el mundo del petróleo de esta manera: las prostitutas y la ruleta (p. 310). En cambio, es factor central en *Mancha de aceite* a lo largo de la gran trilogía alcohol-prostitutas-crimen; y sobre todo en *Mene*, donde uno de los aspectos que más se destacan como muestra del desbarajuste petrolero es precisamente el relativo al delito y el vicio —en

particular en la parte titulada “Rojo”–, aun por encima de otros más profundos y significativos en el orden económico y de dignidad nacional. Presentación vigorosa del tema se advierte en *Sobre la misma tierra* y *Guachimanes*, con énfasis en el tráfico de aventureros, prestamistas y estafadores de todo tipo. En *Campo Sur* se palpa en el propio ambiente y en el comportamiento de los personajes (p. 21); y en *Oficina N° 1* se desprende del conjunto de la historia del campamento petrolero que constituye su asunto.

### Las bajas condiciones de vida de los trabajadores

Como planteamiento específico –no como conclusión que pueda desprenderse de la pintura total–, las bajas condiciones de vida de los trabajadores se precisan con ánimo de denuncia en pocas novelas del petróleo. Es un tema de difícil concreción, pues exige penetración y hasta experiencia directa para que se revele con líneas plenas. Justamente las apariencias muestran lo contrario: mejores salarios (al menos en sentido nominal), modernización en ciertos sistemas de vida, tendencia a la especialización y profesionalización. Es necesario tocar de cerca la realidad para que se manifiesten las verdades más profundas; por ello sólo en las obras que provienen de una vivencia, de un conocimiento interno surge el planteamiento reivindicativo acerca de las ásperas y desequilibradas condiciones de vida de los trabajadores de los campamentos petroleros.

En primer lugar surge el tema con respecto a la etapa inicial –que podría considerarse– más o menos hasta la muerte de Gómez y años inmediatos, donde parece indiscutible la situación desastrosa en cuanto a condiciones de vida que padecían los trabajadores del petróleo, sobre todo en lo tocante a servicios médicos y a vivienda. Tal como revelan documentos históricos diversos<sup>6</sup> y los propios obreros que sufrieron esa experiencia. Sin embargo, como ya se ha dicho, solamente las novelas fundadas en una experiencia viva presentarán este aspecto tan primordial de la cuestión. Así, surge por primera vez la denuncia de este estado de cosas en *Mancha de Aceite*, con particular fuerza, a través de señalamientos reiterados: las enfermedades devastadoras (p. 49), las lesiones mortales (p. 111), la carencia de atención médica (p. 100). Del mismo modo se destacan las espantosas e insalubres viviendas de los obreros, en especial en el capítulo titulado “San Fernando”. Con menor énfasis se advierte esta situación en *Mene*, donde en particular se precisa el caso de Lagunillas, po-

blación constituida por barraca y casuchas de los trabajadores, y luego devorada por un feroz incendio en buena parte, como una realidad y un símbolo del desastre<sup>7</sup>. Circunstancia semejante se encuentra en *Sobre la misma tierra*, donde también sobresalen Lagunillas y el hecho del incendio. En *Guachimanes* se advierte tenuemente el planteamiento, y en *Cassandra* se hace muy concreto en el discurso político del joven revolucionario Palmenio (p. 285).

Como segunda parte del tema se encuentra lo referente a la época más próxima y actual de la industria petrolera. Aquí, los beneficios obtenidos por los contratos logrados por los trabajadores parecen cegar a muchos observadores de la cuestión: no se ven los perjuicios. Nuevamente será la experiencia directa la única capaz de llevar a una profundización. Por ello sólo en *Campo Sur* se encontrará, con relación a la actualidad, la presentación concreta de los problemas derivados de las discriminatorias viviendas impropias de las familias obreras (p. 8), y el carácter desequilibrado de las poblaciones donde residen los trabajadores (p. 21).

### El antiimperialismo

Una actitud en suma antiimperialista podría desprenderse de cada una de las novelas consideradas. Todas tocan, aunque sea de pasada, el sentido de saqueo inmisericorde que tiene para Venezuela la explotación petrolera por parte de las Compañías extranjeras. El solo señalamiento sería una denuncia tácita; aunque la verdadera protesta exige una clara manifestación de repudio. Ninguna de estas obras defiende el estado de cosas existente, no hay una que justifique la expoliación. Pero, para la determinación de la presencia del tema antiimperialista esto no basta. Interesa ahora destacar los casos de expresión concreta de antiimperialismo, de formulación precisa al respecto; independientemente de que de otros temas pueda derivarse una posición antiimperialista no declarada explícitamente.

En los comienzos del tema del petróleo en nuestra novela, ya en *Lilia* se percibe la actitud antiimperialista aunque no se encuentre ésta directamente vinculada al asunto petrolero, sino a una problemática general latinoamericana donde el petróleo es un elemento más. Actitud semejante, pero mucho más concreta, vigorosa y sostenida a lo largo de toda la

obra, se encuentra en *Elvia*, novela animada por un verdadero espíritu nacionalista y antiyanqui. Pero será sólo con *La bella y la fiera* cuando aparecerá de manera expresa la posición antiimperialista con relación al petróleo: Blanco Fombona no se detiene en señalar a “los millonarios y sus gentes” que dominan la industria en Venezuela, a los hombres rubios de empresas de cuentas corrientes y acciones internacionales por millones de dólares, libras y florines; sino que habla con toda precisión de los señores “capitalistas” e imperialistas (p. 839) que dominan la situación.

Después de esta novela iniciadora del tema, en otras más resurge de manera incidental: *Odisea de tierra firme* y *Casandra*. Y en forma imprecisa, indirecta, en *Oficina Nº 1*. Pero es en obras como *Mancha de aceite*, *Sobre la misma tierra*, *Guachimanes* y *Los Riberas*, donde se presenta de modo pleno y firme. Se trata entonces de una postura clara que se expresa abierta y valientemente. Sin ambages. Sin símbolos fugitivos.

Dentro de estas cuatro novelas citadas en último lugar, como ampliamente antiimperialistas, hay que distinguir entre obras animadas con toda precisión por esta actitud, pero donde el planteamiento es complementario, como *Sobre la misma tierra* y *Los Riberas* —que hasta señalan a Wall Street como el tablero de manejo de todo el engranaje petrolero—, y otras para las cuales el antiimperialismo es su esencia final y es a la vez elemento de presencia permanente a lo largo de las páginas, como *Mancha de aceite* y *Guachimanes*. Estas dos novelas no sólo denuncian la penetración imperialista, sino que hacen de este planteamiento la base fundamental, el mensaje trascendente. Son antiimperialistas a cabalidad en todos los terrenos, en forma sistemática. No es casual que correspondan a los autores de pensamiento más coherente y penetrante ante la voracidad imperialista.

### Accidente y catástrofe

Parecería que el petróleo fuera acompañado de un signo de muerte, de desastre, de mutilación, de sangre. No sólo son los crímenes y los delitos. No sólo son los perjuicios morales. Hay además una suerte de fatalidad que se evidencia en los accidentes diarios y las catástrofes periódicas. Pero todo se aclara dentro de las realidades del mundo petrolero y lo fatal se desvanece ante las explicaciones concretas: el riesgo, la imprevisión, la discriminación racial y laboral, el desprecio por la vida humana, el desajuste general, generan accidentes cotidianos y catástrofes ocasionales.

Es un aspecto del conjunto que se revela con claridad a los novelistas. Tal vez por la misma razón de hecho notable y escandaloso que se señaló respecto al delito y el vicio. Es parte de la atmósfera misma del mundo petrolero y en toda pintura de tal ambiente ocupa este tema sitio caracterizador. En especial se advierte de modo vivo en las obras que miran los campos del petróleo desde dentro, por la vía de la experiencia personal: *Mancha de aceite* (los trabajadores lesionados por las máquinas, destruidos por explosiones e incendios), *Mene* (mutilaciones producidas por las máquinas, el incendio de Lagunillas), *Guachimanes* (la muerte y la invalidez por explosiones), *Cassandra* (mutilación y peligros generales), *Campo Sur* (el riesgo permanente del accidente mortal en el trabajo de las torres y al lado de las calderas).

En otros casos los señalamientos están menos fundidos en el ambiente mismo que aspira a captar la obra, y resultan eventuales, como en *Remolino* (accidentes mutiladores o mortales en el trabajo); o esencialmente con la categoría de recurso novelesco, como en *Sobre la misma tierra* (incendio de Lagunillas) y en *Oficina N<sup>o</sup> 1* (accidente en el trabajo en las elevadas plataformas de las torres).

### El suprapoder de la Compañía

Este sería otro asunto generalizado en las novelas consideradas; pero, tal como se ha apuntado en ocasiones anteriores, interesan las menciones directas a este hecho tan conocido y efectivo. Los poderes de las Compañías petroleras no se limitan al campamento; llegan a la zona, siguen por todo el Estado, incluyen el país y parten hacia otros territorios en sus conexiones internacionales. Y este dilatado alcance de las empresas explotadoras del petróleo no escapa a los escritores, es visible en *El señor Rasvel* y en todas las obras citadas como contentivas del tema antiimperialismo.

Pero hay una forma de expresión más directa de ese suprapoder; también más inmediata y local, pero por igual más chocante al observador cercano: el abuso, los excesos derivados de la fuerza y la impunidad. Ya con esto estaríamos en las proximidades del asunto de la complicidad oficial, pero en esta ocasión se trata de puntualizar en qué obras surge este aspecto de la situación, localizado en la propia zona de explotación.

Las novelas correspondientes al tema comienzan por presentar

aspectos concretos de la cuestión: *La bella y la fiera* (las Compañías tienen en sus manos la decisión inmediata de rechazar reivindicaciones obreras y desatar la represión) y *Odisea de tierra firme* (los yanquis petroleros se pasean como amos gobernantes en todas las zonas donde tienen explotaciones de yacimientos). Después ya surge la visión general, el conjunto que revela una poderosa maquinaria que gobierna desde la Jefatura Civil hasta “la lista negra”, pasando por las carreteras (ver nota 3), el agua, la luz eléctrica, los prostíbulos y las cooperativas. Así se percibe en *Mancha de aceite*, en *Mene*, en *Remolino* (con el simbólico letrero de “propiedad privada” que aparece de repente), en *Guachimanes* (con el símbolo general de este suprapoder en la existencia de una cadena de “Guachimanes” de los más diversos niveles al servicio de los petroleros). Se advierte así mismo en *Casandra* (en el campamento no sucede nada que la Compañía no sepa de inmediato y que sea medido por su autoridad de aceptación o rechazo) y en *Oficina N° 1* (en el mandato inapelable de la empresa, ante el cual se someten pobladores, cura y autoridades civiles).

### La invasión de tierras y selvas

No en todas las novelas que se refieren a los comienzos de la explotación petrolera se percibe el ritmo de invasión de tierras y selvas —a marcha forzada al principio, después con mayor cálculo y lentitud— que tuvo ese alud inicial. Fue el violento proceso de penetración y adquisición de tierras por todos los medios, hasta constituirse en cada región la Compañía en el principal terrateniente y la fuerza económica más importante. Todo a través de una irrupción alucinante de hombres extraños, aparatos sorprendentes, costumbres exóticas, ruidos desacostumbrados, que dejaban atónitos a los habitantes del lugar. A fin de cuentas los nuevos amos absorbían tierras y selvas, plantaban marcas, levantaban alambradas y daban ley: la invasión se había cumplido.

En *Tierra del sol amada* aparece por primera vez caracterizado este avance invasor; y con fuerza y expresividad superiores a los de las demás novelas. Pocaterra precisa cómo los extranjeros se van apoderando de “la montaña, la sabana, el río paternal...”, mientras los tradicionales pobladores indígenas de esas tierras tienen que huir selva adentro, “cada día a una más remota jornada” (p. 83-84). Por último queda la marcha incesante: “La incursión sajona seguirá, metódica, implacable, con oro, con má-

quinas, con fusiles, río arriba..." (p. 84). Posteriormente *Mancha de aceite* centra el interés al respecto en el caso de la invasión petrolera sobre los motilones y sus tierras, con el fin "humanitario" de exterminar los "salvajes" que impedían con su rebeldía y sus flechas envenenadas la marcha del progreso hacia otras zonas ricas en petróleo; el plan de asesinatos masivos se establece en una reunión del Rotary Club, con el apoyo del gobierno y el entusiasmo de los gerentes petroleros (p. 39-40). Interés semejante por el problema motilón se ve en *Mene*, pero sin el vigor de protesta de la novela de Uribe Piedrahita, sólo referido a las dificultades de la penetración en la zona y a los heridos y muertos que de ella regresaban. En cambio Díaz Sánchez refleja en parte el paso arrasador de la invasión general de "ruedas dentelladas y de "cuchillas relucientes" que talaban los montes y horadaban las tierras (p. 34); mientras Joseito Ubert y otros intermediarios se encargaban de hacer llegar a manos de la Compañía la propiedad de toda la zona saturada de yacimientos, De su parte *Remolino* enfatiza el proceso de anexión de tierras y los modos de coaccionar a los posibles vendedores: con halagos y amenazas al viejo don Salustiano, con cárcel al rebelde Ferino; todo en nombre de la marcha de los "Robsbilders" y los "Caterpillar" que arrasan las tierras "y descuajan el árbol de la tradición" (p. 111). Por último, *Cassandra* retoma el caso de los motilones; pero si en *Mene* la visión al respecto había sido parcial y poco vigorosa, ahora se debilita aún más, en una especie de idealización romántica del indígena de la zona (p. 275).

### La rebeldía

El camino central hacia la consolidación de una conciencia proletaria y la constitución de una organización de respaldo a los trabajadores, se encontraba en la natural rebeldía ante la injusticia general y su encausamiento teórico y práctico. Y en la etapa inicial de la explotación petrolera este camino era más o menos imposible de ser recorrido: apenas comenzaban a circular las nuevas ideas sociales que concedían al trabajador sus derechos y le señalaban su significación en la sociedad y eran muy escasos quienes podían ejercer alguna función orientadora. De allí que las novelas —en general referidas a esa época— reflejan más la rebeldía natural que la meditada y estratégica.

Más que un proceso de desarrollo de la rebeldía, lo que presen-



ta *La bella y la fiera* es la explotación de la huelga (p. 838). En cambio el desenvolvimiento evolutivo de la protesta espontánea de los trabajadores interesa grandemente a la acción de *Mancha de aceite*: el rebelde ocasional reflexiona y concreta su actitud, hasta que encuentra orientación determinada a su ímpetu y actúa en consecuencia. Y es significativo —por revelador de una realidad al menos potencial— que ya en la primera novela petrolera se manifiesta con tal fuerza esa rebeldía, y lo que es más: que surja con vigor superior al de las demás obras y como algo propio de la vida cotidiana del trabajador; sin que se le vincule en su explosión final al momento de la muerte del dictador. Por otra parte, esa actitud de protesta decidida se va conformando en esta novela, hasta el combate final, no sólo en el trabajador del campamento sino también en el profesional de pensamiento progresista, en este caso el médico Gustavo Echegorri.

Manifestaciones individuales de rebeldía en actitudes mantenidas con firmeza se producen en *Mene* y en *Remolino*. En el primer caso, *Mene* presenta al rebelde natural Teófilo Aldana, confuso, impulsivo, pendenciero; que a fin de cuentas personifica la fuerza elemental opuesta a los desmanes de los nuevos amos, al estímulo de la ofensa discriminatoria, con ardientes deseos de enfrentar sus recios músculos a las pretensiones y despotismos de los señores rubios. De su parte, *Remolino* da muestra del rebelde decidido, afincado en no ceder sus tierras a los invasores a ningún precio, en Ferino, reducido sólo por el encarcelamiento.

En *Guachimanes* se observa un proceso, semejante al de *Mancha de aceite*, de consolidación gradual de la rebeldía, que va de lo individual a lo colectivo: el rebelde natural, Tochito, luego consciente de su posición; los rebeldes ideológicos, como mister Charles, don España y el doctor Triño Paz; la rebelión generalizada, en la oportunidad de la muerte de Gómez y las manifestaciones públicas y venganzas tomadas por el pueblo. Así mismo, en *Cassandra* se encuentra la rebeldía que acompañó los finales de la dictadura gomecista: primero en la palabra de los estudiantes revolucionarios y después en las turbulentas protestas y acciones de venganza por parte del pueblo al desaparecer el sátrapa.

Por último, de mayor proyección laboral y sindical es el proceso de rebeldía que refleja parte de *Oficina N° 1*, si bien encuentra su definitivo refuerzo precisamente en la muerte del dictador. Interesa por encima de todo la esencia rebelde, viva en dirigentes y hombres de pensamiento político y luego difundida cada vez más colectivamente, que lleva a la creación final del sindicato.

## Agrupamiento sindical

De la rebeldía y la organización planificada pudo surgir; después de múltiples obstáculos y luchas cotidianas, el agrupamiento sindical como una ansiada fuerza protectora de los intereses de los trabajadores ante la voracidad y los desmanes de las Compañías. Como todo proceso lento y transformador de realidades profundas, el camino sindical se recorrió por etapas sucesivas y a veces espaciadas. Un primer intento fracasado quedaba como un símbolo, como una señal. A un esfuerzo seguía otro superior. Una aspiración ideal era suplantada por un objetivo práctico de mayor posibilidad de realización. Y así surgieron los primeros grupos gremiales o asociaciones previas a los sindicatos propiamente dichos: por ejemplo, Rodolfo Quintero cita al respecto el caso de la Sociedad de Auxilio Mutuo de los Obreros Petroleros.<sup>8</sup> A esta etapa y a este tipo de organización se asimila el “comité que defienda los derechos de los trabajadores” con que se conforma, a falta de un verdadero sindicato, el dirigente Clímaco Guevara en *Oficina N° 1* (p. 164). Será posteriormente al final del régimen gomecista cuando los sindicatos, amparados por la autorización legal, se consoliden y se multipliquen.<sup>9</sup>

El primer proceso novelado de constitución de bases para un sindicato petrolero se encuentra en *Mancha de aceite*. Allí la rebeldía natural es encauzada por el médico progresista, cada vez más revolucionario, y un pequeño grupo de trabajadores de mayor conciencia de clase y choque práctico contra la realidad inaceptable. No se llega a la culminación sindical: todo termina en la siembra de la primera semilla gremial, en el reparto de volantes, y en las balas de los fusiles de la represión de la Compañía y el gobierno nacional. Del mismo modo, en *Guachimanes* todo se reduce a la primera etapa de preparación ideológica, de adecuación por la vía del ejemplo práctico hacia la constitución de sindicatos como aquellos que míster Charles cita como existentes en su país. La obra termina con la muerte de Gómez, limitando su posibilidad de entrar en la etapa sindical propiamente dicha. Algo semejante ocurre con *Cassandra*, que refleja más o menos la misma situación previa, y termina en igual época. Sólo tocará a *Oficina N° 1*, que va más allá de ese momento histórico, entrar en el interesante tema de la constitución de los sindicatos petroleros. Aunque es de lamentar que esta novela, después de presentar con acier-

to el período de la lucha primera por cimentar las bases para la edificación sindical, corte evasivamente el proceso para retomarlo ya constituido el sindicato y una vez solucionado todo cuanto a su creación se refiere.

### La represión

En la historia del petróleo venezolano la sucesión rebeldía-agrupamiento sindical represión es una cadena repetida en su esencia de lucha y muerte. Por definición, el antagonismo clasista es violento, y justamente lo que más temen los detentores del poder capitalista es el agrupamiento popular en organizaciones sólidas y poderosas. Y si esa concentración de fuerzas se opera en los medios proletarios, el temor se torna alarma escandalosa. “Así empiezan...” es el santo y seña de los amos espantados. Se interponen todos los obstáculos posibles, se recurre a la amenaza, al soborno, al encarcelamiento temporal. Pero si nada basta para destruir la firmeza del movimiento reivindicador, entonces dará órdenes la desesperación y se desencadenará la fuerza bruta, atacará el arma de fuego y la sangre y la muerte serán freno momentáneo y advertencia permanente. Tal es el proceso, y tal es el reflejo que de este orden de cosas hacen las escasas novelas que lo intentan.

Brutal, mortífera represión al movimiento de huelga peticionaria de aumento de salarios es la que presenta *La bella y la fiera*. Llamada por los señores petroleros, la tropa acude para lanzarse sobre los obreros rebeldes, que caen “como espigas cortadas”. Los soldados, a la orden del comandante, cargan una y otra vez. “La sangre corre y mancha suelo, ropas, paredes”. Después, “las agencias de información, al servicio de los capitalistas, de los imperialistas ... confirman el atentado comunista” y felicitan al dictador de turno por su eficiencia y celo patriótico (p. 389). Tono semejante tiene el desencadenamiento represivo con que finaliza la acción de *Mancha de aceite*; más dramático y penetrante por su carácter de elemento culminante de toda la trama novelesca y del desarrollo del personaje central. La protesta laboral ante el Comisariato, con el médico y obreros de vanguardia a la cabeza, termina cuando los hombres caen “cegados por la metralla”. De nada valió el grito patético del doctor Echegorri; “¡Vamos sin armas! ¡No disparen!”; no cesaron las balas y “la sangre siguió corriendo”... (p. 136). Distinta y atenuada es la represión a que alude sin gran de-

tenimiento *Casandra*, en las páginas dedicadas al momento posterior al furor popular desatado después de la muerte de Gómez. Una vez pasado el primer instante de confusión, el nuevo gobierno, dirigido por otro General, sabe desplegar, en defensa de las petroleras y la paz del lugar, “los soldados cubiertos con sus cascos de acero y armados con sus relucientes fusiles”... (p. 409). Más circunscrita a las medidas policiales destinadas a impedir el agrupamiento sindical, es la represión —azuzada por la Compañía, el jefe civil y el cura— que revela *Oficina N° 1*: prisión para los líderes, atemorización colectiva.

### El petrolero “bueno”

Dentro del planteamiento general del estado de cosas petrolero no hay dudas en las novelas: la Compañía es expoliadora y sus altos funcionarios son cómplices. Para los empleados de más bajos niveles se establece una diferencia elemental: los nacionales pueden estar o no sometidos material y espiritualmente a la empresa; los extranjeros obedecen a la regla general de partícipes de una vasta complicidad reforzada por la coincidencia de intereses y prejuicios con los que conforman el “espíritu” de la Compañía a la cual pertenecen.

Pero esa generalización con respecto a los extranjeros parece excesiva, mecánica, desconocedora de las excepciones. Su aplicación podría suponerse como una muestra de ingenua rigidez en la consideración de hombres disímiles, también sometidos a la presión del mundo petrolero. Además, la realidad muestra que se dan excepciones. O al menos hay que aceptar que teóricamente el caso excepcional es posible. Y por último, en una actitud crítica ante los petroleros extranjeros —a veces de verdadero vigor—, la inclusión de una excepción concede equilibrio, objetividad. Sin duda todos estos factores, combinados o particularizados, han conducido a algunos novelistas del petróleo a la presentación de un petrolero extranjero “bueno”; perdiendo de vista que justamente la mayor ingenuidad radica en conceder significación trascendente y de alguna representación ilustrativa a casos hipotéticos, en última instancia singulares y circunscritos dentro del conjunto a una peculiaridad extrema, sin ningún alcance tipificador.

La primera versión del petrolero “bueno” es tal vez, también, la más ingenua: mister Hardman de *Sobre la misma tierra*, el driller de Arizo-

na que de repente adquiere conciencia de que pertenece a una gran organización explotadora y tramposa y decide separarse de ella. Nunca se sabrá —aparte de los buenos deseos del autor— qué razones o revelaciones sorprendidas llevaron a Hardman a ese cambio. Ni siquiera es una razón tan subjetiva como el amor por Remota, pues cuando Hardman escoge dejar la petrolera ya no tiene esperanzas en despertar ningún sentimiento de esa índole en la joven. Por eso parece tanto Hardman un invento total: el yanqui bueno porque sí, que permite a Gallegos dar otra faz del asunto y mostrar una pretendida objetividad que no pasa de la ingenuidad. En cambio en *Guachimanes* se presenta el retrato más sostenible y convincente del petrolero yanqui distinto, en mister Charles. En efecto, las cosas adquieren sentido especial porque Charles representa al proletariado de su país; en su misma tierra ya era antiimperialista (p. 39). Llega a Venezuela y su actitud no se modifica, pues su internacionalismo le hace solidarizarse con los trabajadores del nuevo país adonde viene por circunstancias especiales y bajo contrato que le da cierta estabilidad. Sin embargo, sus reducidas labores revolucionarias le llevan a abandonar Venezuela por requerimientos del gobierno a solicitud de la Compañía. Después reaparece la idealización de este tipo de personaje en *Cassandra*, con el enigmático europeo mister Walter, de los laboratorios de la empresa, distinto por su inteligencia y su afán de justicia que lo identifica con los intereses de los venezolanos y lo acerca ideológicamente a los más avanzados en lo social. Es un personaje aislado y sorprendente, de verdadero “laboratorio”, tan inventado como el Hardman de *Sobre la misma tierra*. La idealización continúa en buena parte en Tony Roberts de *Oficina N° 1*: a pesar de su antecedente familiar de carácter socialista, su actitud no se explica como una clara protesta de rebeldía, ya que prefiere callar y cobrar su salario. Se casa con venezolana y decide quedarse en el país; pero todo parece corresponder más a un impulso emocional, sensible, que a una conciencia concreta. El hecho de que —a semejanza de las otras novelas citadas en este aparte— le toque decir grandes verdades sobre el saqueo petrolero, en defensa de Venezuela, precisa la intención del autor; pero no refuerza la justificación convincente del personaje, que siempre parece ha-

blar con palabras ajenas.

### El imperio de la máquina

El nuevo orden petrolero desplaza al hombre del sitio clave que ocupaba en la tradicional economía agrícola-pecuaria y coloca allí la máquina. Es un cambio resaltante que algunos novelistas no podían dejar de advertir. El mundo petrolero gravita en torno de la maquinaria y el automatismo: camión, rueda dentada, taladro, balancín, control eléctrico, sismógrafo, calculadora. Esos son sus fetiches, como antes pudieron serlo el machete, el azadón, el lazo y el hierro de marcar. Y el trabajador tiene que someterse a los nuevos símbolos; pero no basta con acatarlos: con frecuencia es desplazado o devorado por ellos.

La primera manifestación de este imperio de la máquina y el aparato mecánico surge, de modo dramático, en la imagen contenida en *Mancha de aceite*: el taladro exigía más y más carne humana para producir la perforación (p. 49). El hombre pasa a ser un instrumento, un ingrediente para el funcionamiento de la máquina, como la gasolina o la electricidad. Pero es en *Mene* donde el tema se refleja de modo más directo y amplio. Aparece el interés enfático de los petroleros en aprovechar el asombro que producen las maravillosas maquinarias en el trabajador; para llevar la sorpresa hasta el fetichismo, destacando la utilidad y el gran valor en dinero de cada aparato, de cada engranaje (p. 65). El hombre se recoge sobre sí mismo y acepta la nueva evidencia: cualquiera de aquellos curiosos artefactos vale más que muchos hombres juntos. De la misma manera, *Mene* alude a la automatización, a la suplantación absoluta del hombre por la máquina “que reduce al mínimo el riesgo de las equivocaciones y de los descuidos” y no se cansa ni necesita dormir (p. 110). En *Remolino* reaparece el planteamiento general del imperio de la máquina, con el añadido del atractivo que ejercen los vehículos de motor; hasta conducir a una verdadera fiebre del volante y configurar una mentalidad especial al chofer (p. 109). *Cassandra* sólo señala, de paso, el tema que Díaz Sánchez había desarrollado en *Mene*: no importa que el hombre sucumba, las máquinas son las que no deben detenerse”. (p. 104).

## El nuevo “conquistador”

El paralelo tenía que establecerse: aquellos conquistadores llegaron en sus hermosas naves a vela, adueñándose de tierras y pobladores, matando y usurpando, cegados por el afán del oro; estos conquistadores vinieron en sus imponentes naves de acero, adquiriendo tierras y comprando conciencias, reprimiendo y discriminando, tras la locura del oro negro. Como señala Pocaterra en *Tierra del sol amada*, estos nuevos invasores son “más duros, más crueles, más invasores –más “blancos” también–” (p. 83), porque llevan su conquista cada vez más adentro del territorio, de manera “metódica, implacable”, amparados por sus máquinas, por su dinero, por sus fusiles (p. 84). Ante este conquistador, el indígena huye, se pierde en los montes más remotos. En su referencia a la zona de Maracaibo, Pocaterra incluye una alusión simbólica a todo el país.

Resurge la imagen del “nuevo conquistador” en *Mene*, donde la llegada del primer vapor, entre humos y sirenas, deja atónitos a los lugareños de la costa del Lago de Maracaibo como pudo suceder a los indígenas con las naos del pasado. La tradición de los mascarones de las carabelas es cortada por el filo negro del acero de las nuevas embarcaciones. “En el puente del primer navío va un indio doctoral y complaciente que instruye al nuevo conquistador en el misterio de la virginidad lacustre”, y le va precisando los puntos de referencia para la ubicación del sitio donde brota el Mene (p. 31-32).

Vuelve, finalmente, la referencia expresa a esta segunda conquista en *Remolino*, con fuerza y claridad semejantes a las novelas anteriores. Después de la sorpresiva llegada de extranjeros armados de “trípodes teodolíticos” todo va siendo propiedad de los invasores, se establece el “portón petrolero” (p. 93), y el nuevo orden se afianza en la servidumbre “del *guachimán*, matador de su hermano, mientras el extranjero le azuza al oído la primera palabra de la nueva conquista...” (p. 106).

## La huelga

El movimiento huelgario propiamente dicho es el tema menos abordado por las novelas consideradas. Tal vez se relacione este hecho con la circunstancia de que la mayoría de estas obras se refieren a la primera época de la explotación petrolera, hasta el final de la dictadura gomecista; justamente el período de menor frecuencia y concreción huelguística. Sin embargo, antes de la huelga petrolera en escala nacional de fines de 1936 —calificada con toda intención de huelga “por motivos políticos” por algunos petroleros que han aludido al caso—<sup>10</sup>, ya se habían producido “acciones de lucha” que cita Rodolfo Quintero, como la huelga de Mene Grande y movimientos en Cabimas y Lagunillas.<sup>11</sup> Además, quedaba a los novelistas el recurso legítimo, acrecentador de significación y proyecciones profundas y trascendentes, del símbolo: la huelga, tomada o no de la realidad sucedida, representa el enfrentamiento final del abuso, el emplazamiento de las poderosas empresas a conceder por la fuerza las reivindicaciones que nunca darán de buen grado.

Seguramente esa última razón, simbólica, llevó a Rufino Blanco Fombona, en 1931 —o más exactamente en 1929, año en que escribe la obra—, a presentar en *La bella y la fiera* una situación huelguística en un campo petrolero. Esa mañana “los obreros no parten, como suelen, hacia los pozos y campos de petróleo” porque “han pedido un miserable aumento de jornal” que ha sido negado por los petroleros rubios de Nueva York, Londres y Amsterdam (p. 838). Y aunque fuese una circunstancia imaginada por Blanco Fombona, cabría perfectamente en la realidad, tanto como la sangrienta represión militar que despedaza el movimiento, asesinando a nombre del gobierno y la petrolera.

Otro reflejo de una situación huelgaria pertenece a *Mancha de aceite*, obra de tan diversificada importancia en el desarrollo novelístico del tema petrolero. Aquí interesa más el proceso previo de maduración del ambiente para la huelga, que el propio paro laboral. Adecuación de circunstancias donde coinciden factores que podrían llamarse de natural desarrollo histórico y que son los que responden de modo directo al estado de cosas: explotación, despotismo, discriminación, creación espontánea de conciencias de lucha; y los elementos provocados o al menos estimulados dentro de un plan general de combate ideológico y práctico: difusión de ideas, clarificación de conceptos, encauzamiento de rebeldías



individuales. Aunque, a fin de cuentas, desde el punto de vista de lo realmente decisivo importa sobre todo el segundo aspecto, la labor consciente de lucha social y política. Así, surge el proceso en *Mancha de aceite*: comienzos del despertar de conciencia de los trabajadores (p. 105-108); hojas volantes y rumores con los primeros anuncios de creación de sindicatos y declaración de huelga y protestas; los preparativos de represión (p. 1211-22); el movimiento de protesta y la masacre represiva (p. 136).

### Los males y los beneficios

Como tema que sirve de balance al conjunto de aspectos centrales del gran asunto petrolero que revelan las novelas, se presenta en algunas obras un intento de contraposición de los males y los beneficios derivados de la nueva industria para el país. Son las dos caras de una misma realidad, donde las posiciones extremas, excluyentes de relativismos, significarían una visión parcializada y limitadora de la verdad. De otra parte, ensayar tan fundamental balance es, sin duda, un preciso camino para la objetividad o para dar impresión de objetividad; en este caso más importante todavía que lograrla.

El apasionante debate general sobre el petróleo y su problemática venezolana se ha proyectado, en búsqueda de conclusiones, justamente hacia el paralelo comparativo de los males y los beneficios venidos de la explotación petrolera. Los juicios mayoritarios al respecto, entre intelectuales y economistas progresistas, son de evidente énfasis sobre los males producidos, pero no faltan los enfoques apologeticos de los beneficios concedidos.<sup>12</sup>

Las novelas que incluyen el tópico de los males y los beneficios del petróleo lo hacen por diversas vías indirectas o de modo bien claro y expreso. Así puede darse, de la manera más fragmentaria, en planteamientos circunstanciales como los de *Clamor campesino*, donde se contraponen el desajuste económico producido en el país, los perjuicios morales, el éxodo campesino y las lesiones físicas inferidas a los trabajadores, a los beneficios materiales como los salarios elevados y las modernas carreteras; y donde el saldo a favor de los males es evidente. Otra vía indirecta está presente en *Mene*, en la cual el tema se desprende del planteamiento general: a las ventajas de orden económico disfrutadas por reducidos grupos, se oponen los males comunes, destacados a veces en capítulos

enteros, como el desequilibrio en la vida de los pueblos, el daño moral de la ilusión del dinero fácil, la discriminación racial, el crimen, la prostitución, el desplazamiento del hombre por la máquina como valor central, el éxodo campesino, la compra de conciencias.

En otros casos el planteamiento es concreto y explícito. Surge de este modo en *Mancha de aceite*. Allí se encuentran en boca de los petroleros y sus mujeres alusiones a los más grandes “beneficios” del petróleo para el país, justamente los más socorridos por parecer más evidentes: sanidad, carreteras y altos salarios (p. 40, 68,69). Pero la misma novela se encarga de aclarar que lo tocante a sanidad es completamente relativo y que los servicios son reducidos, sobre todo para los trabajadores criollos; que las carreteras se construyen para lograr mejor penetración y desplazamiento en el país conquistado; y que los altos salarios –insignificantes dentro del conjunto de ganancias de la Compañía– son el atractivo que les permite mantener el nivel de trabajadores necesario para el incremento continuo de la industria. Y en cambio se destacan el desequilibrio económico y espiritual que el petróleo ha traído al país, la corrupción extrema en los campos petroleros, y por encima de todo la explotación del trabajador; hasta los límites del aniquilamiento, que sistemáticamente efectúa la empresa todopoderosa (p. 49, 58, 111). Del mismo tipo es la presentación del tema en *Sobre la misma tierra*: las palabras del petrolero Hardman destacan beneficios materiales aportados por la gran industria al país y la mayor conciencia de clase adquirida por el obrero venezolano en el nuevo trabajo, y hasta la propia Remota se deja arrastrar por un momento de entusiasmo ante el espectáculo de las torres imponentes y el movimiento laborioso de la zona y piensa en el “porvenir próspero” a través de aquel “poderoso esfuerzo industrial” (p. 120); pero de inmediato se establece el balance y se destacan por encima de todo los males definitivos: la riqueza ajena junto a la miseria propia, el desajuste moral ocasionado a todo el país, y la condena de Venezuela a la categoría de monoprodutora de una riqueza extractiva, no renovable (p. 133). Particularmente claro y contundente es este planteamiento en *Los Riberas*: los beneficios económicos del petróleo se dan al precio de la “atrofia cívica” (p. 404), y ese es el peor mal ocasionado por la nueva industria: la descomposición moral. De modo concreto el doctor Solórzano hace el balance: se construye mucho, se hacen carreteras, saldrán grandes ciudades; pero el suelo se sostiene en el aire, ya que se va la soberanía y vienen los vicios (p. 145).

Concluida la presentación de los temas centrales sobre materia

petrolera contenidos en las novelas consideradas –puntualización ordenada según la importancia y frecuencia de aparición de los tópicos–, resulta evidente que para la captación de ambientes y problemas del petróleo se ha puesto en ellas mayor énfasis en las modificaciones del medio material y espiritual y en la transformación operada en los individuos más representativos de cada lugar; quienes se convierten en los grandes cómplices de los nuevos conquistadores. En cambio, por contraposición, la referencia menos frecuente es la que concierne a las fuerzas más pujantes, modificadoras de nuevo del estado de cosas, que vienen desde abajo progresiva y firmemente: el proletariado y el ascenso revolucionario. Esto, sin duda, porque lo primero es lo más visible –sobre todo en la etapa inicial– y también lo menos comprometedor. Para reflejar lo segundo hay que saber verlo y decidirse a decirlo.

El proceso general de alusión a los grandes temas, atendiendo al orden jerárquico, es el siguiente: la modificación violenta del ambiente; aspectos diversos de la complicidad interna, de la discriminación y el desarraigo del campesino por la atracción petrolera; manifestaciones más visibles de la corrupción y las calamidades en la vida diaria de los campesinos; el antiimperialismo; el voraz desarrollo de las Compañías y el establecimiento de su suprapoder; el nuevo conquistador más metódico e implacable; la clásica trilogía: agrupamiento sindical –huelga– represión; la excepción o simplemente la fantasía: el extranjero petrolero “bueno”; una conclusión final: el balance de los beneficios y los males.

## Notas:

- <sup>1</sup> Al respecto, apunta José Agustín Silva Michelena: “El descubrimiento e inicio de la explotación del petróleo por parte de potencias imperialistas marca también el inicio de la desintegración de la sociedad tradicional. En primer lugar se modifica el orden de importancia, aunque no la estructura, interna de las fuentes tradicionales de acumulación de capital: explotación del campesino a través del sistema latifundista; el riguroso control de la distribución de los productos agrícolas y el peculado”. (“Hipótesis sobre el cambio social en Venezuela”. En: *Venezuela 1ª*. Caracas. Instituto de Investigaciones de la Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. 1963).
- <sup>2</sup> Cifras precisas en cuanto al monto de la exoneración de pago de derechos de aduana para las Compañías y su comparación con los que éstas pagaron por impuestos al fisco en los mismos años, dan una idea más exacta de la situación: un documento del Ministro de Fomento en 1931 revela que las exoneraciones de aduana llegaron en siete años a más de 219 millones de bolívares, mientras las rentas recibidas por el gobierno de las petroleras fueron de poco más de 187 millones; un informe del subcomité de Hidrocarburos de 1939 da estas cifras para 1938: el monto de las exoneraciones es de 95 millones y el de los impuestos de 110 millones; en 1939 el resultado fue el siguiente: más de 64 millones para las exoneraciones de aduana mientras los impuestos mineros –petróleo y otras explotaciones mineras– no llegan a 50 millones. (Datos tomados de: Rodolfo Luzardo. “Peripicias del petróleo en Venezuela”. En: *Andanzas de América*. Caracas. Editorial Sucre. p. 142).
- <sup>3</sup> *Ibíd.* p. 146, encontramos un magnífico ejemplo documental de la actitud, del fiscal petrolero servil. Luzardo incluye el texto completo del mensaje enviado por J. M. Isava Núñez, Inspector Técnico de Hidrocarburos de Maturín, al Ministro de Fomento, en 1934, donde informa, como una gran muestra de generosidad de la Compañía Standard Oil que abra al tráfico “sus” carreteras los días lunes y viernes. El Inspector no pierde la ocasión de destacar que esto le parece “un exponente de las ideas liberales de la Compañía”.
- <sup>4</sup> “Las bases económicas y sociales de una aristocracia obrera en Venezuela”. *Revista Economía y Ciencias Sociales*, N° 2. Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, abril-junio de 1963, p. 95.  
A propósito de la discriminación laboral en la industria petrolera, Héctor Malavé Mata abre así páginas dedicadas al tema: “No en vano conviene recordar que las compañías petroleras constituyen en el país la industria con mayor ocupación importada. La casi totalidad de los empleados extranjeros –especializados o no–

- son contratados en el exterior con sueldos y condiciones muy superiores a los asignados por empleo local a trabajadores venezolanos de igual capacidad profesional". (*Petróleo y desarrollo económico de Venezuela*. Caracas. Ediciones pensamiento Vivo. 1992. p. 144)
- <sup>5</sup> Armando Córdoba apunta al respecto: "La demanda de trabajo incrementó los salarios hasta un nivel sin precedentes, especialmente en los campos petroleros". Y añade un fragmento tomado de: United States Commerce Department. *Commerce Yearbook*. 1926, en estos términos: "La partida de trabajadores de las haciendas ha sido tan extensiva que ha comenzado la agitación por parte de los propietarios de la tierra para lograr que el gobierno detenga los programas de construcción de carreteras y devuelva los trabajadores a las labores agrícolas". (La estructura económica tradicional y el impacto petrolero en Venezuela". *Economía y Ciencias Sociales*, N° 1. Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, enero-marzo de 1963. p. 14).
  - <sup>6</sup> Al respecto podría darse, como ejemplo, la información documental ofrecida por Rodolfo Luzardo. Ob. cit. p. 145146 (ver nota 2), donde destaca cómo en las Memorias del Ministerio de Fomento de 1930 y 1933 "hay testimonio amplio de la carencia de servicios médicos o mejor dicho casi ausencia total de tales servicios y de medicinas en la mayoría de los campos petroleros". Y añade un pasaje textual de una carta del Inspector Especial del Trabajo en los Estados Zulia y Falcón al Ministro de Relaciones Exteriores (contenida en la Memoria del Ministerio de Fomento presentada al Congreso de 1937, Volumen I, Sección II, p. 106), en el cual dicho funcionario destaca con todo énfasis la carencia de viviendas para obreros en multitud de campamentos, el estado desastroso de aquéllas en otros, y que apenas en ese año de 1937 dos Compañías están comenzando la construcción de casas a tal efecto.
  - <sup>7</sup> Acerca de las desastrosas condiciones de vida de los trabajadores en Lagunillas —y en otras poblaciones—, así como de los riesgos por inseguridad en el trabajo y del propio peligro del incendio, ofrece informaciones directas de gran valor y advertencias denunciatorias ante la opinión pública, la serie de reportajes publicados por Miguel Acosta Saignes en abril de 1936 en el periódico *El Heraldo* de Caracas. En especial posee particular interés y vigor el titulado "En el infierno petrolero", aparecido en dicho diario el 21 de abril de 1936, p. 4.
  - <sup>8</sup> Esta SAMOP es calificada por Quintero de "organismo de defensa" de los trabajadores, nacido al impulso de las primeras protestas y pequeñas huelgas. (Ob. cit. p. 95) (ver nota 4)
  - <sup>9</sup> Rodolfo Quintero (*ibid.* p. 95), señala que "en 1936 se constituyeron los primeros sindicatos en los diferentes campos petroleros" ...

José Giacopini Zárraga apunta: "...en el año 1936, al comenzar el régimen del Presidente López Contreras, se decretó la primera Ley del trabajo y comenzó con bastante dinamismo el movimiento sindical en el país. Ya en el año de 1936 aparecieron afiliados 107 sindicatos, y la cifra continuó creciendo progresivamente, pero no con mucha rapidez. ("Política de las empresas petroleras". En: *Conferencias de extensión cultural* en la Escuela Superior de la Fuerza Aérea. Caracas, 1962-1963. p. 142).

- <sup>10</sup> La información respecto al momento de esta huelga es presentada así por Rodolfo Quintero: a fines de 1936 "se paraliza la industria debido a una huelga en escala nacional" (Ob. cit. p. 95) (ver nota 4). De su parte, Rodolfo Luzardo precisa: "La muerte del dictador Gómez abrió campo a la lucha por reivindicaciones sociales. El 14 de diciembre de 1936, la industria del petróleo sufrió su primera sacudida en ese aspecto, al declararse los trabajadores en huelga general, la cual duró 40 días. Los trabajadores obtuvieron aumentos de sueldos y salarios, amén de otras justas reivindicaciones". (Ob. cit., p. 147) (ver nota 2).

La alusión intencionada a lo "político" de esta huelga corresponde a José Giacopini Zárraga, alto funcionario de la Compañía Shell de Venezuela: "En esta época 1936 se produce una huelga petrolera de bastante importancia por motivos políticos, que dio lugar a fuertes fricciones entre el Gobierno y el movimiento sindical". (Ob. cit., p. 142) (ver nota 9).

- <sup>11</sup> Ob. cit., p. 95 (ver nota 4).

- <sup>12</sup> Joaquín Gabaldón Márquez destaca el efecto aniquilador de la industria petrolera sobre la agricultura y la ganadería básicas para el país y su equilibrio económico con una imagen moderna y activa: "Una dualidad había ahora aparecido en el seno de la economía nacional. Al lado de una industria la petrolera de formidable pujanza, si bien con base de capitales extranjeros, una ganadería y una agricultura que iban a ser desde aquel momento en adelante sujetos enfermizos de la casa, a quienes el Estado paternalista debía en lo sucesivo prestar diversas clases de muletas y gran cantidad de reconstituyentes de acción ineficaz muchas veces para que pudieran continuar moviéndose y viviendo. Un boxeador formidable, de cabellos rubios y ojos azules, con una prole mestiza y multiforme, frente a un enano raquíptico, de piel y cabellos oscuros, y amenazado de que se perdiese hasta su nombre en la ineficacia de su esfuerzo fecundante: tal serían las figuras que objetivaran vívidamente las respectivas posiciones y situaciones de la industria petrolera y de la explotación agropecuaria". ("Las campañas del petróleo. Bases para la definición de una tesis petrolera". En: *Archivos de una inquietud venezolana*. Caracas-Madrid. Ediciones Edime. 1955. p. 394). Héctor Malavé Mata (ob. cit. p. 173. Ver nota 4) enfatiza el efecto nocivo de la organización actual de la industria petrolera aclarando la

realidad de uno de los aspectos más destacados por los “abogados” de las petroleras como el gran beneficio: la llegada de capitales que ayudan al desarrollo del país. Precisa Malavé Mata: “La explotación petrolera valga una vez más el lugar común ha constituido la fuente principal de ingresos fiscales en Venezuela. Sin embargo, como las actividades petroleras en el país han requerido sin mayores riesgos o probabilidades aleatorias inversiones de grandes capitales extranjeros, éstos han contribuido muy precariamente al desarrollo económico nacional en comparación con el aporte que de manera sustancial han dado al proceso de acumulación de capital en los países de donde proceden. En obsequio de realidad puede demostrarse que las inversiones petroleras norteamericanas y europeas ejercen sobre Venezuela una influencia descapitalizadora, en virtud de que los beneficios derivados de la explotación de hidrocarburos en el país son considerablemente superiores por año y acumulación periódica al capital invertido en el desarrollo de las operaciones industriales. Esta desventaja de Venezuela y otros países exportadores netos de petróleo frente a los intereses extranjeros con dominio sobre la geografía internacional del producto debe ser objeto de permanente alerta nacional y, desde ahora, materia de una revisión efectiva que permita una justa participación fiscal en los beneficios de la industria”.

Un buen ejemplo de la opinión “petrolera” que exalta con pasión dirigida los beneficios de la gran industria para el país, se encuentra en José Giacomini Zárraga, “ejecutivo” de la Compañía Shell de Venezuela. A su juicio, los problemas sociales y laborales en los campamentos petroleros se reducen a un “choque de dos culturas” y a la xenofobia de los nacionales... Las penurias de los trabajadores en los comienzos de la industria no existieron, y en cambio sí los buenos salarios, la apropiada sanidad y el conveniente alojamiento. Los perjuicios producidos por esta “industria moderna, pujante y dinámica” a la agricultura y la ganadería fueron sólo momentáneos, y a la postre se han tornado en beneficios por los capitales aportados por las Compañías al desarrollo del país y por ende a las zonas campesinas. El éxodo campesino no ha sido perjudicial, pues en contacto con las ciudades, el campesino “mejoró sus condiciones de vida y su nivel cultural” y hasta muchos de ellos han regresado “en situación más ventajosa a la producción rural”. Giacomini Zárraga remata con una conclusión que es casi una moraleja:

“Las compañías petroleras por su parte, como dijimos, contribuyeron sustancialmente al progreso de Venezuela, trayendo capital, técnicos y maquinaria, contribuyendo al saneamiento y penetración de regiones vírgenes y mejorando la remuneración, condiciones de vida y conocimiento de los trabajadores venezolanos que tomó a su servicio”. (Ob. cit. p. 139140) (Ver nota 4).



## Capítulo III

### Las grandes formas y estructuras



La serie de grandes temas que en definitiva caracterizan a las novelas del petróleo en Venezuela se expresan –y sobre todo logran su efecto– a través de formas y estructuras dominantes que aparecen en distintas oportunidades, hasta constituir un cuerpo principal de recursos y procedimientos típicos. A veces están determinados por el enfoque total que la obra hace del problema petrolero, pero en otras ocasiones se trata de técnicas parciales y hasta incidentales; resultando en ambos casos de igual importancia y eficacia en cuanto a construcción de la novela y sus partes se refiere. Son algo así como los instrumentos utilizados para edificar la realidad viva que se ha querido transmitir por la vía novelesca, y los caminos recorridos para llegar al objetivo ideológico –vale decir mensaje central– perseguido. Por consiguiente, la consideración de esas grandes formas y estructuras tiene precisa significación clarificadora en el estudio de las novelas petroleras y su arquitectura general.

A continuación se hará referencia a los principales de esos factores y procesos de creación novelesca en los campos del estilo y la estructura. De modo semejante al caso de los grandes temas, ahora se destacarán los elementos más notables y reiterados, pero sin seguir un orden jerárquico, sino más bien de acuerdo a una distribución que agrupa los relativos a personajes y ambiente, los de mayor carácter estilístico y luego los de más decidida índole estructural.



## El personaje

Aun cuando pueda pensarse, con bastante fundamento, que las novelas del petróleo se dirigen esencialmente a la capacitación de un ambiente y a la presentación de una problemática humana, social y política, en ellas los personajes tienden a destacarse como factores de verdadera importancia, sobre todo en cuanto a la propia construcción novelesca se refiere. Esta figuración se produce por diversos cauces, de condición e importancia variables, como se verá de seguidas.

**a) El personaje central:** El peso abrumador del ambiente y de la serie de problemas y planteamientos vitales que lo integran hace, sin duda, que rara vez recaiga sobre un personaje central la responsabilidad del soporte del hilo argumental. En la generalidad de los casos la función toca a la pintura global de una situación, sus bases históricas y sus derivaciones económicas y espirituales sobre la colectividad.

*El señor Rasvel*, de Miguel Toro Ramírez, ofrece un primer personaje central que da unidad temática y estructural: el aventurero Rasvel. Es más, se trata, en última instancia, de un proceso extenso de creación de un personaje. Sólo que, como ya se ha apuntado, no es el caso de una novela petrolera propiamente dicha, y su capacidad representativa en el tema general que nos ocupa es reducida. En cambio, significación especial como elemento constitutivo posee el doctor Gustavo Echegorri de *Mancha de aceite*, de César Uribe Piedrahita. No solamente se le da carácter de personaje central, sino que surge como elemento afianzador de la unidad estructural de la obra y hasta como vía clarificadora de su sentido ideológico. Poco se sabe de las características físicas del personaje; se sospecha apenas su pensamiento previo a la llegada a la petrolera, al igual que su impreciso pasado. En verdad interesa su desarrollo dentro de la trama novelesca y en ello concentra su atención el autor. Se ve así el desenvolvimiento de una conducta y de un proceso de reafirmaciones ideológicas que conducen a una acción final, imponiendo una firme continuidad temática y estructural a la novela.

Otros casos de personajes centrales de sólida importancia en lo tocante a la construcción de las novelas en que viven, son Tochito de *Gua-chimanes*, de Gabriel Bracho Montiel y José Ubert de *Cassandra*, de Ramón

Díaz Sánchez. Pero si bien Tochito da cohesión a la trama —hasta el punto de conceder carácter de novela a lo que su autor presenta como “agua-fuertes” del petróleo—, José Ubert apenas puede considerarse como un elemento teóricamente unificador; ya que por su condición tan endeble como personaje es sobrepasado por el conjunto de los tipos secundarios. Algo semejante a lo que ocurre con el joven Ubert se advierte en *Oficina N<sup>o</sup> 1*, si bien allí es más propio hablar no de un personaje central sino de dos: Carmen Rosa y Matías Carvajal, ambos a fin de cuentas desplazados por la sugerida personalidad del conjunto de los presentados como secundarios.

**b) El personaje símbolo:** La condición simbólica de los personajes novelescos es siempre materia relativa. En un sentido muy extenso toda criatura de ficción adquiere proyecciones de símbolo que abarca a todos sus semejantes o cercanos, considerando que, se lo proponga o no el autor, las identificaciones representativas se producen de manera casi inevitable en el lector que ve en cada individuo literario la expresión de la voluntad de su creador. En cambio, en un sentido muy preciso y específico cada personaje implicaría la categoría de *caso*, singular en forma absoluta, ya que parece prácticamente imposible que todas sus grandes y pequeñas circunstancias se repitan de un modo exacto. Sólo quedaría entonces, de manera indiscutible, la condición de personaje símbolo para aquellos creados como tales por su autor; y cuya proyección típica es evidente, al menos como reflejo de una intención. A esta última clase de personaje se hará referencia en este caso.

Fuera de los “petroleros”, cuyo número justifica un aparte especial, los personajes de carácter simbólico son más bien reducidos. Sin duda interviene en este hecho la decidida actitud realista de los novelistas, que les lleva más a la captación concreta de un fragmento de vida con sus pobladores precisos que al establecimiento de proyecciones representativas por la vía indirecta —y siempre incierta— del símbolo. De otra parte, estará presente en todo momento la dificultad ya apuntada en cuanto a la clara determinación de los sentidos simbólicos en un personaje. Sin embargo, por ejemplo, parece evidente el carácter de símbolo —enfaticado por el autor— de José Ubert, el entreguista corrompido por las ansias de riquezas, en *Mene*, de Ramón Díaz Sánchez. Pero frente a este José Ubert “acicalado como un figurín entre los *musiúes* desmesurados” (p. 27), se levanta la señal de una esperanza en Joseíto, el hijo del vendedor de su pro-

pia tierra, que parte en busca de mejor vida y cuyo aspecto es el de la verdadera realidad, como los paisajes desnudos del lugar: “un muchacho encanijado y negro, con los calzones arrollados y los pies cuajados de tierra roja” (p. 132). Iguales alcances simbólicos pueden advertirse en personajes como Don Salusiano —el tradicional dueño de tierras obligado a vender a la Compañía— y Ferino —el propietario rebelde que no se doblega ante los petroleros— en *Remolino*, de Ramón Carrera Obando; y como Vicente Ribera —el entreguista de alto nivel y grandes componendas políticas— en *Los Riberas*, de Mario Briceño-Iragorry. Pero es en *Casandra*, de la novela del mismo nombre, donde el símbolo se realiza plenamente, al menos en cuanto al propósito del autor de lograr una representación total, desvinculada de la circunstancia misma del personaje y referida al abstracto del petróleo y sus males. Independientemente de su muy limitada eficacia, *Casandra* es un símbolo: la locura del petróleo, la “lluvia negra”, la muerte repentina y horrible. Este sentido simbólico se subraya al final de la obra con el cuadro que representa a la loca con su inseparable niño desnudo de la mano, en un énfasis redundante de parte del autor:

c) El “petrolero”: Es tal vez el personaje más frecuente como creación cuidadosa e intencionada. En la mayoría de las oportunidades es de carácter incidental y sólo sirve para completar un ambiente, para rematar una galería de tipos, para servir de puente a la presentación de una idea. Pero, en numerosos casos se destaca como personaje de vida propia, que ocupa un sitio concreto y sobresaliente en la novela. La repetición del “petrolero” —sin duda como *tipo* es el más abundante en las novelas— podría explicarse por su condición muy definida y asentada como muestra de una fuerza, de un grupo, de un bando. Así se ofrece al novelista como una vía directa y activa de poner a vivir el conjunto de actitudes e ideas que conforman la Compañía. Además, dado el sentido crítico general de las obras, la pintura del “petrolero” ya es de por sí un modo de viva denuncia, a pesar de las excepciones que surgen en ciertas oportunidades. A fin de cuentas, salvo casos especiales, como Charles en *Guachimanes* y Reynolds y Roberts en *Oficina N° 1*, el personaje del “petrolero” puede tenerse por elemento de refuerzo ideológico, ya que poco se desarrolla como figura en sí mismo, dentro de la creación de caracteres.

Los personajes “petroleros” —altos y medianos empleados extranjeros de la Compañía— se reparten en dos grandes grupos basados en el papel que ellos juegan como representantes o negadores del espíritu de

la empresa: los “petroleros” perros de presa del capital que los nutre y les moldea hasta el pensamiento; y los “petroleros buenos”, sorprendentes excepciones, que si bien no son simples ratificaciones de la regla anterior; tampoco llegan a constituir un símbolo, pues carecen de proyección colectiva dadas sus características demasiado singulares y específicas.

El “petrolero”, engranaje e instrumento de la Compañía es el más frecuente, y ya surge en la segunda novela de nuestro itinerario, *Elvia* de Daniel Rojas, con el genérico nombre de Mr. Smith y en las funciones, también genéricas, del timo y la compra fraudulenta de tierras para la explotación petrolera. Reaparece en forma innominada en *La bella y la fiera*, de Rufino Blanco Fombona: “tres hombres pelirrojos, con cascos de corcho, vestidos de blanco” (p. 838); y en *Odisea de tierra firme*, de Mariano Picón-Salas: “yanquis que se reparten por el interior de Venezuela con sus trajes kaki, sus revólveres Colt y sus encendedores automáticos” (p. 145). Se personaliza de nuevo en el absurdo Mr. Watson de *El señor Rasvel*, y adquiere características definidoras de toda una especie en el bestial y despótico Mr. Mc Gunn de *Mancha de aceite*. Afina sus sutilezas de corrompido donjuanesco en el Mr. Tom de *Remolino* y se convierte en el fatal yanqui de toda transacción petrolera en el Mr. Curtis de *La casa de los Abila*, de José Rafael Pocaterra. Finalmente adquiere categoría más definida de personaje dinámico, no sólo volcado hacia el exterior como representante despótico de la Compañía, sino también visto adentro en su drama interior; en Charles Reynolds de *Oficina N° 1*.

La visión del “petrolero bueno” ya tratada como uno de los grandes temas pertenece a un corto número de novelas y se basa en una actitud idealista, más teórica y artificial que práctica y sincera. Como se ha dicho, se trata de un propósito de dar impresión de equilibrio, de responder a una posibilidad que al menos como principio no puede negarse, y de tomar una excepción remota como representativa de algo que realmente no representa por su esencia insólita. Ese es el carácter del ficticio Mr. Hardman de *Sobre la misma tierra*, de Rómulo Gallegos<sup>1</sup>; del más convincente Mr. Charles de *Guachimanes*; del misterioso y fabricado Mr. Walter de *Casandra*; y del titubeante Mr. Roberts de *Oficina N° 1*.

**d) El proletario:** Así como abunda el personaje “petrolero”, es escaso el proletario. Sin duda no se trata de un hecho casual. En la medida en que el “petrolero” se destaca de modo definido como encarnación de un sistema, el proletario se presenta —en especial en toda la primera época de

la explotación— en plena estructuración como una conciencia y una acción; es un personaje que deviene, que se gesta cada día en muestras menudas pero progresivas. Así para ver al proletario hay que saber identificarlo y casi concretarlo. Además es necesario querer *decirlo*. Y para *decirlo* hay que asumir posiciones comprometedoras. Razones suficientes para explicar la escasez.

El personaje petrolero de carácter secundario, a veces sólo como un complemento de aparición instantánea que llena una escena o integra una situación, es frecuente. No podría ser de otra manera en novelas que reflejan zonas y sitios de trabajo petrolero. Puede decirse que en todas las que describen campos o instalaciones del petróleo surge este personaje como un elemento de fondo. Hay oportunidades —ya se precisarán en el punto siguiente— en que se muestra la masa de los trabajadores, del pueblo todo, activa como un personaje colectivo, de múltiple unidad. Pero las novelas donde proletarios alcanzan condición de protagonistas de verdadera importancia son reducidas, en número casi singular. En dos de ellas sobresalen personajes proletarios secundarios que logran abrirse paso entre los demás habitantes de la obra y penetrar la sensibilidad del lector: No responden a una expresa voluntad del autor, pero el resultado es evidente: poseen mayor fuerza de atracción y son superior muestra de acierto que los personajes teóricamente principales. Tal es el caso de Philibert, condenado por la “lista negra”, y de Teófilo Aldana, comido por una rebeldía espontánea y desorientada, en *Mene*. Del sereno y activo Juan Moreno y del todavía rebelde y desorientado Teófilo Aldana, en *Cassandra*. Del dinámico Luciano Millán y del revolucionario Clímaco Guevara, en *Oficina N° 1*.

Solamente en *Guachimanes* se da el proletario como personaje central, base de la obra y unificador de sus partes. En efecto, la atención no se reduce a la captación del ambiente y de las circunstancias políticas, sino que se reparte por igual hacia el proceso vital y espiritual del obrero Tochito, llevado por la práctica y la evolución ideológica hacia una activa conciencia de clase, y por la situación represiva a convertirse en bodeguero. Tochito se realiza como personaje e impone sus propias alternativas como puntos de desarrollo para toda la obra.

e) **El personaje colectivo:** Uno de los modos de presentación del personaje proletario en las novelas consideradas es bajo la forma colectiva de la masa. Pero no es ya el caso del grupo masivo de segundo plano, que se mueve a través de individualidades eventuales, que surge, desaparece y se

conserva como un hecho dado, como un paisaje humano que está allí, señalado, una vez y ya establecido como un trasfondo convencional que no hace falta enfatizar. Se trata aquí de la masa activa, de la fuerza colectiva de los trabajadores, del pueblo, unificada y viva en la acción. En unas pocas novelas se ve moverse esa masa.

En cuanto al personaje colectivo debe distinguirse entre el conjunto masivo que se refiere de modo especial a los trabajadores del petróleo y el que incluye elementos humanos de diversa procedencia —esa totalidad que se llama *pueblo*— unidos también como masa por objetivos que no son exclusivos del medio petrolero. El primer caso, la masa de hombres del petróleo, aparece en vigorosa actuación en la huelga descrita en *La bella y la fiera*, bajo la bandera reivindicativa de un aumento de salario y bajo la represión artera de las balas de fusil (p. 838); y surge en la protesta abierta presentada en *Mancha de aceite*, también al impulso de reivindicaciones laborales y del mismo modo reprimida por la metralla (p. 136). La segunda circunstancia va unida a la reacción popular, donde se incluyen los trabajadores petroleros con motivo de la muerte del dictador Juan Vicente Gómez. Tal acontece con las iracundas y vengativas masas que se mueven por los campamentos y zonas del petróleo en el momento de la desaparición del déspota, en *Guachimanes* y *Cassandra*; y con el grupo más reducido que se agita, fallido en sus deseos de venganza, en el mismo momento histórico, en *Oficina N.º 1*.

### Las descripciones ambientadoras

Es evidente que para la captación de los ambientes petroleros a que se refieren, las novelas deben incorporar descripciones destinadas a dar solidez y concreción a la atmósfera en que se mueven los personajes y acontecen los hechos. Sin embargo, a pesar de la evidencia, parece de interés para enfatizar este aspecto de la creación novelesca, ofrecer algunos ejemplos significativos de tal recurso. La sucesión documental de los pasajes escogidos permite destacar de la manera más objetiva la realidad de ese propósito, da fe de su eficacia y por añadidura es muestra del cuidado estilístico que siempre caracteriza a estas descripciones ambientadoras. Los ejemplos seleccionados tipifican los aspectos más frecuentemente introducidos con aspiraciones de ambientación.

**a) Paisajes:** Cielo azul de metal recalentado, y tierra en ascuas. Ondeaba el paisaje monótono y se rizaba, titilando estremecido por el torrente de fuego que manaba del sol y la resaca de lava que corría por la tierra. Las líneas sin contraste se borraban en el aire cargado de luz y de fiebre. No había sombra. Todo era luminoso y caldeado. Escasos matorrales espinosos, cactus como pétreos candelabros hebreos y piedras erizadas de cristales se perdían abrasados por la llama del mediodía.

(Campos de la Península de Paraguaná en *Mancha de aceite*, p. 83).

**b) Poblaciones típicas:** El pueblo de Lagunillas era un cencerro. Una colmena enloquecida. Casas, casitas fabricadas a la diablo. Casitas de tablas, esquemáticas, sucias, grasientas, hacinadas a ambos lados de un callejón que de pronto se trocaba en puente de tablones negros suspendidos sobre columnas de mapora por encima del lago. La *planchada*. Esta plataforma prolongada sobre las aguas como un dedo estirado para apreciar la temperatura lacustre, temblaba medrosamente bajo el peso de una muchedumbre histérica y transpirada, compuesta de mujerzuelas y quídames. A ambos lados de la planchada, apretadas como en una almáciga de ostras, las casas iban hacia el lago, atestadas de aquella gentuza escandalosa. Muestras comerciales exhibían su presunción en las fachadas: *Restaurant Barber Shop, Laundry, Cine*. Debajo del hacinamiento humano, el agua lacustre se cuajaba inmóvil, cubierta por espesa capa oleaginosa y negra. Vibraba la atmósfera azotada por desenfrenado entrevero de músicas. Música de pianolas, de gramolas... Música infernal.

(*Mene*, p. 91).

**c) Ambiente de ruidos y confusión:** El pueblo todo, de un confín a otro, estremecíase por un trueno constante. Vibraban las sirenas, repercutían los martillos de aire comprimido, zumbaban los motores de los balancines. Cada taladro tiene un balancín que succiona el óleo negro de la tierra; cada balancín tiene una caldera que regurgita como una monstruosa arteria rota. Además de esto, en el recinto de "El Hijo de la Noche" había mil bocas que gritaban y reían; dos mil plantas que zapateaban, una orquesta ruin que chillaba desesperadamente destrozando un paso doble. Mil puños golpeaban las puertas, los tableros de las mesas y las sillas de hierro. De la calle subían los rugidos de las cometas de los automóviles y el herido grito de los gramófonos.

(Mene, p. 59).

**d) Accidentes:** —¡Fuego! Se estremeció toda la población, se echó fuera de las viviendas de tablas y trapos y las “planchadas” retemblaron bajo el pánico en carrera. Pero aquello estaba hecho para las llamas, y esa noche, además se alzaba sobre combustible flotante sobre el agua y el incendio se lo apoderó deprisa. Se hundió la “planchada” que comunicaba con tierra y la población lacustre quedó a la merced del fuego en la isla de tablas.

Ardieron las casas, tabla y trapo, ardieron las pasarelas, se inflamó el petróleo derramado sobre el agua, acaso por mano culpable y se alzó en la noche el resplandeciente horror:

—¡Misericordia petróleo!

(Comienzo de la descripción del incendio de Lagunillas. *Sobre la misma tierra*, p. 85).

**e) Campos petroleros:** En otra región, distante, gris, calcinada, bajo un sol tórrido se levantan tiendas, barracas, casucas provisionales; y allá, a lo lejos, un puebluco miserable, dominado por dos torres de dos iglesias católicas. Es una región de petróleo...

(*La bella y la fiera*, p. 838).

La tienda de Roso Morales demoraba a la entrada del caserío. Frente a ella, orgullosamente aislada de toda vecindad enojosa se alzaba la oficina del Campo. Por su parte trasera se extendía la *Salineta*, ancho pantano bordeado por una vegetación espinosa cuyos tallos mojaban las aguas del lago; y más allá, hasta los confines del horizonte, una naturaleza monstruosa y, en parte, arbórea que coronaba un rosicler de hogueras gesticulantes. Había también una rala llanura, conocida por la *Sabanita* que limitaba un pequeño bosque y un tortuoso camino que se perdía en la maleza. Rodeado de cabilas y tanques negros, Campo Escondido era como un aneurisma en las arterias del litoral petrolero.

(*Cassandra*, p. 34).

Se entra a San Tomé rozando necesariamente la acerada piel de unos tubos tendidos horizontalmente sobre un foso. Práctica manera de indicarle al ganado —y a la gente también— que allí termina la sabana y comienza el campo petrolero.

Sorprende en primer lugar la uniformidad de las viviendas. La Compañía dispone su forma y su color: Las destinadas a los solteros son idénticas las unas a las otras. Las destinadas a los casados, también.



(*Campo Sur*, p. 8).

Para aquellos días no eran más de ocho los ranchos de palma de moriche plantados sobre la sabana. El más importante era el de Nemesio Arismendi, el comisario, un vendedor ambulante que llegó al lugar con las limitadas aspiraciones de liquidar una carga de cerveza.

(*Oficina N° 1*, p. 25).

**f) Reventón de petróleo:** Bramó la tierra y se estremeció hasta sus axilas. Retembló el suelo y con pujidos estruendosos, silbos y estertores, vomitó a lo largo de los tubos, contra la torre y hasta el cielo, el eructo negro que arrastró consigo el martinete, los cables, las traviesas, vigas y armazones retorcidos de la torre gigante y erizó sus costados de herrajes, alambres y planchas rotas. Parecía que hasta el sol llegaban las escupas del aceite asfáltico.

Crecía el desorden entre las masas humanas aterradas que huyeron contra los alambres barbelados, saltando o arrastrándose por entre la red de tubos, los ejércitos de torres y las líneas de tanques panzudos. Se oían gritos en inglés: "¡A las calderas! ¡Apagar los hogares!"

Siguió zumbando el aire y roncando la tierra bajo la lluvia espesa y pestilente del aceite maldito, que cubrió el paisaje, marchitó las hojas, ahogó los árboles y sumió, bajo su masa glutinosa y adherente los millares de insectos, gusanos y sabandijas que poblaban el suelo.

(*Mancha de aceite*, p. 29).

**g) Énfasis sobre el cambio:** La tierra dulce, la que granaba todos los años en cosecha de pan; la que endulza la múcura de la piña; y da el albo bocado de la yuca; la que florece en abril, mientras el arrendajo cuelga la manga de su nido y saluda con el lírico capullo de su trino la orgía luminosa del nuevo día; la de los ricos frijoles de Doña Lucía y la azucarada panela de Don Salustiano; la bravía de Ferino que sabe defenderla; y claudicante de Gallito, el gendarme y espaldero de los tiranuelos; ésa se iría pronto entre los dientes de los "Caterpillar" y los "Robsbilders"; para dar cabida a la otra, a la del hombre de la camisa de kaki, a la de la victrola ofrecida por Salomón; y a la que se doblega diplomáticamente ante el cheque azul del alto empleado; y en el brindis espirituoso de la Sal Molía, y en el barato precio del "guachimán", matador de su hermano, mientras el extranjero le azuza al oído la primera palabra de la nueva conquista...

(*Remolino*, p. 106).

Se volvieron doradas las monedas de níquel y amanecieron con precio de arenas diamantíferas las tierras yermas de allá dentro, habitadas por cactus y *cabimas*, los suelos salobres de la costa bordeada de cocoteros, la *sipa* del fondo del lago y el *cascajal* del cerro pelado cuya altura enana había servido sólo para que los niños colmaran el ansia de ver su lago como lo ven los pajaritos. Y amanecieron también con precio la conciencia y la inocencia, el hogar y el sexo, porque como planta parásita sobre el añejo tronco de las tradiciones comenzó a trepar el soborno con sus flores de vicio.

(*Guachimanes*, p. 52).

Otras descripciones ambientadoras de carácter menos frecuente, a veces singulares, sólo presentes en una obra, son: los barrios obreros (*Mancha de aceite*, p. 99), los campos petroleros extranjeros (*Campo Sur*, p. 9), los cabaretuchos de los campos (*Oficina N° 1*, p. 171), los depósitos de desechos y basureros (*Cassandra*, p. 109).

### La atmósfera ambiental

En las obras más plenamente relacionadas al tema petrolero o circunscritas a él —*Mancha de aceite*, *Mene*, *Remolino*, *Sobre la misma tierra*, *Guachimanes*, *Cassandra*, *Campo Sur*, *Oficina N° 1*— la totalidad del ambiente se cohesionan como un poderoso elemento constitutivo que sostiene en buena parte la estructura general. No se trata ya de ocasionales descripciones ambientadoras que sólo apuntan detalles que refuerzan el clima del conjunto novelesco. Es la densidad plena, palpable, sólo desprendida de las obras que de manera sostenida y profunda penetran en el mundo petrolero, sus pobladores y sus vicisitudes.

Del mismo modo esa atmósfera ambiental lograda en estos libros clarifica y vigoriza el contenido esencial, la carga ideológica fundamental, ya que la sola presentación de un fragmento de vida bajo el peso del petróleo es una forma de exponer juicios y hacer planteamientos al respecto. Aun teóricas búsquedas de objetividad —como *Sobre la misma tierra*, *Cassandra* y *Oficina N° 1*— con la sola transmisión de la realidad hacen un enfoque activo de la cuestión. El carácter dinámico y polémico de los hechos

exige a fuerzas una posición: se expresa la dramática realidad o se le oculta. Y de esa manera, ya el reflejo de la realidad es una actitud tomada.

En tales condiciones, no es de extrañar que estas novelas reposen básicamente en el reflejo global de la atmósfera ambiental, sea éste o no su propósito expreso. A ese clima total añaden, según el caso, valores especiales que enriquecen la significación de la obra —como el vigor revolucionario de *Mancha de aceite*; la eficacia documental de *Mene*; el planteamiento progresista de *Sobre la misma tierra*; el dinamismo rebelde de *Guachimanes*—; pero siempre queda en el lector, por encima de todo, una experiencia de vida vista, de atmósfera general percibida y escrutada. Es más, para ciertas novelas la imagen, aun fragmentaria, que logran ofrecer de esa totalidad ambiental es su factor de salvación, al menos parcial, en cuanto a una visión crítica de ellas que busque destacar algún evidente valor. Tal es el caso de *Casandra* y de *Oficina N° 1*; aunque sus autores tuvieran, como parece evidente, mayores aspiraciones en la pintura de caracteres y el enfoque ideológico del problema. En particular es representativa al respecto *Casandra*: fallido el personaje del joven José; desmirriado el símbolo de *Casandra*; insoportable la carga erudita; irregular y deprimido el estilo; sólo resta la parte de atmósfera ambiental sugerida con eventuales aciertos como único logro recordable por el lector.

### Lo trágico

El mundo del petróleo es un mundo trágico. Así lo caracterizan los reflejos novelescos. Y difícilmente podría ser distinto en un sistema industrial nacido y desarrollado de la violencia, el desafuero y la explotación. Adquisición fraudulenta de tierras, discriminación, despotismo, corrupción moral, negociaciones turbias, forman una cadena de modos de operación cuyo balance funesto no permite dudas.

En la transmisión de este mundo trágico —general en todas las obras— hay que diferenciar entre los elementos de vínculo directo con el petróleo y los que guardan con él una relación que podría considerarse indirecta. En los primeros sobresalen como más importantes y frecuentes: a) el accidente, destacado en *Mancha de aceite*, *Mene*, *Remolino*, *Campo Sur*, *Oficina N° 1*; b) la discriminación racial, sobre todo en *Mancha de aceite*, *Mene*, *Guachimanes*, *Casandra*; c) la discriminación laboral —expresada sin subterfugios en la “lista negra”—, especialmente en *Mene*, *Guachimanes*,

*Sobre la misma tierra*; d) la represión, en particular en *La bella y la fiera*, *Mancha de aceite*, *Oficina N° 1*. Entre los segundos, de relación indirecta con el petróleo, que no pertenecen al campo mismo del funcionamiento de la maquinaria petrolera, están: a) el desajuste moral; enfatizado en *Mancha de aceite*, *Remolino*, *Sobre la misma tierra*, *Cassandra*, *Los Riberas*; b) el desplazamiento de grupos humanos la emigración y –la inmigración pro-

vocada por el petróleo–, de modo especial en *Mancha de aceite*, *Mene*, *Remolino*, *Sobre la misma tierra*, *Guachimanes*, *Cassandra*, *Los Riberas*; c) el delito y el vicio –derivaciones legítimas del desajuste vital por el petróleo–, puestos en primer plano en *Mancha de aceite*, *Mene*, *Remolino*, *Guachimanes*, *Oficina N° 1*.

Tales elementos –sólo se apuntan los más destacados–, presentes en la base misma del mundo petrolero son suficientes para demostrar que en estas obras no se produce una *visión trágica* del petróleo, respondiendo a una voluntad expresa o una sensibilidad determinada del autor. Ya se ha dicho: no sería posible reflejar el orden petrolero sin fundarlo en su esencia trágica. De manera que sería más propio hablar de una *visión realista*, que implica lo trágico como su sangre y su definición.

### Símbolo y expresión directa

Fuera de los personajes de proyecciones simbólicas, se advierte en las novelas consideradas la búsqueda de símbolos que se contraponen –¿complementan?– a la predominante expresión directa, abierta e inmediata. Se trata de lograr la trascendencia y la riqueza de sentidos inherentes al símbolo, sin duda no sólo por una tentación literaria ocasional y en aprovechamiento de fértiles oportunidades al efecto surgidas en la construcción novelesca, sino además y principalmente con el propósito de lograr representaciones eminentes y duraderas del vasto problema petrolero.

Esta coexistencia del símbolo y la expresión directa se produce generalmente en pasajes distanciados en el desarrollo de la trama. Así acontece, por ejemplo, en la contraposición que puede establecerse en *Mancha de aceite* entre la pintura cruda y franca de los barrios obreros (p. 99) y el potente símbolo final del fuego incontenible que, después de la represión asesina, devora la “*Mancha de Aceite*” (p. 137-138); en *Mene*, al comparar la fuerza realista de la descripción del incendio de Lagunillas (p.

98) y de los ambientes de prostitución y crimen (p. 77), con la vaguedad simbólica de la partida de José en compañía de Narciso Reinoso (p. 136); en *Guachimanes*, al oponer la fuerza convincente de la descripción de las torturas aplicadas a Tochito (p. 90-92), a las exaltaciones líricas y retóricas del autor que aspiran a imponer símbolos de la rebeldía ante la explotación del país por los petroleros yanquis (p. 107); en *Casandra*, al enfrentar el acierto realista, vivo y vigoroso a veces, que anima la pintura de las manifestaciones populares ocurridas a la muerte de Gómez (p. 370, por ejemplo), y el símbolo confuso, fallidamente ambicioso de la muerte de Casandra (p. 417) y de todo el culto que en torno a ella imagina José (p. 200); en *Los Riberas*, al contrastar la esencia viva, palpable, de los diálogos sobre asuntos petroleros (p. 293, por ejemplo) con los símbolos sutiles del doctor Solórzano al referir la verdadera situación del país petrolero (p. 415). Pero hay ocasiones en que símbolo y expresión directa toman lugar en una misma incidencia y hasta en un mismo pasaje, como ocurre con la descripción del incendio de Lagunillas en *Sobre la misma tierra* (p. 85-86), donde se contraponen, por total reafirmación del autor, la verdad cercana de las casas de tablas y trapos que se consumen en el fuego y las torres de los taladros que siguen en pie como un símbolo de la opresión entronizada para largo tiempo (p. 86).

De manera más imprecisa podría determinarse la presencia de un símbolo en el asunto general de ciertas novelas, en consideración de la conclusión final que aparece como evidente ante el lector. Así podría verse el planteamiento total del inevitable ascenso revolucionario de los trabajadores en *Mancha de aceite*, o la implacable venganza del pueblo y los trabajadores oprimidos y humillados en *Guachimanes*. Pero tal vez donde esta determinación simbólica global se muestra de modo más concreto y efectivo es en *Sobre la misma tierra*. El propio título apunta el símbolo que la novela desarrolla y enriquece: sobre la misma tierra, la miseria propia y la riqueza ajena. Todo se dirige a la consolidación de esta idea que compendia una realidad. Y su dominio llega a ser tal como eje de la obra que cada planteamiento sobre el petróleo sólo adquiere sentido pleno después de ser incorporado a su simbología central.

### El apoyo expresivo

Es axiomático que los recursos estilísticos constituyen la base de

la transmisión viva y eficaz de un asunto determinado. En tal sentido resulta obvio que en toda producción literaria hay un fundamento estilístico que le es esencial. Pero en el caso de obras tan dominadas por un tema y tan inmersas en un ambiente como las novelas petroleras, el problema adquiere características distintas, dignas de ser señaladas para la mejor comprensión de los procesos creativos evidenciados en ellas.

En esta ocasión se habla de apoyo expresivo porque ese tema y ese ambiente necesitan de un apoyo que le ofrece la expresión, el cuidado del estilo, y que se advierte en mayor o menor grado según la obra. Tal vez la circunstancia toma ese sentido por la fuerza misma del asunto y de la atmósfera captada. El vigor de ese mundo peculiar es suficiente como para sostener una narración directa y escueta, espontánea en la captación de una realidad. Y seguramente a ello se debe la tendencia, irrefrenable a veces, de los novelistas a derivar momentáneamente hacia el reportaje. De otra parte, se encuentra también presente la voluntad de estilo, que es más señalada en unos autores que en otros, proyectada de modo revelador en la intensidad y frecuencia de ese *apoyo*.

De lo anterior puede deducirse que en las novelas petroleras los recursos estilísticos –desenvueltos con atención especial y distribuidos con oportunidad intencionada– forman un complemento esencial, valga la paradoja. Y en la medida en que los autores han comprendido esto y han sabido llevarlo a la práctica, sus obras han ganado en valores estéticos y temáticos mismos, ya que, como se ha dicho, la eficacia del tema depende de la eficacia del estilo.

Para mejor clarificación de lo que deseamos señalar, cabe insistir en que entendemos, en este caso, por *apoyo expresivo* la atención brindada por los novelistas al despliegue de recursos de estilo, la capacidad de sugerencia manifiesta y el acierto propiamente alcanzado. Y en tal sentido se establece una diferencia palpable entre las novelas cuyo *apoyo expresivo* se advierte como sobrepuesto y esporádico –introducido de modo no natural y en ocasiones dispersas–, y aquellas que hacen de él un procedimiento permanente, sin afectaciones momentáneas, inherente a la forma de expresión del autor.

Ese *apoyo expresivo* es constante en obras como *Mancha de aceite*, con particular poder sugerente y modernidad; *Sobre la misma tierra*, con el acostumbrado equilibrio sostenido de Gallegos; *Campo Sur*, con capacidad insinuada extraordinaria para la brevedad de las páginas; *Oficina N<sup>o</sup> 1*, con verdadera agilidad novelesca. En ellas el estilo es un elemento

de unidad, un refuerzo de homogeneidad que afirma su valor general. No es el despliegue eventual de cuidado expresivo, de refinamiento sorprendente siempre negativo por el violento contraste que establece, que se convierte en mera salida de tono; sino la atención permanente que se corresponde con un modo de escribir, con una concepción de la creación literaria. Es la continuidad que se establece en el paso de la narración a la descripción, al diálogo, a la pintura de ambientes o caracteres, sin que se adviertan diferencias estilísticas de importancia.

•Por ejemplo:

El automóvil que había salido de los puertos de Altigracia no podía escapar a la voracidad del calor primitivo y fundente del desierto de Falcón. Bramaban las chumaceras luchando con la arena sutil y movediza. Hervían las entrañas del motor y el radiador soplaban un vapor invisible que hacía danzar los horizontes, cambiaba el sentido de las líneas intangibles y hacía girar los telones diáfanos de aquel escenario de infierno. Disloque de perspectivas, contradicción de distancias, inversión de valores.

Las últimas reservas de agua de las cantimploras se evaporaron al contacto del radiador. El Ford, decrepito y retorcido, continuó luchando sediento con las dunas y las asperezas de la llanura de arcilla resquebrajada en adoquines poligonales.

—Oiga doc. Estas tierras inútiles huelen a petróleo. Yo vengo de Arizona y no puedo dejar de pensar en mi país cuando atravieso este infierno. Hace algunos meses vi en el aire un buque de vela... buque enorme, fantasma, con las velas hacia abajo... Un buque de aire.

(*Mancha de aceite*, p. 83).

... Olegario amasó y levantó las paredes de su casa y tejó las palmas del techo con sus propias manos.

Ahora estaba tendido a sus pies, rígido, muerto. Y la muerte le dispersó sobre la frente las greñas grises, le ahondó los surcos de las arrugas, le desdibujó la raya de los labios, le aguzó los huesos de los pómulos, lo cubrió de una tez cansada y triste que ella nunca le vio cuando estaba vivo.

Alrededor de la casa revoloteaban las hermanas Maíta murmurando oraciones y lamentos. Después llegaron muchos otros: Secundino Silva con los ojos enrojecidos por el alcohol y el traspaso, el caporal Luciano Millán con la mano vendada, el jefe civil Gualberto Cova con sus cuatro policías infatiga-

bles, míster Charles Reynolds, silencioso y unos cuantos obreros del taladro. —¿Quién lo habrá matado? —gemía doña Carmelita cuando las lágrimas le permitían hablar—. ¡Dios mío!, ¿quién lo habrá matado?

Carmen Rosa, que también lloraba, sabía quién lo había matado. Pero no dijo nada.

(*Oficina N<sup>o</sup> 1*, p. 114-115).

En cambio el *apoyo expresivo* es irregular, discontinuo, marcado en pasajes que se contraponen al resto de la obra, en un esfuerzo de “embelecimiento” estilístico disparejo, regado a lo largo de las páginas como elementos ocasionales de sostén artístico, pero que sólo producen caídas y choques en el tono general, en novelas como *El señor Rasvel*, con aciertos en la descripción de personajes; *Remolino*, con acentuación del cuidado expresivo en las pinturas de la naturaleza; *Guachimanes*, con desbordadas exaltaciones lírico-políticas; *Cassandra*, con notables deslices hacia el mal gusto y el lugar común del peor periodismo. Estos cortes o cambios repentinos resaltan inevitablemente y lesionan el valor total de la creación novelesca.

•Por ejemplo:

¡Petróleo! ¡Zumos negro de la entraña escondida! ¡Saliva de los gnomos del Tío Sam! ¡Lubricante para los goznes de la puerta de los palacios y de las arcas de Rockefeller y Mellon! ¡Sustento de Wall Street! ¡Tortura de mil Tochitos! ¡Supiste un día ser el símbolo del alma venezolana! ¡Como ella tuviste hondo el yacimiento, tumultuoso el escape, ardiente la expresión, inexorable el fallo!

¡Frente a tus mismos explotadores, pusiste a bailar la trágica danza de la muerte a sus cómplices!

¡Tú viviste escondido bajo los pies del cacique y del ibero, seguro de que en tu sombra estaba el brillo del Dorado, como en la noche las estrellas; pero no sospechaste nunca que lo que no se llevaban las Carabelas de la conquista, se lo llevarían los Buques Cisternas de los futuros invasores! ¡Por eso te vengaste ahora en esta mezcla de carnes malsanas, color de indio, voz de Fernando y alma de gánsteres!

Cambula llevaba el pánico de todas sus víctimas pintado en la faz; lloriqueaba, gemía, como perro asustado. ¡Bien sabía él cómo es de sordo el verdugo y sin embargo imploraba con la misma voz que tanto escuchó de otros labios!

—¡Yo no tengo la culpa! ¡Eran órdenes de ellos! ¡Ellos me mandaban!



—Y señalaba inseguramente, no se sabe si hacia la jefatura o hacia la Compañía.

(*Guachimanes*, p. 107-108).

Lo de volver a la Plaza no pareció interesar a estas gentes, razón por la cual en vez de dirigirse a la cabecera del Municipio lo hicieron hacia las aldeas cercanas: hacia La Montañita y La Rosa.

Poseídos de una embriaguez dionisiaca, el fuego celeste les hacía transpirar y el polvo de los caminos se pegaba a sus carnes. Mientras tanto las botellas de *miche* circulaban de mano en mano. En cierto momento alguien observó que se hallaban cerca del *Casino* y hacia allá orientaron sus pasos. Poco después las mesas forradas de hule, la estantería llena de botellas, las sillas y cuantos muebles fueron hallados a mano quedaron despedazados. Pero cuando se lanzaban contra la ruleta de animalitos, un chiquillo saltó y la protegió con su cuerpo:

—¡No me la rompan! ¡No me la rompan! Déjenmela para jugar en casa.

Y fue así como aquel artilugio salvó la existencia. Vista allí, en el extremo de la gran masa poblada de caballitos, de elefantitos, de patitos y de pececillos multicolores, la ruleta era como el Arca simbólica salvada del diluvio patriótico.

Bajo el tinglado de zinc, en el fondo del desmañado *Casino*, estaba la pista de baile ocupada en aquel momento por una gallina con su poblada...

(*Cassandra*, p. 373).

El caso de *Mene* es particular porque en ella no puede hablarse de un apoyo expresivo constante —y eficaz en su constancia—, pero tampoco decididamente de chocante irregularidad. Da la impresión de que el autor sí tuvo presente todo el tiempo, la necesidad esencial de ese apoyo; sólo que fracasa a veces al intentar hacerlo realidad. No se da el descuido o la indiferencia, sino la ineficacia. Además los momentos de verdadero acierto son tan numerosos que llevan a hacer olvidar muchos de los pasajes y detalles desatinados. En el fondo *Mene* —ya se ha dicho antes— ha tenido mala suerte con la crítica. Todo se ha confabulado en su contra: es la primera novela de su autor; éste mismo le reconoce deficiencias; su tema es desconcertante por novedoso; y por último es evidente que tiene fallas apreciables. Y se ha olvidado la fuerza y modernidad que animan la mejor parte de su campo expresivo. Alguna excepción puede apuntarse, sin embargo, entre los críticos.<sup>2</sup> Mientras la verdad seguirá siendo que el de *Mene* es un estilo con rasgos dinámicos y vivos, caracterizado

tal como lo hace José Fabbiani Ruiz con respecto al Díaz Sánchez cuentista: “Como podrá verse, Díaz Sánchez se inclina hacia el señalamiento directo de las cosas. No obstante, bueno es advertirlo, no se trata de una descripción fría, sino de una visión sensual de la naturaleza, con evidente aprehensión de sensaciones cromáticas y odoríficas”.<sup>3</sup> Y a fin de cuentas, se lamenta en la novela una disparidad estilística que permite la coexistencia de pasajes tan disímiles —de gran acierto el primero y torpe y desaliñado el segundo—, en páginas contiguas, como los siguientes:

Cesan de voltejar las hélices y los buques negros vomitan sobre la tierra febril su cargamento de hombres y de hierros. Hombres rubios, duros, ágiles. Maquinarias formidas, saturadas diríase, de un espíritu de odio contra todo lo verde.

Comenzaron aquellas ruedas dentelladas y aquellas cuchillas relucientes una tarea feroz. El monte fue cayendo, como la barba bajo el filo de la navaja. El indígena miraba absorto la avalancha. Pronto fue sumado él mismo al diapasón elemental, y se sintió nuevo, descubierto en partes propias que hasta entonces ignorara. Descubrió que sus manos eran aptas para poner en marcha los devastadores artilugios. Pero aun así, cada mañana le traía una nueva maravilla. Las tractoras, las aplanadoras, las hoces no sólo servían para arrasar el monte sino también para nivelar la tierra y hacerla llana y firme. (p. 34).

Sólo una vez descansa sobre blanco la mirada del aventurero: es frente a Santa Rita, el pueblo cándido que ha despreciado la seducción de *Puerto Escondido* y muestra la torrecilla aguda de su iglesia con una audacia en que hay también la discreción de un dedo blanco sobre el moreno labio del horizonte. Esta torrecilla dice al viajero: “Ven, pero no me despiertes”.

—Es —explica el cicerone— La Rita, capital del Distrito Bolívar.

Luego viene una suite de picatos y suspiros de oboe. Costa, costa, costa... Las proas de hierro siguen desgarrando el tul lacustre. Siempre una visión de costa ante los ojos acerados que comienzan a titilar. Por el poniente, en una difumación de lejanías, se columbra la ceja azul de Perijá. (p. 33).

### La alusión incidental

Para las novelas que incidentalmente tocan el tema del petróleo —en mayor o menor grado—, este contacto no pasa de ser un comple-

mento ocasional que no determina alteraciones en la estructura general de la obra, dispuesta sobre otras bases argumentales. Tal acontece con las rápidas alusiones petroleras de *Lilia* de Ramón Ayala, donde la trama amorosa y las vicisitudes históricas conservan su dominio; y de *Odisea de tierra firme*, centrada siempre en la construcción de cuadros de historia viva de Venezuela. Igualmente con las páginas referidas al tópico en *Tierra del sol amada*, de José Rafael Pocaterra, atenta a la pintura humana y social de Maracaibo; en *Cubagua*, de Enrique Bernardo Núñez, inmersa en su poético mundo de paralelismos históricos; en *Clamor campesino*, de Julián Padrón, enmarcada por el hombre y la tierra de la zona de Monagas; en *Talud derrumbado*, de Arturo Croce, sustentada por la captación de ambientes y realidades históricas de los Andes tachirenses. Aun sucede otro tanto con *La bella y la fiera*, donde el petróleo ocupa una significativa sección de capítulo. Solamente en *La casa de los Abila* la alusión incidental a la circunstancia petrolera forma parte de una cadena de hechos que conducen la trama argumental en forma significativa: se descubre petróleo en las tierras de Juan, y la perspectiva de su venta refuerza la recuperación económica del personaje, dentro de un proceso que determina la transformación de su destino y del desarrollo general de la acción.

De las novelas que no son *petroleras* propiamente dichas, aquella donde circunstancias relativas al petróleo ocupan sitio de mayor efecto sobre la estructura del conjunto es *Elvia*. En este caso no puede hablarse de una mera alusión incidental. Si bien la obra se fundamenta, a semejanza de *Lilia*, en una situación de carácter amoroso —el noviazgo de Enrique y Elvia— y en la captación de un momento político de la vida del país, complementado con descripciones de Caracas y advertencias sobre los planes imperialistas yanquis para apoderarse de Latinoamérica; el hallazgo de petróleo en la hacienda Ilanera de Enrique, la compra fraudulenta de esas ricas tierras que hace Mr. Smith y las derivaciones políticas nacidas de calumniosas acusaciones que los yanquis petroleros lanzan sobre Enrique, conducen al exilio de éste y a la total alteración del camino inicialmente tomado por la trama general. El petróleo no significa en *Elvia* un mero accidente o caprichosa digresión sino un elemento activo desde el punto de vista estructural, que ya al comienzo dispone un enrumbamiento del tema global y fija en sus consecuencias el centro dinámico decisivo.

## El hilo argumental

En novelas tan poderosamente determinadas por el tema como las *petroleras*, el *hilo argumental* significa un factor básico en la naturaleza de la estructura. Según que este *hilo* tenga un desarrollo continuo o un desenvolvimiento fragmentado, el orden esencial varía, y con él la técnica novelesca aplicada y hasta el sentido total de la obra.<sup>4</sup>

a) **El proceso continuado:** Se observa esta continuidad en un número mayoritario de novelas, como un claro fundamento generador de cohesión estructural y temática. proviene de *El señor Rasvel* seguimiento constante de un personaje, Rasvel, en pos de su caracterización —en parte bien lograda—, de su ubicación en el centro de la atención temática y del desenlace de los intrincamientos provocados por su conducta. *Mancha de aceite* asienta su continuidad en la creación de un personaje central —el doctor Gustavo Echegorri—, la captación progresiva de un ambiente —la atmósfera interna de los campos petroleros— y el trazado de la gestación y desarrollo de una conciencia colectiva, donde va implícita la conciencia individual del protagonista. En *Remolino*, sin olvidar que se trata de una novela inconclusa, se advierte una sucesión encadenada de hechos y situaciones a partir de las contingencias temáticas y sobre todo del énfasis puesto en destacar las transformaciones ocurridas en el ambiente tradicional. En *Guachimanes* el proceso continuado es relativo y proviene de la unidad que establece el personaje central, ya que las captaciones ambientales tienden más a ajustarse al procedimiento estructural del *cuadro*. De su parte, *Cassandra* deriva su orden consecuente de la presencia de un *personaje base*<sup>5</sup> —el joven José, a la postre convertido en José Ubert— y de los variados aspectos del medio petrolero concreto en que ocurre la acción y que se integran en un intento de pintura ambiental. Por último, *Oficina N<sup>o</sup> 1* afirma su continuidad en el desenvolvimiento temático —referido colectivamente a la historia del campo petrolero que da título a la novela— y en el conjunto ambiental captado y sugerido.

b) **Los cuadros:** El desenvolvimiento fragmentado es menos frecuente, tal vez por las dificultades estructurales que implica, ya que no se cuenta en tal caso con el elemento unificador de la sucesión continuada

del asunto y es necesario originar los esenciales factores de cohesión de fuentes más evasivas: tema reiterado, símbolos, presencia de un *leit-motif* dominante, tesis final. El primer exponente –y el más acabado– de creación novelesca a través de *cuadros* es al mismo tiempo la inicial novela petrolera, propiamente dicha, de autor venezolano: *Mene*. Se trata de una interesante pintura mural distribuida en partes de sugerentes títulos: “Blanco”, “Rojo”, “Negro”, “Azul”. Son grandes zonas del fresco total, caracterizadas por motivos temáticos distintos, atmósferas opuestas, espíritu y sentido humano diverso. A su vez cada sector incluye estampas y escenas –algunas de vida propia– que multiplican sus alcances. Pero todo se integra a la sombra de un tema vital y unificante: el petróleo y su mundo. Mientras marginalmente se va desplegando un símbolo final: la Venezuela transformada y violentada por el admirable maleficio de la explotación petrolera busca su destino –en los pies pequeños y ásperos del niño José– por otros caminos y otras tierras distantes del imperio del aceite alucinante. También en *Sobre la misma tierra*, aunque no se trata de una *novela petrolera* en rigor, se observa la técnica de *cuadros* para la captación de los ambientes y situaciones relativas al petróleo: campos de explotación; poblaciones típicas; maquinarias en funcionamiento; los abogados serviles en acción; el incendio de Lagunillas; las zonas residenciales de los extranjeros; el símbolo de las torres petroleras como una advertencia de propiedad ajena y señal de dominio permanente. Estos cuadros no forman un solo bloque; se dispersan en la segunda y la tercera parte de la obra. La unidad de la novela no se resiente por esta diseminación ya que sus elementos cohesivos son otros: personajes centrales, tesis básicas, equilibrio estilístico. *Guachimanes*, ya señalada como relativamente caracterizada por un proceso continuado, también comporta recursos del sistema de confección de *cuadros*<sup>6</sup>: el primer capítulo de la *novela*, que va numerado como segundo en el libro, es en sí un cuadro individualizado, y en general se percibe la tendencia a desarrollar y cerrar los capítulos como relatos de vida propia. Sin embargo, ya se ha dicho, el personaje principal –el obrero Tochito– y la acción desenvuelta a su alrededor unifican el conjunto. Del mismo modo se advierte la tendencia a la técnica de cuadros en *Campo Sur*, sin olvidar que se trata de un esbozo de novela<sup>7</sup>: el portón de la Compañía donde se agrupan solicitantes de trabajo; el campo petrolero y las opuestas zonas residenciales; el vehículo que atraviesa la sabana; los caminos que conducen a la prostitución; el peligro mortal en el trabajo; el ambiente de la población típica; el símbolo del niño repudiado y abandonado, que muere pronto como una breve esperanza en el mundo del pe-

tróleo.

### Los núcleos estructurales

En la creación novelística se observa en forma general la presencia de un *núcleo estructural* dominante, especie de fuerza centralizadora que unifica y dinamiza la obra. A veces ese núcleo es plural o un compuesto dual indivisible. Pero, en rigor, por lo común es posible determinar un punto esencial que aparece como base final —o primaria, si se toma a la inversa— del conjunto creado. Y en la medida en que se precise la naturaleza de ese eje estructural se estará en la mejor vía para la más acabada comprensión de la producción novelesca y su proceso constitutivo, y para juzgar de sus logros particulares y aciertos generales. Sólo que hay casos en que la evidente intención del autor —demostrada por el palpable intento fallido— es traicionada por el resultado, y entonces el núcleo del ordenamiento estructural se fija en una zona distinta a la perseguida teóricamente y se evidencia la frustración de un propósito literario. En las novelas petroleras consideradas los núcleos estructurales varían sensiblemente, y se da más de un caso de objetivos malogrados.

**a) El personaje central:** Alrededor del protagonista, visto de cerca y en forma activa en su devenir, se estructura *El señor Rasvel, Mancha de Aceite y Guachimanes*. En ellas, Rasvel, Gustavo Echegorri y Tochito constituyen un punto de partida y de sostén del conjunto arquitectónico. Pero no sólo estos personajes son columnas centrales en la construcción de las obras a que pertenecen, sino que se realizan ellos mismos en su condición de *casos* específicos y en las siempre relativas proyecciones simbólicas que se quieran atribuir a los dos últimos. Y en ambos sentidos constituyen resultados exitosos, en cuanto son logros de un definido propósito.

Distinto es el caso de *Cassandra*. Allí teóricamente el núcleo estructural es el protagonista, el divagante José. Y no cabe duda de que la secuencia novelesca se ve apuntalada por la presencia constante de este personaje. Pero esa base se va desintegrando a causa de las fallas esenciales de José como *caracterización*, hasta el extremo de perderse en sus limitaciones y absurdos, y ceder el sitio de elemento cohesivo central a la captación general del ambiente, que, no por casualidad, es lo más valioso

de la obra.

**b) Los personajes centrales:** Esto atañe particularmente a *Oficina N<sup>o</sup> 1*, donde no hay un solo personaje central sino dos: Carmen Rosa y Matías Carvajal. En efecto, con todo y ser Carmen Rosa personaje de previa figuración en otra novela del autor<sup>8</sup>, esa antigua pobladora del decaído Ortiz de los llanos del Guárico y ahora bodeguera de un campamento petrolero en los llanos de Anzoátegui, encuentra en la novela otro habitante de igual figuración e importancia para el desarrollo de la trama que ella: Matías Carvajal, el maestro fortuito del lugar. Pero lo que debía ser acabada creación de caracteres se convierte apenas en débil y caprichoso bosquejo. La cuidadosa pintura que hacía esperar la atención puesta a cuanto rodea a la artificial pareja, se desvanece en la inconsecuencia y en una apresurada cadena final de actitudes y reflexiones impropias a la índole inicial de los individuos creados. (Este fracaso es reconocido tácitamente en comentarios críticos de decidido sentido elogioso sobre esta novela<sup>9</sup>. Y a fin de cuentas se desplaza el interés hacia atractivos personajes secundarios —en su mayoría acertados, en una representativa galería multiforme— y el núcleo estructural hacia lo que en definitiva sostiene los valores que pueden señalarse en la obra: el reflejo de un ambiente petrolero, a través de la dinámica del proceso de formación de un campamento y un poblado en medio de la sabana. Como en *Cassandra*, se hacen palpables un núcleo estructural teórico y otro efectivo.

**c) El ambiente:** Es el elemento decisivo en el sostén del conjunto creado por *Cassandra* y *Oficina N<sup>o</sup> 1*, a pesar de la existencia supuesta en esas novelas de un núcleo fijado en los personajes de mayor importancia. En ambos casos se trata de la totalidad ambiental, del reflejo final que logran sus páginas de la atmósfera petrolera, sus pobladores y circunstancias definidoras. Es, además, lo que queda como valor concreto de dichas obras.

Igual núcleo referido al ambiente se observa en *Campo Sur*, allí sí en correspondencia con un propósito del autor; evidenciado en la oposición manifiesta entre la reducida atención prestada a la creación de un personaje, al desenvolvimiento de un tema o al despliegue de un enfoque ideológico, y el especial énfasis en hacer convincente, denso y palpable el

ambiente.

**d) Una particularidad ambiental:** Los capítulos conocidos de *Remolino* permiten destacar como núcleo estructural no ya el ambiente en general, sino un aspecto o hecho particular: el cambio, la transformación. Sin duda es lo que más impresiona al autor y lo que desea transmitir por encima de todo. Choca la imagen de la máquina de ruedas dentadas que hienden —como un escarnecimiento— la tierra donde antes se alzaba el frutibrillante o cuajaba la raíz comestible. Del mismo modo escuece la angustia del antiguo campesino desplazado de su parcela, el desajuste del pueblo alejado de sus mejores y más apacibles costumbres. Y allí se fija el esfuerzo comunicativo y sugerente de la obra, en lo que es su más evidente logro.

**e) El tema:** Si es cierto que *Mene* se compone de una serie de cuadros dedicados a transmitir —a veces con rigor documental— ambientes petroleros, es igualmente exacto que esas sucesivas visiones se integran y adquieren un sentido trascendente en función del gran tema: el petróleo y su mundo. El hecho ha sido aproximadamente señalado en algún texto crítico<sup>10</sup>. Más que cada ambiente en particular; más que la captación global de esa atmósfera, adquiere significación el tema esencial: el mundo del petróleo es un mundo trágico, engañoso, deshumanizado, que no puede ser marco fecundo para el futuro de Venezuela. Como en ninguna otra novela petrolera se adquiere en *Mene* una experiencia viva, sangrienta y torturada, del petróleo asesino, corruptor, disolvente. Allí se centra la dinámica esencial del libro, se articula su núcleo estructural y nacen sus principales proyecciones como visión original y activa del complejo medio petrolero de los comienzos de la explotación.

**f) Un planteamiento:** Es el caso de una idea o tesis central que se convierte en sustento decisivo, determinando el sentido y la razón de ser de la obra. Como sucede, de manera particularmente efectiva, en *Sobre la misma tierra*; novela de hecho articulada sobre el planteamiento que el propio título ya insinúa<sup>11</sup>. Todo en ella gira alrededor de la tesis básica: sobre la misma tierra viven en sitios contiguos la miseria propia y la riqueza ajena. La fuerza de este núcleo estructural es total: no sólo afecta a la *parte* petrolera del libro, sino al conjunto integral. La otra *parte*, por decirlo así, de la novela, referida a la comunidad guajira, sus pobladores y sus problemas, constituye justamente la base de la mitad del planteamiento cen-



tral que prácticamente genera la novela: la miseria propia la representan, en el lugar; los guajiros y su bajo nivel de vida; la riqueza ajena es la explotación petrolera. La expresión de esa totalidad ideológica es el objetivo fundamental —plenamente cumplido— de la novela.

### Realidad histórica y realidad literaria

El fundamento histórico de las novelas petroleras es evidente y en gran parte de una extraordinaria fidelidad. Dos fuentes principales proporcionan el alto nivel de correspondencia con una realidad: la investigación y documentación históricas y la propia experiencia personal. Sobre todo en las obras basadas en vivencias del autor esa fidelidad llega a tener valor documental: *Mancha de aceite*, *Mene*, *Guachimanes*, *Cassandra*, *Campo Sur*.

Pero, además, hay que tomar en cuenta que se trata de un tema cercano y de gran significación para todo el país, bastante conocido en muchos de sus pormenores y de poderoso interés colectivo. Circunstancias, sin duda, que obligan aún más a un sólido cimiento histórico y a un marcado esfuerzo de captación realista. Cualquier obra que aspire a *convencer* en este campo temático, tiene que fundarse no sólo en lo *verosímil*, sino en lo *verdadero* o en su equivalente dentro de las exigencias y las libertades naturales de la creación literaria. Sin ese sustento histórico sería imposible lograr efectividad y trascendencia.

Otro es el problema de la visión de la realidad, de la penetración sutil en sus sucesivas capas y de las posibilidades de captación aguda, desentrañadora de sentidos ocultos, de cada autor: Es problema distinto porque se relaciona con las posiciones ideológicas, con los enfoques dirigidos y provistos de los instrumentos profundizadores adecuados que sería necesario hacer para llegar a las bases reales y los significados finales. En este caso, cuando se habla de *base histórica* y de *veracidad* se alude solamente a los hechos que determinan el curso evolutivo de la explotación petrolera en la sucesión más objetiva y notable en sus manifestaciones externas. Es decir lo estrictamente histórico, lo más cercano a la crónica de los acontecimientos. Porque, colocados en una posición de búsqueda de penetraciones hondas y reveladoras de ocultos y esenciales estados de cosas, encontraremos que, no por casualidad, las novelas que más profundamente descubren la verdad petrolera son aquellas de autores más avanzados en su ideología social: *Mancha de aceite* y *Guachimanes*. En

otros casos se hallará un señalamiento parcial de esos sentidos velados y latentes: El señor Rasvel, *Sobre la misma tierra*, *Los Riberas*. Y en los demás esa relatividad resultará aun más pronunciada: *Mene*, *Remolino*, *Cassandra*, *Campo Sur*, *Oficina N° 1*. Aunque, a fin de cuentas, es fácil observarlo, todas estas obras andan en el camino de la verdad esencial, sólo que varía la profundidad de las capas penetradas.

Esa *realidad histórica* requiere determinados procesos creadores para hacerse *realidad literaria*. Debe sufrir la aplicación de adecuados instrumentos, aceptar la incorporación de esenciales ingredientes y seguir oportunas vías de desarrollo; hasta conformar un nuevo orden que no traiciona las bases del primero, pero que impone necesariamente sus propias reglas técnicas y sus peculiares objetivos estéticos.

En el conjunto de las novelas petroleras resalta de inmediato que para lograr esa *realidad literaria* se ha tratado de permanecer lo más efectivamente *realista* posible. Desde el punto de vista de la sucesión de los movimientos literarios esto no resulta muy sorprendente ya que casi todas las obras citadas, aun las precursoras, pertenecen a períodos parcial o plenamente realistas después del Modernismo. Y las más propiamente petroleras son ya del realismo de los últimos treinta años. Pero, fuera de las clasificaciones de tendencias, interesa comprobar la presencia en los procesos de creación de elementos que acentúan el realismo y la ausencia o reducción de aquellos que lo atenúan y lo desvían. Es así como el humorismo y la sátira encuentran escasa o ninguna participación de importancia en estas obras. No más de algún detalle en *La bella y la fiera*, en *Mene*, en *Oficina N° 1*. En cambio lo dramático y sobre todo lo trágico son factores generalizados como afirmadores de una realidad. Del mismo modo se impone el personaje concreto y específico por encima del simbólico. La significativa excepción del "petrolero bueno" sólo incluye a *Sobre la misma tierra*, *Guachimanes* y *Oficina N° 1*. De otra parte, las intervenciones incontroladas del autor (por ejemplo: *Mene*, *Sobre la misma tierra*, *Los Riberas*) para enfatizar los rasgos de la realidad, dominan sobre los impulsos retóricos de forzados señalamientos acusadores que dan artificio y no realismo (*Guachimanes*). Y la incorporación dinámica y original de fragmentos de cartas, de artículos y de documentos para robustecer y definir más una realidad (*Mancha de aceite*), adquiere mayor dignidad literaria que los tediosos discursos sabios y técnicos de una lamentable artificialidad (*Cassandra*). Un gran ausente, para beneficio manifiesto: el pintoresquismo. Una

gran preocupación presente, base de muchos aciertos logrados: la búsqueda de una expresión directa y vigorosa.

En suma, a la realidad histórica se corresponde una realidad literaria que aspira a ser digna de esa base primaria, pero aun más *real* por convincente y dinámica.

La visión general de las grandes formas y estructuras completa el panorama analítico de las novelas petroleras, destacando sus elementos y procesos de creación, es decir su propia esencia constitutiva. Este complejo podría resumirse así: a) personajes específicos, con predominio del "petrolero"; b) escasez del personaje simbólico propiamente dicho, así como del proletario; c) interesante presencia del personajemasa; d) descripciones ambientadoras y captación de una atmósfera ambiental total como factores no sólo integrales sino hasta decisivos en el sentido de algunas novelas; e) lo trágico como una forma de subrayar lo real; f) predominio de la expresión directa por encima del símbolo; g) el *apoyo expresivo* acertado como un factor valorativo de gran importancia; h) la alusión incidental al petróleo como complemento temático en las novelas no petroleras; i) la índole del *hilo argumental* como base de un proceso estructural continuado o de la técnica de cuadros; j) los *núcleos estructurales* como reales puntos de partida para el sostén del conjunto y la valoración en cuanto a objetivos alcanzados, de las obras; k) la *realidad histórica* se corresponde con una viva *realidad literaria* que persigue aun mayor expresividad que su fundamento.

## Notas:

- <sup>1</sup> Aquí se alude al carácter ficticio del personaje como “petrolero bueno”, no como yanqui, categoría ésta en la cual se dan por satisfechos los propios coterráneos de Hardman, y algunos de modo tan ingenuo como Lowell Dunham, quien ve en el *driller* “esa extraña mezcla de candidez, humor cordial y tozudez práctica que caracteriza al yanqui”. (*Rómulo Gallegos. Vida y obra*. México. Ediciones de Andrea. 1957. p. 275).
- <sup>2</sup> Ángel Mancera Galetti caracteriza el estilo de Díaz Sánchez de “directo, rápido, fluido”, y destaca cómo *Mene* “capta admirablemente la escena para transmitirla al lector en cuadros que tienen la virtud de comunicar hechos, circunstancias y conclusiones con acierto”. (*Quiénes narran y cuentan en Venezuela*. Caracas-México. Ediciones Caribe. 1958. p. 79).
- <sup>3</sup> *Cuentos y cuentistas*. Caracas. Edición de la librería Cruz del Sur. 1951. p. 99.
- <sup>4</sup> Se advierte en las novelas de desarrollo continuo el propósito de lograr una *visión total*, unificada y coherente, de los ambientes petroleros; y en las de desenvolvimiento fragmentado el de producir *visiones diversificadas*, selectas y sugerentes, como las más notables para el reflejo de esos mismos ambientes.
- <sup>5</sup> Podría discutírsele a José verdadera condición de *persona central*, como se verá en el aparte siguiente. En particular parece endeble su efectividad cohesiva con respecto a la totalidad de la obra. En cambio surge la evidencia de su categoría de *personaje base*, al menos como punto de partida dentro de las aspiraciones y los propósitos del autor.
- <sup>6</sup> Esto, independientemente del primer capítulo del libro, “Uno menos”, verdadero relato separado, sin conexión directa con respecto al cuerpo de la novela. Y sin dejarnos arrastrar por la catalogación de “aguafuertes” y de “crónicas” que el autor impone a los capítulos de su obra.
- <sup>7</sup> En este caso se trata de un esbozo de novela o “apuntes para una novela”, como la subtitula su autor. Por eso se habla de una *tendencia* al cuadro, y no como algo definitivo. A fin de cuentas a pesar de la relatividad de todo juicio sobre un esbozo de una obra más amplia, nos ha parecido de interés incluir *Campo Sur* de Efraín Subero en nuestras apreciaciones para completar plenamente el itinerario fijado desde el comienzo de este estudio.
- <sup>8</sup> Carmen Rosa es uno de los personajes principales de la anterior novela de Miguel Otero Silva: *Casas muertas* (Buenos Aires, 1955), suerte de crónica expresiva de la decadencia del pueblo llanero de Ortiz y del aniquilamiento y éxodo de sus habitantes. Éxodo del cual forma parte Carmen Rosa.

<sup>9</sup> Pedro Díaz Seijas afirma que los personajes secundarios de *Oficina N<sup>o</sup> 1* "constituyen un todo indivisible, una sociedad nueva, que es, en síntesis, la razón de ser de la novela. Por eso, Carmen Rosa, no es un personaje propiamente protagonista. El nuevo pueblo, la rudimentaria comunidad que se transforma constantemente, es en la novela de Miguel Otero Silva, lo que el personaje central representaba en la novela clásica". ("Un pueblo sobre las sabanas de Guanipa". En: *Apuntes y aproximaciones*. Caracas. Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos. 1962. p. 54).

Juan Manuel González, al destacar el carácter esencial de la novela, no se detiene en los personajes centrales, sino que asienta: "Esta novela tiene, como el mismo pueblo que en ella nace, crece y se multiplica, un pozo petrolero como célula inicial". Y luego: "En *Oficina N<sup>o</sup> 1* se palpa el crecimiento de un pueblo más como humanidad que como paisaje" sin duda aludiendo a los personajes secundarios. ("Miguel Otero Silva, *Oficina N<sup>o</sup> 1*" (Reseña). *Revista Nacional de Cultura* N<sup>o</sup> 150. Caracas, enero-febrero de 1962. p. 196).

<sup>10</sup> Pedro Pablo Barnola apunta a propósito de *Mene*: "El asunto lo constituye la rápida transformación y las dolorosas experiencias que tienen lugar al compás de la industrialización y explotación de aquella zona. Y puede decirse que sólo esta idea general, sugeridora del desarrollo de la novela dentro del mencionado escenario, es lo que establece cierta trabazón entre las partes y capítulos del libro. No existe propiamente un argumento humano, uniforme, en torno a idénticos personajes". ("Ramón Díaz Sánchez. Sus primeras obras". En: *Estudios críticoliterarios*. Segunda serie. Caracas. Ediciones SIC. Lib. y Tip. La Torre. 1953. p. 91).

<sup>11</sup> Orlando Araujo ya ha expresado, de hecho, esta circunstancia: "Pero no es *Sobre la misma tierra* la novela del petróleo y no creemos que el autor se hubiera propuesto que lo fuera. Se limitó a escribir una novela que él había concebido según su técnica de armonías y contrastes en conjunto simétrico, para expresar con su sinceridad de gran artista, el dolor que le causaba el espectáculo de una raza decadente y el drama de una tierra que es sobrada riqueza para unos e injusto infortunio para otro". (*Lengua y creación en la obra de Rómulo Gallegos*. 2<sup>a</sup> Ed. Caracas. Ediciones del Ministerio de Educación Biblioteca Popular Venezolana. 1962. p. 186).



## Capítulo IV

### Conclusiones



#### I

El desarrollo histórico del tema del petróleo en la novela venezolana encuentra un lejano punto de referencia en *Lilia* (1909), de Ramón Ayala, aparentemente el primer reflejo novelesco del gran tema, en ligeras menciones. *Elvia* (1912), de Daniel Rojas, ya representa una temprana y viva denuncia de las depredaciones yanquis en materia petrolera, con detalles sobre los procedimientos dolosos empleados por los invasores económicos para hacerse de tierras ricas en yacimientos. *Tierra del sol amada* (1918), de José Rafael Pocaterra, presenta por primera vez la imagen del *nuevo conquistador*, estableciendo un paralelo entre el yanqui de ahora y el español del pasado. *La bella y la fiera* (1931) de Rufino Blanco Fombona, contiene el primer planteamiento político interno (gomecismo) y externo (imperialismo) del tema petrolero; por primera vez se revela una conciencia activa de la explotación de los trabajadores petroleros por parte de los grandes *trusts* internacionales; y del mismo modo es la primera y combativa presentación novelesca de una huelga petrolera y de la subsecuente represión con despliegue de tropa y de bestialidad asesina. *Cubagua* (1931), de Enrique Bernardo Núñez, incluye referencias a la emigración de hombres sin trabajo o en la miseria hacia zonas petroleras; al antiguo petróleo de la isla de Cubagua; y a detalles de los cambios del aspecto físico y de la vida de las poblaciones que traería la explotación petrolera si se iniciase en gran escala en Cubagua. *Odisea de tierra firme*

(1931), de Mariano Picón-Salas, alude a la entrega de la riqueza petrolera nacional a los yanquis por parte del dictador Gómez, quien se ha enriquecido por ello junto con sus familiares y compinches; a los yanquis que se desplazan por todo el país con aire de aventureros y confianza de dueños; y por primera vez toca el tema de los abogados criollos de las Compañías, serviles asalariados dispuestos a colaborar en todo con los nuevos amos petroleros. *El señor Rasvel* (1934), de Miguel Toro Ramírez, sin ser una *novela petrolera* en sentido riguroso, aparece como la primera novela venezolana que basa su trama —o lo fundamental de ella— en ambientes y asuntos vinculados al petróleo, en este caso las oficinas capitalinas de una Compañía, y en incluir aspectos financieros del tema y darles una proyección económica y política internacional al tratar de las fluctuaciones de precios regidas desde Estados Unidos, y del peligro de los excedentes y la consiguiente paralización de la explotación en Venezuela; de otra parte, sigue la línea de *La bella y la fiera* y de *Odisea de tierra firme* en referencias directas, con todas sus letras, a la expoliación del petróleo venezolano por parte de los yanquis. *Mancha de aceite* (1935), novela venezolana del autor colombiano César Uribe Piedrahita, es la primera *novela petrolera* propiamente dicha: toda su trama y su ambientación pertenecen a la vida en los campos petroleros de Zulia y Falcón, a partir de vivencias del novelista; y su significación es extraordinaria: penetración en las verdaderas bases y los sentidos ocultos del despojo petrolero diario de Venezuela; elevación a niveles culminantes de la actitud antiimperialista ya presente en Blanco Fombona, y del proceso rebeldía-protesta-masacre; visión interpretativa del problema petrolero, con acceso al sentido profundo de la realidad económica y política nacional e internacional; visión siempre *interna* del tema, a partir de las experiencias personales; proyección simbólica: el fuego que devora la mancha de aceite sobre el agua es el ascenso revolucionario de los trabajadores hacia el futuro; a fin de cuentas es la primera, más vigorosa y combativa novela del petróleo en Venezuela. *Mene* (1936), de Ramón Díaz Sánchez, se caracteriza por su fuerza documental, viva, en el reflejo del petróleo y su trágico mundo, como en ninguna otra obra; su visión del tema es *descriptiva* (reflejo objetivo) y *externa* (no directamente vivencial); logra revelaciones sobre bases profundas de la realidad petrolera, pero de modo ocasional, sin actitud profundizadora sistemática; pone de relieve aspectos concretos que pinta con mayor eficacia que las demás novelas: el cambio turbador, la discriminación racial, el efecto asesino del petróleo y el impacto de la crisis económica; es, por último, la primera, y

sigue siendo la más importante, *novela petrolera* de autor venezolano. *Remolino* (1940), de Ramón Carrera Obando, sólo publicada en forma incompleta, constituye la primera ubicación del tema petrolero en el Oriente del país; destaca el carácter abusivo de la explotación saqueadora de los yanquis en combinación con sus cómplices nacionales, entre los cuales se encuentra el inspector de hidrocarburos; subraya el efecto violento del cambio ambiental perturbador; sin idealizar la etapa prepetrolera; pone de relieve la adquisición dolosa e impositiva de tierras por la Compañía; y por su tema centrado en el ambiente del petróleo, de haberse publicado completa hubiera sido la tercera *novela petrolera* en orden cronológico y la segunda de autor venezolano. *Sobre la misma tierra* (1943), de Rómulo Gallegos, se vincula poderosamente al tema del petróleo, que constituye la mitad de su cuerpo y de su sentido; tiene importancia en el desarrollo general del tópico petrolero en la novela venezolana más por claros señalamientos y planteamientos ideológicos que hace —en una actitud *interpretativa*— que por la captación poco profunda de ambientes; esos planteamientos son: la instalación de las Compañías se basa en los manejos dolosos de los intermediarios y los abogados; se establece una injusticia discriminatoria en materia de salarios para extranjeros y nacionales; hay un país petrolero dentro del país Venezuela; la maquinaria petrolera se maneja desde Wall Street; puede darse el caso del petrolero yanqui “bueno”; será siempre discutible si los beneficios económicos del petróleo compensan de los males económicos y espirituales que ha producido; es inadmisibles que coexistan sobre la misma tierra la riqueza ajena y la miseria propia. *Clamor campesino* (1944), de Julián Padrón, es ejemplo de la alusión incidental al asunto petrolero en novela posterior a la primera *petrolera*, y dirigida al desarrollo de un tema esencialmente ajeno a los ambientes del petróleo; en ella se toca sobre todo lo relativo al éxodo campesino y a los males económicos y morales ocasionados por la nueva industria. *La casa de los Abila* (1946), de José Rafael Pocaterra, es otra novela exponente de esa incidencia, en este caso sólo como elemento significativo para el desarrollo argumental: Juan entra en perspectivas de vender sus tierras petroleras al comprador yanqui, para consolidar su poder económico y modificar su destino. *Guachimanes* (1954), de Gabriel Bracho Montiel, añade un nombre a la corta lista de las *novelas petroleras*, en una dinámica visión, nacida de la experiencia, de la vida en un campo petrolero en los años que rodean la desaparición del dictador Gómez; la obra afianza la tradición antiimperialista; enfatiza la complicidad oficial: “todos



son guachimanes”; presenta el surgimiento del espíritu de clase entre los trabajadores; crea la imagen de bases más convincentes del petrolero yanqui “bueno”; destaca la marcha del aparato imperialista en sus diversos engranajes; revela poco conocidos procedimientos del abuso de las Compañías y el robo al fisco; muestra con acierto el desarrollo progresivo de un proceso de rebeldía; y logra atinadas pinturas ambientales, a pesar de su desajuste estilístico y estructural. *Cassandra* (1957) de Ramón Díaz Sánchez, es continuación de *Mene*, y en ella aspira el autor a decir sobre el petróleo todo lo que considera que faltó en la primera novela y todo lo que al respecto ha aprendido desde entonces; así esta obra se hace artificiosa y pesada, con el lastre de eruditos discursos y pretendidas sutiles interpretaciones; el personaje central resulta fallido por completo, y se desvanece, por superficial y fabricado, el símbolo principal de la loca *Cassandra*; apenas se añaden algunas ideas significativas sobre la base ya dada por *Mene* y, a fin de cuentas, sólo quedan ciertas sugerencias ambientales y fragmentos acertados —como excepción dentro del estilo desajustado— de la descripción de las violentas manifestaciones populares a la muerte de Gómez. *Los Riberas* (1957), de Mario Briceño Lagorrry, no representa una mera alusión al gran tema; sin inspirarse propiamente en lo petrolero, el intento de enfoque general de la vida de la burguesía venezolana en un vasto período de la historia de los últimos años lleva a permanentes referencias a este decisivo factor económico y político; con gran fuerza se presentan aspectos esenciales del tema, a partir de una actitud claramente antiimperialista: los negocios sucios de las empresas; los múltiples cómplices nacionales, destacando los de las más altas esferas gubernamentales; el fácil enriquecimiento de los intermediarios; la nueva oligarquía del petróleo; los múltiples y desastrosos males morales ocasionados por la locura petrolera al país, nunca compensados por los beneficios económicos producidos. *Campo Sur* (1960), de Efraín Subero, es un esbozo de novela petrolera, y sin sacarlo de esta condición potencial cabe señalar que está centrado en la captación directa de un ambiente vivido por el autor; ambiente que se hace notablemente tangible en el breve número de páginas: los campos separados para extranjeros y nacionales; las poblaciones típicas; los desajustes morales, humanos y económicos; los peligros del trabajo; la limitación de las esperanzas; en su brevedad, se trata tal vez del único intento de reflejo de ambientes petroleros de nuestros días. *Talud derrumbado* (1961), de Arturo Croce, es otro ejemplo de la presencia incidental del tema, aquí dirigido a poner de relieve la atracción engañosa

del petróleo como fuente de beneficios económicos para el trabajador; y como causa de un perjudicial éxodo campesino. *Oficina N.º 1* (1961), de Miguel Otero Silva, da remate al itinerario seguido, agregando otro nombre al reducido conjunto de las *novelas petroleras*; es fundamentalmente, y fuera de las aspiraciones de creación de caracteres del autor, la historia de un pozo, un campo y un poblado petrolero en la sabana oriental de Guanípa; interesan más los personajes secundarios que los principales y es esa colectividad lo que queda como logro efectivo; el titubeo en la actitud antiimperialista y la ingenua idealización del petrolero yanqui “bueno” restan solidez ideológica a la obra; sólo sobresale tal vez como novedoso el interesante, pero truncado artificialmente, proceso de gestación sindical; a pesar de su unidad estilística, la novela es muestra del sacrificio de un asunto de verdaderas condiciones novelescas.

## 2

El panorama temático que comprenden estas novelas se proyecta sobre un amplio período histórico en cuanto a la ubicación de la acción. En primer lugar, en período previo a la explotación petrolera comercial se ubican las tramas de *Elvia*, la de mayor antigüedad: a fines del gobierno de Joaquín Crespo, hacia 1897; y de *Lilia*, al término del régimen de Cipriano Castro, hacia 1907. Inmediatamente viene la larga y oscura etapa de la dictadura de Juan Vicente Gómez, época de la entrega total del subsuelo a los petroleros extranjeros; período de los “pioneros”, de la iniciación de la explotación en escala comercial y de la definitiva instalación —e instauración— de las Compañías. A esta etapa se refieren, o circunscriben su acción a ella, todas las restantes novelas, excepto dos, repartidas de este modo: primeros años de la explotación petrolera comercial, hacia 1916-18: *Tierra del sol amada*, *La casa de los Abila*, parte de *Mene*, parte de *Sobre la misma tierra*, parte de *Los Riberas*; década de 1920-30: *Mancha de aceite*, parte de *Mene*, *La bella y la fiera*, parte de *Sobre la misma tierra*, parte de *Los Riberas*, *Remolino*; de 1930 a 1935: *Odisea de tierra firme*, *Cubagua*, *El señor Rasvel*, parte de *Sobre la misma tierra*, parte de *Los Riberas*, *Talud derrumbado*, parte de *Oficina N.º 1*; centradas en 1935, año de la muerte del tirano: *Guachimanes*, *Cassandra*. En el período siguiente, correspondiente al régimen del general Eleazar López Contreras: parte de *Sobre la*

*misma tierra*, parte de *Los Riberas*, parte de *Oficina N<sup>o</sup> 1*. Ya en el gobierno democrático del general Isaías Medina Angarita: parte de *Sobre la misma tierra*, *Clamor campesino*, parte de *Los Riberas*, parte de *Oficina N<sup>o</sup> 1*. En períodos posteriores, más cercanos a nuestros días: *Campo Sur*, en 1956.

Claramente se observa que la mayoría de las obras reconstruyen etapas pretéritas concentradas en la época “heroica” de los pioneros de los turbulentos comienzos. Sin duda en esto interviene el especial atractivo literario de esos años confusos y agitados, así como la edad de los autores, cuya más dramática e indeleble *impresión* del petróleo se refiere a esa etapa. Aunque es evidente que hay que añadir como elemento de no poco peso el carácter esencialmente comprometedor –en los más amplios políticos y económicos sentidos– de cualquier reflejo de situaciones petroleras muy cercanas en el tiempo; compromiso que decrece en forma sensible con respecto a un período pasado, cerrado en el tiempo –al menos teóricamente–, criticado hasta por los “abogados” menos apasionados, o más inteligentes, de las Compañías, y donde a muchas cosas vergonzantes podría fabricársele explicación en nombre de la confusión y la débil experiencia que acompaña a toda iniciación.

Son excepciones –todas circunscritas a casos de experiencias directas de los autores– las obras que reflejan épocas próximas al novelista y la edición del libro: *Mancha de aceite*, en parte *Mene*, *Campo Sur*. Además, como problema específico dentro de ese significado vivencial y de fresca actualidad, están novelas como *Guachimanes* y *Cassandra* –tal vez alguna otra–, que recogen experiencias del autor pero que son noveladas, y sobre todo publicadas, tardíamente.

En definitiva: una numerosa concentración en momentos y aspectos de la etapa gomecista; y una gran ausencia: la cercana actualidad, con la limitada excepción de *Campo Sur*.

### 3

Se desprende de la trayectoria evolutiva trazada a lo largo de las novelas consideradas, un desarrollo gradual del tema, que va de la breve mención contenida en *Lilia* hasta la aparición, veinticinco años después, de las primeras *novelas petroleras* propiamente dichas. No se encuentra la sorpresa de una repentina novela del petróleo en los primeros años de surgimien-

to del tema; pero es sin duda notable la presencia en *Elvia*, en 1912, de una clara conciencia antiimperialista impulsada por el problema petrolero; así como es digna de ser destacada la vigorosa presentación de una huelga petrolera, ya en 1931, en *La bella y la fiera*.

De otra parte, si bien puede hablarse en sentido general de un desarrollo evolutivo del tema, no podría decirse estrictamente lo mismo del enfoque del caso, de la actitud interpretativa del autor. De modo concreto, la firme posición antiimperialista, clara y expresa, que caracteriza a todas las novelas precursoras, comienza a titubear y hasta ser evadida en épocas posteriores y se debilita de modo manifiesto en la obra que cierra el conjunto. Sin embargo, para conservación de la digna tradición, a intervalos surgen novelas que mantienen y hasta intensifican el nivel de tan vital actitud, aunque no siempre con igual vigor y claridad: *Mancha de aceite*, *Sobre la misma tierra*, *Guachimanes*, *Los Riberas*.

#### 4

La extensa variedad de asuntos que integran el proteico mundo petrolero permite, sin embargo, después de cuidadoso rastreo en las páginas novelescas, determinar la presencia de *grandes temas*, dominantes en el conjunto y cuya enumeración constituye de hecho el cuerpo del enunciado básico de ese vasto cosmos: la modificación violenta del ambiente tradicional; la complicidad interna, diversificada en el propio gobierno, el entreguista y mediador para la adquisición de tierras, el abogado servil, el inspector de minas, el médico, el cura; la expoliación incesante y alevosa de la riqueza del subsuelo venezolano por parte de las compañías extranjeras; los permanentes negocios turbios, de mero funcionamiento, de las petroleras; la discriminación racial; la discriminación social; la discriminación laboral, al amparo de los distintos niveles de sueldos para el extranjero y el criollo; la deslumbradora atracción del petróleo, con el señuelo de los salarios elevados, a veces más aparentes que reales; el éxodo campesino, con el consiguiente perjuicio para el país, provocado por esa atracción; el delito y el vicio como compañeros inseparables del ambiente petrolero; las bajas condiciones de vida de los trabajadores, escamoteadas detrás de la propaganda del alto salario; el imperio de la máquina, como expresión del automatismo y señal de su importancia superior a la del elemento humano; el antiimperialismo, como una forma de enfrentar la invasión ex-

trajera y una manifestación de la comprensión profunda del estado de cosas, aunque a veces no pasa de ser un sentimiento de protesta sin cohesión ni vigor; el accidente y la catástrofe como ingredientes inexcusables del mundo petrolero; la marcha implacable de invasión de tierras y selvas en nombre del progreso, bajo la inspiración del petróleo y la protección del oro y el fusil; el suprapoder de la Compañía, expresado por el abuso y el despotismo, y afirmado como un símbolo de dominio real y pleno; el petrolero extranjero “bueno”, una expresión de una visión pretendidamente objetiva y de una evidente idealización; la imagen del “nuevo conquistador”, semejante, pero más aplastante y metódico, que el del pasado; la rebeldía de los trabajadores: afirmación de su personalidad y camino de la salvaguarda de su dignidad; el agrupamiento sindical, como una expresión de esa rebeldía y de un justo anhelo de unidad y defensa; la huelga: manifestación más contundente y decidida de aquella rebeldía; la represión, como respuesta petrolera y oficial a la rebeldía, el agrupamiento sindical y la huelga. Al final, una conclusión: el balance de los beneficios y los males derivados del petróleo no deja dudas: los perjuicios económicos y morales aplastan cualquier ventaja económica que se señale.

## 5

El conjunto de los grandes temas señalados, y la observación interna de sus características y significaciones, permite constatar una concentración enfática en el campo temático que resulta más visible y se tiene por más representativo. Así, para el reflejo de ambientes y problemas petroleros se subrayan las modificaciones del medio en los órdenes materiales y espirituales; y del mismo modo se atiende a los individuos que impulsan el cambio —*los petroleros*— y a los más representativos de cada lugar el entreguista, el abogado, el jefe civil en el padecimiento de la alteración y en su rápida definición como activos cómplices de los mecanizados conquistadores.

Por contraposición, la pintura, y aun la alusión menos frecuente es la referida a los grupos más vigorosos, a las fuerzas más firmes y nuevas, llamadas a modificar radicalmente el estado de cosas reinante: el proletariado, lanzando al ascenso revolucionario. Y esto es así no sólo porque los primeros factores sean más visibles en especial en la primera época del petróleo, que domina de manera notable en las novelas, sino también porque son los menos comprometedores. Los segundos, en cambio, exi-

gen saber *verlos* y decidirse a *decirlos*.

## 6

Estos *grandes temas*, integradores del mundo petrolero, requieren a su vez de *grandes formas* y *estructuras* para advenir creación novelesca, esencia literaria. Estas vías predominantes de expresión y construcción constituyen un conjunto de recursos y modos típicos, que caracterizan la parte principal de los procesos creadores novelescos, así como los temas centrales definen la naturaleza y configuración del mundo petrolero. Estas *grandes formas* y *estructuras* dan la clave de la arquitectura básica de las obras, precisando sus perfiles y complementando su sentido fundamental. Pueden enumerarse de esta manera: predominio del personaje específico por encima del simbólico; presencia reducida del personaje central; figuración frecuente del *petrolero*, por contraposición a la escasez del *proletario* de cierta importancia en el orden total de la obra; contadas pero significativas incorporaciones del personaje *colectivo*, o personaje-masa, en acción

unificada y pesante sobre la trama; cuidadosas descripciones ambientadoras destinadas a la progresiva captación de la vasta totalidad ambiental –atmósfera actuante– del medio petrolero; lo trágico, como elemento constitutivo de una realidad y afirmador de sus rasgos y sentidos; marcado predominio de la expresión directa –vigorosa objetividad en los mejores casos– sobre el empleo del símbolo, ocasional y con frecuencia poco desarrollado; el apoyo expresivo, como una reafirmación de los valores generales, cuando es acertado y natural, y como una agudización de desniveles y torpezas, cuando es impropio y artificial; la alusión incidental al tema del petróleo en las novelas no petroleras: un complemento en el reflejo de realidades nacionales; la naturaleza del *hilo argumental* puede determinar un proceso estructural continuado o la observación de la técnica de los cuadros reveladores; la presencia de núcleos estructurales: activos puntos de partida y sobre todo efectivos elementos de sostén central del conjunto novelesco, bases para la valoración total en función

de los objetivos alcanzados o fallidos.

## 7

El análisis de las *grandes formas y estructuras* permite completar lo que los *grandes temas* apuntaban, y afirmar que, de manera integral, se destaca una vía esencial en la creación novelesca del mundo petrolero: el realismo.

Los postulados del realismo se cumplen por la correspondencia entre la *realidad histórica* en que se basan siempre las novelas del petróleo —a veces con rigor documental—, y la *realidad literaria* creada para transmitir con toda eficacia el fundamento histórico. Los instrumentos estilísticos y los procesos estructurales imponen sus exigencias técnicas y estéticas, y se cumple el paso, por la vía del realismo, de lo *histórico* a lo *literario*, sin descuidar —básicamente y con excepciones parciales— la indispensable fidelidad, pero sin olvidar los requerimientos de la obra de arte.

Este realismo substancial no está circunscrito a las tendencias literarias propiamente *realistas*. Se encuentra, unido a modos románticos evolucionados en *Elvia*; a elementos naturalistas en *Tierra del sol amada* y *La casa de los Abila*; a formas vanguardistas en *Cubagua*; a factores documentales en *Mancha de aceite*, *Mene* y *Guachimanes*; a exigencias de crónicas políticas en *Los Riberas*; a sugerencias de expresión dinámica actual en *Campo Sur* y *Oficina N<sup>o</sup> 1*. Pero, en el fondo, el tema petrolero impone su esencia realista, base indispensable para un reflejo convincente y efectivo.

## 8

Resulta evidente la escasez de *novelas petroleras*. Se han citado como referidas de manera plena al tema del petróleo: *El señor Rasvel*, *Mancha de aceite*, *Mene*, *Remolino*, *Sobre la misma tierra*, *Guachimanes*, *Cassandra*, *Campo Sur* y *Oficina N<sup>o</sup> 1*; es decir nueve obras. Pero si se restan *El señor Rasvel* —no propiamente petrolera, sino dirigida a la pintura de un personaje sobre el fondo de una oficina de empresa petrolera— *Remolino* —novela incompleta; al menos nunca publicada en forma íntegra—, *Sobre la misma tierra* —sólo parcialmente *petrolera*, atenta a un tema más vasto,

donde se integra el petróleo—, y *Campo Sur* esbozo de novela quedan nada más cinco *novelas petroleras* propiamente dichas y publicadas en forma completa: *Mancha de aceite*, *Mene*, *Guachimanes*, *Casandra* y *Oficina N° 1*. Y cinco novelas no pueden constituir una verdadera *novelística*; salvo, quizás, que fuesen todas literariamente consistentes y representativas.

## 9

Para explicar esta escasez se ha argumentado que el tema se refiere a una industria nueva en el país, que no ha llegado a consubstanciarse con las bases mismas de sus rasgos definidores. Y es evidente que el asunto petrolero no puede tener la misma profunda raíz, vital y casi eterna, del tema de la tierra, la libertad o el arte. Ni siquiera, en función de lo nacional, del problema de la tenencia de tierras aptas para la agricultura, del enfrentamiento del campesino al hacendado, del peso feroz de la dictadura gomecista, de la amenaza de la guerra civil y la recluta. Pero ya no puede hablarse de “nueva industria” con respecto a una explotación que para 1961, año en que aparece la última novela considerada, ya contaba con 83 años de cronología histórica desde el primer intento de extracción sistemática y 47 años de historia desde el comienzo de la producción en escala comercial (pozo Zumaque N° 1, en el campo Mene Grande del Estado Zulia, en 1914). Y de la significación económica, política, espiritual y hasta cultural del petróleo no puede haber duda alguna. La Venezuela de los últimos treinta o cuarenta años se define como *petrolera*.

## 10

La verdad es que pocos temas de significación venezolana implican en su tratamiento tantos riesgos comprometedores como el petróleo. Aun la visión objetiva del mundo del petróleo exige una posición tomada. Se muestran o se ocultan las verdades esenciales y reveladoras. Y cualquier alternativa significa una actitud. Y toda actitud ante el petróleo produce reacciones: de parte de la opinión pública, del gobierno, de las petroleras y sus magníficas retribuciones y favorables protecciones. Sobre todo estas últimas preocupan a los autores.



## 11

Tales riesgos no interesan o desaniman a los novelistas de espíritu liberal o apenas progresista, que son la casi totalidad. Ellos no poseen un pensamiento revolucionario que los lleve a ver en el tema petrolero justamente la ocasión de desplegar una visión renovadora y combativa de uno de los principales aspectos de la vida del país y del motor central de su economía. Y se entiende entonces que no se sientan movidos a tomar riesgos en materia que no logran profundizar debidamente y en nombre de principios que les son ajenos.

En tales condiciones, sólo queda destacar los reducidos exponentes del tema que existen, y esperar de los jóvenes novelistas la continuidad y la renovación culminante.

## 12

De momento, una conclusión final: Venezuela, país petrolero sin

na novelística del petróleo.

## Apéndices

Fragmentos relativos al tema del petróleo de novelas anteriores a la primera **petrolera**, propiamente dicha, de ésta y de otras obras poco asequibles.

### Apéndice I

AYALA A., Ramón. *Lilia* (Ensayo de novela venezolana)

Caracas. Tipografía Americana. 1909. 126 p.

“Y Juan dijo:

—¡Qué de cosas sufre uno por salvar la vida!

—¡Y también para salvar la patria! —dijo Carlos;— más quien sabe si ella sabrá agradecerlo. A veces se me vienen a la mente ideas pesimistas, ideas que quieren como destruir nuestras tendencias honradas. A veces me parece que todo esfuerzo que uno haga es tiempo perdido, como si arásemos aquí, en el mar:

—No, no hay nada perdido; toda labor bien intencionada tiene que surtir su efecto, tarde que temprano. Quizá nosotros no lo veremos, pero sí las generaciones futuras, y hay que trabajar para el mañana.

Un país como el nuestro tiene que reaccionar: ¡Un país que la naturaleza ha colmado de tantos dones, un país cuyas vírgenes riquezas constituyen la codicia de otros pueblos, tiene por fuerza cómo vivir! un país que posee todos los climas, desde las glaciales crestas de Los Andes hasta las ardorosas planicies de los llanos; un país que, en las selvas intocadas del gran Orinoco, reconcentra el porvenir de toda una raza, no puede perecer nunca!

Sus minas de oro, de cobre, de hierro, de asfalto, estas últimas las más gigantes de la tierra, están clamando por la mano de la civilización; nuestros dilatados campos anhelan que se abran las válvulas a una inmigración laboriosa y honrada, que venga a arrancar a la fertilidad de su suelo, todo lo que en él encierra. Sobre la base de la agricultura se han hecho poderosos y ricos otros pueblos del orbe.

Vete, Carlos, al Plata, y tendrás el ejemplo de la Argentina. Rosas tiranizó aquel pueblo por espacio de 23 años y ve la creciente prosperidad de que hoy disfruta. Y no creo que Venezuela, desde el punto de las riquezas naturales sea inferior a aquel progresista país del sur; todo lo contrario. A esto se agrega su posición topográfica, llamada a ser más importante todavía cuando el Canal de Panamá haya conectado los dos océanos.

No desfallezcas... Carlos.

—No, son ideas pesimistas que me vienen a veces, ideas que luego son desechadas, mucho más al hacerse uno esas consideraciones que tú has manifestado de manera tan brillante. Pero... uno espera... y espera un Mesías que nunca llega...

—Sí, es cierto, mas llegará la hora de la reconstrucción patria, que así podemos contribuir a dar fuerza al abrazo en que deben estrecharse todos los pueblos latinos del continente, ya que el águila del Norte nos acecha, con más avidez, y aun más de cerca, que los buitres siempre hambrientos de la Europa conquistadora..."

p. 113-115

## Apéndice II

ROJAS, Daniel. Elvía. (Novela caraqueña). Caracas. 1912. 179 p.

"Debe saberse que Venezuela, Colombia y Ecuador poseen, cada uno, todas las zonas y abundan en café, cacao, nueces, gomas, maderas finas; tienen sabanas inmensas con millones de cabezas de ganado; son ricas en minerales, lagos de asfalto, tesoros de esmeralda, de perlas, oro y plata".

p. 105

\* \* \*

"...y en los diversos ferroviarios de Colombia y Venezuela. En esta última, un

tanto esquivar a nuestro afecto, debemos doblar la actividad para obtener la explotación de sus selvas, la apertura de canales, concesiones fluviales, propiedades de asfalto y petróleo y la navegación del Orinoco. Es indispensable que nuestra influencia invada esas y otras empresas, aunque sea indirectamente, y con cláusulas que evadan la sanción de sus tribunales, para evitarnos desconocer sus sentencias o hacerlas revisar.”

p. 108

\* \* \*

—“Usted verá que no vienen —le decía— y en todo caso ¿por qué temer el arribo de los yanquis más que el de cualquiera otra bandada de buitres humanos? A nosotros nos salva lo que a la generalidad de las mujeres: nuestra debilidad para defendernos. A fuerza de querer cogernos todos ninguno se atreve a dar el primer paso por miedo a los demás. Esto sin contar que si los del Norte se apoderan violentamente de nosotros lo que pueden ganar es la caja de Pandora que les volque su Arca de Noé. Pero que vengan cuanto antes mejor si nos traen dinero, que tanto hemos menester para acabar con el ideal de nuestras guerras, vivir tranquilos y progresar lentamente.

—A qué preocuparnos unos pocos —añadió alguien— de salvar la patria que quieren perder los más, empezando por los gobiernos industriales, los mercaderes de la banca y el comercio y los prohombres a la minuta, quienes exclaman: “lo que interesa es vivir bien el presente, de aquí a que los *americanos* vengan ya nosotros habremos desaparecido y el que venga atrás que arrée”.

p. 109-110

\* \* \*

—¿Qué estás diciendo, mi buen ángel? —interrumpió el joven con benévola incredulidad.

—Lo que oye, precisamente vengo a decirle que allá en la montaña del Llano he descubierto una gran mina de asfalto, que tiene que ser nuestra por hallarse en la hacienda.

—¿Qué! ¿de asfalto dices? ¿Cómo lo sabes?

—Porque conozco la sustancia y la he examinado antes de darle la noticia. Por eso quiero que no perdamos tiempo y vayamos los dos a verla para acusarla pronto, no sea cosa de que algún *musiú* o algún personaje del gobierno se entere y nos la quite con cualquier pretexto.

—En el acto Pedro, en el acto vamos. Esa es mi salvación.

Enrique llamó por teléfono a Elvia y le dijo que exigencias urgentes le obligaban a separarse rápidamente de la ciudad; pero que antes de veinticuatro horas estaría a su lado.

Provistos de un ingeniero de confianza, Enrique y Pedro partieron para el Llano. En balde el viejo charlaba de mil cosas distintas por el camino a propósito para distraer al amo; éste iba absorbido, silencioso, y cuando hablaba eran preguntas impacientes sobre la anhelada mina, que él veía con la retina de la imaginación extenderse, dilatarse fúnebremente luminosa, como un lago de espesas tinieblas fulgurantes, sin límites ni fondo. Llegaron a la hacienda y sin detenerse en la casa siguieron de largo bajo un sol africano hasta la mina de promisión. Al verla Enrique se asombró, como el ingeniero, de la vasta extensión betuminosa, y regresó exultado a la casa-oficina. Pasó la noche en proyectos lisonjeros, poetizados con la blanca indulgencia del astro epitalámico que parecía abogar por la dulce ausente. No diría a su novia nada del vil ánimo hasta no estar casados. Como ya se consideraba riquísimo, un año después del matrimonio, haría un paseo con ella por Europa y al volver fabricaría una casa igual o mayor si era posible, que la del suegro, para que se viera que no aspiraba a heredarlo en nada. Y tan pronto obtuviera el título de propiedad de la mina lo haría saber ostensiblemente para confundir a sus detractores solapados.

Cuando el ingeniero le presentó días después el plano y los límites, Enrique hizo la acusación legal de la mina. Y tornó a ser el novio amable, risueño, más contento que antes con la perspectiva de su próximo, completo triunfo.

Meses después era ya propietario de la famosa mina, cuyo título fue publicado en los periódicos. Notaba que ahora le acogían doquiera con viva afectuosidad; mayormente ciertos honorables viejos, ciertos herederos estúpidos cuyo Dios es el oro, y algunos libertinos elegantes le agasajaban tan empalagosamente que le inspiraban náuseas espirituales".

p. 128-130

\* \* \*

"Bustamante andaba ya ocupándose de explotar la mina, y vacilaba entre hacerlo por cuenta propia o por medio de alguna compañía extranjera de las tantas que ambulan aquí en pos de contratos y negocios del país. Una mañana subía él a su favorito paseo de El Calvario y encontró dos señores que también ascendían al parque. Reconoció en uno de ellos a un norteamericano

no que le había sido presentado en París por nuestro Ministro diplomático en momentos en que este personaje hacía pose al óleo en un taller; ya que parece que la primera obligación de nuestros diplomáticos es perpetuar, siquiera en la estampa, el uniforme y las insignias del cargo en actitud de apuesta arrogancia y bajo una mirada solemnemente conquistadora que interroga los arcanos de lo infinito.

El yanqui se llamaba Mr. John Smith, a quien Enrique saludó cordialmente. Presentado que le fue el compañero siguieron los tres reunidos a la planicie del jardín. Hablaron de las excelencias de aquel paseo, que resulta ser el más higiénicamente bello de Caracas, y de las esmeraldinas riberas del Guaire, que se veían allá abajo en frondosa confusión de todos los verdes, como algunas orillas del Nilo. Mr. Smith se mostraba anheloso de conocer las tradiciones arqueológicas, los productos naturales y las riquezas principales de la nación. Nuestro joven evocó el antañazo precolombiano y la diuturnidad de la colonia. Luego hizo alusión de los monumentos y huellas de los primeros indios que habitaron la región de Los Teques. Dijo de las reliquias de sus hábitos y de su rara cosmogonía; de las grandes piedras labradas o pulidas admirablemente; de las hachas y cinceles de piedra encontrados intactos; de los ídolos toscos que parecían distinguirlos de las demás tribus; de las diversas vasijas barnizadas o embardunadas curiosamente; de los vasos artísticos adornados con aves o cuadrúpedos; de las grandes lajas que guardaban sus santuarios, en las que esculpían con infantil iconología la imagen de algún cacique, o astros y bestias feroces; de las botijas halladas llenas de huesos humanos y de los adornos con que enterraban a los muertos; y de los variados objetos de oro aleado con plata y cobre topados en los sarcófagos. Le habló también de las innumerables clases de orquídeas o parásitas que embellecen y aroman las selvas de aquella región, desde el "pelicano" y la "góngora" de fragancia penetrante cuya eclosión de maravillosos matices arrullan y defienden gigantescos árboles hasta la clásica "flor de mayo" que cristaliza los cambiantes del iris en labelos y pétalos liliales con tonalidades amarillas, rojas, moradas, anaranjadas o rosadas, trasunto tal vez de ensueños ignotos de sílfides y gnomos dormitados en sus estrías de impolutas sedas; y de esa misma flor blanca solamente como alba vegetal que ilumina odorante la medrosa montaña.

La conversación llegó finalmente a las riquezas minerales del país.

—¡Calla! —dijo Mr. Smith— ahora recuerdo que usted es el dueño de la mina de asfalto recién descubierta de que han hablado los periódicos en estos días.

—La que está a sus órdenes —repuso Bustamante inclinándose.

—Acaso realicemos algún negocio con ella, porque represento una rica casa dedicada a esa especialidad. En viéndola yo podría comprarla, o mejor dicho, hacer que se la compren ventajosamente.

Se convino que la próxima semana irían los tres a ver el hallazgo de oro negro. Enrique refirió a don Roberto su proyecto de negocio con el norteamericano.

—Ojalá, amigo mío —dijo el señor Díaz— ojalá salga bien, porque con los yanquis ni al cielo. Debemos procurar no hacer nada con gente tan peligrosa, ponerle moralmente una especie de murallas chinescas que nos eviten en lo posible su estrangulante contacto, al menos durante el tiempo necesario para que lo neutralice bien la influencia europea y nosotros podamos ser personas de respeto por el progreso y por la confraternidad de todos los Estados Suramericanos.

En esos días se rumoraban alteraciones del orden público. Se decía que el Mocho de la Sierra o genio de la fuga, protegido por los yanquis, trataba de interrumpir nuevamente la paz. Varias correspondencias revolucionarias interceptadas por el Gobierno habían dado en La Rotunda con personalidades de circunstancias. El periódico semioficial amanecía nutrido de adhesiones y protestas de los empleados y aspirantes, como que era casi constitucional el felicitar al Presidente de la República apenas estornudaba o algo parecido. Lo cual sugería en algunos graves legisladores la idea de crear en el Presupuesto Nacional una suma destinada a gastos de representación de los servidores públicos, o acordarles permanentemente franquicia telegráfica y postal para las felicitaciones y protestas.

Estas sólitas adhesiones de alternativa lealtad, publicadas hasta en boletines especiales, contribuían a alarmar la opinión general, que ya creía sentir ejércitos en acción por todas partes. Así las cosas los dos yanquis y Enrique aplazaron su viaje a la mina; pero cuando lo realizaron un mes después quedaron muy contentos del lago asfaltino.

Mr. Smith propuso a Bustamante comprarle la mina por ciento cincuenta mil pesos al contado y el veinticinco por ciento del producto líquido. Don Roberto encontró la oferta muy aceptable, hasta por no existir en el país dinero ni vías de comunicación regulares para explotar nuestras riquezas espontáneas, y por vivir pendientes, como ahora, de que los movimientos revolucionarios detengan o arruinen las empresas criollas, lo cual da al extranjero dobles derechos y ventajas.

Cerrado el negocio, llegó el día de hacer la escritura en el Registro público.

Esta decía en síntesis que Bustamante cedía en venta y traspaso a Mr. Smith todos los derechos y acciones que, conforme a los planos y el título de propiedad adjuntos, tenía él en la mina de asfalto descubierta en su hacienda de El Llano, por la suma de ciento cincuenta mil pesos que recibirá al contado en el acto de firmar la escritura y veinticinco por ciento del producto líquido de la mina. Ya en la Oficina de Registro y en el momento en que Enrique estaba con la pluma en la mano para estampar su firma delante de los testigos, Mr. Smith le llamó aparte y le dijo en voz baja:

—Usted excusará que yo no haya traído el dinero, porque fue en el instante de salir para acá cuando recibí el cheque con otras sumas que todavía no he revisado; pero estará en casa a sus órdenes esta misma tarde.

Bustamante se contrarió con esta advertencia a último momento; mas su exquisita cultura y hombría de bien le hicieron responder benévolamente:

—No importa, no se preocupe usted, me dará el dinero mañana o pasado.

Tres días después él no había percibido aún la suma. En cambio en la lista de pasajeros del “vapor americano” salido el día anterior para New York, figuraban Mr. Smith y su compañero. Enrique asombróse de tan singular conducta, y para persuadirse de la verdad llamó por teléfono a la Aduana de La Guaira, la cual confirmó la noticia de la Agencia Pumar. No había duda, se habían marchado llevándose la escritura firmada. En el acto Bustamante consultó el caso con el abogado que había redactado el documento.

—El asunto es grave —respondió el jurista— usted ha sido imprudente al firmar sin recibir el dinero o tenerlo a la vista. Sin embargo haga publicar en todos los periódicos que el contrato de venta de su mina de asfalto que usted firmó con el señor Smith, es nulo y sin ningún valor legal, porque él dejó de cumplir su principal obligación que era entregarle la suma estipulada; y en cambio se ha marchado furtivamente del país. Inserte este aviso en el Registro al margen de la escritura y con los mismos testigos si el posible.

Enrique procedió así incontinenti; y sulfurado refería a cada quien la infamia de que era víctima, por ese espíritu de caballerosidad crucificada que sólo subsiste en el mundo español. Vivía indignado consigo mismo, recibiendo de sus amigos por toda compasión el que había sido un calzonazos en firmar sin tener en mano la suma. Le desesperaba sobre todo la opinión corriente de que ese percance le impedía o dificultaba explotar la mina mientras no estuviera esclarecido el asunto.

—Si por algo les odio yo y debiera odiar el orbe entero a esos piratas destacadas bramaba don Roberto congestionado de indignación. Son los jesuitas del comercio político, que principian por llevar una máquina de escribir; por ejemplo, a un país, y luego se quedan con éste para defender los intere-



ses creados por la máquina.”

p. 132-39.

\* \* \*

“Un mes después de fugados los dos yanquis con la escritura, se presentó a Caracas un tal Mr. Johnson Morgan con varios ingenieros, algunos empleados y toda clase de elementos para explotar la mina. Lo supo Enrique y en el acto fue a verlo creyendo sería portador de la suma de marras quien con tal propósito venía. Con ojos desorbitados por el asombro oyó que Mr. Morgan no traía sino instrucciones para hacer la explotación del asfalto por cuenta de Mr. Smith, propietario según la escritura, reconociendo en Bustamante sólo el derecho al veinticinco por ciento del producido líquido. Nuestro birlado joven fulminó de soberbia y estuvo a punto de caerle a golpes a Mr. Morgan. Se contuvo, empero, y encalmado dijo al enviado:

—Probablemente usted no sabe la verdad de lo acontecido y no hace más que cumplir órdenes. Pero se necesita el tupé de avestruz de los yanquis para llegar al colmo de este cinismo. ¿De modo que ese aventurero, que se burló de mí villanamente, que abusó de mi decencia para escaparse sin pagarme la cantidad de que habla el documento, osa llamarse dueño de la mina y proceder como tal? No faltaba otra cosa! —Y sacando del bolsillo un periódico donde estaba el aviso conocido, prosiguió:

—Mire usted lo que yo he publicado en toda la prensa del país e insertado al margen de la escritura otorgada. Si usted quiere, intente explotar la mina; pero juro a usted y sus compañeros que pagarán con su vida la osadía sin ejemplo. —Y salió blasfemando en silencio.

El día siguiente Bustamante introdujo en el tribunal de 1ª Instancia demanda de nulidad de la escritura otorgada a Mr. Smith.

Mr. Morgan comunicó a su comitente cuanto sucedía y esperó nuevas instrucciones.

Semanas después llegó a Caracas un abogado yanqui, dízque a estudiar la legislación de la República; pero en verdad a dirigir la defensa de Mr. Smith. Basábase ésta en que Enrique había percibido la suma según el documento hecho en toda forma legal, que era el mejor recibo en esos casos y contra el cual resultaba ineficaz la prueba de testigos.

El juicio continuaba con regularidad, no obstante haber estallado la revolución del *genio del fracaso*, o consolidador de gobiernos. Bustamante consultaba con los abogados más notables, agitaba la opinión pública personalmente, por medio de don Roberto y de los periódicos; y su fe absoluta en el triunfo, su ac-

tividad diaria en el Palacio de Justicia y sus antecedentes honrados parecían augurarle el triunfo.

Susana imploraba fervorosa el éxito del joven y la condenación eterna del judío yanqui, porque según ella los yanquis son judíos ateos que dividen y subdividen la religión aspirando negociar hasta con el nombre de Dios. Elvia también confiaba en que la justicia divina inspiraría a los jueces para que devolvieran a su novio, junto con la mina, la tranquilidad y el contento que tanto merecía, ya que no la felicidad que sólo ella sabría darle.

Cierta tarde Enrique recibió la visita de un jefe de policía, que le dijo le haría el favor de seguirlo porque el Gobernador deseaba hablarle. Un poco azorado, aun cuando su conciencia no lo acusaba de nada pecaminoso, Bustamante se presentó delante del funcionario. Este le manifestó muy cortésmente que por *orden superior* quedaba arrestado mientras se verificaban unas averiguaciones relacionadas con la tranquilidad pública; y lo mandó a La Rotunda. En el momento circuló de boca en oído la noticia de su prisión con sorpresa para todo el que conocía a Enrique, ajeno en absoluto a la política, un caballero correcto. Don Roberto lo supo cuando iba entrando a su casa y aunque lo alarmó no quiso decir nada a Elvia ni a Susana, quienes en el acto fueron enteradas de la nueva por una de sus amigas. La novia no quiso creerlo al principio, mas cuando se convenció que era una triste verdad, la acometió un síncope de dolor nervioso y bañada en rocío del alma corrió a ver a su padre, quien ya había vuelto a salir estupefacto a incautarse de la penosa novedad. No pudo ver al Gobernador porque estaba *invisible*. Sólo alcanzó a saber que Bustamante yacía en un calabozo, incomunicado y con grillos. Esto lo hizo volver patidifuso a casa, donde le esperaba la ansiedad llorosa de la familia. Nada añadió a lo que sabían sino que estaba arrestado, pero con las comodidades posibles para pasar bien la noche que sería lo más que permanecería en La Rotunda, a donde lo habían llevado por un lamentable error, sin duda. Don Roberto casi no durmió cavilando hasta la madrugada sobre la causa cierta del suceso y recordando lo que son los calabozos de La Rotunda: antros pestilentes, angostos y chatos donde el preso tiene que permanecer agachado o acostado en reducido catre —paraíso de pulgas y chinches— comiendo lo que quieran darle bien registrado y aun probado, con el postre de ver y escuchar día y noche la vulgaridad sarcástica y el cinismo vengativo de los presos comunes, árbitros del *confort* torturante de aquel degredo inquisitorial, donde se conserva ilesa la barbarie de la colonia, y a donde llega el tañido llorante del reloj de catedral como un doble intermi-

tente de la libertad.

Don Roberto compadeció sinceramente al cautivo neófito. Tan pronto amaneció fue a ver unos políticos influyentes conocidos suyos. Sin embargo en el camino reflexionó:

—Para qué ir a hablar con personajes que no hablan, cuya importancia consiste precisamente en su mudez fecunda, con prestigios que no quieren gastar su desgaste disimulado; ¿por qué adular a los adulantes? Nada, “la culebra se mata por la cabeza”. Iré a ver el mismo Presidente de la República. —Se fue a Miraflores.

Por fortuna inesperada pudo llegar hasta el magistrado, quien con su estereotipada sonrisa chinesca de bondad decorativa, hallábase a la sazón en la caballeriza.

—Ya sé a lo que viene, don Roberto —exclamó el magnate al verlo acercarse sombrero en mano—. Mas antes de hablarme hágame el favor de leer esta correspondencia. —Y metiendo la mano en el bolsillo de su blusa de guarandol crudo, sacó tres cartas que entregó al inquietado viejo. Cuando éste hubo enterado anonadamente del contenido las devolvió al general quien le dijo:

—Comprenderá ahora que usted en mi caso no hubiera procedido de otro modo que prendiendo al joven Bustamante pues si bien es cierto que hasta hoy él no ha sido político activo ¿quién le dice a usted que no haya resuelto empezar ya con el Mocho de la sierra? Esos documentos prueban la complicidad de él en la revolución.

En efecto, las cartas decían que de acuerdo con las instrucciones anteriores y con el parque y demás elementos bélicos que recibiría por la hacienda del Llano, organizara un batallón con sus peones y lo pusiera al mando del general Acosta.

—Puedo jurar a usted por mi honor que todo eso es falso, una infame calumnia —respondió don Roberto lívido de indignación.

—Sí, sí, el amigo lo niega. Pero en achaques revolucionarios cuando existe la duda yo acepto lo posible y procedo. Usted sabe que el genio del fracaso o Mocho de la sierra no tiene partidarios sino entre los platónicos, quizá porque no le conocen bien.

—No quiero discutirle, general; pero sea indulgente y acepte mi fianza por la libertad de Enrique con la ciudad por cárcel.

—¿Usted quiere que yo le complazca sin detrimento de mis deberes oficiales?

—No es otro el objeto de mi presencia aquí.

—Pues bien, el joven se irá del país en el primer vapor que salga de La

Guaira.

El día siguiente Bustamante fue embarcado para New York, precisamente en el mismo vapor que llevó a Mr. Smith."

\* \* \*

"El triunfo en el juicio había sido completo tanto porque se demostró que la escritura lo que establecía era una obligación de pagar que podía ser cumplida o no en el acto de firmar, pero que siempre subsistía mientras no se hiciese efectivo el pago, cuanto porque Enrique supo cómo la falsa correspondencia que diera con él en La Rotunda y en el ostracismo fue obra de Mr. Smith, de acuerdo con el abogado yanqui, para malquistarlo con el Gobierno y alejarlo del Palacio de Justicia, y pedir el embargo provisional y la posesión de la mina. Mr. Smith escribía desde New York que si perdía en los Tribunales de Caracas su gobierno pensaba revisar la sentencia en la Corte Suprema de los Estados Unidos, o invocar ante la Administración de Venezuela los servicios que le prestara en recientes años, para que reconociera los derechos de Mr. Smith, o se le indemnizara debidamente. En efecto, pocos meses después de la sentencia, llegó una insinuación diplomática, con reticencias imperativas, para que Venezuela pagase a Mr. Smith cien mil dólares por denegación de justicia!"

p. 174-175.

### Apéndice III

POCATERRA, José Rafael. *Tierra del sol amada*. Caracas. Editorial Atena. 1918. 303 p.

"Armando los veía, bajo el sol tórrido, andrajosos, sucios, las mejillas y la nariz teñidas de achote, cruzar las calles esquivando los carruajes, a lo largo de las aceras, como últimos supervivientes de un mundo que se extingue... Los había visto también —en sus excursiones— apiñados en sus viviendas miserables, esclavos de una civilización rudimentaria que les da, junto con un trapo para cubrirse, una escardilla, un manojo de caña a moler o la palanca de una piragua. Pensaba Armando que aquellos eran los verdaderos "ascendientes", los únicos "descendientes" en la América meridional, tan acongojados desde los días de la conquista. La suerte dura de los esclavos traídos en la bodega de los barcos negreros para laborar en las minas y trabajar en la labranza acaso fue más llevadera que la de estas tribus sometidas por los españoles, pues

apenas las “misiones” de frailes compensaban de una manera relativa la torpe crueldad de las encomiendas... Los veía pasar reflejando en sus miradas la tristeza de lo que ya va a morir: Sus sandalias huellan la arena caliente como pidiéndole prestada la tierra que pisan; y todos, los viejos de rostro cuarteado y barba rala, las mujerucas maltratadas, las guarichas de semblante pícaro, los hijos de guerreros bravíos han adquirido ese aire de la renunciación, de la entrega suprema... Ya la ranchería cayó a golpes de invasión: un día, algunos “españoles” montaron sobre tres patas largas, de ave zancuda, un aparato oscuro, una especie de garza grotesca con ojos de cristal; dibujaron algo, fijaron a lo lejos una vara llena de jeroglíficos negros y rojos y entraron en la selva por donde ellos abrieron picas inverosímiles, y recorrieron la ribera a lo largo del curso de las aguas y salieron luego a la llanura, fijando estacas, encerrando en ellas la montaña, la sabana, el río paternal... En lo adelante irían por allí otros “españoles” abriendo caminos, removiendo piedras, perforando la tierra desde lo alto de torres fantásticas, extrayendo el chorro fétido, rico de grasas, el oro líquido convertido en petróleo... Estos, más duros, más crueles, más invasores —más “blancos” también— eran peores que los otros, que los primeros, a los cuales bastaba ceder el lindero de un conuco y la guaricha hermosa... En cambio daban aguardiente, abalorios, un fusil brillante... Antes éstos de ahora han tenido que huir, selva adentro, remontando el ribazo del río, abandonando las trojes, cada día a una más remota jornada... La incursión sajona seguirá, metódica, implacable, con oro, con máquinas, con fusiles, río arriba... Ya la raza no tiene sino una vida vegetativa, precaria, monótona, sin el relieve heroico de las guerras y de las grandes cacerías... Y los que habitan terrenos menos codiciados, en la labranza, el pastoreo, la pesca, quédanse en derredor de las haciendas formando pequeñas colonias o más bien hacinamiento de seres gastados, tristes, que contribuyen a las labores y arrastran una existencia de parias, engendrando más esclavos o vendiendo las primicias de sus mejores flores.”

p. 82-84.

## Apéndice IV

BLANCO FOMBONA, Rufino. *La bella y la fiera*. Madrid.

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. 1931. 327 p.

(Edición leída: *La bella y la fiera*. En: “Obras selectas” de Rufino Blanco Fombona. Selección, prólogo y estudio bibliográfico de Edgar Gabaldón Márquez.

Caracas. Ediciones Edime. 1958).

“En otra región, distante, gris, calcinada, bajo un sol tórrido, se levantan tiendas, barracas, casucas provisionales; y allá, a lo lejos, un puebluco miserable, dominado por dos torres de dos iglesias católicas. Es una región de petróleo; es decir, para los trabajadores, uno de los infiernos de aquel país, y para los millonarios y sus agentes, uno de los paraísos de la tierra.

Allí llegan, de cuando en cuando, camiones abarrotados de obreros, reclutados por fuerza para sepultarlos vivos en aquel infierno, y que aquel infierno abrasa y consume.

¿Qué ocurre aquella mañana que los obreros no parten, como suelen, hacia los pozos y campos de petróleo, al golpe de las siete campanadas que caen de las torres católicas? Los obreros han pedido un miserable aumento de jornal, y aquellos hombres rubios, de ojos azules, aquellos hombres que tienen en los Bancos y empresas de Nueva York, de Londres y de Amsterdam cuentas corrientes y acciones que se cifran por millones de dólares, por millones de libras y por millones de florines, se lo han negado.

Tres hombres pelirrojos, con cascos de corcho, vestidos de blanco y con quitasoles blancos, reciben, a la puerta de su casa, muy repantigados en su poderoso Roll, la última Comisión de los obreros. Por la primera vez, los tres hombres rubios y barrigones están de acuerdo. Sólo tienen una respuesta, dividida en tres:

El inglés dice:

—No.

El yanqui dice:

—No.

El holandés dice:

—No.

Y corren veloces hacia las autoridades.

Poco después de un cuartel parten piquetes de tropa. Los soldados van sacando a los obreros de sus casas, adonde se han reunido, y los van conduciendo, más bien arreando, hacia la plaza del poblachón. Allí los acorralan. Allí los cerca un cordón de tropas. Después, varios oficiales, a caballo y a sangre fría, sacan bombas de mano y las arrojan sobre los obreros. Como espigas cortadas caen los hombres, formando inmensos claros. Algunos de los obreros supervivientes echan a correr alocados. Los soldados los cazan a tiros.

Detrás del cordón de tropas se levanta un clamor inmenso: ayes, imprecaciones, llantos. Son las mujeres, madres, esposas, hijas y niños de los asesinados.

Algunos soldados caen, heridos en la espalda por los cuchillos de cocina. A la orden de un comandante, los soldados vuelven y disparan, o clavan en carne inerme sus bayonetas. Chiquillos y mujeres muerden el polvo. Quedan niños tendidos con el cráneo agujereado; mujeres con el vientre al aire y los intestinos fuera. La sangre corre y mancha el suelo, ropa, paredes. Los soldados, al correr tras de los fugitivos, pisotean, aun sin querer, a los moribundos.

Ha sido una buena jornada para el monstruo. En la noche, los periódicos hablan de una revolución comunista, debelada por la energía del impertérrito "General". El cable transmite la noticia al mundo. Agencias de información al servicio de los capitalistas, de los imperialistas y de jefes de Estado como don Tiberio Borgia, confirman el atentado comunista y recuerdan sin ironía el lema de don Tiberio: "Paz y Trabajo".

p. 838-839.

\* \* \*

"...Amo de vidas y haciendas en su país, busca fuera, ya que no puede dentro, a un señor a quien servir; y se ha puesto a las plantas de los Estados Unidos, a quienes vende el país, retazo a retazo, y las riquezas nacionales, día tras día. Se acabó el orgullo patrio. Traidor a todo, ha traicionado también la Historia. Los Estados Unidos, a su turno, lo sostienen en el poder contra los nacionales que no piensan que aquel oscuro Nerón sea el gobernante ideal para una democracia. Y, además, escriben en sus diarios: "El General es el hombre llamado a gobernar ese país. La República prospera y vive en paz, el comercio florece, la deuda se paga. A nosotros no nos toca juzgar los métodos de gobierno de aquel enérgico y eficaz magistrado."

Los Estados Unidos no son únicos en cubrir con su bandera este buque pirata. El monstruo ha sabido asociar a su nombre y al triunfo de su maldad a los representantes más conspicuos de las más conspicuas culturas. Potencias donde el respeto a la Justicia, al Derecho y a la Libertad es la norma, los mayores Poderes morales del mundo, sancionan, en una u otra forma, la conducta del malhechor. El Papa le concede el título de conde; Francia, no contenta con otorgarle la Legión de Honor, en grado eminente, a él y a sus hijos, y en menor grado a sus polizontes y verdugos, expresa, por boca de su ministro en la capital del barbarócrata y en el acto de condecorar al primogénito, verdugo de sus conciudadanos y asesino de su tío camal, que la Legión honra en aquel pecho un corazón bravo y noble. Holanda se pone de rodillas ante el émulo de Tiberio y en las colonias holandesas, a donde arriban huyendo los patrio-

tas adversarios del monstruo, se les persigue y aun expulsa. Inglaterra no se queda atrás. En alguna de sus colonias del Caribe ocurre algo semejante a lo que ocurre en las colonias holandesas del mar antillano. Un contratista inglés, personaje petrolífero con ínfulas y apoyos oficiales, lisonjea al monócrata irresponsable y bárbaro en esta forma pintoresca:

—Yo estar mocho descontento de sus pisanos, Général. Yo escochar mocho comparación Général con Bolívar. Este mocha injusticia parecerme a mí. ¿Cuándo Bolívar hacer tantas carretas... tantas carriteras?"

p. 862-863.

## Apéndice V

NUÑEZ, Enrique Bernardo. *Cubagua*. París: Editorial Le Livre. 1931. 138 p.

"He aquí lo que el poeta J. Padilla R. ha dicho de su isla:

"Margarita es tierra de flores, tierra bella, isla de perlas. Una sola perla es Margarita nacida del mar en un tierno ocaso del mes de abril. La palmera crece en sus valles, valles graciosos que sonreían al viajero".

Pero el poeta nada dice de la miseria de los labriegos, ni de sus valles áridos. Por eso Padilla y su isla se mueren de hambre.

La perla es la vida de todos. Pocos días antes los trabajadores de Margarita solicitaron la apertura de la pesca antes de que el *turbio* dañase los ostrales. No caía gota de agua en la isla. Las labranzas quedaban abandonadas y los que podían emigraban a los campos de petróleo o al Orinoco."

p. 23-24

\* \* \*

"Antonio Cedeño explica mascullando las palabras entre su gran cigarro: aquella es la Punta de Araya, el Golfo de Cariaco, Coche. Son costas que se van ocultando, serranías borrosas. Aquí en Cubagua —prosigue— hay petróleo. También habla Cedeño de la ciudad que en otro tiempo hubo en la isla y señala los escombros sumergidos. Algunas ruinas y cobertizos utilizados en la pesca recuerdan todavía los primeros establecimientos.

La boca de Cedeño se hace más gruesa partiendo en dos los rasgos abultados. Pero Leiziaga no escucha más. ¿Hay petróleo? Su memoria comienza a reunir datos, noticias vagas. En Londres se suicidó un sujeto que afirmaba la existencia de una fuente de petróleo en una isla venezolana. Desde Cubagua remitían a España un betún muy solicitado para usos medicinales. Los viejos duques lo pagaban a precio de oro. Cedeño muestra la cadena de discos



aceitosos en torno de *La Tirana*.

El corazón de Leiziaga da un salto y su alegría es apenas comparable al disimulo de Colón cuando vio allí mismo las indias adornadas de perlas. Les arrojaron un plato de Valencia y ellas dieron todas las perlas. Avanzaban en la celeste alegría de la luz, con movimientos que recordaban sus danzas. Si eran bellas lo decían sus espejos de nácar y aquel mar donde se agrupaban desnudas. Leiziaga piensa qué puede dar él tan insignificante como un plato para obtener aquéllos.

—La Osa —dice Teófilo Ortega observando los mástiles que sobresalen al otro lado del ancón desierto.

Vencidos por el día asfixiante se conjugan los torsos desnudos, y sus labios se mueven apenas:

—¿Qué hablan ahí?

Ellos se miran y le observan. Nadie ha dicho nada. Los ojos de Cedeño se repliegan irónicos. Del cigarro se desprenden pequeñas chispas. Pero cuando Leiziaga le interroga, siente la fuerza que los lanzó al uno contra el otro. Es un choque de miradas alertas donde hay algo más que desdén, más que odio. Después de la cena, Leiziaga tomó la linterna, aseguró la pistola y se fue a tierra. Los pies se hunden en el río de nácar, Rocío de mundos. De una vez podría realizar su gran sueño. En breve la isleta estaría llena de gente arrastrada por la magia del aceite. Factorías, torres, grúas enormes, taladros y depósitos grises: "Standard Oil Co. 503". Los hombres que se mueren como dormidos desaparecerían.

p. 37-39.

\* \* \*

"Nueva Cádiz fue sacudida por tormentas y terremotos, atacada por los piratas y los caribes. Cuando cesó el tráfico de esclavos los vecinos huyeron. No había ya quien llevase agua ni leña. La ciudad quedó abandonada y el mar sepultó sus escombros. Quisieron hacer una ciudad de piedra y apenas levantaron unas ruinas. Cardones. La voz de fray Dionisio suena como un eco: *Laus Deo*.

—¿Has comprendido, Leiziaga, todo lo que ha pasado aquí? ¿Interpretas ahora este silencio?

Fray Dionisio se pasó el pañuelo por el cráneo.

Pero no importa, piensa Leiziaga. Las expediciones vuelven a poblar las costas. Se tiene permiso para introducir centenares de negros y taladrar a Cubagua.

Indios, europeos, criollos, vendedores de toda especie se hacían en viviendas estrechas. Traen un cine. Se elevan torres de acero. Depósitos grises y bares con anuncios luminosos. También se lee en una tabla: "Aquí se hacen féretros". Los negros llegan bajo contrato. Los muelles están llenos de tanques. Los buques rápidos con sus penachos de humo recuerdan las velas de las naos."

p. 76.

## Apéndice VI

PICÓN SALAS, Mariano. (Vida, años y pasión del trópico).

Madrid. Edit. Renacimiento (Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.).

1931. 174 p.

"Una misma decisión revolucionaria juntó a viejos y jóvenes en aquella pensión para asilados políticos venezolanos que mantienen en Curazao, Antilla Holandesa, las muy nombradas señoritas Aranda. Estaba entre nosotros Pablo Riolid, muchacho de los Andes, del pueblo de Cumbres, y de pretenciosa familia provinciana, que a estas horas se dolería de las locas aventuras en que aquél incurrió. Porque aunque la naturaleza de Pablo lo exponía a tales lances y él no nació para continuar la sosegada tradición provinciana de su familia, también es sabido que la política se hace de alarmantes sorpresas. El general Gómez (general ante sí mismo) maneja el país con sus macheteros andinos hace ya veinte años: hay progreso material, y las mujeres y los provincianos pacíficos se admiran de las carreteras y veloces automóviles que desde cualquier rincón de la República (montaña o llanura) conducen en horas a Caracas, cuando antes, para viajar a la distante capital, el viajero hacía testamento, en previsión de los riesgos. El general Gómez ha fomentado la agricultura y la ganadería, pues casi todas las fincas del centro de la República ya le pertenecen. ¿Cuánto dinero tendrá el general Gómez? ¿Ciento cincuenta, doscientos, doscientos cincuenta millones de dólares? Los yanquis han entrado en Venezuela merced al general Gómez. La Casa Blanca no tiene en esa región del turbulento Caribe mejor y más acucioso mayordomo. Todos los años, para una fiesta oficial del Año Nuevo, el ministro norteamericano, que, a más del sueldo de su país, acostumbra a recibir un emolumento del general Gómez, presenta a éste, en nombre de la democracia norteamericana, sus saludos y buenos votos. No hay país más amigo de los Estados Unidos que Venezuela. Los yanquis descubrieron en Venezuela una nueva riqueza bruja que estaba escondida en el fondo de la tierra y se llamaba *Petróleo*. Venezuela —dicen los

diarios del general Gómez— es el segundo productor de petróleo del mundo. Este petróleo ha enriquecido, a más de los yanquis, a los hijos, sobrinos, yernos y compadres del general Gómez.”

p. 143-145.

\* \* \*

“La vida se ha entristecido. Generaciones de hombres jóvenes no vieron en su tierra sino el terror y el espanto. “Y cuando uno salía de su provincia a estudiar Leyes en la capital —cuenta Pablo Riolid—, los familiares nos aconsejaban: No hables nunca de política. No te mezcles en nada. Desconfía hasta de tus compañeros. Teme a las asociaciones. Hay muchos estudiantes en las cárceles. Otros trabajan, con la camisa de los penados, en las carreteras estratégicas que construye el Tirano.”

“Y las Leyes, en Caracas —agrega Pablo Riolid—, las explicaban unos hombres hepáticos y entristecidos por la sumisión y hasta por el clima. ¿Qué nos podían interesar esas Leyes? Salían de allí abogados para las compañías petroleras y para los discursos bombásticos de la tiranía; otros eran cónsules, secretarios generales de los analfabetos macheteros criollos, explotadores del moreno pueblo melancólico.”

p. 147

## Apéndice VII

TORO RAMIREZ, Miguel. *El señor Rasvel*. Caracas. Editorial Universal. 1934. 94 p.

“Oh!, —suspira flemáticamente Mr. Watson sin verle gracia a la frase. Y prosigue mirando las ilustraciones de la revista industrial que constantemente tiene en las manos, su única y verdadera ocupación como gerente de la Empresa Petrolera y presidente de muchas otras empresas. Mientras tanto Rasvel, quien tampoco tiene nada que hacer como secretario, le pone a la cabeza de burro dos largos cuernos y le retoca los ojos. Piensa en la ingenuidad inglesa de Mr. Watson, en el poco alcance de sus ideas, en su falta completa de malicia. Mr. Watson es indudablemente un excelente hombre con suerte, un hombre inglés que debe aparecer de lejos superior a un hombre americano. Por eso, entre otras razones, no tuvieron inconveniente los yanquis en darle la dirección de una empresa americana. Los indios son trágicos y cualquier inglés o norteamericano puede dominarles con sólo de-

cir cuál es su patria.

A Rasvel no le pasaba inadvertido que era peligroso confiarse demasiado en la ceguera de Mr. Watson, no porque esa ceguera pudiese agotarse, sino porque los yanquis podían abrir los ojos y desconfiar del prestigio que le presuponían en esta parte del mundo a un súbdito del Imperio Británico. Era necesario luchar para sostenerlo, para que los millonarios de ultramar vieran constantemente en Mr. Watson no sólo un buen administrador de sus intereses, sino también a un hombre de claras luces y de carácter firme.”

p.7.

\* \* \*

—“Rasvel, ¿puede usted decirme qué capacidad tiene el nuevo barco? —preguntó Mr. Watson por preguntar algo referente a la gerencia que desempeñaba.

—Mil ochocientas toneladas.

A Mr. Watson le importaba muy poco que el nuevo barco-tanque tuviese cualquier capacidad.

—Y quinientas toneladas más —añadió Rasvel sin levantar la vista de su dibujo.

—¿Quinientas?

—Sí, Watson, para solucionar los problemas que necesitan solución. Y a propósito terció él mismo para impedir que Mr. Watson insistiera en el asunto.

¿Qué opina usted de la baja del petróleo en Nueva York?

De este modo lo despistaba. Mr. Watson no debía conocer las cosas sino a medias, por si llegaba el caso de reclamaciones, pero de ningún modo empaparse de ellas.

—¿A qué achacarla, Rasvel? —preguntó cansado.

—¿A qué? Igual que a todo lo extranjero. Ellos tienen muchos millones. Juegan con el petróleo venezolano porque siempre ganan. Todos juegan y ninguno pierde. El juego de bolsa es allá un gran negocio. Tentado estoy de pasarme en Nueva York una temporada para convencerme si es cierto que los yanquis tienen sesos o simplemente suerte y facilidades.

—Oh!, ¿cree usted que siempre ganan?

—Nosotros somos los perdedores, es decir, nosotros tampoco perdemos nada.

—Alguien debe perder, Rasvel.

—Se equivoca usted, Watson. Nadie pierde. Nosotros dejamos de ganar algo que nunca podemos prever (se refiere a la Empresa), lo cual no es perder, pues esta tierra es más o menos como una vaca y la leche no nos cues-

ta nada.

—Pero, ¿y la vaca, Rasvel?

—La vaca parece inagotable, Watson. Si se agotara... oh! entonces, la frase aquella. . .

—Oh! Rasvel.

Rasvel sonreía cada vez que Mr. Watson pronunciaba con natural dulzura su nombre. Se había acostumbrado a esto como a tantas otras cosas. Era venezolano rancio, pero sin idea de patria. La patria es tierra, únicamente tierra, planeta dividido en parcelas, mientras más rica mejor.

Su trato con extranjeros le había hecho desconocer a su estirpe. Al recordar a su tío abuelo, al hombre sanguinario y valiente de mil combates revolucionarios, sentía cierta piedad no desprovista de interés. ¡Qué torpe! Es tan agradable vivir placenteramente, sin sacrificios; tener mujeres, descansar en blandos cojines, saborear buenos vinos...

Y la moral allá en el fondo, muy velada, con un manto que se le quita cuando conviene. No hay moral. ¿Qué moral pudo tener su tío abuelo derramando sangre por un ideal de patria grande? ¿Qué moral tienen los hombres honrados? Una moral *ad hoc*, adaptable a sus actos, como todas las morales. Satisfacerse primero —decía Rasvel—, y después moralizar la satisfacción, o sea, solucionarla como a cualquier desfalco”.

p. 89

\* \* \*

“Pero de esto no se cuidaba don Simón. Era como una partida de póker en la cual las múltiples combinaciones que buscaba las coronara siempre un éxito mayúsculo. Se distraía, gozaba, sentía la emoción del jugador afortunado. Un simple trazo pitagórico y chorreaban miles de bolívares para ser repartidos entre Rasvel y él. Otro trazo y se convertía en bienhechor de Guevara; otro más, y ocultaba como por encanto la laguna que cualquier empleado poco escrupuloso hubiera dejado en las finanzas de la Empresa abusando de la abundancia del petróleo en las tierras zulianas.

La vaca daba para todo. Rasvel lo había dicho. A cada nuevo taladro reventaba un pozo de miles de toneladas de oro negro, oro de las entrañas de Venezuela, del cual se habían apropiado los yanquis por un precio irrisorio. ¿Por qué no aprovecharse? Ese petróleo pertenecía a los venezolanos y sin embargo apenas podía compararse a un cántaro de agua lo que ellos sustraían de ese inmenso mar que diariamente enriquecía a millares de hombres de otra nación”.

\* \* \*

...Tenga entendido que yo no le aconsejo nada, absolutamente nada. ¿Me oye usted? Absolutamente nada. Para eso tiene usted su cabeza. Esta Empresa la forman diez mil accionistas yanquis, casi todos millonarios. Las acciones han centuplicado su valor. Esos tíos están podridos de dinero. ¿Por qué nosotros hemos de permitir que se lo cojan todo? Con diez o quince bolívares que le quitemos mensualmente a cada uno de los accionistas nos beneficiamos nosotros sin perjudicarles en nada. ¿Comprende usted? Esta es la base de todo, y eso no es robar. Robar es quitarle lo necesario a un pobre. ¿No lo cree usted? Uno no puede ser tan tonto. "Aprovechar sin perjudicar". El día que usted tenga ese credo será un hombre feliz".

p. 76-77.

\* \* \*

"Como experto en las negociaciones mundiales, presentía que la superproducción de petróleo traería indiscutiblemente un paro indefinido en la explotación de las minas venezolanas. Siendo los Estados Unidos el principal productor, preferiría por todos los medios detener la explotación de sus yacimientos en Venezuela con el objeto de que su petróleo no sufriera una grave depreciación.

Al suceder esto, la Empresa que Mr. Watson representaba, veríase en el caso forzoso de disminuir en un cincuenta o sesenta por ciento, si no totalmente, la explotación, y como es natural esto traería como consecuencia inmediata una notable baja en el precio de las acciones.

Tratando el asunto con anticipación, Mr. Watson podría lograr que una gran mayoría de los accionistas se asociara con otra Empresa, y caso de no ser posible esto, venderle sus acciones.

Al haber un nuevo director, Rasvel se retiraría de su cargo sin inspirar sospechas, y don Simón, de querer seguir en la Empresa, se vería forzado a llevar los libros correctamente, lo cual no era creíble.

Se aprovechó de varios artículos que sobre esta materia aparecieron en algunos diarios norteamericanos para convencer a Mr. Watson de la necesidad de no dormirse sobre los laureles, le pintó el porvenir con colores muy negros y le instó a escribir sin demora a la Empresa matriz proponiéndole una rápida negociación de sus valores.

Mr. Watson, que nunca había pensado en semejante cosa, se alarmó, y creyen-

do estar al borde de la ruina, le rogó a Rasvel se informara inmediatamente cuál era el parecer de las Empresas más poderosas de los Estados Unidos sobre el particular:

—Esto no debemos hacerlo, Watson —le dijo Rasvel sonriendo maliciosamente—, nos descubriríamos y usted no hallaría a quien venderle su parte. Mi parecer es que debemos solicitar únicamente la opinión de la Empresa matriz y aconsejarle asociarse con una compañía que garantice el valor actual de las acciones. Si no accede a asociarse, venda usted lo que tiene y despreocúpese de todo. No olvide que ya es tanto el petróleo que se explota en el mundo que dentro de poco costará más almacenar el excedente que explotar los yacimientos. Como los Estados Unidos son dueños de las tres cuartas partes del petróleo, optarán por explotar el que más les convenga, y al gobierno yanqui no puede convenirle sino el que posee en su propio territorio, aunque sea más costoso que el de Venezuela. Los yacimientos que tiene en el extranjero le quedan como reserva.

—Pero siempre tendrán su valor; Rasvel —murmuró Mr. Watson con acento compungido.

—No lo dudo, pero es un valor sepultado en la tierra. Con un paro de ocho o diez años, ese valor con sus intereses capitalizados disminuirá en un cincuenta por ciento, y eso sin contar que en ese lapso puede descubrirse un combustible de menor precio. Créame, Watson, no hay que fiarse.

Mr. Watson sufría tímidamente. Las palabras de Rasvel lo sugestionaban sin dejarle discernir. Veía encima su ruina y la de multitud de personas que confiaban en él. Era preciso tomar medidas sin pérdida de tiempo, o bien, seguir sin vacilar los consejos de Rasvel. ¡Cómo imaginar que un artículo de primera necesidad no balanceara la producción con el consumo! Más valiera procurar que todas las maquinarias del mundo se movieran por medio del petróleo: que el petróleo sirviera para todos los menesteres de la vida, desde mover la escoba casera hasta disparar balas de fusiles, cañones y ametralladoras. Era indudable que los industriales se habían ocupado poco de darle empleo al petróleo.

—¿No cree usted, Rasvel, que el petróleo puede ser de gran utilidad en las guerras?

Hizo esta pregunta inglesa, por haber pensado que aún las armas de fuego no se disparaban por medio de motores apropiados movidos por petróleo.

—¿Cómo no! —le respondió Rasvel deseando complacerle—; Ud. sabe que se empleó mucho en la guerra europea pero todos los días no hay guerras mundiales. El petróleo abunda como el agua de mar. Ya Rusia explota tanto

como Venezuela, y del mundo apenas se habrá explorado una quinta parte. Es muy creíble que en el fondo de los mares haya grandes yacimientos. Pero, apartando esto, el consumo de petróleo tiene que basarse en las industrias y en los usos domésticos. Yo no dudo que algún día se empleará hasta para fabricar tinta de escribir. En la actualidad lo consumen millares de industrias, y sin embargo, empieza a haber un excedente. Ese excedente es un peligro, pues si se deja de explotar habrá un capital muerto y si se sigue explotando y almacenando, el capital paralizado será mayor.

Estas razones le parecieron a Mr. Watson de gran peso. Durante muchos días discutió el punto con Rasvel y también con los gerentes de otras Empresas similares que poseían grandes yacimientos en territorio venezolano. Estos fueron del parecer de Rasvel, pero creían que el asunto no fuera tan alarmante. Aún podía esperarse mucho tiempo antes que la superproducción pudiera causar daños graves a la explotación en Venezuela. Si había superproducción, bajaría el precio del combustible, pero aumentaría el consumo. Se formarían asociaciones de empresas petroleras para fabricar aeroplanos, automóviles y toda clase de utensilios a un precio ínfimo o regalados, pues lo interesante es el consumo. Un automóvil —afirmó uno de los gerentes—, consume de doscientos a trescientos dólares anuales de gasolina. Un trust petrolero, podría, llegado el caso, vender aeroplanos, automóviles, cocinas, etc., con descuentos de cuarenta o cincuenta por ciento y de este modo se beneficiaría enormemente. Lo indispensable es buscar la manera de que todo ser en el mundo pueda tener un aparato que consuma petróleo. Cuando llegue ese momento, la producción no dará abasto y el precio de cada galón de petróleo será doble o triple del actual.

Esto consoló en parte a Mr. Watson, pero Rasvel le hizo dudar de que llegara el día en que las empresas petroleras asociadas pudieran regalar motores, cocinas y otros artefactos. La competencia le impediría a las grandes empresas asociarse y formar un trust. Además, era muy posible que las utilidades no le permitieran al trust hacer semejantes desembolsos que no bajarían de varias millaradas de dólares.

—¿Y de dónde las sacarán, Watson —terminó preguntándole—. Con eso no lograrán sino perjudicar a otras industrias, y el remedio será peor que la enfermedad. Si usted regala automóviles y cocinas para que le consuman petróleo, tiene que pensar que esos automóviles y cocinas no son eternos y que dentro de un año tendrá que regalar otros, pues nadie querrá andar en automóviles viejos ni cocinar en cocinas defectuosas pudiendo adquirir una y otra cosa a un precio ínfimo. Y no sólo esto, sino que los actuales fabricantes de au-



tomóviles, cocinas, etc., irían a la bancarrota en un par de meses y el trust petrolero se vería en el caso de fabricar todos los automóviles y cocinas que se consumen en el mundo. Es de suponer que semejante negocio no tiene nada de halagador y que no habrá bastantes tontos en el mundo para acometerlo”.

p.82-85.

## Apéndice VIII

URIBE PIEDRAHITA, César. *Mancha de aceite*. Bogotá. Editorial Renacimiento. 1935. 138 p.

“Es difícil trabajar aquí, como usted lo habrá visto. No podemos conseguir obreros si no se está “muy de acuerdo” con el jefe civil y con otros empleados oficiales. Los políticos los parásitos... todos quieren vivir de nuestro trabajo y a costa de los capitales extranjeros... Es necesario que nos adaptemos a los usos de los latinos. Son muy simpáticos, demasiado simpáticos, adorables, pero no saben trabajar. No saben qué hacer ellos con sus petróleos y no quieren que nosotros les... ayudemos. “Malditos “gringos” y “musiuses”, hay que sacarles la plata”. Esto lo dicen pero... son muy simpáticos. Bastardos!

—Poco sé yo de lo que pasa en las petroleras, señor McGunn. Trabajo como médico y exclusivamente en mi profesión. Para mí son lo mismo unos que otros. Procuero servir y ganar honestamente mi vida. De lo demás aún no sé nada.

—Esto es exactamente lo que yo creo debe ser un hombre: eficiente, trabajador y no importarle nada más. Al infierno con los romanticismos y las consideraciones de otra índole. Petróleo! Petróleo es dinero, dinero es lo único que puede dar bienestar. Después, al diablo con Sudamérica y con todos estos piones y agentes zalameros y traidores. Usted está en la razón, doctor: Gustavo interrumpió manifestando que había interpretado mal sus palabras, pero McGunn hablaba en nombre de la mayoría de sus compañeros.

—Usted no es de esta tierra, doctor. A usted qué le importa lo que suceda aquí. En eso tiene usted razón como la tengo yo y la tienen los americanos que aquí trabajamos con el fin de sacar de la tierra una riqueza que esta gente no conoce y no sabe cómo explotarla ni para qué sirve”.

p. 18

\* \* \*

“Al llegar Gustavo al corredor del único bar de la aldea, ya las mesas estaban ocupadas por los empleados más o menos rubios de las compañías petrole-

ras. Menudeaba el “whisky and soda” y un penetrante olor a cigarrillos perfumados bañaba el ambiente caluroso. Gustavo buscó aislarse en una mesa apartada. Webber, Govard, Palmer y otros hombres lo asediaron con sus invitaciones. Dejaban traslucir la protección de hermanos mayores.

—Como usted decía, Webber, doc. Echegorri sufre de un complejo de inferioridad. Vive diciendo que es igual a estos hombres de aquí abajo... Usted, doc., tiene una educación, es rubio y habla inglés. Cómo puede llamarse latinoamericano?

—Además, creo yo que doc. Echegorri se distingue de estos otros hombres porque no es tan simpático. Hell... muy simpáticos. Pero son unos pillos...

—En los campos de Falcón encontré mucha gente simpática. Como no hay nada qué comer, fuera de cactus espinosos, los burros arrancan las espinas con los dientes. Están siempre riendo. Los burros son muy simpáticos aquí abajo.

Sonoras carcajadas celebraron el chiste del señor Palmer. Gustavo miraba a los petroleros. Sólo por el gancho de su ceño fruncido comprendíase la repugnancia y la rabia que le rebosaba.

—Bebo con ustedes. Pero les ruego que mientras yo esté aquí no se hable de mi gente con desprecio y mucho menos con compasión. Es verdad que nunca llegaremos a entendernos. Puede que seamos diferentes, que tengamos puntos de vista opuestos. Pero en el fondo los hombres no se diferencian en nada unos de otros.

Gustavo miraba a los orgullosos extranjeros y sonreía íntimamente al recordar lo que una tarde dijo a Peggy: “Los americanos de su tierra, señora McGunn, son hombres que se ponen el cinturón por debajo del ombligo, hablan por las narices, mascan goma y toman whisky. Esto los hace parecer absolutamente singulares y únicos”.

Desde la calle mal empedrada con toscos guijarros arrendodeados, algunos peones boquiabiertos admiraban la capacidad alcohólica de los amos extranjeros. Como no entendían aquel lenguaje nasonado, querían adivinar en las palabras o sonidos incomprensibles, extraordinarias revelaciones de ciencia o de poder. Admiraban la prodigalidad de aquellos peones rubios que ganaban centenares de dólares extraídos de un suelo estéril que a duras penas podría sostener hambreados a los pobres campesinos. Seguramente aquellos hombres eran extraordinarios! Ganaban quince dólares de jornal cuando el peón apenas recibía cuarenta centavos”.

p. 33-34.

\* \* \*

La primera excitación de la embriaguez comenzó a diluirse en la calma de la tarde roja. Peggy se recostó suavemente sobre el pecho del médico y buscó refugio bajo su brazo. Una temura inesperada apagó los ardores de su carne. Comenzó a hablar con voz llena de mimos:

—Sí, querido, tú tienes razón. Pero, no abonas nada a estos hombres que se sacrifican buscando el petróleo? No ves que se mueren muchos? No ves que dejan sus casas y sus tierras familiares...? Las compañías también hacen bien, hacen mucho bien. Ayudan a levantarse el país donde trabajan. El mismo Rockefeller paga la sanificación de estas tierras. No es cierto?

—Precisamente porque los hombres se mueren en los pantanos buscando petróleo. Porque las compañías hacen alarde de beneficiar a los nativos e imponen un sistema de sobornos que cubre desde los altos personajes del gobierno hasta los más infelices servidores públicos. Por toda esa trama sorda que sospechamos. Porque usan los hombres como simples cartuchos de tiro al blanco y desechan el cascarón. Porque han hecho de este pueblo y de todos los que tienen el infortunio de poseer petróleo, unos pueblos esclavos. No ves Peggy? Por eso siento rencor y despecho. Tú no comprenderás nunca”.

p. 60-61.

\* \* \*

—“Termine su carta, doctor; que yo lo espero... Me choca molestarlo tanto, pero es que Juan Antonio está muy malo y quiere que usted vaya a verlo... Yo... le decía que... francamente, los peones no saben corresponder a los esfuerzos que uno hace para que las compañías... este... mejoren las condiciones... este... —¡Vamos ya! —interrumpió el doctor Echegorri.

A lo largo de callejuelas carcomidas por arroyos profundos, tropezando en raíces y fragmentos de cactus, anduvo el médico guiado por el mulato Anselmo. Chozas miserables y barracas desparramadas por el campo inculto, cenagoso, componían el barrio de los obreros nativos. Alguna tenducha mal alumbrada vertía una luz sucia sobre el arroyo lleno de basura y detritus de naturaleza indescriptible. En el paisaje flotaba un olor penetrante de cubil y de materiales fecales.

—Por aquí, doctor; siga por este ladito para que no se caiga al caño... Aquí no más está Juan Antonio...

A la orilla de una charca con emanaciones de alcantarilla se deshacía la choza donde estaba Juan Antonio, el mulato coriano. A la luz del candil humeante, Gustavo alcanzó a descubrir un cuerpo semidesnudo tumbado en el chinchorro.

—A ver, Juan Antonio, qué te pasa?

—Ya ni sé, dotol. Tanto tiempo aquí comido por la jiebre... ya no puedo saber qué éh lo que me duele... Me duele todo. No tengo aliento.

Del pobre mozo no quedaba nada. El esqueleto prendido al vientre hinchado como una vejiga llena de agua. Una araña monstruosa, un pingajo de hombre. Gustavo trató de animar al vencido y prometió enviarle algunas drogas mientras volvía... “.

p.99-100

\* \* \*

“Sin ningún nexo con las compañías explotadoras, libre y solo, podía acercarse a la clase que daba su sangre para que los amos la cambiaran por petróleo. Conocía muy cerca los modernos sistemas de esclavitud y de explotación. Penetraba en los secretos de los pagarés y de los bonos timbrados con el sello del comisariato. Vigilaba a los Anselmos, a los aparentes provocadores, a los seudosocialistas, a los parásitos... Conocía ya el vasto sistema de espionaje y de soborno que descendía desde las oficinas de la Superintendencia, trepaba hasta Caracas y se enredaba en el Congreso para envolver íntegramente a la nación. La correspondencia con Colombia, los fragmentos de periódicos, las noticias de concesiones y contratos, todas las artes y sutilezas de los agentes y observadores, decíanle que los tentáculos del pulpo llegaban más allá de las cuestiones políticas e industriales, atenazaban al trabajador, lo explotaban y escurrían, en beneficio de unos pocos.”

p.101-102.

\* \* \*

“La ensenada era algo menos que una charca de bajo fondo que se hundía por entre juncales y manglares untados con el lodo de la marea alta. El pantano se perdía en los rastros y hedía a mariscos rancios. Extensas lagunas bañaban la marisma en descomposición. Sólo algunos islotes húmedos podían ser habitables. Aquí y allá se aplastaban contra el sueño las barracas de algunos moradores.

—Allá, vea. Allá está la casa de los maracuchos que recogieron a Salvador; Sinforoso vive más adentro.

Un vaho ascendía de las charcas. El bosque sudaba por todos los poros y se envolvía en una niebla imprecisa, a un tiempo diáfana y espesa. Zumbaban los mosquitos en las sombras y los tucanes en la profundidad del bosque gritaban su canto monótono.

—Entramos por allí, por el pie de aquel palo seco más grande...

En las chozas había lumbre. Los chiquillos se acercaron a la orilla. Había mujeres con pechos enjutos y flácidos y caras manchadas.

Mujeres y niños pálidos, delgados o edematosos.

Salvador tenía los ojos hundidos y el vientre abultado. Apenas podía hablar por entre los dientes lamosos.

—Un mes ya en esta “maca”, doctor; ni me aliento ni me muero... Si me pusiera algunas agujas de quinina o de algo... Y a ver si me alivia esa úlcera de la pierna...

Salvador había trabajado en Onia, en Boscán y en Los Barrosos. Ya no podía trabajar más y fue despedido. Esa era la suerte de todos, de millares de peones. Los cartuchos vacíos, los bagazos del trapiche tremendo. Salían sin sangre después de pasar por el servicio de las petroleras.

En otras barracas había más hombres inutilizados, muchos habían muerto allí. Otros caían en los hospitales de Maracaibo o volvían a su montaña a expectorar los pulmones. Los demás... a las carreteras a trabajar apaleados por los capataces. Había una extraña relación entre los petróleos extranjeros y las carreteras oficiales.

Sinforoso dormía en el suelo. El cable de acero que días antes lo había envuelto en su espiral arresortada, habíale roto la pelvis y desgarrado la vejiga. Orinaba sanguosa fétida y tenía fiebre. Julio y Máximo, Rubén, el cojo Lucas y muchos más, que se habían retirado al caserío, agonizaban lentamente deshechos por la disentería, quemados por la fiebre, ahogados por los edemas y los derrames serosos. También en San Fernando morían muchos hombres, pero la tragedia del caserío de “La Honda” tenía un aspecto único. Allí entre los matorrales junto a la manigua, el desamparo y la muerte roían los cadáveres vivientes de una decena de hombres”.

p. 111-112.

\* \* \*

—“Dotol, los piones van pal Comisariato. Ya llegaron a los alambrados. Van a

reclamar...

—¡Qué brutos! rugió Félix Yo voy con usted, pero no corra mucho.

Del lado de la reserva extranjera se oyeron algunos disparos.

Corrió Gustavo. Lo seguían Martín, el coriano y el cojo Félix.

—¡Qué brutos! ...¡Ah carajo! Yo no puedo correr... yo voy con usted, médico, no me dejen botao. Carajo! Qué brutos!

Nuevos disparos.

—Por aquí —dijo Martín. Echemos por el atajo y salimos al pie de los alambraos.

—Por aquí, doto! A ver Feles pasá por aquí.

—Qué brutos! Carajo! Ave, María!

De las ventanas y cercas del Comisariato seguían disparando. Seguramente al aire porque no había caído ningún obrero, pero la masa inerte retrocedió poco a poco hasta dejar un trecho entre el frente y las alambradas. Gustavo apareció por el flanco y se adelantó con sus amigos hasta la cancilla. El reflector lo enfocó. El cono luminoso lo deslumbraba. Gritó hacia la casa. Mandó a la gente que se retirara. Volvió a gritar:

—¡No tenemos armas! Queremos hablar con McGunn! Sin armas!

Estrujó los cerrojos. Varios tiros retumbaron en las cañadas y el médico creyó oír el tuing de un proyectil. Se escurrió por debajo de los alambres barbeados. Sus amigos le siguieron y se adelantó por el sendero, hacia el edificio. Otros hombres se aventuraron a pasar. Gustavo, Martín, el coriano, el cojo Félix iban delante, con las manos en alto.

De repente el reflector los recorrió a todos y se oyó el traqueteo de la ametralladora. Los proyectiles marcaron en el suelo, a pocos metros delante del grupo, una línea de tierra rizada.

—¡Vamos sin armas! No disparen!

El reflector volvió a repararlos y una ráfaga continua como una guadaña, resonó desde el piso alto. Cayeron los hombres del frente cegados por la metralla. Félix dio un grito y cayó de espaldas. La pierna de palo quedó cogida entre dos piedras. Martín se dobló sin protesta. El coriano rodó escarbando el suelo. Y el médico... abrió los brazos, se dobló primero hacia atrás y luego se retorció sobre las piernas y aró el suelo con la cara. Hilos de sangre que manaban de su boca corrieron sobre las yerbas y penetraron en el suelo. Los brazos en cruz abrazaron la tierra... La sangre siguió corriendo en hilos tenues y calientes, desde su pecho, al través de sus labios hasta bañar las matas y empapar los terrones sedientos."

\* \* \*

“Saltó la torre envuelta en un torbellino de llamas. El fogonazo iluminó la tierra y encendió en el lago relámpagos de sangre. Un chorro de fuego disparado contra las nubes se derramó sobre los tanques y corrió por los senderos y a lo largo de las cañerías repletas.

A la explosión siguieron otras.

Nuevos cráteres vomitaron aceite encendido sobre el Comisariato, los jardines y las casas, por entre los depósitos y las filas de tanques, hasta la refinería que saltó como un polvorín.

Un semicírculo de fuego envolvió la colonia de San Fernando y fue cerrándose sobre el lago que temblaba sacudido por el reflejo fantástico de los chorros encendidos.

Las tuberías relamidas por las llamas, reventaron, se torcieron como raíces y por las bocas fracturadas escupieron torrentes de fuego líquido y de gases explosivos.

El fuego mordía las nubes con sus dientes rojos.

El fuego abatió las torres, devoró los edificios y corrió desbordado por las colinas hasta el lago. Hervía el agua en los arroyos. Todas las casas ardieron como yesca y estallaron en pavesas que volaron entre el humo que ascendía hasta las nubes alumbradas por la tea del incendio.

Entre el aletear de las llamas corrieron los corceles de fuego sobre la selva sacudiendo las crines llameantes. Azotaron las hojas, retorcieron las ramas y encendieron antorchas en las copas de las ceibas, y fogatas en la manigua enmalezada.

El agua hervía en sus senos profundos, se quemaba en las crestas de los borbollones y subía en vapores a juntarse con el humo enrojecido.

La pira simbólica se ensanchó por la tierra, sobre el lago y disparó contra el cielo sus lenguas erizadas de saetas.

La hoya petrolífera amenazaba convertirse en un horno, quemarse en holocausto de venganza, de muerte y purificación.

El fuego siguió gritando y el agua y la tierra gimiendo.

El fuego devoró la Mancha de Aceite!...”

## Apéndice IX

SUBERO, Efraín. *Campo Sur* (Apuntes para una novela que nunca escribiré).

Caracas. Ediciones Ancla. 1960. 24 p.

“Todavía no son las cuatro. El silencio es más denso. La soledad más ostensible. Nadie transita por las calles de asfalto. Ocasionalmente vehículos de la Compañía transitan con fugaz estrépito.

Se entra a San Tomé rozando necesariamente la acerada piel de unos tubos tendidos horizontalmente sobre un foso. Práctica manera de indicarle al ganado —y a la gente también— que allí termina la sabana y comienza el campo petrolero.

Sorprende en primer lugar la uniformidad de las viviendas. La Compañía dispone su forma y su color: Las destinadas a los solteros son idénticas las unas a las otras. Las destinadas a los casados, también. No obstante existen mínimas diferencias. Grandes diferencias. Extraordinarias diferencias.

En las casas destinadas a los obreros la diferencia es una pieza más o una pieza menos. Están unidas por el cordón umbilical de una pared de concreto que no logra impedir que los ruidos de la media casa donde vive una familia, se escuche en la otra media casa donde vive la otra. Por otra parte, el pequeño corredor frontal también tiene que ser compartido a medias. Si los niños son tremendos o si hay disgustos vecinales, no queda más remedio que levantar un tabique de por medio.

Los *mensuales*, los del *bolívar roll*, viven mucho mejor. Poseen pequeñas casas individuales deliberadamente separadas unos cuantos metros las unas de las otras.

En fin, hay una iglesia, una escuela, un stadium y un club.

Esto es llamado *Campo Sur*.

\* \* \*

Los altos empleados de la compañía viven muchísimo mejor: Ocupan el llamado *Campo Norte* o *Staff Camp*, separado del *Campo Sur* por altas y fuertes alambradas. Aquí viven en su totalidad los norteamericanos y los venezolanos —altos jefes, empleados de confianza— la mayoría de ellos completamente americanizados ya.

Las casas aquí no son tales. Constituyen cómodas quintas amuebladas, con todas las exigencias modernas. Magníficas residencias rodeadas por bellos jardines cuidados por obreros pagados por la Compañía.



También hay aquí otro stadium, una escuela para americanos y otra para los hijos de los empleados venezolanos; un club que cuenta con piscinas para adultos y niños. No hay otra iglesia, porque en la de *Campo Sur*, los americanos tienen su lugar reservado.

Para poder entrar en *Campo Norte* –aun los empleados de la Compañía– tienen que esperar que los vigilantes bajen una fuerte cadena, y firmar una planilla en la cual se registra la matrícula del vehículo.

\* \* \*

Y esto es San Tomé, capital de mi historia. Nombre de una aldea indígena que desapareció hace muchos años.

En el lugar donde existió esa aldea, cultiva sus gusanos un hosco cementerio!

p.8-9.

\* \* \*

“Muy pronto la ropa kaki estará húmeda de sudor y bañada en aceite. Muy pronto el peligro será otro mal compañero trepado a la complicada plataforma donde no tan sólo se teme al prematuro reventón del pozo sino al arrume de tubos que puede deslizarse o a la pesada mole que cierra mecánicamente el tubo de perforación y bajo la cual pueden morir aplastados al menor descuido del juincherero. Todavía otro peligro: la cuerda tensa, que da vueltas a las roscas que agarran la cabeza del tubo. Todavía otro: la guaya del carrete que varias veces ha reventado ya mutilando al primero que agarra por delante. Y todavía otro más, unos metros lejanos pero no por eso menos temible: ¡las calderas! Los dos inmensos óvalos de hierro que no resisten sino determinada temperatura. En la guardia de cuatro a once en la de once a tres, ellos saben que si el fogonero se queda dormido unos minutos, volarán por los aires en pedazos y que apenas si la inmensa cabria quedará de pie, como demostrando su extraordinario poderío, su inmovible omnipotencia”.

p. 20.

## Bibliografía directa

- AYALA, Ramón. *Lilia*; ensayo de novela venezolana. Caracas. Editorial Americana. 1909. 126 p.
- ROJAS, Daniel. *Elvía*; novela caraqueña. Caracas. 1912. 179 p.
- POCATERRA, José Rafael. *Tierra del sol amada*. Caracas. Editorial Atena. 1918. 303 p.
- BLANCO FOMBONA, Rufino. *La bella y la fiera*. 1ª ed.: Madrid, 1931. Edición utilizada: *La bella y la fiera*. En *Obras selectas* (de Rufino Blanco Fombona). Madrid-Caracas. Ediciones Edime. 1958. p. 727-936.
- PICÓN-SALAS, Mariano. *Odisea de tierra firme*. (Vida, años y pasión del trópico). Madrid. Edit. Renacimiento (Compañía Iberoamericana de Publicaciones, S.A.). 1931. 174 p.
- NUÑEZ, Enrique Bernardo. *Cubagua*. París. Editorial Le Livre Libre. 1931. 128 p.
- TORO RAMÍREZ, Miguel. *El señor Rasvel*. Caracas. Editorial Universal. 1934. 83 p.
- URIBE PIEDRAHITA, César. *Mancha de aceite*. Bogotá. Editorial Renacimiento. 1935. 138 p.
- DÍAZ SÁNCHEZ, Ramón. *Mene*; novela de la vida en la región petrolera del estado Zulia. Caracas. Cooperativa de Artes Gráficas. 1936. 136 p.
- CARRERA OBANDO, Ramón. *Remolino*. (Aspectos del petróleo en Venezuela). (Fragmentos). En *Güina*. Carúpano. Empresa "El Popular". 1940. 33 p.
- GALLEGOS, Rómulo. *Sobre la misma tierra*. 1ª ed.: Barcelona, España, 1943. Edición utilizada: Buenos Aires. Edit. Espasa-Calpe. Colección Austral, N° 425. 1950. 229 p.
- PADRÓN, Julián. *Clamor campesino*. Caracas. Editorial Élite. 1944. 302 p.
- POCATERRA, José Rafael. *La casa de los Ábila*. Caracas. Editorial Élite. 1946. 369 p.
- BRACHO MONTIEL, Gabriel. *Guachimanes*. (Doce aguafuertes para ilustrar la novela venezolana del petróleo). Santiago de Chile. Ediciones Seremos. 1954. 111 p.
- DÍAZ SÁNCHEZ, Ramón. *Cassandra*. Caracas. Ediciones Hortus. 1957. 417 p.
- BRICEÑO-IRAGORRY, Mario. *Los Riberas*; historias de Venezuela. Caracas-Madrid. Ediciones Independencia. 1957. 494 p.
- SUBERO, Efraín. *Campo Sur*. (Apuntes para una novela que nunca escribiré). Caracas. Ediciones Ancla. 1960. 24 p.
- CROCE, Arturo. *Talud derrumbado*. Caracas. Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses. 1961. 475 p.
- OTERO SILVA, Miguel. *Oficina N° 1*. Buenos Aires. Editorial Losada. 1961. 246 p.

## Bibliografía indirecta

- ACOSTA SAIGNES, Miguel. En el infierno petrolero. *El Heraldo*. Caracas, 1936.
- ALEGRÍA, Fernando. *Breve historia de la novela hispanoamericana*. México. Ediciones De Andrea. Manuales Studium, 1959.
- ANDERSON IMBERT, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana*. 3ª Ediciones México. Fondo de Cultura Económica. Colección Breviarios, 1961.
- ANGARITA ARVELO, Rafael. *Historia y crítica de la novela en Venezuela*. Berlín, Imprenta de August Pries (Leipzig). 1938.
- ARAUJO, Orlando. *Lengua y creación en la obra de Rómulo Gallegos*. 2ª ed. Caracas. Ediciones del Ministerio de Educación, 1962.
- BAPTISTA, Federico G. *Historia de la industria petrolera en Venezuela*. Caracas. Editorial de la Creole Petroleum Corporation. 1960.
- BARNOLA, Pedro Pablo. *Ramón Díaz Sánchez. Sus primeras obras*. En Estudios crítico-literarios, segunda serie. Caracas. Lib. y Tip. La Torre, 1953.
- CARRERA DAMAS, Germán. *Proceso a la formación de la burguesía venezolana* (A propósito de *Los Riberas* de Mario Briceño Iragorry). *Crítica Contemporánea*, N° 5. Caracas, 1961.
- COLEGIO DE ECONOMISTAS. *La explotación petrolera en Venezuela*. En Diagnóstico de la economía venezolana. Caracas. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela. 1964.
- COMPAÑÍA SHELL DE VENEZUELA. *La aventura del petróleo*. 3ª ed. Caracas, 1960.
- CÓRDOVA, Armando. La estructura económica tradicional y el impacto petrolero en Venezuela. *Economía y Ciencias Sociales*, revista de la Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1963.
- CORVALÁN, Octavio. *El postmodernismo*. New York. Las Américas Publishing Company, 1961.
- CURCIO ALTAMAR, Antonio. *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1957.
- DÍAZ SEIJAS, Pedro. *Historia y antología de la literatura venezolana*. Caracas. Ediciones Villegas. 1955.
- \_\_\_\_\_. Pedro. *Orientaciones y tendencias de la novela venezolana*. Caracas. Cuadernos de la Asociación de Escritores Venezolanos, 1949.
- \_\_\_\_\_. Pedro. Un pueblo sobre las sabanas de Guanipa. En *Apuntes y aproximaciones*. Caracas. Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos, 1962.
- DUNHAM, Lowell. *Rómulo Gallegos, vida y obra*. México. Ediciones De Andrea. Colección Studium, 1957.

- FABBIANI RUIZ, José. *Cuentos y cuentistas*. Caracas. Ediciones de la Librería Cruz del Sur, 1951.
- GABALDÓN MÁRQUEZ, Joaquín. Las campañas del petróleo. En *Archivos de una inquietud venezolana*. CaracasMadrid. Ediciones Edime. 1955.
- GIACOPINI ZARRAGA, José. *Política de las empresas petroleras*. En Conferencias de extensión cultural en la Escuela Superior de la Fuerza Aérea. Caracas, 19621963.
- GONZÁLEZ, Juan Manuel. *Miguel Otero Silva. Oficina N<sup>o</sup> 1* (Reseña). Revista Nacional de Cultura. N<sup>o</sup> 150. Caracas, 1962.
- GONZÁLEZ RINCONES, Rafael. *Historia del petróleo en Venezuela*. En: Cartas Barinas. Caracas. Editorial Sucre, 1958.
- HAMILTON, Carlos. *Historia de la literatura hispanoamericana*. 2 tomos. New York. Las Américas Publishing Company. 1960.
- HERNÁNDEZ GRISANTI, Arturo. *Política estatal del petróleo y del acero*. En Conferencias de extensión cultural en la Escuela Superior de la Fuerza Aérea. Caracas, 19621963
- LIEUWEN, Edwin. *Petroleum in Venezuela. A History*. Berkeley (Estados Unidos). University of California Press. 1954.
- LISCANO, Juan. *Ciento cincuenta años de cultura en Venezuela*. En Venezuela independiente. Caracas. Ediciones Fundación Mendoza, 1962.
- \_\_\_\_\_. *Rómulo Gallegos y su tiempo*. Caracas. Ediciones de la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela. Biblioteca de Cultura Universitaria, 1961.
- LUZARDO, Rodolfo. *Peripecias del petróleo en Venezuela*. En Andanzas de América. Caracas. Editorial Sucre. 1962.
- MACHADO, Eduardo. *Las primeras agresiones del imperialismo contra Venezuela*. México, 1957.
- MALAVÉ MATA, Héctor. *Petróleo y desarrollo económico de Venezuela*. Caracas. Ediciones Pensamiento Vivo. 1962.
- MANCERA GALLETTI, Ángel. *Quiénes narran y cuentan en Venezuela*. CaracasMéxico. Ediciones Caribe. 1958.
- MAZA ZAVALA, D. F. La economía venezolana. En *Venezuela 1<sup>a</sup>*. Boletín Bibliográfico de la Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. Editorial Especial. Caracas, 1963.
- O'CONNOR, Harvey. *El imperio del petróleo*. ("The Empire of Oil"). Buenos Aires. Editorial Platina. 1958.
- PADRÓN, Julián. Panorama de la novela venezolana. En: *Obras completas*. Madrid. Editorial Aguilar, 1957.
- PÉREZ ALFONZO, Juan Pablo. *Petróleo, jugo de la tierra*. Caracas. Editorial Arte. 1961.
- PICÓN-SALAS, Mariano. *Formación y proceso de la literatura venezolana*. Editorial Cecilio Acosta. 1940.

- PIPER, Anson C. *El yanqui en las novelas de Rómulo Gallegos*. En: Iberoamérica, sus lenguas y literaturas vistas desde los Estados Unidos. México. Ediciones de Andrea. Colección Studium. 1962.
- PRIETO SOTO, Jesús. *El Chorro, gracia o maldición*. (Estudio histórico-socioeconómico de las poblaciones petroleras de la costa oriental del Lago de Maracaibo). Madrid, 1960.
- \_\_\_\_\_. Jesús. *El petróleo y su problemática en América*. 1968.
- QUINTERO, Rodolfo. Las bases económicas y sociales de una aristocracia obrera en Venezuela. En *Economía y Ciencias Sociales*, revista de la Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1963.
- QUINTERO, Rodolfo. *La cultura del petróleo*. Caracas. Ediciones de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela. 1968.
- QUINTERO, Rodolfo. *El petróleo y nuestra sociedad*. Caracas. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela. 1970.
- RATCLIFF, Dillwyn F. *Venezuelan prose fiction*. New York. Instituto de las Españas. 1933.
- SAINTGILLE, Nicole. *L'implantation de l'industrie pétrolière au Vénézuela, vue par les écrivains: romanciers, conteurs et essayistes*. (Mémoire pour le Diplôme d'Etudes Supérieures). Institut d'Etudes Hispaniques de Paris, 1959.
- SÁNCHEZ, Luis Alberto. *Nueva historia de la literatura americana*. Buenos Aires. Editorial Americana. 1944.
- SÁNCHEZ, Luis Alberto. *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*. Madrid. Editorial Gredos. 1953.
- SCHACKNE, Stewart y D'ARCY DRAKE, N. *Petróleo en el mundo*. Traducción y adaptación de F. Álvarez Chacín y L. F. Salas. Caracas. Creole Petroleum Corporation, 1955.
- SILVA MICHELENA, José Agustín. Hipótesis sobre el cambio social en Venezuela. En *Venezuela I<sup>a</sup>* Boletín bibliográfico de la Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. Año 1. N<sup>o</sup> 2. Caracas, 1963.
- STOLK, Gloria. Casandra, reseña. En *Revista Nacional de Cultura*. Año XX. N<sup>o</sup> 128. Caracas, 1958.
- TORRES RÍOS ECO, Arturo. *Nueva historia de la gran literatura iberoamericana*. 3<sup>a</sup> ed. Buenos Aires. Emecé Editores. 1960.
- USLAR PIETRI, Arturo. *Breve historia de la novela hispanoamericana*. Caracas. Ediciones Edime. 1954.
- \_\_\_\_\_. Arturo. El petróleo en Venezuela. En *Obras selectas*. MadridCaracas. Ediciones Edime, 1956.
- \_\_\_\_\_. Arturo. De una a otra Venezuela. En *Obras selectas*. MadridCaracas. Ediciones Edime, 1956.

- \_\_\_\_\_. Arturo. La novela venezolana. En *Letras y hombres de Venezuela*. 1ª ed.: Caracas. Ediciones Edime, 1958.
- VELÁSQUEZ, Justo Simón. Petróleo en Cubagua. En *Revista El Farol*, N° 171. Caracas, 1957.
- ZULOAGA, Guillermo. *Búsqueda y hallazgo del petróleo en Venezuela*. En Conferencias de extensión cultural en la Escuela Superior de la Fuerza Aérea. Caracas, 1962|1963.
- ZUM FELDE, Alberto. *Índice crítico de la literatura hispanoamericana*. México. Editorial Guarnía. 1959.

### **Gustavo Luis Carrera**

Nació en Cumaná, en 1933. Doctor en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Como escritor, ha desarrollado su obra principalmente en el campo de la narrativa. Igualmente ha cumplido una constante labor ensayística sobre temas de literatura, de tradiciones populares y de educación. Entre sus obras se encuentran: *Cuentos* (1992), *Salomón* (1994) y *El signo secreto* (1995). Fundador de las revistas *Crítica Contemporánea* y *Caribana*. En 1998 se incorporó como Individuo de Número en la Academia Venezolana de la Lengua.

Profesor titular de la Universidad Central de Venezuela donde fue director-fundador del Instituto de Investigaciones Literarias. Ha sido rector de la Universidad Nacional Abierta. Director-fundador de la Fundación del libro (FUNDALIBRO) y creador del Sistema Nacional de Simposios de Docentes e Investigadores de la Literatura Venezolana. Ha visitado, como conferencista y en coloquios, diversas universidades del exterior y, en especial, de nuestro país.

# índice

7	Estudio introductorio
	Campos
27	Presentación

---

## I. Breve historia del tema del petróleo en la novela venezolana 3 1

31	<i>Lilia</i>
33	<i>Elvia</i>
36	<i>Tierra del sol amada</i>
38	<i>La bella y la fiera</i>
42	<i>Cubagua</i>
43	<i>Odisea de tierra firme</i>
45	<i>El señor Rasvel</i>
50	<i>Mancha de aceite</i>
59	<i>Mene .</i>
68	<i>Remolino</i>
72	<i>Sobre la misma tierra</i>
80	<i>Clamor campesino</i>
81	<i>La casa de los Abila</i>
82	<i>Guachimanes</i>
86	<i>Cassandra</i>
92	<i>Los Riberas</i>
98	<i>Campo Sur</i>
101	<i>Talud derrumbado</i>
103	<i>Oficina N°1</i>

---

## II. Los grandes temas 1 1 9

119	El cambio perturbador
121	La complicidad interna
123	La expoliación
124	Los negocios turbios
125	La discriminación
126	La locura del petróleo
127	El éxodo campesino



- 128 Delito y vicio
- 129 Las bajas condiciones de vida de los trabajadores
- 130 El antiimperialismo
- 131 Accidente y catástrofe
- 132 El suprapoder de la Compañía
- 133 La invasión de tierras y selvas
- 134 La rebeldía
- 136 Agrupamiento sindical
- 137 La represión
- 138 El petróleo "bueno"
- 140 El imperio de la máquina
- 141 El nuevo "conquistador"
- 142 La huelga
- 143 Los males y los beneficios

---

### **III. Las grandes formas y estructuras 1 5 1**

- 152 El personaje
  - 152 a) personaje central
  - 153 b) el personaje símbolo
  - 154 c) el "petrolero"
  - 155 d) el proletario
  - 156 e) el personaje colectivo
- 157 Las descripciones ambientadoras
  - 157 a) Paisajes
  - 158 b) Poblaciones típicas
  - 158 c) Ambiente de ruidos y confusión
  - 159 d) Accidentes
  - 159 e) Campos petroleros
  - 160 f) Reventón de petróleo
  - 160 g) Énfasis sobre el cambio
- 161 La atmósfera ambiental
- 162 Lo trágico
- 163 Símbolo y expresión directa
- 164 El apoyo expresivo

169	La alusión incidental
171	El hilo argumental
173	Los núcleos estructurales
173	a) el personaje central
174	b) los personajes centrales
174	c) el ambiente
175	d) una particularidad ambiental
175	e) el tema
175	f) un planteamiento
176	Realidad histórica y realidad literaria

---

#### **IV. Conclusiones** 1 8 1

---

#### **Apéndices** 1 9 3

193	Apéndice I
194	Apéndice II
203	Apéndice III
204	Apéndice IV
207	Apéndice V
209	Apéndice VI
210	Apéndice VII
216	Apéndice VIII
222	Apéndice IX

---

#### **Bibliografía directa** 2 2 5

---

#### **Bibliografía indirecta** 2 2 6

---

#### **El autor** 2 3 1

---

## Colofón